



Anita Brookner

Vidas breves

Traducción de Catalina Martínez



Vidas breves cuenta la historia de Fay, de sus discretas alegrías e ilusiones desde que, en los años cuarenta, abandonó su modesta carrera de cantante por un matrimonio muy alejado del romanticismo que predicaban las canciones y películas de la época. Una vida en busca de amor y de verdaderos afectos en la que una extravagante mujer, la glamurosa y egocéntrica Julia, acaba convirtiéndose en una influencia sutil pero constante. Ya en la madurez, en un mundo nuevo que parece haberlas dejado atrás, los lazos que unen a Fay y Julia no son los del secreto inconfesable que se ocultan, ni los de las horas compartidas, sino más bien los del temor a la soledad.

Un magistral ejercicio de elegancia y delicadeza, lleno de ironía, sobre los compromisos que adquirimos con los demás y con las decisiones que tomamos a lo largo de los años. Anita Brookner, ganadora del premio Booker y una de las grandes escritoras británicas de finales del siglo XX, logró con *Vidas breves* una de sus mejores novelas, un delicado retrato de unas vidas marcadas por la nostalgia y las emociones reprimidas.

OceanofPDF.com



Anita Brookner

Vidas breves

ePub r1.1

Titivillus 05.07.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Brief Lives*
Anita Brookner, 1990
Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

Vidas breves

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Sobre la autora

OceanofPDF.com

Uno

Julia ha muerto. Lo leí en *The Times* esta mañana. El obituario era bastante largo, pero lo que me llamó la atención desde el principio fue la fotografía, el clásico retrato de estudio de finales de los años treinta o principios de los cuarenta: los ojos enormes y casi transparentes, el pelo liso y los labios pintados de oscuro. Nunca me cayó bien, ni yo a ella. Por eso es extraño que tuviéramos cierta amistad durante tanto tiempo. De no haber sido porque nuestros maridos eran socios, no creo que hubiéramos cruzado más de cuatro palabras o nos hubiéramos visto más que en contadas ocasiones formales, a pesar de que tuvimos profesiones similares muchos años. El caso es que nuestra relación fue muy estrecha, y hasta pasamos un par de vacaciones juntas después de la guerra. Ahora mismo nos veo caminando por el paseo marítimo de Niza, con una falda blanca plisada y nuestros maridos charlando detrás. ¡La de años que habrán pasado desde la última vez que estuve en la Costa Azul! No guardo buenos recuerdos de aquello. Julia era mayor que yo, me sacaba casi once años, y aunque nunca había aparentado la edad que tenía, poco después de cumplir los sesenta empezó a desarrollar una artritis muy fuerte. La artritis es una enfermedad que yo relaciono con esa belleza aquilina particular de Julia, como si tuviera muy poca carne con la que proteger los huesos. Después de la muerte de Charlie no se dejaba ver mucho: se quedaba en casa, en aquel piso espacioso pero frío de Onslow Square, al que yo iba a visitarla de vez en cuando, puede que menos de lo debido. Nunca se alegraba de verme: ¿por qué se iba a alegrar? Al final intenté alejarme de ella, pero sin éxito, como me pasaba con todo. La llamaba de tarde en tarde, empujada por una sensación de compromiso y también por algo más complicado y timorato que la compasión, quizá lástima. Ahora caigo en la cuenta de que llevaba por lo menos cinco años sin verla. Por eso me impresionó tanto la fotografía.

Julia había sido muy famosa de joven, cuando supuestamente se hizo esa foto. Se ganó cierta fama como actriz de cabaret y aparecía con regularidad en espectáculos de variedades de tono picante, hasta que esas cosas pasaron de moda. A la gente le hacía gracia que una aristócrata como ella condescendiera a distraer al público de ese modo. Ese elemento de condescendencia en sus actuaciones despertaba respeto, aunque no en todas partes: cuando quiso actuar para las trabajadoras de las fábricas en los años de la guerra su estilo resultó demasiado esnob para el gusto popular. Julia parecía anacrónica con esos vestidos largos y el pañuelo de chiffon anudado en el meñique de la mano izquierda, una afectación suya que no gustaba allí donde la moda consistía en meterse los rizos gordos como salchichas debajo de un turbante y llevar un mono anudado en la cintura. A pesar de que tuvo varios amantes —algunos de ellos hombres de prestigio, otros bastante turbios—, Julia nunca alcanzó esa informalidad que la habría situado en el mismo plano de las demás mujeres y que invitaba a ese tipo de confidencias que tanto le gustaban cuando se cruzaban en su camino. Más adelante se dejó atender por la incondicional Maureen, una mujer de aspecto enfermizo a la que conoció cuando fue a entrevistarla para el diario local. Julia nunca dijo que no a una entrevista: las entrevistas eran su estilo de comunicación natural. En el piso había sitio de sobra: ningún problema por ese lado. Y seguramente a Julia le venía muy bien que Maureen se ocupara de la compra y las tareas domésticas. Creo que gracias a eso no tuve que visitarla más a menudo. Aun así nos veíamos mucho. Al final, Julia se desentendió de todo y trataba a Maureen como a una esclava. Trataba así a la mayoría de la gente.

Julia no era una mujer simpática, pero tampoco yo lo soy. Si conseguimos llevarnos bien fue porque teníamos algunas cosas en común, principalmente nuestros maridos, mientras vivieron, y nuestra experiencia en la profesión, ámbito en el que yo siempre le mostraba respeto. Julia esperaba cierta deferencia. Además, a las dos se nos daba bien catalogar a la gente: nos animábamos mucho hablando de nuestros conocidos, y Julia era una imitadora excelente. En resumidas cuentas, ella a mí me asustaba y yo a ella la aburría, pero en nuestra época de apogeo, mientras las dos estuvimos sanas y casadas, lo normal era que hablásemos por teléfono dos o tres veces

a la semana. Nuestras conversaciones eran completamente intrascendentes, y con el tiempo se fueron espaciando. Ninguna de las dos tenía ganas de enterarse de los achaques y los dolores de la otra, y la viudez no contribuye precisamente a ampliar el número de temas de los que una puede hablar. A Julia le encantaba divertirse, aunque no tenía ni una pizca de sentido del humor: quería que la divirtiesen a todas horas. Su jerarquía de temas divertidos era ante todo conyugal o sexual: quién tenía un lío con quién, quién se estaba divorciando y por qué; cosas así. Siempre se le ocurría alguna insidia para todas las partes implicadas: esa era su idea de diversión. A mí me disgustaban ese tipo de conversaciones y por eso ella me consideraba aburrida. Para Julia, la mayoría de la gente era público al que ella se dignaba entretener por una especie de *noblesse oblige*, pero la gente tenía la misma obligación de entretenerla. Siempre decía: «Vamos a debatir», con lo que quería decir: «Vamos a pelearnos», porque normalmente era implacable. Y le gustaba el peligro, por eso a mí me alarmaba. Aun conociéndola desde hacía tanto tiempo, siempre me acobardaba un poco, nunca me encontraba cómoda en su compañía. Y al final resultó que me sobraban motivos para sentirme así.

Julia era muy guapa pero no tenía dulzura. Su belleza era del tipo inmaculado y seco que nunca se deteriora. Siempre llamó la atención por lo alta y lo delgada. Tenía unos pies tan finos que le hacían los zapatos a medida. Con los párpados caídos que enmarcaban sus ojos azul pálido era capaz de transmitir numerosas insinuaciones de índole invariablemente despectiva. Esos párpados destacaban en sus actuaciones y eran el centro de todas las caricaturas. Creo —tengo razones para creerlo— que Julia no era nada sensual por naturaleza, aunque tenía su repertorio de gestos sexis duros: los párpados, por supuesto, y las palabrotas que salían continuamente de sus labios bien cincelados. Siempre tuve la sensación de que, en lo más recóndito de su ser, muy por debajo de los párpados y de la mano llena de anillos con la que sujetaba un vaso de whisky, Julia siempre fue una niña, pero una niña perdida: soñadora, ingenua, despreocupada, casi pura. Dos pistas de esto: una la vivacidad que desplegaba en presencia de su madre (las dos bebiendo whisky y riéndose como colegialas) sumada a la devoción que sentía por su hermano, que se había descuidado en algunos aspectos,

«pobrecillo», y había acabado vendiendo coches; y otra la costumbre de dejar la ropa interior en una silla del dormitorio, cubierta con un paño de seda ex profeso. ¿De dónde le venía una costumbre tan arcaica? En la generación de mi madre era común, pero hoy en día casi ha desaparecido, porque las mujeres de hoy utilizan el cuarto de baño como tocador, y en todo caso no dejan la ropa en medio.

Por otro lado, Julia era una mujer muy anticuada. Incluso cuando estaba en la cúspide de la fama, a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, a mí me parecía una mujer madura, con experiencia, hasta perversa, y eso que para la mentalidad de hoy seguía siendo muy joven. Vestía como una señora de mediana edad, ropa bonita y sobria de Lelong y Patou. Para su regreso a los escenarios, con un éxito enorme, escogió un turbante y un vestido blanco de Madame Grès. Tanta elegancia infundía respeto en aquellos tiempos de escasez, antes de que el país volviera a levantarse: solamente se veían mujeres bien vestidas en el escenario, y por eso tanta gente iba al teatro. Aun así Julia resultaba anticuada incluso a sus más fieles seguidores, a los hombres solitarios recién llegados de la guerra y a los peluqueros jóvenes. En eso residía en parte su encanto, en que encarnaba un estilo que había dejado de existir. Lo cierto es que Julia siempre estuvo desfasada. Culpaba a todo el mundo menos a sí misma, pero la única vez que me dio pena fue un día que la vi bajar esos párpados preciosos y supe —la certeza llegó como un fogonazo— que lo que sentía no era desdén, como ella pensaba, sino incompreensión. Al momento se fue a su dormitorio, abrió sus muchos armarios de par en par y nos exigió que le dijéramos qué ponerse. En realidad ya había tomado una decisión, y ella nunca se equivocaba, pero le gustaba quejarse del mal gusto de quien tuviera la osadía de hacerle una sugerencia ridícula. Este tipo de situaciones, que se repetían con frecuencia, eran uno de los ritos con los que Julia fortalecía su dominio. Era famosa por eso, como era famosa por casi todo. «Ah, Julia —se reían sus amigas—. ¿Por qué no pierdes la cabeza por una vez y cometes un error?» Pero nunca hizo eso. Nunca jamás lo hizo.

Se llamaba Margaret Julia Wilberforce y siempre se refería a sí misma como Wilberforce, aunque para su madre era Meg. En el escenario, por supuesto, era simplemente Julia. Sin embargo para ella tenía casi tanta

importancia ser una Wilberforce como ser Julia, y a mí se me dio a entender que ser un Wilberforce significaba tener acceso a cierto esplendor. Esto nunca se decía explícitamente. La única razón por la que lamentaba no haber tenido hijos era que se perdiera su apellido, pues parecía poco probable que su pobre hermano se casara, siendo tan dado a todo tipo de excesos menos a los relacionados con el amor y la responsabilidad. El esplendor de los Wilberforce, reducido ahora al de la propia Julia, residía en aquellos bisabuelos, abuelos y tíos militares, así como en la querida memoria de su padre, también militar, cuya fotografía, en un marco de plata, ocupaba un puesto de honor tanto en el salón de Julia como en su mesilla de noche. A ninguno de sus dos maridos se le concedió el mismo honor. Ni a Simon Hodges, al que siempre llamaban Hodge, ni a Charlie Morton. Cuando se hablaba del padre de Julia, tanto a ella como a su madre se les humedecían los ojos de lágrimas, y luego, con la mano temblorosa, volvían a llenar el vaso de whisky. Hodge, a quien nunca llegué a conocer, también había sido militar, pero en todo lo demás no estaba a la altura y fue condenado a un divorcio sumario. «Éramos demasiado jóvenes», decía Julia con una sonrisa compungida y complaciente: y, en cierto modo, cabía deducir que el interludio —pues se trató de un interludio más que de un matrimonio en toda regla— había significado muy poco para ella.

Charlie era diferente. «Charlie es mi puntal, es mi sostén», decía Julia. Y no era ni más ni menos que la verdad. De voz suave y andar suave, corpulento, despistado y encantador, Charlie era el marido ideal para una mujer como Julia, aunque, no siendo un Wilberforce, se quedaba un poco al margen cuando Julia y su madre estaban juntas. Yo tenía la sospecha de que Charlie mantenía a su suegra en un apartahotel de la zona de Sloane Avenue: desde luego era él quien costeaba todos los servicios domésticos de la casa de Onslow Square, porque si Julia entraba alguna vez en una tienda, cosa bastante rara, era para que le reparasen un reloj de pared sin arreglo («¡Tiene que arreglarlo! ¡Era de mi abuela! Prométame que lo intentará»); y si iba a la peluquería, muy de vez en cuando, era porque su peluquero habitual, que la atendía en casa, se había ido de vacaciones. Siempre decía que sus necesidades eran inmateriales, por eso era Charlie quien llamaba por teléfono a Harrods o Selfridges y hacía un pedido considerable, o se

quitaba la chaqueta por la noche para preparar una tortilla. Julia vivía a base tortillas y de whisky —por más que asegurase que no le gustaba ninguna de las dos cosas— y no parecía que eso le afectara a la salud.

A mí me indignaba que tuviese a Charlie de criado, pero él lo aceptaba como una obligación natural. Creo que siempre supo que se había casado con una belleza, que como la había retirado de la circulación, por así decirlo, en cierto modo estaba obligado a ponerse a su servicio. Ella lo trataba como a un pretendiente, recordaba continuamente cómo la esperaba en la puerta del teatro y le enviaba flores todas las noches, hasta que por fin le escribió una carta para que se la entregasen en el camerino en la que le decía: «Eres la mujer de mi vida. Nunca habrá otra.» Esto se rememoró en varias ocasiones estando yo presente. A mí me parecía exagerado, indigno de un hombre como Charlie, que al fin y al cabo era un abogado de cierto prestigio y estaba muy solicitado en Londres, que tenía su bufete en Hanover Square, del que mi marido, Owen Langdon, era asociado. A pesar de todo, Charlie aceptaba sin protestar estas pequeñas representaciones de Julia, como si fuera consciente de que en cierto modo él no llegaba a dar la talla, y a veces pasaba discretamente con un trapo para quitar el polvo de algún sitio, aunque se suponía que la señora Wheeler limpiaba a fondo todas las mañanas. Era un hombre atractivo, alto, grande, puede que un poco rellenito, con unos ojos castaños que irradiaban calidez y una expresión alegre, siempre a punto de estallar en una sonrisa. A veces se le perdía la mirada, como si le apeteciera cambiar de tema, pero tenía demasiado buen corazón para enfadarse y era más natural en él, incluso más agradable, sonreír y acatar que salirse con la suya. Alguna vez me planteé si se sentiría solo o si sería una carga para él no ser un Wilberforce. Nunca me pareció que Julia tuviese demasiada vida interior. Era autosuficiente en todo y eso le daba una autoridad natural. No dependía de nadie, ni siquiera de Charlie, por más que fuera su puntal y su sostén. Julia, pensaba yo a veces, quizá tuviera un cerebro más agudo que Charlie, y eso que él era un hombre muy inteligente y, desde luego, más sutil que ella. Hacían buena pareja. Él siempre se quedaba un poco al margen para que ella destacara. Las canas de Charlie eran el contrapunto natural para que Julia luciera su melena caoba. Ese pelo lacio, oscuro y cortado a lo paje (también anticuado, ahora que lo

pienso), arreglado con ingenio y objeto de intensos debates con Bobby, su peluquero, fue un rasgo exterior que Julia nunca cambió, que conservó hasta el final de su vida.

Charlie era un encanto. Cuando murió, Julia no perdió el control: estaba triste, claro, pero nunca derramó las mismas lágrimas que le arrancaba el recuerdo de su padre. No se le humedecieron los ojos, aunque debió de sufrir o al menos acusar el golpe, porque después de eso apenas salía de casa. En realidad no lo necesitaba, pues para entonces Maureen ya se había instalado con ella, pero a mí me extrañaba de todos modos. Julia no estaba enferma; es verdad que estaba muy agarrotada, aunque tenía poco más de sesenta años. Simplemente se sentía más segura en Onslow Square que en la calle, donde solo habría sido una viuda más.

Nos juntamos todas para ayudar. A mí me pidió bastantes cosas en aquella época, pero nunca estaba satisfecha con cómo las hacía. «Da igual —decía—. Seguramente he puesto el listón demasiado alto.» Maureen y la antigua ayudante de camerino de Julia, Pearl Chesney, se reían y se compadecían de mí, porque casi siempre estaban allí ayudando a Julia, con su madre, que increíblemente tenía ya ochenta y cuatro años. Parecía que Julia también iba a ser longeva, que su reclusión y su determinación de acero la protegían de las múltiples tensiones de la vida. Ahora mismo la estoy viendo, sentada en su salón blanco y amarillo ácido de Onslow Square con un whisky en la mano. Yo tenía la sensación de que Julia no cambiaba con los años, de que seguía siendo esbelta, elegante, irónica, hierática y cruel. «He oído que Nigel ha vuelto a salir corriendo —decía—. Bueno, no es culpa suya. Esa mujer que tiene... ¿Has conocido alguna vez a una mujer tan aburrida?» Nunca se ponía de parte de la mujer en esos casos. Creo que había algo masculino en su solidaridad con los hombres que se portaban mal. Había que ser muy fuerte para ganarse el respeto de Julia o al menos su atención. Por eso tenía tan poco tiempo para una persona como yo, a pesar de que el destino nos hubiera unido de una manera que a mí por naturaleza me costaba aceptar o soportar.

Cuando entraba en su salón con flores —o cualquier cosita, siempre le llevaba un detalle—, ella me las quitaba de las manos con un gesto de palpitante gratitud y luego se detenía a observarlas. «Ah», decía, con una

nota de menguante entusiasmo, fingiendo que las examinaba más a fondo. «Ah. Qué bonitas.» Marcaba la pausa, ponía los párpados a media asta y, entonces, quien estuviera delante —su manicura, Maureen, Pearl Chesney, la señora Wilberforce— rompía a reír. «Muy bonitas —repetía, perdiendo el interés—. Déjalas ahí, por favor. Ya me ocuparé luego.» Todas las flores que le llevaba, y fueron muchas, acababan siempre en una mesita, donde unas veces se quedaban hasta que las ponían en un jarrón, mucho más tarde, y otras hasta que las tiraban a la papelera.

De todo esto hace mucho tiempo. Julia ha muerto con casi ochenta años, y yo ya estoy cerca de los setenta. Nunca aceptó la vejez: en cierto modo no lo necesitaba, porque nunca perdió su poder. Para mí las cosas han sido muy distintas. Yo siempre he sufrido y he sido insegura. Los años me han tratado con amabilidad por ahora. Me encuentro bien; es verdad que he engordado unos kilos, pero todavía me conservo bastante esbelta. Me cuido todo lo posible, sigo la moda y me ciño a la regla de mi madre: marrón en otoño y azul marino en primavera. Algunos todavía me recuerdan de los tiempos en los que cantaba en la radio. Era Fay Dodworth, una de las favoritas de la época. Cantaba baladas románticas y me ofrecieron un par de papeles importantes en diversas comedias antes de que todo se volviera tan complicado. Tenía una voz bonita. Algunos decían que era guapa, aunque el listón estaba más bajo entonces: a una mujer se la admiraba por tener el pelo ondulado, los pómulos altos, la cintura fina, hasta la espalda recta. No sentí dejar mi trabajo. Nunca tuve temperamento de actriz. Volví brevemente a la radio para leer el serial de «Woman's Hour»: mi voz seguía siendo melodiosa y siempre había tenido una buena dicción. Recibí unas cuantas cartas de gente que me escuchaba cuando era joven. Me animaron mucho. Desde entonces no me ha ocurrido nada reseñable, aunque sigo activa y contenta. Me han felicitado por mi alto nivel y procuro conservarlo.

Naturalmente, soy consciente del aspecto físico que tengo de noche, con el pelo suelto. He observado, casi objetivamente, la aparición de este cuerpo asexual, un cuerpo al que hay que tratar con cuidado hasta que finalmente le llegue el relevo. Cuando mi figura perdió definición, cuando empezó a acusar los efectos de la gravedad, supe que el amor se había acabado para siempre. Pero a todo el mundo le pasa lo mismo, pensé; todo el mundo está

sujeto a la ley del cambio. Recuerdo que una noche me miré con asombro el pelo largo, casi sin color, y me palpé la carne en la cintura. Lloré un poco. De todos modos, esa noche dormí bien, como siempre, y a la mañana siguiente me desperté pensando en lo tonta que había sido. Por la mañana siempre estoy de buen humor. La tarde es la hora mala para mí. En esos momentos me siento irremediabilmente como mi madre, que esperaba en la ventana hasta que me veía llegar a casa y yo la saludaba con la mano en la penumbra. Pero al cabo de un rato me levanto, me preparo una taza de café y pongo las noticias. No tiene ningún sentido dejarse llevar por la melancolía. Siempre hay otro día, o eso me gusta pensar.

Mi canción era *Arcady*. «*Arcady, Arcady is always young.*» A veces la cantaba al final del programa, como bis. ¡Qué canción tan bonita! Y también cantaba *Only Make-Believe* y *You Are My Heart's Delight* y *I'll Be Loving You Always*. Canciones preciosas todas. A veces aún me vienen a la cabeza las letras, aunque procuro no acordarme de la melodía, porque desde que me estoy haciendo mayor me resultan insoportables: tristes, lastimeras, vulgares, nostálgicas, cargadas de desengaños cotidianos, incluso de tragedias. Procuro no pensar demasiado, aunque supongo que tengo tanto que pensar como cualquiera. En todo lo que ya no está. En todo lo que he perdido. Pero después me recupero, de una forma u otra. La verdad es que he sido afortunada: nada me ha hecho perder el equilibrio, tan importante para quien al menos intenta conservar la dignidad. En conjunto he tenido una vida muy fácil, muy agradable. Fui una chica guapa, me casé bien... ¡Qué lejano parece todo! Y una vez tuve eso a lo que aspiran la mayoría de las mujeres. Procuro no olvidarlo.

Dos

Mi padre, Jimmy Dodworth, era el gerente de una sala de cine en los tiempos en que los gerentes de cine aparecían todas las noches en el vestíbulo del local con esmoquin, camisa de gala y pajarita. Vivíamos en Camberwell, en una de esas estrechas casas de la época georgiana que ahora tanto gustan a los hijos y las hijas de los banqueros. A nosotros nos parecía una casa normal y corriente, bastante oscura, con demasiadas escaleras y un jardín no muy grande. A mi madre, que estaba muy delicada y se cansaba con facilidad, no le gustaba: soñaba con un piso moderno en un barrio como Ealing o Golders Green, con armarios empotrados en la cocina y calefacción central. A mí me encantaba aquella casa, porque era la única que había conocido. De pequeña era feliz jugando en los rellanos o en mi dormitorio, o lanzando la pelota contra la tapia en el jardín, donde también había un cobertizo y una carbonera. Al fondo crecía un saúco, en la parte que miraba a un callejón estrecho que desembocaba en la calle principal, y yo cogía una silla y me sentaba a los pies del árbol, haciendo como si estuviera en el campo. No tenía ni idea de cómo era el campo, porque creo que nunca habíamos ido de vacaciones. Mi padre siempre estaba de guardia, como él lo llamaba, y a mi madre le ponían nerviosa los viajes. A pesar de que era inquieta y tenía una imaginación desbordante, le convenía quedarse en casa y salir solo para lo imprescindible, como hacer la compra o ver una película. El cine colmaba sus aspiraciones de una vida mejor, le descubría un mundo de posibilidades, de lujo y extravagancia, en el que una mujer solo necesitaba unos pies que supieran bailar, una cara bonita o una voz para cautivar al hombre soñado y cumplir su mayor deseo. Mi madre creía en estas cosas, y yo también.

Nuestra vida estaba modelada por el cine, tanto física como moralmente. El encanto del cine en esos tiempos era su absoluta falta de

clasismo. La heroína era por lo general una huérfana valiente, una modestísima bailarina o una dependienta con tirabuzones rubios y talento para la réplica. La convención dictaba que el héroe fuera de rango superior, que se dejara asombrar, seducir y finalmente perdiera la cabeza por una mujer llena de vida, humilde pero siempre impecablemente arreglada, con sus mangas de farol y sus medias de seda, cosa que en la vida real muy pocas chicas trabajadoras tenían ni la fuerza ni los recursos para conseguir. Prácticamente en todas las comedias de Hollywood había un infame coro cómico de mujeres esnobs que fumaban con boquilla y llevaban sombreros anticuados —normalmente la madre del héroe y un par de prometidas a las que él descartaba—, pero a todas las derrotaba el descaro de la heroína y la sinceridad del héroe. La proposición de matrimonio era inevitable, porque siempre eran historias morales. Una chica ganaba gracias a su encanto o su personalidad, no a su influencia, mientras que si el héroe alguna vez tenía la innoble idea de seducirla enseguida se reformaba por la virtud de la que hacía gala el objeto de su fascinación: nunca jamás había pasión hasta el momento en que se formalizaba el vínculo, con acompañamiento de números de baile y canciones a todo volumen.

Esas inocentes películas de los años treinta y principios de los cuarenta determinaron el aspecto y la conducta de un par de generaciones de hombres y mujeres jóvenes. Las chicas sin ninguna experiencia de la vida aprendían a ser provocadoras, y los chicos, con menos experiencia aún, a ser atrevidos. En el mundo real eran novatos que jugaban al deseo, y el juego les resultaba delicioso, posiblemente más que la versión auténtica, que aprendían mucho más tarde, a veces con amargura, a veces para siempre —porque el divorcio se consideraba una desgracia, algo que ni siquiera se podía contemplar— y sin rastro de canciones y bailes. Cuando era pequeña, las mujeres con hijos de mi edad a mí me parecían ya maduras, mientras que el cine era un mundo de eterna juventud. Al crecer aprendí que la eterna juventud es un espejismo demasiado valioso para renunciar a él: tiene que encontrar su sitio en alguna parte, consagrarse como un mito, un ideal, incluso una fantasía. En aquellos tiempos, antes de la guerra, vivíamos un sueño de inocencia que los años de la guerra no llegaron a destruir del todo, a pesar de que viéramos escenas que nadie

tendría que ver jamás, ni hombres ni mujeres. Ahora, mirando atrás, me parece que las posibilidades de felicidad eran exclusivas de la juventud, que la gente procuraba aplazar la vida adulta lo máximo posible. La vida adulta llegaba de golpe con el matrimonio, y la mediana edad con los hijos. La gente rara vez parecía tan feliz como esperaba serlo antes de hacerse mayor.

Yo diría que ahora todo es diferente. La gente joven que conozco, las hijas y los hijos de mis amigos, tienen una experiencia increíble, incluso con esas caras todavía tan tiernas. Cuando veo a estos chicos y chicas que se esfuerzan tanto y le ponen tanto empeño, que tienen el listón tan alto y llegan tan lejos, y pienso en mi juventud, me doy cuenta de que yo a su edad vivía completamente en la inopia, y no solo en la inopia, sino protegida. Mi única noción del mundo era lo que veía en la pantalla o leía en la biblioteca de mi madre. El conocimiento del mundo era sencillamente para otros. La diferencia era que en el cine una veía sus deseos cumplidos (sin perder la cabeza, por supuesto) simplemente por tener los pies hechos para el baile o una voz bonita. Las ambiciones que mi madre tenía para mí nacieron en esa época, y aunque yo habría sido más feliz sentada debajo del saúco, soñando, o lanzando la pelota contra la fachada de la casa, me obligaron a tocar el piano y a ir a clases de baile, y luego, cuando para disgusto de mi madre resultó que yo no tenía ni la vanidad ni el espíritu que entonces se consideraban necesarios para ser bailarina, me llevaron a aprender canto bajo la dirección de madame Mojeska, una mujer polaca bastante distinguida que vivía de una modesta pensión de origen misterioso y de las clases que daba a un puñado de imperturbables niñas inglesas, y ese fue probablemente el mayor golpe de suerte de mi juventud. Madame Mojeska me enseñó a cantar, y no solo a cantar sino a respirar y a colocar la espalda como es debido: aprendí a caminar erguida y a fortalecer el pecho y el diafragma, que es quizá la razón por la que he conservado la figura tantos años.

Además de ser gerente de una sala de cine, mi padre era masón y jugador de póker, cosas que a mí me parecían elegantísimas. Mi padre fue el héroe de mi infancia: ¿no se vestía de etiqueta por las noches? Ahora veo que era un hombre de trato fácil, complaciente, alegre, probablemente mediocre. Tenía una especie de *bonhomie* que yo siempre he valorado en un

hombre; esa capacidad para estar cómodo y que los demás también lo estén, de transmitir un sentimiento de entusiasmo y buena voluntad. Era amable: muy pocos hombres tienen ese don. Ahora comprendo que esta amabilidad compensaba cierta debilidad de carácter, y entonces tengo que recordar que también su debilidad era amable. En su vida nunca hubo otra mujer que no fuera mi madre; solo hubo partidas de cartas y cierta cantidad de alcohol. Mi madre se alteraba cuando lo veía sentado en mangas de camisa y tirantes, con un vaso de cerveza a mano y la chaqueta de esmoquin olvidada hasta la tarde del día siguiente. Ella siempre tuvo más ambición que él, más deseo, diría yo ahora, aunque fue un deseo nunca satisfecho. Mi padre era demasiado amable para desear: él quería una vida sencilla, sin desafíos ni sueños imposibles y con ciertas dosis de popularidad y diversión. Cuando estaba en el vestíbulo del cine, saludando a los clientes con una sonrisa digna y acogedora, era un personaje mucho más impresionante que el hombre que después se sentaba en tirantes y mangas de camisa y se limpiaba con la mano la espuma de la cerveza del bigote castaño. Mi madre le decía en voz baja que se pusiera la chaqueta, y él simplemente se servía otro vaso de cerveza. A veces ella se ponía de morros y salía de la habitación; a veces se le saltaban las lágrimas cuando veía alejarse la perspectiva del piso en Finchley o en Acton y a sí misma condenada para el resto de su vida a planchar en el lavadero oscuro los pantalones de etiqueta de su marido; y ni ascensor ni alfombras de colores chillones ni jardincito delantero que recompensaran su esfuerzo. Mi madre estaba demacrada desde que yo era pequeña. Pero siempre fue diligente, siempre obediente, una buena esposa. Esto era aún más chocante si tenemos en cuenta que mis padres no encajaban demasiado bien. Ella habría podido tener una vida con más glamur que el de las ingratas y latosas rutinas que repetía en nuestra casa. Era una mujer guapa, de ojos grandes y oscuros, pero perdió su belleza muy pronto, cuando aún era muy joven, cosa que a mí nunca me pareció. Era sencillamente mi madre, y necesitaba mi protección cuando iba al cine, por si alguien tenía la desfachatez de hablar con ella; era la mujer que reñía a mi padre, con quien yo, por supuesto, me aliaba; la mujer que me llevaba a las clases de canto y me esperaba a la salida para volver a casa. Esas clases apaciguaban algo en ella. Parecía más dulce, más

tranquila, cuando volvíamos paseando por las calles modestas, mirando las tiendas modestas. «Espera un momento, Fay —decía—. Voy a comprar una hogaza de centeno para tu padre, que le gusta mucho el pan recién hecho.» Y yo en esos momentos la quería más que nunca.

Yo quería que mis padres se quisieran, como supongo que les pasa a todos los niños, pero la verdad es que quería más a mi padre. Quería que saliera a divertirse, aunque mi madre protestara. Los masones eran en general buenas personas, pero mi madre solo sentía desprecio por los misterios que los hombres se traían entre manos. Creo que pensaba que los hombres no tenían derecho a excluir o a ignorar a las mujeres. Pero los masones hacían una buena labor social: financiaban escuelas y hospitales, y eso satisfacía en parte el sentido de la decencia que tenía mi madre. Lo que no soportaba eran las partidas de cartas que duraban toda la noche, y por eso nunca se celebraban en nuestra casa. Mi padre tenía unos cuantos amigos aficionados al póker, y los sábados por la noche se cambiaba el esmoquin por unos pantalones de franela grises, una camisa limpia y un jersey, le daba un beso a mi madre y se iba al bar, donde, como uno de sus amigos era el dueño y como la mujer del dueño era una mujer que no ponía pegás, mi padre se juntaba con Harry, Joe y Paddy en la trastienda y se quedaban allí cuando el bar ya había cerrado, jugando al póker y bebiendo cerveza hasta eso de las tres de la madrugada. Los domingos rara vez se levantaba antes de mediodía. Aun así era un hombre cuidadoso; nunca lo vi sucio o mal vestido, y siempre estaba de buen humor. Mi padre quería a mi madre, aunque nunca llegó a comprenderla, y a mí me consideraba el mayor orgullo de su vida. Y al margen de lo que mi madre tuviera en contra de estos amigos del póker, fue gracias a los buenos oficios de uno de ellos, Harry, un agente teatral de poca monta, como conseguí mi primer trabajo. Pero todo esto es mirar hacia el futuro y los tiempos en que empezaba a hacerme mayor, cuando lo que quiero recordar son esos días dorados en los que éramos una familia y nos queríamos tanto a pesar de todo.

Crecí con la idea de que con unos buenos pies para bailar y una voz bonita para cantar era posible conquistar el mundo, y de que lo único que había que hacer era llevar los cuellos blancos siempre limpios y lavarse el pelo con frecuencia. Y para mí fue así. Pero eso llegó más tarde, como llegó

también otro tipo de conocimiento menos agradable. Lo que recuerdo, y lo que me influyó durante tantos años, era el ritual que se practicaba los domingos por la tarde en nuestra casa estrecha, que ahora, supongo, será de gente mucho más rica de lo que mis padres soñaron con ser en la vida. Los domingos, al caer la tarde, estábamos en paz. Mi madre se ponía un vestido bonito —siempre iba bien vestida— y mi padre dejaba el periódico con un suspiro de satisfacción. «Mis chicas —decía—. Mis dos bellezas.» Mi madre sonreía un momento y olvidaba sus enfados. Cuando fui a París en mi luna de miel vi que mi madre era como las mujeres francesas, inquieta y activa, llena de aspiraciones sociales, con sentido de la elegancia, accesible e intimidante al mismo tiempo, y poco predispuesta a la relajación. Sin embargo, los domingos por la tarde los tres parecíamos fundirnos en un solo ser, componer una unidad soñadora mientras oscurecía en la calle y el fuego bailaba en la chimenea. Yo me sentaba en un taburete, a los pies de mi padre. Mi madre tejía. Otras veces leíamos los libros que mi madre traía de la biblioteca Boots, historias sencillas y llenas de buenas intenciones que eran para nosotros una fuente de placer inagotable, parte inseparable del domingo, historias que nunca hablaban de cosas inquietantes o duras y siempre tenían un final feliz. Hoy poca gente se conformaría con esas diversiones, pero ese intervalo, antes de que fuera demasiado oscuro para leer, para mí era —lo sigue siendo— mágico. Ahora no soy capaz de recrearlo, por más que lo intento, y parte de la desolación de mis últimos días vendrá de la certeza de que nunca he podido sustituirlo por nada que tuviera el mismo peso. Pero nunca fue mi destino tener un final feliz, aun habiendo partido de unos comienzos tan felices. Sigo sin entender cómo ha sido posible, aunque ahora tenga en mi mano toda la información.

Ellos querían que yo fuera feliz y admirada, que triunfase. Y supongo que querían que me casara, aunque contaban con que eso ocurriría en un futuro lejano. Nunca hablaron de tener nietos: yo les bastaba. Y fueron buenísimos conmigo. No protestaron cuando me mudé a Foubert's Place, a un pisito que compartía con una chica a la que conocí trabajando con la orquesta. La retransmisión se hacía a las once de la mañana. Millie era la *mezzo* y yo la soprano lírica, y cantábamos en programas alternos. He seguido en contacto con ella, aunque nos vemos muy de vez en cuando; ella

ahora vive en el campo y está viuda, como yo. Cuando viene a la ciudad a hacer las compras navideñas, comemos juntas. Ha engordado mucho, pero sigue siendo muy cariñosa y sonriente. Era una chica encantadora, mayor que yo y con más experiencia, y muy buena. Creo que la bondad de Millie prolongó mi inocencia mucho más tiempo de lo natural, a pesar de que a mí me pareciese natural. Millie salía casi todas las noches, y a mí me gustaba despertarla a la mañana siguiente con una taza de té. Mi madre se alegró por mí: tenía la sensación de que sus ambiciones se habían cumplido ahora que su hija vivía en el West End, compartiendo piso como supuestamente hacían las chicas solteras, y siempre atareada, guapa y llena de esperanzas. No se perdía un solo programa. Y mi padre hasta estuvo dispuesto a madrugar un domingo para llevarme un conjunto de porcelana buena que mi madre no usaba nunca y varias cazuelas y sartenes nuevas. Fue una tontería, ahora que lo pienso, porque yo siempre iba a casa los domingos por la tarde y podría haber recogido esas cosas. Mi padre lo hizo porque quería ver cómo vivíamos y si teníamos el piso limpio y ordenado. Mi madre también vino, pero no el mismo día. El viaje era una aventura para ella, que odiaba salir. Trajo un bizcocho y yo le preparé un té, y después le enseñé las tiendas de Regent Street y la acompañé a la parada del autobús. «Espera un momento, Fay —me dijo—. ¿Hay alguna tienda donde pueda comprarle algo a tu padre? ¿Una hogaza, quizá?»

Mi padre se desplomó en el vestíbulo del cine una noche, a primeros de diciembre. Llamaron a una ambulancia, aunque saltaba a la vista que estaba muerto: por nada del mundo podían dejarlo allí. Mi madre pidió que lo llevaran a casa y me avisó al día siguiente. Recuerdo que yo estaba en la ventana, mirando los esqueletos negros de los árboles y sin saber cómo iba a soportar tanta pena. Mi tristeza era literalmente dolorosa: casi no podía respirar. He sufrido otras veces desde entonces, y puede que la vejez tenga la virtud de hacer que uno se vuelva más estoico, de que acepte la carga de la vida, sabiendo que la alternativa es, sencillamente, la muerte, el no existir, el no sentir. Y como el deseo de durar todo lo posible, incluso para siempre, es inherente al organismo, nos avenimos a aceptar todos los contratiempos, todas las tragedias, si ese es el precio que hay que pagar. Pero esto no lo aprendí hasta mucho más tarde, y todavía hoy sigo

aprendiendo la lección a diario. Entonces, mirando por la ventana los árboles desnudos y espectrales, simplemente me pregunté si la vida podría volver a ser la misma. Y nunca lo fue: ha pasado el tiempo y el cambio se ha instaurado como norma.

Ahora me río de la gente que me dice que la vida nunca volverá a ser igual: es posible que trate a las viudas con demasiada alegría. Y, como digo, he sufrido otras veces desde entonces. Pero la vida no volvió a ser la misma. Yo era joven; me recuperé. Mi madre no pudo. Inmediatamente después del funeral perdió las ganas de vivir. Había vivido siempre intermitentemente enfadada con mi padre, así la recordaba yo, pero ahora que veía la butaca de mi padre vacía, su inquietud desapareció y se pasaba las horas sentada, sin ganas de moverse, con los ojos llenos de miedo. Incluso conmigo tenía miedo. Su única reacción valiente fue decirme que volviera a mi casa, con Millie, a pesar de que yo quería quedarme con ella. «No me sirve de nada tenerte aquí —dijo—. Me las arreglaré. No hay mucho que hacer. Y no voy a consentir que destroces tu vida por mí. Me las arreglaré —repitió—. Tu padre está conmigo todo el tiempo, Fay. Lo siento a mi lado. Vete, cariño. Mi sitio está aquí. El tuyo no.» Esto me pareció un gesto magnífico de su parte, pero me fui únicamente porque me sentí excluida, porque en aquel entonces yo no sabía nada de la naturaleza del amor conyugal. Me fui y cogí un taxi para volver a Foubert's Place, donde Millie me estaba esperando con un té caliente. Viendo que Millie era una amiga estupenda, y que mi madre había estado impresionante, magnífica, me sentí muy afortunada y pronto volví a ser la misma de siempre. Eso me parece ahora. Entonces todo fue muy distinto, en los días largos y oscuros de aquel invierno. En mi corazón había un vacío que nada podía llenar, y ese dolor me acompañó durante años, años en los que aparentemente llevé una vida feliz y de éxito, años en los que mi corazón se fue marchitando poco a poco, hasta que por fin algo le devolvió la vida.

Tres

Lavinia Langdon, la mujer que iba a convertirse en mi suegra, me pidió que la llamase Vinnie cuando nos conocimos en su piso de Swan Court, en Chelsea Manor Street, un día de primavera anormalmente cálido de finales de abril. Recuerdo que me deslumbró la cantidad de espejos y licoreras de cristal tallado que tenía en la salita de estar, diminuta y abarrotada de muebles, aunque tanto resplandor no bastaba para ocultar una buena capa de polvo. La propia Vinnie tenía algo del mismo resplandor polvoriento. Era una mujer pequeña y muy delgada, exageradamente maquillada, con el pelo oscuro, rizado y sin brillo escondido debajo de uno de esos velos con lunares que estaban tan de moda en los años cincuenta, y el carmín incrustado en las arrugas profundas de las comisuras de los labios apretados. Tenía unos ojos bonitos, oscuros y atormentados, hundidos en un paisaje de sombra azul y adornados con unas pestañas como plumas. Ese día llevaba un traje de tweed rosa que parecía hecho para una niña y aun así daba la sensación de quedarle demasiado grande, aunque era un efecto intencionado para lucir las piernas, delgadas y sorprendentemente juveniles y de las que se notaba que estaba orgullosa, porque no paraba de cruzarlas y descruzarlas, mientras hacía ademán de estirarse la falda con una mano pecosa y cargada de anillos.

Eran las cuatro y Vinnie estaba bebiendo ginebra. Parecía que tenía la intención de pasar la tarde en la butaca de capitoné azul oscuro, aunque yo no tardaría en saber que Vinnie rara vez se quedaba en casa, sino que, como mi padre, se iba a jugar a las cartas —en su caso al bridge— a uno u otro apartamento del edificio, que por lo visto era un refugio ideal para viudas y divorciados con afición a la ginebra y al bridge. Sus partidas podían alargarse indefinidamente —y de hecho lo hacían— sin que ninguna obligación doméstica las interrumpiera, porque había un restaurante en la

planta baja y creo que hasta podían pedir que les subieran la comida, como si vivieran en un hotel. Esto resultaba muy cómodo para Vinnie, que era una incompetente en muchos aspectos. Su rutina diaria consistía en levantarse alrededor de las diez y media, fumar el primer cigarrillo del día, darse un baño, vestirse y ponerse a continuación esa máscara de maquillaje sin la que parecía una niña de doce años maltratada y marchita. Comía en el restaurante, daba un paseo corto para comprar ginebra y cigarrillos, y se sentaba en su cuarto de estar con una copa a esperar la visita diaria de su hijo, al que adoraba y mimaba, como todas las mujeres que tenían algún trato con él. Cuando se quedaba sola, Vinnie hacía un par de llamadas de teléfono, se levantaba con mucho esfuerzo de la butaca, volvía a empolvase la cara y cogía el ascensor para pasar la tarde jugando al bridge en alguna casa.

Y al parecer estaba totalmente satisfecha. Su vida, aunque muy limitada, tenía el mérito de no necesitar nada más, y al margen del doloroso amor que sentía por su hijo, Vinnie no tenía pasiones imposibles de satisfacer. Si no había comida en casa, no comía. Si tenía muchísima hambre, como me imagino que le pasaría de vez en cuando, simplemente llamaba a la puerta de alguno de sus compañeros de bridge —hombres mayores llenos de entusiasmo y mujeres tan trastornadas como ella— y pedía una taza de café con aire lastimero. Cuando la conocí un poco mejor vi que era capaz de comer para dos días de una sentada. Aprovechaba la ocasión de alimentarse, se zampaba increíbles cantidades de lo que hubiera y se daba a la ginebra y al tabaco hasta que otra comida se cruzaba en su camino. Después de casarme con Owen tomé la costumbre de llevarle comida a Vinnie, aunque a ella le parecía un insulto y la dejaba en el frigorífico hasta que se estropeaba. Prefería pasarse por nuestra casa, merodear por la cocina y arramblar con dos buenas porciones de tarta de manzana si por casualidad estaban en la mesa, columpiando sin parar las piernas diminutas y yendo a maquillarse inmediatamente después. El momento de ajustarse los rizos por debajo del velo moteado señalaba el final de la ingesta diaria de alimento y el comienzo de la distracción de la tarde.

Esa primera vez que nos vimos me mostró una cordialidad que facilitaba la conversación sin llegar a crear un ambiente del todo cálido. No

era una mujer encantadora pero sí accesible. Parecía conocer a los hombres al dedillo, porque había hablado largo y tendido del tema con unas cuantas mujeres, pero la boca tensa y los ojos tristes contaban una historia muy distinta. Más tarde me enteré de que venía de una familia de maridos prófugos —su padre se largó de casa, y su marido, Henry Langdon, se lio con otra y tuvo que abandonar el ejercicio de la abogacía y mudarse al sur de España, donde seguía viviendo con su amante—, pero la experiencia no la había transformado en una persona ni más triste ni más sabia. Del señor Langdon solo se hablaba con rencor y para atacarlo brutalmente, a pesar de que Vinnie vivía muy cómodamente con la pensión que él le pasaba y a pesar de que había renunciado a reclamar su parte de la vivienda conyugal en Gertrude Street, donde Owen vivía ahora solo, después de que ella afortunadamente levantara el campamento para instalarse en Swan Court y entregarse a las eternas partidas de bridge que iban a ser su única ocupación. De todo esto me enteré mucho después. Lo que me impresionó a primera vista fue el ansia con que miraba a su hijo, tanta que a mí apenas me prestaba atención, pensando, puede que con razón, que yo era solo una más, que él no tardaría en desecharme. Pero como Vinnie era lista y sabía que la intensidad de su amor podía llegar a enfadar y a incomodar a Owen, lo disimulaba con distintas rutinas coquetas. Cuando salía de la habitación, se detenía en la puerta, levantaba una pierna hacia atrás y, con una sonrisa radiante, decía: «No les dejes empezar sin mí. Voy a cambiarme.» Cinco minutos más tarde se oía la cisterna en el cuarto de baño y Vinnie volvía, extendiéndose la crema de manos antes de ponerse de nuevo los anillos.

A mí me intimidó en esa primera reunión, porque no entendía que pudiera ser madre de nadie. No se parecía a ninguna madre que yo hubiera conocido; la mía era tímida y discreta, y la señora Saage, la madre de Millie, que venía de Mánchester de vez en cuando, era una mujer encantadora, siempre vestida de colores y con la misma sonrisa adorable de su hija, que nos daba consejos para atraer a los hombres, arreglarnos el pelo, usar bien el perfume y cosas por el estilo. Nosotras ya sabíamos todo eso, claro, pero nos parecía un gesto de generosidad que quisiera entrar en nuestro mundo de esa manera. Además, tenía cierto derecho a reclamar nuestra atención porque no ocultaba a nadie que seguía profundamente

enamorada del padre de Millie, y varias veces la mandamos a casa con pintalabios nuevos, o con una sombra de ojos que habíamos llegado a la conclusión de que no nos gustaba, o una vez con unas sandalias de tacón que a mí me resultaban incómodas. La señora Savage tenía los buenos modales de la gente de buen corazón. «Dale recuerdos a tu madre», me dijo la primera vez que vino a vernos, y a partir de entonces nunca se olvidaba de mandarle un abrazo, a pesar de que solo se vieron en una ocasión. «Cuando llegue a casa llamaré a Isabel para decirle que estáis bien», decía, pues para entonces mi madre apenas salía de casa. Esa era la razón de mi infelicidad, aunque intentaba disimularlo, porque me daba cuenta de que impacientaba a los chicos que me invitaban a salir. Iba a ver a mi madre los fines de semana, y a veces también entre semana, a pesar de que la tristeza me invadía en cuanto me acercaba a la casa. Por aquel entonces yo llamaba a mi madre «Belle», como siempre la había llamado mi padre, pero ella me miraba como si me hubiera equivocado y apartaba la cabeza.

A pesar de las limitaciones y la preocupación que me causaba la situación de mi madre, creo que empecé a quererla más, y ella también a mí. Este amor no era un placer para ninguna de las dos; si acaso era una carga. Mi madre tenía la sensación de que yo la ataba a este mundo, del que ella quería desentenderse por todos los medios y estaba dispuesta a abandonar, mientras que para mí ella era el imán que me atraía en contra de mi voluntad a casa, a la casa estrecha y a los pasos casi inaudibles de mi madre; a la taza de té que me ponía delante sin decir nada, como si practicara un rito primitivo para apaciguar a un extraño. Se había vuelto delgada y frágil, y cuando la abrazaba notaba el latido de su corazón por debajo de su chaqueta. Tomé la costumbre de quedarme con ella hasta que se iba a la cama, de sentarme a su lado mientras se tomaba la leche caliente con miel que yo le llevaba. En esos momentos se relajaba y me sonreía, volvía a ser la madre de siempre, y yo apoyaba la mejilla en su mano con alivio y gratitud. «Vete ya, cariño —me decía, con algo de su actitud de antes—. Y coge un taxi, que es tarde.» Cinco minutos después, cuando estaba en la calle oscura y vacía, buscando un taxi, volvía a sentirme abrumada y tensa.

Por eso no creí que tuviera que tomarme a Vinnie en serio, porque no encajaba con ninguna idea de la maternidad que yo hubiera tenido en la vida. Era evidente que ella pensaba lo mismo de mí: yo no era la chica que iba a arrebatarse a su hijo, aunque una madre un poco más ilustrada habría sabido ver la imperiosa necesidad que tenía Owen de ser rescatado. Guapo, mimado y con aire de hombre rico, Owen había sido uno de los pilotos de guerra más jóvenes de Gran Bretaña, y esta experiencia despertó en él un deseo insaciable de emociones a la vez que le dejó tan falto de motivación que tenía dificultades para estar tranquilo. Después de la guerra tuvo que tomarse unas largas vacaciones y, únicamente por insistencia de un tío suyo, hermano de su padre, terminó la carrera de Derecho para incorporarse más adelante al bufete de Hanover Square donde trabajaba. Si yo hubiera tenido más experiencia habría visto en Owen las trazas de un éxito arrollador; la palabra «magnate» aún no era común por aquel entonces, aunque ahora que lo he sobrevivido veo que en eso se habría convertido Owen de haber llegado a la madurez. Había en esto un cinismo que nunca llegué a entender. Su madre, con sus ojos impacientes y sus piernas bonitas, su ginebra y sus espejos deslumbrantes cubiertos de polvo, lo comprendió a la perfección. Solo sé que, en esa primera visita, el calor acentuaba la intensidad del perfume de Vinnie, *Arpège*, que lo mezclaba con algo más antiguo y más escondido bajo tierra, y que los deslumbrantes prismas de luz que el sol formaba en los espejos acabaron por provocarme la primera migraña de mi vida. La idea de que Vinnie pudiera llegar a ser mi suegra no se me pasó por la cabeza en ningún momento. Ella, por su parte, me consideraba tan poco idónea que me descartó sin pensarlo dos veces.

Pero aun cuando toda esta falta de idoneidad era patente, la ansiedad se palpaba en el ambiente. Tanto Vinnie como yo sabíamos que Owen estaba hecho un lío emocionalmente, susceptible y en guardia al mismo tiempo, y que probablemente era capaz de hacer un juicio temerario y tomar una mala decisión o, peor todavía, de no tomar ninguna y envejecer al lado de su madre en aquel apartamento, bebiendo ginebra a falta de nada mejor que hacer. Y es que Owen ya había estado casado, fugazmente, con la guapa Hermione, que lo dejó por un coronel estadounidense con quien había tenido una aventura de la que Owen no sabía nada. Hermione se fue de la

casa de Gertrude Street, donde había despilfarrado buena parte del dinero de Owen (o, mejor dicho, del padre de Owen), y ahora vivía en Orlando, en Florida, con el coronel, que se había hecho rico en el negocio de los puertos deportivos. Hermione Langdon, en su día, resultó ser más que idónea: llamaba la atención por su belleza, era «divertida» y tenía ideas muy modernas en cuestión de decoración de interiores. La primera vez que estuve en casa de Owen se me saltaron las lágrimas: Hermione había empapelado las paredes en colores fuertes y oscuros: índigo, verde savia y un inquietante rojo burdeos. Había una araña de luces enorme en cada salón del primer piso, que estaban comunicados entre sí. Todo era impoluto, desmesurado y frío. La cama de Owen, que me pareció el doble de grande de lo normal, tenía una colcha de raso blanco con los bordes repujados a juego con el cabecero de la cama de capitoné en raso blanco. No me imaginaba que en esa cama pudiera dormir otra mujer que no fuese Hermione; puede que esa hubiera sido su intención. El caso es que, al ver la cama, pensé que Owen no era —no podía ser— para mí.

Vinnie, después de ofrecerme una ginebra, cuando lo que yo necesitaba era una taza de té y una aspirina, me preguntó en qué trabajaba. Le dije que cantaba, y su respuesta fue: «¡Qué lista! Hoy en día todas las chicas hacéis algo. Yo nunca pude. Prácticamente me casaron cuando estaba en la cuna.» Pero entonces se dio cuenta de que había hablado de casarse, se asustó y cambió de tema.

Vinnie tenía miedo de que Owen se casara conmigo, o con la siguiente chica a la que llevase a casa, o con la que viniera a continuación. Pero yo sabía que no tenía esa intención y, aunque estaba locamente enamorada de él, casi me había hecho a la idea de que él no tardaría en olvidarme en cuanto se cansara de mí. Nos conocimos en una fiesta a la que yo no tenía ganas de ir. Millie me arrastró, y yo estaba cansada y de mal humor. Ninguna de las dos tenía demasiada relación con el anfitrión —un periodista—, y nos intimidó su casa, que estaba llena de gente ruidosa, apasionada y superior. La primera imagen que tuve de Owen fue profética: lo vi hablando con una chica que estaba de espaldas a la pared; él tenía una mano extendida por detrás de ella, de tal modo que la acorralaba con un brazo al lado de la cabeza. Me produjo cierto rechazo a la vez que me dejó

sin aliento, porque nunca había visto a un hombre más guapo. Era alto y elegantísimo, con el pelo algo más largo de lo normal y un aire entre inquieto y cansado que más adelante identifiqué con el aburrimiento. Tuve una reacción tan fuerte que casi me asusté y di media vuelta para marcharme, sin ningunas ganas de entrar en semejante competición. Sabía que era demasiado tranquila, demasiado sencilla para un hombre como él, y aunque lograra captar su atención no sabría retenerla. «No te vayas —dijo, liberando a la chica a la que tenía atrapada con el brazo—. Todavía no nos han presentado.»

Más tarde me dijo que se enamoró de mí en ese momento, y aunque me lo creí, nunca confié en que me quisiera como un hombre debe querer a una mujer con la que pretende casarse. Aunque puede que, en su caso, fuera precisamente la intención y no la voluntad lo que nos llevó a acabar juntos. Él estaba harto de la angustia de su madre, harto de buscar chicas con las que acostarse, harto de su vida, harto del aburrimiento existencial que lo asaltaba sin descanso cuando las cosas no iban bien. Yo era una forma fácil de salir tanto del aburrimiento como de sus líos. Era una chica franca y transparente que probablemente no le daría problemas ni complicaciones: una chica tradicional que cuidaría maravillosamente de su casa (ya sé que es horrible, pero yo pensaba así), además de una buena hija con mi madre, por lo que tendría cierta consideración con la suya. Pero él no fue consciente de todo esto hasta más adelante. Mi sensación es que esa primera noche él no quería casarse conmigo, aunque siempre decía galantemente que así fue. Yo era una chica mona, y es probable que me anotara como posible conquista. Fue después de que nos viéramos varias veces más y a él le impresionara mi devoción manifiesta cuando el matrimonio entró en la ecuación.

Para Owen ni mi personalidad ni las cualidades que tuviera fueron nunca tan importantes como el placer que podría ofrecerle vistiéndolo bien, estando guapa y creando un ambiente agradable para sus invitados. Eso fue lo que le atrajo de mí: que resultaba agradable a la vista y que no había cálculo en mi mirada. Y aunque esa primera vez yo sabía que llevaba un vestido que me favorecía y noté que me ponía colorada cuando él me miraba, lo que sentí fue incertidumbre, y esa incertidumbre iba a

acompañarme a lo largo de toda mi vida de casada. Porque mi posición social venía acompañada de un signo de interrogación. No había nada espléndido en mí, como lo había en Hermione, y era evidente para todo el mundo que de los dos yo sería quien probablemente querría más al otro. El aburrimiento de Owen significaba que su atención tenía un alcance limitado: necesitaba continuamente gente nueva para romper con lo que para él era la monotonía de lo antiguo. Yo, en cambio, creía que enamorarse era un compromiso para toda la vida, y la perspectiva del matrimonio me parecía una tarea solemne. Y creo que en ese momento de mi vida yo también me sentía un poco inquieta; pensaba que ya no era una novata, ni por edad ni por experiencia. Mi carrera había llegado a lo más lejos que podía llegar, porque también en ese campo se buscaban y descubrían continuamente caras y voces nuevas, y mi novedad empezaba a gastarse. Ahora comprendo que estaba cansada, simplemente cansada. La casa de Foubert's Place me parecía demasiado pequeña, y aunque quería mucho a Millie, no pensaba que las mujeres estuvieran hechas para vivir eternamente juntas, como colegialas en un internado. Quería que alguien cuidara de mí, y quería hijos. Todo esto suena de lo más vulgar, y supongo que lo es. Si miro atrás veo que todas las mujeres estamos programadas para esto casi sin darnos cuenta. Yo me di cuenta solamente porque nunca quise hacer otra cosa que casarme. Por eso, convertirme en la amante de Owen, como hice, era un asunto particularmente oscuro y arriesgado que convertía el matrimonio en algo importantísimo, aunque en momentos de mayor frialdad veía que no era lo adecuado.

Ahora me avergüenza recordar mi pasión por Owen. Es probable que todas las historias de amor, cuando terminan, provoquen una leve reacción de impaciencia, de malestar. Lo que yo sentía entonces no podía describirse con palabras, y ahora, a esta distancia, ya es imposible. Me volví distraída, nerviosa y despistada, pero cantaba mejor que nunca. La única sombra que veló mi felicidad, cuando Owen por fin se decidió a pedirme que me casara con él, fue la condición de que dejara mi trabajo. «¿Verdad que lo comprendes, cariño? —me dijo—. No saldría bien. Además, quiero que mi mujer se quede en casa.» Y me convenció, claro.

A Millie no la convenció, sino todo lo contrario. Y lo mismo pasó con mi madre cuando conoció a Owen en Foubert's Place. Eso fue un poco cobarde de mi parte. Sabía que Owen se asustaría si lo llevaba a la casa de Camberwell Grove, donde mi madre se pasaba el día entero sentada a oscuras y donde solo se oía el goteo del grifo del lavadero de piedra. Naturalmente, ella pensó lo mismo, y eso fue un buen gesto de su parte, aunque ella siempre tenía buenos gestos. Pedí a un taxi que la recogiera en casa, y aunque estuvo muy callada toda la tarde, no parecía asustada ni deprimida, como yo me temía. Estaba claro que Owen no le gustó, pero era una mujer tan reservada que no dijo nada. Owen fue encantador con ella. Superficialmente todo iba bien. Yo me llevaba bien con Vinnie y Owen se llevaba bien con mi madre. Pero era rarísimo que nos reuniéramos. No había cariño entre los cuatro: solo había esa pasión entre Owen y yo, que intentábamos imponer a los demás. La gente se alejaba de nosotros porque le parecía promiscuo, improcedente. Después de que nos casáramos, yo iba a ver a mi madre y Owen a la suya. Únicamente veía a Vinnie cuando alguien la traía en coche a casa y se comía lo que encontraba en la cocina. Yo seguí pasando un día a la semana con mi madre.

Llevaba un vestido azul y un casquete a juego, con un velo corto, el día de mi boda, que se celebró en Caxton Hall, a finales de una primavera preciosa que auguraba un verano igualmente precioso. Conocía a Owen desde hacía un año, y a mí me parecía toda una vida. La señora Savage sacó a mi madre de casa y la obligó a comprarse un vestido nuevo de seda gris con lunares blancos muy bonito. Millie iba de rosa y no estaba precisamente radiante. Parecía preocupada. «¿Estás segura? —me preguntó mientras me estaba vistiendo—. Mira que Owen no es de los que sientan la cabeza, y tú lo sabes.» Pero creí que quizá lo haría, y tampoco me preocupaba demasiado equivocarme. Nunca olvidaré el momento en que apareció a mi lado el día de la boda: increíblemente guapo, demasiado bueno para mí. Pensé que mi mayor deseo se había hecho realidad y casi me asusté. Ahora comprendo que estaba asustada prácticamente desde el primer día; asustada de perderlo, asustada de aburrirlo; asustada de mis propios sentimientos, incluso de los suyos. Desde que conocí a Owen, vivir con cierto grado de

miedo se convirtió en algo tan natural para mí que hasta dejé de darme cuenta.

OceanofPDF.com

Cuatro

Owen pasaba mucho tiempo de viaje por asuntos del trabajo. Los socios mayoritarios del bufete de abogados en el que trabajaba le habían confiado a los clientes que querían comprar propiedades en el extranjero y no entendían —ni querían entender— las leyes de los países en los que buscaban su segunda residencia. Mónaco y el sur de España eran al parecer los lugares favoritos: son muy pocos los ingleses que han invadido de momento la Dordoña. Suiza era para los superricos, y Owen confiaba en ampliar ese mercado. Iba a España o al sur de Francia más o menos cada dos o tres semanas, y me dejaba una lista de tareas que hacer en su ausencia. Como tenía que entretener a sus clientes, o dejarse entretener por ellos, su armario, que era muy amplio, tenía que estar siempre a punto, y a Owen le gustaba que yo estuviera en casa para que su secretaria pudiera darme el parte telefónico de sus movimientos. A veces dependía de ella para saber que vuelo cogería Owen, que llamaba a la oficina todas las tardes a última hora y a mí solo a primera hora de la mañana.

Yo acepté esta rutina sin objeciones. No me indignaba que él diera prioridad a la oficina. No creo que a muchas mujeres en aquella época les pasara eso, al menos a las mujeres con unos orígenes como los míos, que, según empezaba a ver, eran demasiado sencillos para un hombre como Owen. Él estaba acostumbrado a la complejidad, las dificultades y la ambivalencia; creo que prefería que una mujer lo intrigase y no que lo desarmara con sus encantos. Le sacaban de quicio esos inevitables momentos de sinceridad que teníamos de vez en cuando. En realidad creo que odiaba el deseo. Owen quería una mujer que no le atosigara, y al mismo tiempo quería tenerla muy cerca. Nunca pareció darse cuenta de la incompatibilidad de estas dos necesidades —una de confianza, la otra de distancia, incluso de cierto formalismo—, y pronto aprendí a no llamar su

atención sobre cosas que a mí me alarmaban un poco, como la brusca interrupción de la intimidad en cuanto la ocasión íntima había pasado. Mi defecto era precisamente ese: que intentaba prolongar los momentos de cercanía aun viendo que él ya estaba inquieto y con ganas de hacer otra cosa. Mi error fue querer quedarme en sus brazos, con los ojos humedecidos de ternura y gratitud, cuando lo más conveniente habría sido mostrar cierto desapego, un poco de ironía para darle a entender que tenía que quererme mucho más si pretendía convencerme de que me lo tomase en serio. Esa táctica me habría resultado odiosa, aunque ahora veo que a veces hay que responder a la retirada con retirada y al rechazo con rechazo. Entonces no lo sabía, y por todo lo que ha ocurrido desde entonces todavía sigo sin estar segura, aunque veo que si una mujer se propone meter en vereda a un hombre quizá tenga que interpretar un papel contrario a su instinto natural, a menos que su instinto sea el de agresión, y ese, por supuesto, no era mi caso.

En contra de los pronósticos de Millie, Owen sentó la cabeza, pero de un modo que a mí me sorprendió. Su profesión pasó de aburrirle, o al menos de resultarle indiferente, a despertarle una ambición desmedida. Como se relacionaba con gente de dinero, obscenamente rica en algunos casos, también él empezó a tener aspiraciones: el joven reacio del pasado se dejó fascinar de repente por la ostentidad, incluso la ordinariez de algunos de sus clientes. Los hombres aún no llevaban el pecho lleno de medallas de oro, pero sí empezaban a comprarlas. Las medallas, eso lo aprendí después, no eran un adorno sino una buena inversión para momentos de apuro. Lo que atraía a Owen no eran las piscinas ni las chicas, tampoco las comidas en terrazas que duraban toda la tarde y a las que se invitaba a actrices de cine que estaban de paso: no era nada de eso. Era más bien una especie de entusiasmo y de bienestar irreflexivo, una falta de consideración mezclada con un enorme afán de lucro y especulación, de efectos sin causas, como si la conversación entre dos hombres con pantalón de raya diplomática que se fuman un puro después de comer al sol del Mediterráneo con una copa de champán en la mano pudiera abarcar la vida entera. Mi marido, que siempre me había parecido complicado —y yo me había prometido a mí misma estudiar y comprender sus complejidades—

ahora no solo ambicionaba la sencillez, sino ese tipo de sencillez que únicamente pueden exigir los muy ricos. Los negocios directos se mezclaban con una diversión fabulosa, hasta el punto de que lo uno era indistinguible de lo otro: eso era lo que le gustaba a Owen. Conocí a algunos de sus clientes, porque me tocaba distraerlos cuando estaban en Londres, aunque Owen en realidad prefería tratar con ellos en sus países de origen. Y entendía por qué: la casa de Gertrude Street, aunque cómoda, en realidad no era elegante, como iba a serlo pronto, y aquellos horribles colores de Hermione, tan inquietantes, distaban mucho de ser acogedores. Hasta en verano la casa era oscura, y mi salmón, al que había dedicado toda la tarde, decorándolo con rodajas de pepino en forma de escamas, resultaba frío incluso en el mes de junio, mientras que el vino blanco servido en las copas de cristal tallado de Hermione me abrasaba la boca. Los invitados — invitados de Owen— comían bien, aunque parecían algo distraídos, fumaban entre plato y plato y, después de saludarme a su llegada, se olvidaban de mí por completo. No se habían hecho ricos siendo encantadores con gente sin importancia como yo.

Yo era una extraña para los invitados en mi propia casa —para los Harrison, los Smith, sir Victor y lady Eberlin y los Sandford-Roche—, y ellos fueron eternamente extraños para mí. Ser rico aún no estaba bien visto, y el volumen y las carcajadas de los hombres, y las caras bronceadas y las uñas largas y rojas de las mujeres, a mí me hacían sentir un poco incómoda. No sabía cómo pasaría el tiempo aquella gente, y tampoco me imaginaba pasando el tiempo con ellos. Me fastidiaba que tuvieran tanta influencia en mi marido y sospechaba que le regalaban un dinero del que los socios no sabían nada. Owen era su hombre de negocios y por tanto su séquito oficial: tenía que estar disponible cuando lo necesitaban y coger el teléfono a media noche si hacía falta. Cuando insinué con delicadeza, como corresponde a una mujer respetuosa, que algunas de aquellas personas a lo mejor no eran muy agradables, Owen se rio de mí y me llamó mojigata. «No creerás que me los tomo en serio, ¿verdad? Aunque no son tan malos cuando los conoces mejor. Jack es un personaje muy divertido. Y Molly en realidad es un cielo. Congeniaste muy bien con Molly, ¿no?» Jack era uno de los primeros magnates inmobiliarios y Molly, su tercera mujer, tenía

veintiséis años menos que él. La primera vez que Owen los llevó a casa me pareció que ella estaba bastante bebida, y tuve que acompañarla al piso de arriba —así me lo pidió ella misma— para que se aseara un poco. Cuando entramos en mi dormitorio se echó a llorar y me dijo que su vida no era tan fácil como parecía. De vuelta en el salón, puso una mano cargada de anillos en el muslo de Jack, se lo estrujó y, refiriéndose a mí, dijo: «Tiene una cama que es una monada —como si fuera una cuna—. Tienes que echarle un vistazo antes de irte. Es que a Jack le encantan las camas —nos explicó con una sonrisa teatral, aunque todavía llorosa—. De todo tipo. A todas horas.» Jack, dicho sea en su honor, escuchó todo este parlamento sin inmutarse. Y no me pareció que Molly fuese a durarle mucho.

Aunque estas personas fueran desconocidas para mí, y aunque el aprecio que Owen les mostraba me pareciese fuera de lugar, lo que de verdad me asustaba era que su trabajo se hubiera convertido en el centro de sus afectos. Toda su vida emocional giraba, al parecer, en torno al entusiasmo por gente, sitios, incluso actividades siempre alejados del hogar que yo había intentado construir para él, y alejados también de mis expectativas. En esto se adelantó a su tiempo. Yo, que he vivido mucho más de lo que él pudo, veo ahora a hombres jóvenes, y también a mujeres, que cifran todas sus aspiraciones, incluso sus deseos, en su vida laboral. He leído que en Nueva York el trabajo ha sustituido al amor como prioridad máxima. También he leído que las mujeres que tienen lo que llaman un compromiso con su carrera profesional reconocen sentirse solas y decepcionadas, y lamentan la escasez de hombres. Ahora bien, los hombres que se encuentran en la misma situación por supuesto que no lamentan la escasez de mujeres, pero tienden a tratarlas de un modo distinto. El comportamiento de Owen conmigo se volvió mecánico, como supongo que ocurre siempre que el trabajo de un hombre es más importante que la paz interior de su mujer. Me daba órdenes para las diversiones de la semana, hacía y recibía llamadas de teléfono a todas horas, mientras comíamos y muchas veces cuando estábamos en la cama, y el amor pasó a ser puramente funcional. Lo más raro era que él estaba tan contento. La casa funcionaba de maravilla, yo no ponía ningún reparo a su modo de vida y seguía siendo dócil y maleable pero, lo mejor de todo, desde su punto de

vista, era que ya no había verdadera intimidad entre nosotros. La intimidad, ahora lo sé, era lo que Owen más temía; la intimidad le incomodaba, como si hubiera empeñado o perdido una parte de sí mismo en el proceso; como si eso le volviera vulnerable a la crítica y al ataque. Yo había visto la cara que puso una vez, al principio, después de convencerle para hacer el amor: de queja, de dolor, de resentimiento. Lo vi todo en un instante aterrador, mientras él se apartaba de mí. Se sentó en el borde de la cama, desnudo, con las manos entrelazadas entre las rodillas. El pobre tiene frío, pensé. Me asusté tanto que prometí guardar las distancias. Porque eso era lo que él quería, y por entonces mi amor todavía me empujaba a intentar agradarlo.

Vinnie aparecía de vez en cuando diciendo: «¿Cómo está mi niño travieso?». A mí casi nunca me hacía la misma pregunta. Recuerdo que un día yo había dejado un guiso de pollo a la pimienta en la mesa de la cocina para que se enfriara, y ella empezó a meter una cucharilla. La cucharilla supuestamente era para indicar que en realidad no tenía interés en comérselo, que solo había venido a la cocina para hacerme compañía, viendo que a mí, inexplicablemente, me daba por pasar el rato allí. Recuerdo que reaccioné con indignación. «¡Por favor, Vinnie! ¡El guiso es para esta noche!» Me miró con sorpresa, porque yo nunca le había reprochado nada. «Solo lo estaba probando», protestó. Yo noté que se me llenaban los ojos de lágrimas, de rabia y de impotencia, cogí la cucharilla y la tiré al fregadero. Ella encendió un cigarro inmediatamente y dijo: «Mal momento del mes, ¿verdad? A mí me pasaba lo mismo. Anda, dame un cenicero, por favor». Aparté rápidamente de la vista la *mousse* de limón, no fuese a caerle la ceniza encima. Quería que se marchara; hartarme de llorar. Cuando saqué la cabeza del frigorífico, vi de reojo que se estaba retocando la cara con ayuda de un espejo de mano y un pañuelo manchado de carmín que llevaba en el bolso para perfilarse las comisuras de los labios. A mí me repugnaba esa costumbre suya, me parecía asquerosa, pero justo en ese momento le vi los ojos, unos ojos sin censura que siempre parecían más tristes que el resto de sus facciones. «Perdona, Vinnie —me disculpé—. Deja que te prepare un café. ¿Viene alguien a recogerte?» Me miró con una sonrisa gélida. «Como habrás notado, hoy estoy sola. Hazme el favor de pedir un taxi.» Normalmente había un taxi aparcado en la esquina, pero eso

me obligaba a salir a la calle. Apagué el horno, pensando que apagándolo probablemente iba a estropear la bandeja de tejas de coco con las que pensaba acompañar la *mousse*, y salí a la calle sin quitarme el delantal. Justo en ese momento un taxi se alejaba. «Va a tardar un poquito —le dije, de nuevo en la cocina—. Mejor te preparo ese café mientras tanto.» Sabía que tenía que aplacarla, pero ella decidió tomarse el incidente en serio. «¿Serías tan amable de llamar a Godfrey Burton de mi parte?», me pidió. Godfrey era un vecino de Swan Court, muy cotizado como escudero o abanderado por varias señoras del edificio. «Seguro que no le importa acercarse con el coche», añadió, con una majestuosidad repugnante. Vinnie estaba en perfectas condiciones de coger un autobús, por supuesto, pero le gustaba presumir de que no había subido a un autobús en la vida.

Cuando llegó Godfrey Burton tuve que ofrecerle un café, que aceptó con entusiasmo. «Dile a Owen que me llame, por favor», fueron las distantes palabras que Vinnie me dirigió cuando ya se marchaba del brazo de Godfrey. Era evidente que se quejaría. Eso no me preocupaba demasiado —a fin de cuentas, había sido un incidente insignificante—, pero el hecho de que Vinnie me odiara, de que probablemente siempre me hubiera odiado, de pronto me dolió. Era como si le hubiera transmitido a su hijo la misma propensión, la decisión de prescindir de las emociones una vez cumplido su propósito. Vinnie había sido bastante amable hasta el momento en que yo reaccioné con verdadera irritación —cuando metió la cuchara en el guiso—, y ella, con razón, interpretó aquello como una especie de momento crítico. Mi irritación fue tan evidente, tan explosiva, que era imposible ocultar su carga emocional. Eso a Vinnie le resultó desagradable, como toda emoción, y por tanto decidió castigarme. Y en ese momento empecé a preguntarme si Owen haría lo mismo alguna vez.

Tendría que haberme dado cuenta de que en mi matrimonio había muchas cosas que no funcionaban, pero una solo se da cuenta de esas cosas cuando ya no tienen remedio. Era una cuestión de orgullo para mí no reconocer que algo fallaba o que no era totalmente feliz. Owen en apariencia era un marido estupendo: más guapo que nunca, bronceado por sus frecuentes viajes de negocios al Mediterráneo, un hombre trabajador y de éxito que despertaba simpatías en todas partes. Mirándolo, estando con

él, cualquiera habría dicho que estaba enamorado de la vida, pero en realidad solo estaba enamorado de cierto tipo de vida —la vida del magnate—, y era una vida en la que a mí se me había reservado un papel muy pequeño. Empecé a sentirme como la chica pobre que había sido antes de ganarme mi propio sueldo. Ahora ya no contaba con ese recurso y, a pesar de que Owen me daba una buena asignación para los gastos de la casa, teníamos tantos invitados y él me pedía menús tan elaborados que apenas sobraba nada al final de la semana. Yo estaba deseando ir al centro, invitar a Millie a comer y luego ir de compras por la tarde, pero la verdad es que no quería someterme a su escrutinio. Y sabía que mi ropa, para la que también se asignaba una partida especial en el presupuesto, era mucho más cara de lo que lo sería nunca la de Millie, aunque por otro lado yo me sentía demasiado mayor con aquellas prendas y tenía ganas de comprar algo bonito y barato. Lo triste era que, por eso, a veces ponía excusas cuando ella me llamaba o la llamaba yo —siempre estaba teóricamente preparando una cena— y cuando Millie me preguntaba qué pensaba ponerme, porque siempre lo preguntaba, y yo le decía: «El de seda verde», ella contestaba, con voz sorprendida: «Ese no lo conozco, ¿verdad? Ahora no conozco la mitad de la ropa que tienes. Tenemos que vernos pronto. Pasaré a verte, con un bizcocho, y hablaremos largo y tendido.» Yo decía: «Estupendo», pero cuando nos veíamos había cierta tensión entre nosotras. «¿Eres feliz? —me preguntaba—. Eso es lo único que cuenta.» «Pues claro», respondía yo. Pero había en mi actitud demasiado entusiasmo, demasiada ligereza, demasiada frivolidad para el gusto de Millie. Ella notaba algo, y nunca se equivocó. Lo supo antes que yo.

Me escapaba de aquella casa, que odiaba, a dar largos paseos, pero Gertrude Street, que es una calle bonita, llena de casas bonitas, desemboca en otras calles idénticas a ella. Además, no tiene árboles, y apenas tráfico, porque está cerrada a un lado por un edificio bajo y alargado que nunca he llegado a saber qué función tiene. Cada vez que salía de casa, ya con poco ánimo, la soledad y el silencio de la calle me desanimaban todavía más, y corría hasta la vuelta de la esquina, donde paraban los autobuses para hacer el cambio de turno, a mirar con nostalgia el cafetín con las ventanas empañadas donde comían los conductores. En mis recuerdos veo esos

paseos siempre en días nublados, bajo un cielo blanco. La luz tenue y el gemido esporádico de un coche camino de algún lugar más interesante me agobiaban casi tanto como la casa, y después de una desganaada excursión a las tiendas para comprar algo que en realidad no necesitaba, oía el eco de mis pasos de vuelta hacia Gertrude Street. Esas eternas tardes de invierno, mientras Owen estaba de viaje y al sol, se extendían ante mí como una progresión interminable. Había algo implacable en su inmutabilidad y en mi desesperanza. Yo siempre había sido muy alegre, pero en aquella época me pasaba el día suspirando y hasta me encontraba mal. Los dolores de cabeza, que se presentaron por primera vez dramáticamente en casa de Vinnie, cuando la conocí, se habían convertido en algo habitual, y a menudo me veía en la mesa, mientras cenábamos, teniendo que apartar discretamente la comida del plato y sonriendo a Jack o a Molly o sus homólogos con un latido detrás de los ojos y una arcada en la garganta.

Cuando mi madre, a la que seguía visitando con regularidad, me preguntaba si era feliz, yo le decía al instante, muy animada, que por supuesto. Ella sabía la verdad, igual que Millie. Yo no. Eso era otra cosa extraña. Yo seguía queriendo a mi marido, y creo, incluso ahora que ha pasado tanto tiempo, que lo quería sinceramente. Owen no me falló nunca, a su manera y con sus limitaciones, pero sus exigencias eran demasiado formales, demasiado impersonales para colmar mis esperanzas. Él quería que yo siguiera siendo la chica humilde y entregada con la que se casó, y en el fondo lo era. Pero me había hecho mayor, tenía edad suficiente para estar cansada, y mientras yo cumplía años y me cansaba cada vez más (yo, que no sabía lo que era el cansancio), el mundo rejuvenecía. Nos decían que las cosas iban mejor que nunca, y la mayoría del país por lo visto creía que eso era cierto. Pero a mí me parecía que esa música nueva, frenética, había terminado con las canciones tan bonitas que yo cantaba y de las que ahora solamente se acordaba la gente mayor. Supongo que siempre canté para un público serio y formal, gente humilde para quien escuchar la radio al final de un día de trabajo era un lujo, o madres y amas de casa. Aquellas canciones hablaban de amor y añoranza siempre desde una perspectiva decorosa y proporcionada. Yo no entendía el griterío y la euforia de la música nueva ni su falta de encanto. No tenía piano en Gertrude Street, y

cuando intentaba hacer unas escalas sin acompañamiento me daba cuenta de que mi voz se había oscurecido. La voz se vuelve más grave con el paso de los años. El cambio era infinitesimal para quien no fuera un experto, pero yo sabía, cuando practicaba esas escalas, que mis días de cantante habían terminado. «*Arcady*», cantaba con temor en la cruel sala de estar de color índigo. «*Arcady, Arcady is always young.*» Se me quebraba levemente la voz en el agudo y me invadía un rubor intenso que se disolvía muy despacio y me dejaba sin fuerzas.

En la última época Owen había pasado mucho tiempo en el extranjero, y algunos asociados del despacho querían que dedicara más tiempo a la oficina. Su reacción fue decirme que iba a invitar a cenar a los socios mayoritarios y a sus mujeres. Eso significaba tres cenas independientes, porque la maniobra resultaría demasiado obvia si los invitaba a todos juntos. Su tío Bernard y lady Frances no eran un problema, y tampoco había ninguna complicación con George y Claire Gascoigne, que eran mayores. Pero el día que esperábamos a Charlie y Julia Morton —la famosa Julia—, a mí me dolía la cabeza y estaba especialmente desanimada. Me fallaban los dedos mientras ponía la mesa, y habría dado cualquier cosa por meterme en la cama. De hecho me acosté media hora y me quedé dormida. A Owen le sentó mal, y me despertó cuando subió a vestirse. «Por favor, no te estoy pidiendo que hagas nada difícil —dijo—. Ni siquiera tienes que salir de casa. Solo te pido que pongas buena cara. —Y añadió—: Y más vale que vayas al médico mañana, si de verdad te encuentras tan mal. ¿No será que...?» Le dije que no, porque nunca me había quedado embarazada y entonces ya sabía que eso no iba a pasar nunca. Puede que una parte de mí se resistiera a tener aún más cargas, y aunque entonces no lo lamenté demasiado, ahora sí lo lamento. Hacerse mayor es absurdo cuando no hay gente joven a la que cuidar.

Salí de la cama, me di un baño y me vestí. Me estallaba la cabeza, pero pensé que todo iría bien si no comía: tuve que apartarme del olor de la ternera asada al abrir el horno, momentáneamente mareada. Owen estaba de mal humor y parecía que la velada iba a ser un desastre. Los Morton nunca habían estado en casa, porque Julia seguía trabajando en el teatro y no salía por las noches, o al menos no con los compañeros de negocios de su

marido, que ella siempre criticaba, como si él tuviera el extraño capricho de trabajar en vez de pasar más tiempo en casa. Pero era evidente que los cambios en la moda habían alcanzado también a Julia, que condenaba rotundamente la nueva corriente del gusto popular que ya empezaba a volverse contra ella y la particular impresión que transmitía. Desde que entró en nuestro comedor esa noche, con un magnífico vestido de seda negra y un turbante a juego, resultó evidente que se había metido en cuerpo y alma en el personaje de la sencilla mujer casada que vive en los barrios residenciales las afueras.

—¡Queridos! —anunció, sacándose del bolso un pañuelo de chiffon negro para anudárselo al cuello—. Quiero que me tratéis como a una más. Olvidaos de Julia. Julia ya no existe. Hay que dar a la gente lo que quiere. Si quieren rufianes, los hay a montones. Mi tiempo ha terminado.

Se llevó una mano a la garganta, y juro que tenía los ojos llenos de lágrimas. Charlie, que había elevado la discreción a la categoría de obra de arte, le quitó el fular de chiffon negro del cuello y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia—. ¿No es eso lo que llevan las amas de casa de clase media? Porque me imagino que ahora somos todos de clase media —añadió, entornando los párpados.

—¿Qué es eso de los rufianes? —preguntó Owen, riéndose. Julia subió los párpados muy despacio, de un modo insinuante.

—Yo diría que están disponibles si uno sabe dónde buscarlos.

Me hizo gracia, y mis dudas sobre la velada se disiparon un poco. Aunque Julia y yo no teníamos mucho que contarnos («Ah, enséñame lo que estás cocinando. Me interesa muchísimo»), con Owen parecía encantada. Al fin y al cabo era un anfitrión guapo y atento. La cena salió tan buena como esperaba, aunque yo apenas pude probarla. Charlie y Julia comieron con ganas; ella en concreto hizo una exagerada pantomima de aprobación. Mientras recogía la mesa para preparar el café, Charlie me abrió la puerta y me preguntó, en voz muy baja: «¿Te encuentras bien?». Asentí, emocionada, y noté que una leve oleada de rubor me cubría la cara medio entumecida.

Fue así como empezó nuestra amistad, «porque no os vamos a dejar escapar», dijo Julia, que evidentemente estaba preocupada por quedarse sin público. Tenía cincuenta años, una edad difícil para tirar la toalla: todavía era joven para albergar ambiciones y deseos, pero cada vez tenía menos oportunidades de satisfacerlos. A Owen le encantó la velada, y Charlie parecía feliz con tal de que su mujer lo fuera. Pensé que debía de ser un hombre excepcionalmente bueno para complementarse con ella hasta ese punto: qué galante, pensé, cuando por fin me preparé para acostarme. Me desmaquillé sin mirarme siquiera la cara, y eso en mí era una señal de cansancio. Pero cuando me estaba deslizando hacia ese estado delicioso que anuncia la llegada del sueño me di cuenta de que el dolor de cabeza se me había quitado por completo.

OceanofPDF.com

Cinco

Julia era una mujer entregada. Vivía entregada ante todo a sí misma, aunque eso, por lo visto, no reducía su encanto, que era intenso a la par que caprichoso. Ahora sé que todos llevamos dentro otro yo, nostálgico, precavido, inseguro, pero también subversivo y cruel, un desconocido que puede reaccionar a cualquier insinuación, a cualquier impulso, tanto prudente como imprudente, aunque normalmente más bien lo segundo. En el caso de Julia no parecía existir ese otro yo: Julia siempre era la misma, tanto en su fachada perfecta como en su irónico fuero interno. Nunca conocí a una mujer tan poco dada a cuestionarse o a dudar de sí misma. Si pensaba una cosa, la decía, y si quería hacer algo, lo hacía. Era impermeable a los remordimientos porque, según ella, sus deseos siempre estaban justificados. Yo detectaba en ella una voluntad tan dura como su corazón, aunque era amable como por despiste. Eso sí, a pesar del despiste, era una amabilidad diseñada al servicio de sus intereses. Después de dedicar a alguien su halagadora atención, Julia indicaba el final de esta fase especial de la conversación pidiendo despreocupadamente un favor oneroso.

—¡Qué bien se te da la cocina! —me dijo una vez—. ¿Qué le doy de cenar esta noche a Charlie? ¿Cómo se llamaban esas verduras deliciosas que tomé en tu casa?

—Eso era *ratatouille*, Julia. Es muy sencillo, aunque algo lento de preparar. Ya te traeré un poco cuando haga.

—Eres un cielo, pero no te olvides de que ahora soy ama de casa. ¡Vamos, Wilberforce! Lápiz y papel. ¿Ves mi lápiz por alguna parte? A lo mejor está ahí, debajo del *Tatler*.

Se puso un par de gafas que llevaba colgadas de una cadena.

—¡Vamos! ¿Qué necesito?

—Necesitas tomates, berenjenas, calabacines...

Nos retiraron los vasos.

—No sigas. No tengo nada de eso. Y tampoco podría cargar con tantas cosas con estas pobres manos.

Abrió y cerró las manos finas y blancas que ya empezaban a ponerse rígidas.

—La próxima vez que compres verdura, Fay, ¿podrías comprar también para mí? Y luego vienes a casa y me enseñas a cocinarlo.

—Creo que será más fácil darte un poco del mío cuando vuelva a hacerlo.

—Sí, puede que sea lo mejor. ¡Qué buena idea!

Asunto concluido.

—Pero ¿qué vas a hacer con la cena de Charlie? —pregunté.

—Bueno, que se tome una tortilla. Es lo que suele hacer. Yo nunca he conseguido que me gusten los huevos. ¿Verdad que tiene gracia? Los encuentro aburridísimos. Los huevos y los aguacates. Sin embargo puedo comer cualquier marisco y dormir luego como un recién nacido. Recuerdo una cena impresionante a la que fui una vez en Nueva York: nuestro embajador estaba invitado. De primero nos pusieron gambas con aguacate. ¡Qué tontería! ¿Cómo iba a desperdiciar las gambas? Me las comí y le di el aguacate al embajador. La anfitriona se puso hecha una furia, pero es que era una mujer muy quisquillosa. ¿Qué estábamos diciendo?

Veía que la posición natural de los demás ante Julia era de sumisión ciega y supe que yo no iba a ser la excepción a esta regla. Tomé la costumbre de pasar a verla, porque tanto Owen como Charlie me animaban a ir por distintas razones. A Charlie le preocupaba que se sintiera sola ahora que ya había dejado el teatro, y Owen tenía mucho interés en complacer a Charlie. A mí Julia me caía bien por aquel entonces, aunque la consideraba egoísta y extravagante y jamás podría sustituir a Millie. Pero Millie se había casado y ahora vivía cerca de Oxford, y yo necesitaba compañía femenina. Mi estado de ánimo era inestable. Había encontrado a mi madre mucho más frágil en las últimas visitas, muy distanciada de mi vida y del mundo en el que —aunque nada cómodamente— yo vivía ahora. Por suerte había podido contratar a una vecina, la señora Barber, Joan Barber, que tenía un niño en edad escolar y que iba con mucho gusto a casa de mi madre todos los días a

sentarse con ella. Así yo sabía que no estaba sola, aunque estaba muy preocupada por ella y deseando ver que se recuperaba. Como siempre, sentía por ella una mezcla de amor y dolor, y mi única esperanza era que, mientras se iba alejando de mí, por lo menos estuviera más tranquila que yo.

Pero también tenía otro motivo de preocupación. Había encontrado en el cajón de los calcetines de Owen varios fajos de billetes de veinte libras que evidentemente no eran para los gastos de la casa, y eso me asustó. Supuse que ese dinero sería el pago por algún servicio privado, una inversión de sus clientes, por mirarlo con ánimo indulgente, que así podrían contar con él siempre que lo necesitaran para cualquier asunto que se trajeran entre manos. Yo sabía que Owen no estaba declarando ese dinero ni al fisco ni a sus socios, y me preocupé, me preocupé tanto que me puse colorada, cerré el cajón y nunca le pregunté a Owen de dónde había sacado el dinero. Él llevaba una temporada muy irascible, como si su conciencia, mucho más maleable de lo que yo había sospechado jamás, le hiciera sentirse ligeramente incómodo. La comunicación entre nosotros se reservaba para lo estrictamente necesario, y por eso nos venía muy bien pasar pocas noches a solas. Owen rara vez estaba en casa. Cuando no estaba de viaje en el extranjero cenaba con sus clientes en algún restaurante de Londres, pues había descubierto que era más cómodo que invitarlos a casa. De esta forma mi papel en nuestro matrimonio se redujo más aún. Cuando nos íbamos a la cama era para dormir, cosa que yo entonces deseaba con ganas. Tomé la costumbre de echar una siesta por las tardes, y hasta en ese rato dormía profundamente. Luego me despertaba con una sensación de ahogo que ya era familiar y tenía que salir de casa. Algunos días me alegraba ir a ver a Julia, que al parecer nunca se preocupaba por nada y centraba sus pensamientos exclusivamente en sí misma. Cuando no iba a verla, ella me llamaba por teléfono.

—¡Oye! —Era su saludo habitual—. Es una tontería que yo esté aquí sentada y tú allí sentada. ¿Por qué no vienes? Estaba pensando en deshacerme de algo de ropa. Ya no voy a volver a ponérmela.

—No digas tonterías, Julia.

—No, lo digo en serio. Habría que llevarlas a la Cruz Roja. —Lo pronunciaba «crurz»—. Tú podrías ayudarme. Seguro que eres más lista para esas cosas. Tú sales y te mueves mucho más que yo. Me podrías decir lo que está de moda y lo que no. Aunque yo nunca me he guiado por las modas. Y supongo que ahora que ya no gano dinero debería recortar gastos.

Suspiraba, y yo sabía que el suspiro era sincero. Así que iba a su casa. Al final de la tarde había vestidos amontonados por todo el salón. Que yo supiera, Maureen volvía a guardarlos todos. Lo cierto es que este proceso se repitió varias veces, y la Cruz Roja, a la que se invocaba tan a menudo, nunca llegó a recibir nada.

Para una mujer que ha sido muy conocida siempre es duro desaparecer. Se pierde relevancia, en un sentido muy literal. Eso era lo que me había ocurrido a mí, aunque el mío era un caso modesto en comparación con el de Julia. Me imagino que por eso hay tantas mujeres con dudas de casarse hoy en día, reacias a renunciar a la independencia que se han ganado con tanto esfuerzo y que a veces les parece una carga. No son frívolas: temen esa pérdida de relevancia que es real. Y les cuesta todavía más si han tenido que aplazar sus deseos, porque los deseos menguan y se transforman en dolor. El caso de Julia no era tan duro, porque ella tenía a Charlie, la pareja perfecta para una mujer famosa y el hombre menos egoísta del mundo. Pero cuanto mayor es el logro más grande es el lamento. Y aunque yo creía que Julia exageraba su fama —nunca, por ejemplo, reconoció la de nadie más— era evidente que había alcanzado una notoriedad enorme. Julia era un icono que aparecía en *Vogue* y llamaba la atención tanto por su elegancia como por sus más bien licenciosas interpretaciones. Las cabezas se volvían y las conversaciones se apagaban cuando Julia entraba en un restaurante. Tenía el descaro de la aristocracia: su anunciada intención de convertirse en una mujer de clase media era en realidad una manera de burlarse de la gente de clase media. Yo, que venía de una familia modesta, me callaba —otra de mis pequeñas cobardías—, porque con Julia había que protegerse todo lo posible. Julia no conocía la vergüenza. Tampoco la humildad. Aun así, yo notaba que le dolía quedarse en su casa de Onslow Square, con un público tan reducido. Le dolía, pero había tomado una decisión. Ahora muy rara vez salía.

A mí también me dolía. Tenía la sensación de que estábamos en una situación similar. Echaba de menos mis días de cantante, tan lejanos ya, y hasta miraba con nostalgia los tiempos en que los chicos de la orquesta me colmaban de atenciones. Y a veces me costaba un esfuerzo enorme arreglarme y tener buen aspecto. Julia era una ayuda inestimable en ese sentido. Como siempre iba impecable, me obligaba a estar a la altura. Me miraba con un gesto impersonal. «El pelo más corto —señalaba—. Y necesitas una manicura. Y podrías preguntar a quien te la haga si vendría a casa a hacérmela a mí. Dile que me viene mejor por las mañanas. Que me llame por teléfono sobre las diez y media.» Y ya me había embarcado en otra misión, aunque esta me beneficiaba a mí tanto como a ella.

Fue Julia quien tuvo la idea de que fuéramos juntos de vacaciones, los cuatro. El invierno era muy cruel con su artritis incipiente y, aunque salía muy poco, en casa, donde pasaba tanto tiempo, no hacía suficiente calor. En realidad creo —de hecho me consta— que exageraba su incapacidad como lo exageraba todo. Una vez la vi coger un tarro de mermelada que Maureen no conseguía abrir y retorcer la tapa con todas sus fuerzas.

—¡Pero, Julia! —Cometí el error de decir—. ¡Tus manos!

Me miró con un gesto impasible y los párpados caídos.

—Es que me apetecía un poco de pan con mermelada —dijo—. Pero da igual. Pasaré sin ella. Puedes llevarte eso —le dijo a Maureen, apartando el plato que había traído—. Lo tomaré más tarde.

También exageraba lo de que nunca salía de casa. A veces iba a llevar alguno de sus muchos difuntos relojes de pared o de pulsera a la joyería que estaba cerca de la estación de South Kensington, y estas salidas le ofrecían la ocasión de meterse en su personaje. Cogía una cesta de mimbre, como una lechera camino del mercado, que le parecía a tono con el entorno de Fulham Road, y sonreía a los transeúntes derrochando encanto. La cesta siempre estaba vacía. Por lo visto, nunca tenía tiempo de comprar las cosas sencillas que hacen falta en una casa. Para eso se servía de algún miembro de su séquito: Charlie, Maureen o yo.

Julia maldecía el frío, porque cuando hacía frío le dolían las manos, pero lo cierto es que casi siempre se quejaba del clima. Prefería el ambiente artificial de su tocador a cualquier otro más natural o variable. Suspiraba

por el sol, pero cuando por fin salía no siempre merecía su aprobación. «¿Puedes cerrar un poco la cortina? No soporto el resplandor en los ojos.» Esto lo decía una mujer que podía pasarse entre veinte minutos y media hora examinándose la cara delante del espejo de su tocador, rodeado de bombillas. De todos modos, he oído a muchas mujeres suspirar por el sol y me inclino a tomar esta añoranza en serio. Lo que en realidad quieren decir es: «Estoy aburrida, incluso asustada. Estoy fea y tengo cara de cansancio. ¿Por qué he cambiado tanto? ¿Es la edad la culpable o solo el invierno? ¡Ojalá fuera verano! ¡Entonces a lo mejor parecía joven de nuevo!». Y es que el sol es el símbolo de todo lo que se ha perdido, es un dios caprichoso que podría restaurarnos si le apeteciera. Yo también suspiraba por el sol, y con razón, en esas crueles habitaciones oscuras que sabía que nunca podría transformar en algo mío. Era un alivio ir a Onslow Square, aunque la casa de Julia me resultaba casi tan poco acogedora como la mía. A ella le gustaban los colores fríos, y las cortinas blancas con las paredes mostaza, la alfombra blanca y los lirios amarillos y blancos en los enormes jarrones de cristal transparente daban la sensación de rebajar aún más la temperatura, que siempre era bastante fresca. Libraba una especie de batalla continua con la calefacción central, y la mayoría de las veces quería tenerla apagada. Cuando se helaban de frío, mandaba a Maureen que llamase por teléfono para pedir ayuda. Si no venía nadie, esperaban con resignación hasta que Charlie volvía a casa, cuando en realidad solo hacía falta un par de ajustes que cualquiera de las dos podría haber hecho fácilmente. Ni siquiera eran capaces de entender que había que girar la llave y encender los radiadores. Yo lo había hecho montones de veces. «¡Qué lista eres, Fay! —decía Julia—. ¿Qué haríamos sin ti?»

Yo ya no era feliz, y en el estado de inquietud que me causaba darme cuenta vivía como un reconfortante indulto los ratos que pasaba en el salón de Julia, a pesar de que era incómodo y de que normalmente allí hacía frío, y me calmaba con el placer atávico de la compañía estrictamente femenina. Es un recurso de las mujeres excluir a los hombres de vez en cuando, descansar de la necesidad de estar alerta y de presentar el mejor aspecto. Es un recurso que puede sobrevivir incluso cuando ya no tiene razón de ser, cuando se rompen las alianzas forjadas y se desatan los celos. Pero en esa

época concreta de mi vida, cuando Owen estaba de viaje y el invierno convertía las habitaciones de casa en cavernas malévolas, me iba corriendo a Onslow Square como si fuera un refugio, o un harén, el espacio en el que las mujeres podían desplegar parte de su instinto maternal y ver las rarezas de los hombres tal como eran en realidad. En esas situaciones, las mujeres se unen para quejarse del infantilismo de los hombres, sus engaños y su frivolidad, pero si un desconocido les preguntara, todas se enorgullecerían de contar con la protección de un ser tan frágil. Las mujeres solteras lo pasan peor en esas situaciones, y yo empezaba a sentir pena de Maureen, aunque no me cayó bien desde el principio y eso no había mejorado con el tiempo.

Maureen, la esclava de Julia, tenía unos treinta y cinco años por aquel entonces y era mucho más joven que todas las demás: Julia, su madre, la señora Chesney, que era la antigua ayudante de camerino de Julia, y yo. Yo veía bastante histeria en la devoción de Maureen por Julia, que dependía de ella, aunque probablemente le inspiraba tan poca simpatía como a mí. Lo cierto es que Maureen no era muy agradable: era una pobre chica con gafas sin montura, que se hacía la permanente y normalmente llevaba unos pantalones azul marino, sin forma, y un jersey bastante juvenil que había tejido ella misma. La furia con que tejía Maureen era el acompañamiento ideal para las revelaciones de peor gusto de Julia: inclinada sobre las agujas, Maureen podía ocultar el rubor que venía a acompañar su risa nerviosa. Con un dedo rechoncho y las uñas mordidas como una niña, se subía de vez en cuando las gafas al puente de la nariz. Era muy religiosa, según Julia, y supongo que sería verdad, aunque Maureen nunca hacía ningún comentario relacionado con la iglesia. ¿Por qué soportaba aquella vida de esclavitud? Tenía su propia sala de estar en Onslow Square, y estoy segura de que Charlie le pagaba un buen sueldo, pero había renunciado a su independencia y también a su profesión, pues aunque era una periodista muy modesta no había ningún motivo para pensar que no habría podido llegar más lejos. Yo creo que tenía muchísimo miedo del mundo y se había refugiado instintivamente en la persona más fuerte que encontró. Esa persona era Julia, a la que Maureen había conocido, no del todo por casualidad, cuando trabajaba en el periódico local.

Yo me sentía incómoda con Maureen, que se ponía colorada, se retorecía y se reía con los comentarios de Julia, aunque seguramente los había oído cien veces como mínimo: se me ocurrió, en un momento ocioso, que a pesar de su bobería y sus reacciones físicas, Maureen probablemente tenía un instinto sexual muy fuerte, y por eso sufría el doble. Me sorprendió la idea, pues por aquel entonces yo no era dada a especular sobre la vida sentimental de los demás. Me imaginaba que la de todos era como la mía: defectuosa. Lo que veía de Charlie me hacía cambiar de opinión, pero Charlie era la excepción. Al margen de cómo fuera Julia como esposa, incluso como mujer, siempre lograba rodearse de un ambiente de galantería, y las mujeres, lo mismo que los hombres, tenían la obligación de conservarlo. Maureen era una ayuda muy valiosa en este sentido, y yo, en un grado mucho menor, también lo era.

De todos modos, yo me sentía más relajada cuando estábamos las cinco juntas —Julia, la señora Wilberforce, la señora Chesney, Maureen y yo—, porque siempre que faltaba alguna Julia se animaba a analizar con las demás algún defectillo, a señalarlo con desprecio, y parecía que la perversión nos impedía llevarle la contraria. El caso es que una vez, después de varios días sin pasar por Onslow Square porque Owen estaba en casa, cuando volví me enteré de que me habían acusado de enfermiza.

«Es una tontería —dijo Julia, sonriendo—, pero no me lo podía callar. El otro día le dije a mamá: ¿Te has fijado en lo tristona que se ha vuelto Fay? Y mamá no tuvo más remedio que decir que sí. Y a Pearl (la señora Chesney) le preocupó que te pasara algo, pero yo le dije: ¡Qué bobada! Seguro que no le pasa nada. ¿Qué le iba a pasar? Owen no está con otra, que yo sepa, aunque la verdad es que oportunidades no le faltan, y si tuviera una amante en Montecarlo, o en Málaga, o donde sea, nadie se enteraría, pero yo no creo que ese sea el problema.» Hizo una pausa, y yo me eché a temblar por Owen, aunque no como a Julia le habría gustado. Y luego añadió: «Yo creo que simplemente has desarrollado una actitud pesimista, Fay, y deberías tener cuidado. Todo el mundo sabe que yo tengo muchas más razones que tú para estar tristona, pero subirte a un escenario te enseña a resistir, sean cuales sean tus sentimientos. Y eso es lo que procuro hacer. Con cierto éxito, espero».

Estas palabras se recibieron con murmullos de aprobación de su público, aunque confieso que a mí me repatearon, y que todavía me repatean cuando recuerdo el incidente. Por supuesto, ese día también me asusté un poco, porque como Julia tenía tendencia a la especulación era difícil saber si hacía esos comentarios por puro aburrimiento o si de verdad intentaba que el otro perdiera los nervios para provocar una trifulca monumental. «Tuvimos una trifulca monumental», decía con cierta satisfacción cuando pasaba por las armas a alguna de sus amigas. Esa era otra de las razones de mis miedos. Aunque nunca hablaba de Owen con nadie, consciente de que tenía mucho que ocultar y consciente también de la necesidad de protegerlo, Julia tenía un don sobrenatural para localizar la zona sensible a la que dirigir la flecha o el aguijón. Yo se lo perdonaba, lo mismo que todas, porque sabíamos lo mucho que sufría, y hacía falta mucho valor para trasladar la esfera de influencia personal de un teatro abarrotado a un grupo de mujeres bobas, aunque creo que todas sabíamos que la compañía de las mujeres no tenía ningún atractivo para Julia y por eso podía dedicarnos su atención a cada una y alterarnos tanto cuando lo hacía. A Maureen, en una de sus escapadas a los almacenes Peter Jones, se la condenó por falta de elegancia (cosa difícil de negar) y a la señora Chesney se le imploró a la cara que perdiera unos kilos: «Ya sabes cuánto envejecen, cariño». A mí me caía bien la señora Chesney, me parecía una mujer sencilla y simpática, y este comentario de Julia me hizo arder de indignación. La cuestión era que la señora Chesney, que no tenía dinero, llevaba normalmente un traje negro muy ceñido que no hacía nada para disimular las caderas anchas, y el aspecto de este traje, con las solapas casi siempre salpicadas de polvos de maquillaje, era un sacrilegio para Julia, que seguía vistiendo de maravilla aunque se hubiera jubilado. La señora Chesney reconoció alegremente que le gustaba comer, pero yo noté en su sonrisa un instante de impotencia y odié a Julia por burlarse de una mujer tan indefensa. La verdad es que se burlaba de todas nosotras. Únicamente la señora Wilberforce —que era una tintineante fuentecilla de admiración por su hija— y la propia Julia constituían una especie protegida.

¿Por qué me convencí de que aquella compañía era deseable en algún sentido? Creo que me encontraba en un punto tan bajo que me parecía

imposible aspirar a nada bueno, y encontraba cierto placer aceptando las cosas de segunda o de tercera categoría, como si una persona de mi calibre no pudiera esperar nada más. Había en mí una falta de voluntad que me convertía en presa fácil de personas más fuertes que yo. Y mis motivos para ir a Onslow Square no eran del todo nobles, porque cuando pasaba un rato en compañía de aquellas mujeres Owen me parecía tan interesante, valioso y loable que quería volver a casa corriendo y oír su llave en la cerradura. Owen, claro, estaba completamente a favor de que yo tuviera una buena relación con Julia, porque creía que así ablandaba a Charlie, y en cierto modo era verdad. Los motivos de Owen tampoco eran nobles, pero aunque ya no sabía cuáles eran las estrategias morales de Owen el hallazgo del dinero en el cajón de los calcetines me predispuso a defender sus intereses, cuando antes ni siquiera me había parado un momento a pensar en ellos.

Que Julia sugiriera lo de ir de vacaciones juntos fue una consecuencia directa del descubrimiento de mi estado enfermizo. La verdad es que no se equivocaba del todo: es muy posible que en aquella época presentara algunos síntomas, aunque debería haberlo llamado infelicidad más que enfermedad. Por salvar las apariencias —y porque no está bien visto que una mujer casada y madura se queje de que no es feliz—, yo acepté el menor de los cargos. Esa noche le transmití la sugerencia a Owen sin darle importancia y me sorprendió con su respuesta:

—¿Por qué no? Estás un poco paliducha. Seguro que consigo que nos presten una casa. Podría ser divertido.

—¿Estás seguro? Con todo lo que viajas, serían unas vacaciones muy parecidas a tu trabajo diario. ¿No prefieres quedarte en casa?

—Ya va siendo hora de que pasemos unos días juntos, lejos de aquí. Te he abandonado un poco, ¿verdad? —Me miró con una curiosa expresión de duda en los ojos, como si suplicara un poco de confianza, y yo volví a sentirme plenamente su mujer otra vez.

Las vacaciones en el sur de Francia fueron nuestra época más feliz. La casa estaba en las montañas, detrás de Niza, y tenía una terraza, un comedor alargado y fresco y unos suelos de baldosas de terracota en los que las lagartijas disfrutaban del sol. Owen me llevaba al mercado todas las mañanas, mientras Charlie y Julia se levantaban, y yo compraba pescado y

verduras para la cena. Luego volvíamos a casa, recogíamos a los otros dos y bajábamos a Niza. Nos sentábamos en un café, donde Julia se tomaba su whisky y Owen su *pastis*, y después buscábamos un buen restaurante para comer. De ahí vienen los recuerdos de pasear del brazo de Julia por el Promenade des Anglais con nuestras faldas blancas y Owen y Charlie charlando detrás de nosotras. Pasábamos la tarde descansando en el fresco interior de la casa —aunque para mí nunca hace demasiado calor—, y luego yo dejaba a Owen y me escapaba al jardín. Nos acostábamos temprano y les dejábamos el coche a Charlie y a Julia, porque a ellos les gustaba ir otra vez a Niza y volver tarde. Owen y yo ya estábamos dormidos para entonces, como niños: nos dormíamos como los niños, cogidos de la mano. En esos momentos me parecía imposible que alguno de los dos le permitiera al otro exponerse al mundo solo.

OceanofPDF.com

Seis

Aquí me empieza a fallar la memoria, como si anticipara los tiempos más oscuros que estaban por venir.

Volvimos de vacaciones a Niza, aunque no con tanto éxito. Fuimos en Navidad, la Navidad del año de nuestra primera visita, pero esta vez Owen no consiguió que le prestaran una casa y nos alojamos en un hotel, el Negresco. Era ruinosamente caro y no demasiado bonito, y a pesar de que hacía buen tiempo no nos apetecía estar todo el día al aire libre. Los hoteles cohíben: dan ganas de no ofender, quizá con la esperanza de ser tratados en futuras ocasiones con más deferencia de la que se nos muestra la primera vez. La acogida nos resultó fría, o puede que me lo esté imaginando. Todas las mañanas tenía que aplacar con sonrisas a las camareras impacientes por limpiar las habitaciones, mientras Owen seguía durmiendo y Julia repasando su armario. Charlie, que tenía evidentemente los mismos escrúpulos que yo, a veces se sentaba conmigo en el vestíbulo. Al final dejábamos un recado para los otros dos y nos íbamos a dar un paseo. Me entristecía que Owen no diera muestras de querer estar a solas conmigo, como en nuestra milagrosa estancia anterior en aquel lugar del mundo, pero Charlie era muy agradable, muy amable, y hacía todo lo posible para que yo olvidara mi malestar. Porque eso era lo que yo sentía. Sabía que Charlie y yo éramos gente intachable aunque aburrida, que habíamos dejado atrás a nuestras parejas, mucho más interesantes que nosotros, o a lo mejor ellas no habían querido acompañarnos. Creo que Charlie siempre tuvo la sensación de que su individualidad no podía compararse con la de Julia y por eso generalmente se quedaba callado en su presencia y actuaba como su ayudante, su protector, su escolta perfecto. De todos modos era un hombre atractivo por derecho propio: en buena forma, amable, de buen carácter, sonrisa fácil y exquisitos modales. Era su silencio, o mejor dicho su silencio

relativo, lo que le daba ese curioso aire de estar fuera de la competición, al margen, casi castrado, como si sus obligaciones como marido de Julia le impidieran participar nunca más en la actividad humana normal. Su manera de dirigirse a mí esas mañanas algo decepcionantes, cuando salíamos a pasear juntos, era: «¿Todo bien, querida? ¿Vamos a ver si encontramos algún periódico? Y luego podemos tomar un café». Nos sentábamos en la terraza de un café cercano, a veces una media hora, a leer la prensa, sin decir nada, hasta que el camarero venía a cobrarnos y nos mirábamos con una sonrisa, doblábamos el periódico y nos poníamos en pie. En el hotel nos encontrábamos con Julia y Owen en el bar, que ya tenían la primera copa del día en la mano, aunque solo eran poco más de las once.

—¿Dónde narices os habéis metido? —preguntaba Julia.

—Solo hemos ido a tomar el aire —decía yo—. Hace un sol precioso y una temperatura muy agradable. —Julia me miraba con los párpados caídos. Tras una pausa murmuraba:

—Qué cosa tan rara. —Nunca dejaba de expresar su sorpresa porque Charlie y yo pudiéramos alejarnos voluntariamente de su lado. Luego, porque perdía el interés o para reafirmar su posesión, o tal vez las dos cosas, decía—: Charlie, cariño, ¿me haces el favor de subir y traerme las gafas? ¿La llave? No, yo no he cogido la llave. Bueno, pídelas en recepción. Tendrán una de repuesto. —Y así seguía.

Yo no soportaba esos ratos o esas horas de tiempo perdido. Veía el sol fuera, desde el bar oscuro, y lo añoraba como solo quien ha pasado su juventud entre las alarmas y el peligro y la alegría desgarradora de los años de la guerra puede añorar la paz, la belleza, la luz y ese calor curativo. Mis ojos no se saciaban nunca de su resplandor, porque recordaba demasiado bien los bombardeos aéreos, las noches interrumpidas, las calles destrozadas y la oscuridad sin fin. Habría estado tan contenta pasando el día sola, sentada en el paseo marítimo o en el jardincito del museo, sin hacer nada, quizá leyendo una revista hasta que la luz empezara a menguar y, sin ganas, decidiera por fin reunirme con los otros. Las palmeras, los reflejos del sol en las piezas cromadas de los coches, las plantas con púas y la tierra crepitante me hacían olvidarme de la casa de Gertrude Street, con su absurda decoración, sus copas de vino de cristal tallado encargadas

especialmente a un artista amigo de Hermione, su cama con tamaño suficiente para albergar un parto de la realeza y el delicioso fresco del cuarto de baño... Habría sacrificado todo por un frasco de perfume de mimosa barato de la *herboristerie*, o por un ramo de claveles azules maravillosamente vulgares del mercado. Empezaba a detectar también en mí las capas más profundas de superficialidad y mal gusto, y no me parecían del todo lamentables. La imagen de un simple plato de tomates cortados en rodajas, con aceitunas y aceite, espolvoreados de albahaca me hacía pensar, con algo parecido al desprecio, en las cenas que con tanto esmero preparaba para Owen y sus invitados. Empezaba a tener ganas de que me dejaran en paz para irme a comer pizza y bocadillos en los puestos de la calle. En vez de eso, aparte de mi paseo clandestino con Charlie a primera hora de la mañana, tenía la obligación de pasar la mitad del tiempo en bares, y luego en el restaurante, y solo después de comer ir a dar un paseo por la orilla del mar, hasta la hora de volver al bar para el aperitivo de la noche, que a mí me parecía cada vez más temprano. Me sorprendió la manera de beber de Owen. Nunca bebía así cuando estaba en casa.

Además de estar sola quería desesperadamente estar a solas con Owen, y eso parecía imposible, porque Julia se empeñaba en que hubiera *quorum* para ir a todas partes. Era evidente que la amabilidad de Charlie no le bastaba para satisfacer su ansia natural, pero la necesitaba para poner límites a su agresividad. A veces veía en los ojos de Charlie un gesto ausente, como si él también quisiera huir, pero enseguida lo cambiaba por otro de atención y buen humor: nadie supo jamás cuánto le costaba. Como Julia podía llamarlo al orden, y de hecho lo hacía con frecuencia, él tomó la costumbre de no hacer nada, por si acaso ella lo necesitaba. Para un hombre como él, un despacho es un refugio, por eso Charlie tenía fama de ser muy trabajador. Creo que era un profesional excelente. A veces pasaba el sábado en el bufete de Hanover Square, «repasando unos documentos urgentes», con gran disgusto de Julia. Parecía que su formidable paciencia se agotaba según se iba acercando el fin de semana, sobre todo porque sabía que a Julia le gustaba invitar a sus amistades los domingos; por eso el sábado era el día de fiesta para Charlie, como para mí lo era estar sola en el jardín del museo. Más adelante, Charlie me contó que se preparaba una solitaria y voluptuosa

taza de té con el hervidor eléctrico de su secretaria, desconectaba el teléfono y se quedaba en silencio absoluto hasta que su conciencia le decía que el permiso tenía que terminar. Entonces, empujado por la misma conciencia, adelantaba algo de trabajo que podía dejar tranquilamente para el lunes, hasta que el oscurecimiento de la luz en las ventanas le obligaba a volver a casa. Cuando nos conocimos un poco mejor, los dos confesamos que éramos muy felices solos pero que, a cierta hora de la tarde, normalmente alrededor de las cinco, empezábamos a echar de menos la compañía. Ahora que tengo todo el tiempo para mí, me sigue pasando lo mismo; me duele más, a pesar de que ya no soy joven, o quizá porque ya no lo soy. Cuando oscurece y se cierran las cortinas, lo natural es tener al lado un compañero. Y si ese compañero ya no está, su ausencia resulta de lo más cruel.

Owen era mi compañero, y mientras los días se escapaban en trivialidades absurdas —buscar las gafas perdidas de Julia, esperar cortésmente con Charlie a que los otros dos se reunieran con nosotros—, yo pensaba con desesperación en cómo nos separaban aquellos obstáculos diminutos y en que eso solo era posible porque ya estábamos separados. Nunca llegué a conocer bien a Owen, aunque por aquel entonces era una mujer casada y con experiencia, una mujer que se casó tarde y porque así lo quiso, dispuesta a convertirse en una esposa tradicional y a ser posible honorable. Nunca llegué a conocer bien a Owen porque como estaba locamente enamorada de él nunca lo vi como a un amigo. Si acaso, era un enemigo, un adversario al que yo tenía que cautivar y contener, distraer y desarmar. Desarrollé esas habilidades muy poco a poco, pero pronto empezaron a cansarme. Aun así, seguía demasiado deslumbrada por Owen para no hacerle caso o atreverme a llevarle la contraria alguna vez. Nunca le pinché, nunca provoqué una discusión, y así se creó entre nosotros una distancia inmensa, que se llenaba con los formalismos de nuestra vida en común. Yo soportaba la casa y a los invitados de Owen y la firma de Hermione en todas partes porque pensaba, y estaba en lo cierto, que me había casado con todo eso. Pensaba que ese era el precio que debía pagar por la mano de Owen. Hasta ese punto lo quería yo al principio.

Pero un amor de este calibre no es fácil de sostener ni prolongar, en gran medida porque es irreal y, en cierto modo, falso. El amor no es el premio

impresionante que yo creí en su momento, sino algo mucho más cotidiano, sin adornos ni colores. De todos modos, supongo que las mujeres de todos los tiempos han estado insatisfechas con lo que tenían, con otras variantes de amor más amistosas que son naturales en la especie humana, y que alguien les rompió el corazón y sufrieron lo indecible por relaciones que no les convenían, que nunca deberían haberse consumado. La mía no encajaba del todo en esa categoría, pero muchas veces me sentía incómoda y empezaba a parecerme una obligación más que un placer. Eso tendría que haberme indicado que algo no iba bien; de hecho, yo sabía que algo no iba bien, pero descargaba mis sospechas en la casa o en los viajes de Owen, incluso en lo largo que era el invierno. No puedo decir que siguiera queriéndolo tanto como antes, aunque seguía añorándolo como se añora una oportunidad perdida. Quería empezar de nuevo, esta vez diciendo la verdad, no sonriendo cuando se me hacía un regalo que estaba fuera de lugar ni siendo amable con mi suegra ni recibiendo a invitados odiosos como si me encantara tener la oportunidad de servirlos. Había llegado a esa fase peligrosa en la que era consciente de todos los errores que había cometido y quería tener una confrontación descomunal para arrasarlo todo y empezar de nuevo. Eso, por supuesto, es imposible. La falsa interpretación que una hace de su compromiso se complementa inevitablemente con la falsa interpretación que hacen los demás. Lo cierto es que no hay vuelta atrás.

Lloré la muerte de mi amor por mi marido tanto como creo que él lloró la muerte de su amor por mí. En eso nos fuimos fieles y nos acoplamos bien. Ninguno de los dos, estoy segura, buscó consuelo fuera de nuestro matrimonio; yo al menos no lo hice nunca, y creo que Owen también era inocente en ese aspecto. Eso a mí me parecía un gesto magnífico y una muestra de su excelencia original, porque Owen tenía oportunidades a montones y era un hombre muy guapo, que despertaba en las mujeres una atracción natural. A medida que iba pasando el tiempo, mientras la cara siempre bronceada de Owen cobraba un tono algo más colorado, y su cuerpo se volvía algo más gordo, yo a veces notaba una expresión de desconcierto en sus ojos azul oscuro, como si la edad lo hubiera cazado por sorpresa, como si se hubiera aprovechado de su distracción en otras cuestiones para instalarse insidiosamente en él. No le interesaban mis

tiernos y tristes acercamientos, así que aprendí a reprimirlos. Creo que me quería todo lo que él era capaz de querer a una mujer, en condiciones de intimidad y para toda la vida. Estoy convencida de que confiaba en mí y de que el dinero que dejaba tan a la vista, en el cajón de los calcetines, donde yo seguro iba a encontrarlo, era su modo de confesarme lo que hacía con sus joviales y hospitalarios clientes. Yo no decía nada, no solo porque estuviera asustada y alienada, sino porque sabía que él no quería que dijese nada. Para entonces me había dado cuenta de que Owen no sabía expresar sus emociones —nunca había sabido—, que el personaje guapo y desenvuelto del que yo me había enamorado en realidad necesitaba mi aceptación y, aún más que eso, el cuidado y la protección que yo le ofrecía plena y generosamente.

A pesar de que no recuperamos la extraña cercanía —una cercanía casi inusitada— que Niza nos regaló en el primer viaje, conseguimos dar un par de paseos por la tarde en los que Owen me cogía de la mano o me pasaba el brazo por los hombros, y en esos ratos los años intermedios se esfumaban y teníamos la sensación de que al fin y al cabo no lo habíamos hecho tan mal. Ahora que soy mayor me gusta acordarme de eso, y me siento orgullosa de hacerlo.

Las vacaciones fueron para Julia una decepción confesada en voz alta y sin tapujos, y Charlie estaba disgustado por ella. Se quejaba del dinero que estábamos gastando, a pesar de que nunca era suyo y de que Charlie, que parecía rico, habría estado dispuesto a gastar lo que fuera, sin reservas, para hacerla feliz. Julia, ahora lo veo —y entonces también lo veía—, estaba en esa fase angustiosa de la madurez tardía que únicamente por delicadeza puede llamarse madurez, y temía la llegada del momento en que no tendría más remedio que aceptar que era una mujer mayor. Yo veía que eso podía desencadenar una crisis en una mujer tan guapa y prestigiosa como ella, una mujer, además, que había tenido tantos pretendientes, pero como era diez años más joven, simplemente me parecía que estaba armando un lío de mil demonios y me inspiraba poca compasión auténtica. Me fijaba en su irascibilidad y me prometía hacerlo mejor cuando llegara mi declive. Julia se enfadaba por todo, pero expresar su enfado con sinceridad no era propio de su naturaleza lánguida. Si acaso se ponía más en guardia, era más

perspicaz, más peligrosa. Hablaba más de sus antiguos amantes, sabiendo que a Charlie le sentaba fatal. Nos hacía alusiones muy vulgares a Owen y a mí cuando anunciábamos que íbamos a dar un paseo. Nuestra cercanía nostálgica, casi elegíaca —una cercanía consciente de su falta de comprensión mutua—, la ofendía de un modo especial. No veía lo delicado y frágil que era nuestro contacto, o no creía en ningún tipo de proximidad que no fuera de naturaleza sexual. Creo que era una mujer lasciva, y fría. Al mismo tiempo, no soportaba estar sola y solo se tranquilizaba cuando estábamos los cuatro juntos en el bar del hotel, que se había convertido en su salón. Pero hasta en esos ratos manifestaba su amargura y su desilusión. Se ponía a dar manotazos delante de la cara, como si ahuyentara moscas. Hay pocas moscas en Niza en diciembre, pero Julia conseguía hacernos creer que una colonia la estaba asediando. No en vano era actriz. Y sus interpretaciones especiales, con tanto énfasis en la pausa y la insinuación, eran un instrumento excelente para cualquier juego social que quisiera jugar.

Yo veía que estaba triste, incómoda, incluso que sufría, pero mi creciente impaciencia con los límites que se le habían impuesto a mi vida me volvía menos complaciente. En realidad, por dentro estaba llena de desprecio, convencida de que me merecía algo mejor. Sus escenas de angustia de clase alta me producían una sensación que únicamente puedo describir como urticaria. Había leído el cuento de la princesa y el guisante de pequeña y nunca sentí ninguna simpatía por la princesa. «¿Por qué no deshace la cama y la vuelve a hacer?», le pregunté a mi madre. «Porque es demasiado importante y no sabe hacerla», contestaba mi madre. Esto se convirtió en una lección para hacer mi cama, una tarea que aprendí muy deprisa, como todas las demás tareas domésticas: en nuestra casa no había criada. En cambio, Julia, que nunca había tenido que hacer nada, que ni siquiera entraba en una habitación a menos que hubiera alguien para atenderla, empezó a parecerme impertinente, inmadura y pusilánime. Sentía un desprecio creciente no solo por ella, sino por Charlie, siempre tan complaciente y tan amable, y hasta por mi marido y sus principios tan chapuceros, que se habían convertido en los principios de nuestra vida... Pensé en darles esquinazo un par de días; solo necesitaba un poco de valor.

Me pondría los zapatos de caminar, me ataría un pañuelo en la cabeza y me iría a las montañas, donde Owen y yo habíamos sido felices. Naturalmente, esto era una fantasía que nunca llegó a hacerse realidad, pero conservó su fuerza y me sirvió durante muchos años.

Lo que me condenaba a la inacción eran las ganas de gustar, o a ser posible de ser amada —esto me ha pasado toda la vida, pero hasta entonces no me había causado ningún problema—, y la atención que quería prestarle a Owen, a quien me sentía atada de un modo totalmente nuevo. Era como si hubiera apartado mis sentimientos anteriores, como si hubieran caducado, como si fueran juveniles, hasta vagamente reprobables. El caso es que llevaban muertos mucho tiempo. Ahora tenía el propósito de ser más práctica, que era lo que Owen siempre había preferido. Acepté el hecho de que rara vez, por no decir nunca, me haría el amor en los años venideros, y de que lo máximo que podía esperar sería que su mano, en un momento de descuido, cogiera la mía, o que me pasara el brazo por los hombros. Lo extraño es que darme cuenta de eso no me asustó, ni siquiera llegó a indignarme, porque lo que se estaba gestando era una especie de compasión. Owen me parecía digno de lástima, no absuelto en confesión. Pensaba, por incongruente que pueda parecer, en los campesinos medievales, pecadores llorosos, que esperaban eternamente el juicio de Dios. Owen, completamente ajeno a este dilema, se me aparecía sin embargo como un hombre necesitado de refugio, de perdón. Esa mirada de sorpresa que tenía a veces, como si necesitara ayuda de una fuente desconocida, me recordaba un cuadro que había visto en el museo del mismo jardín al que iba a pasear todos los días: gente desnuda, cogida de la mano, de nariz grande y con la misma expresión de malestar, que se alejaba poco a poco del alcance de Dios y de sus ángeles hacia las llamas del infierno. La imagen me pareció ingenua, representativa únicamente del siglo en el que se pintó; ahora ya no estaba tan segura. Volví a contemplar el cuadro un día tras otro, aunque después de la primera vez fue como si me refutara. Intenté recabar más información, pero hasta el texto del rótulo parecía deliberadamente escueto, como si no estuviera al alcance de alguien con tan poca fe. *École française, xve siècle*, decía. Y eso era Owen para mí, algo que se deslizaba del bien al mal, y el único papel que yo iba a

interpretar en lo sucesivo sería el de guardián, el de conservador. Con esta diferencia a partir de ahora: que veía la necesidad de cuidado. Hasta de vigilancia. Sería su cuidadora. Me encargaría de que no lo expulsaran.

La pena y la tristeza que sentía por mi marido me llevaron a un distanciamiento de él que quizá tendría que haber llegado mucho antes. Nuestra frágil cercanía fue una especie de adiós: una conmemoración, una despedida. Y hubo en ella compasión por los dos. Mi misión, así lo veía yo, era aferrarme a Owen para el resto de mi vida, o de la suya, reconociendo al mismo tiempo que ya no lo quería como me habría gustado quererlo. De ese modo, el destino que me había negado hijos se ocuparía de que mi instinto maternal no quedara sin usar del todo. Capté la ironía y no me gustó. No tenía la menor duda de que sería capaz de cumplir la tarea que tenía por delante, pero sentí que una especie de frialdad invadía mi espíritu, la frialdad que señala el reconocimiento de que nunca se alcanzará la igualdad en el amor. Sabía que me estaba haciendo mayor, aunque tenía poco más de cuarenta años —cuarenta y cinco, para ser exacta—, y recuerdo que cuando me asaltó la idea de la edad me levanté para mirarme en el espejo. Para mí no había cambiado nada, solo estaba un poquito más gorda, pero a la luz cruel del cuarto de baño del hotel vi que tenía el pelo más apagado, que en mis ojos había un gesto de cansancio y preocupación. No aprecié grandes cambios hasta que me miré las manos, que empezaban a cubrirse de esos lunares conocidos como manchas de la edad; parecían más grandes y más feas, como si hubieran envejecido mientras yo estaba distraída. Seguía activa, con buena salud, y parecía absurdo pensar en el climaterio, pero sabía que eso llegaría sin remedio, y me quedé horrorizada un momento pesando que el amor se había ido para siempre. Y es que no estaba tan dispuesta a sacrificarme como me imaginaba, o mejor dicho, conscientemente lo estaba, pero instintivamente no: el cuerpo seguía teniendo sus anhelos, y vi que, incluso con toda la voluntad del mundo, se avecinaban tiempos tristes.

Estuvimos en Francia quince días, aunque pareció más tiempo. Las navidades llegaron y se fueron, y pasamos la noche de Fin de Año en una habitación extraña, con un baile de luces extrañas en el techo y el claxon de los coches en la calle. La mañana del día de Año Nuevo, el bar del hotel

olía a tabaco y a whisky, y los porteros estaban retirando serpentinas del vestíbulo, de donde hubo que echar a un grupo de juerguistas que entró de la calle. El cielo tenía un color azul pálido y brillaba el sol, pero por fin hacía más frío, y tomé conciencia del inmenso e insoportable anhelo de gratificación, de plenitud, de abundancia que aún sentía. La perspectiva de volver a casa, a Gertrude Street, me asustaba tanto que estuve a punto de preguntarle a Owen si no podíamos quedarnos un poco más. No dije nada, porque si Charlie volvía Owen también tenía que volver, y Julia, que se quejaba cada vez más, insistió en que nos fuéramos casi inmediatamente. Así, la mañana del día de nuestra partida —el avión salía a las cuatro y media de la tarde—, les di esquinazo y me fui por mi cuenta, sin preocuparme por no haber dicho a nadie adónde iba ni cuándo pensaba volver. Lo cierto es que no habría podido responder a ninguna de estas preguntas. Tenía ganas de compañía sencilla, y de repente le había cogido una manía tremenda a la falsedad y la condescendencia que habían sido nuestro lenguaje común a lo largo de las dos últimas semanas, a la necesidad de esquivar las críticas de Julia, a la delicadeza con que se toleraban sus berrinches, a mis ganas brutales de que Charlie mostrara un poco menos de fortaleza y de paciencia, y al deseo de que Owen me cogiera del brazo y les dijera: «¿Verdad que no os molesta si Fay y yo nos escapamos un rato? Nos vemos el día ocho en el aeropuerto. O podríamos cenar juntos la última noche aquí.» No sucedió nada de esto. Lo que hubo fue una falta de rumbo total que alteraba mi naturaleza práctica, y yo quería, con todas las fuerzas de la chica que había sido, disfrutar al menos una vez para no quedarme con la sensación de que había desperdiciado la quincena entera.

Mis deseos eran muy sencillos y pude satisfacerlos tranquilamente. Me senté al aire libre, cerca de los puestos del mercado, a tomar una taza de café mientras oía cómo se saludaban las mujeres. ¡Qué felices, qué atareadas parecían y cuánto las envidiaba yo! Poco a poco mi infelicidad fue cobrando mayor relieve al compararme con aquellas mujeres que tenían las manos rojas, el pelo fosco y unos dientes espléndidos. Yo iba de punta en blanco, con mi traje azul claro, mis elegantes zapatos de piel y el bolso y los guantes, que reposaban en la mesa de madera tosca junto a mi taza de

café vacía. Cuando me pareció que el tiempo se acababa, me levanté con un suspiro y volví al hotel deambulando sin prisa por las calles. Compré unas esencias florales para mi madre y unos bulbos de jacintos azules para mí. Era demasiado pronto o demasiado tarde para los bulbos, claro, pero quería plantarlos de todos modos. Me recordarían al sur, donde tenía intención de volver algún día. No veía cómo, pero me pasaba lo mismo que con los bulbos: la promesa me reconfortaba.

En el avión, de vuelta a casa, Owen me cogió la mano, y eso no era habitual. Lo miré a la cara, que tenía un gesto completamente ensimismado, como si no guardara ninguna relación con la mano que sostenía la mía. Parecía nostálgico o tenso, como si esperase malas noticias, o como un paciente en un hospital. Me sonrió un momento al darse cuenta de que lo estaba observando y volvió la cabeza hacia la ventanilla. Cuando la luz le iluminó la cara, vi en sus ojos una expresión vacía. Duró solo un instante, pero la vi y me impresionó. Comprendí que nada de lo que habíamos hecho en los últimos días había servido para tranquilizarlo o animarlo, y le apreté la mano con más fuerza. La oscuridad llenó el espacio que se veía por la ventanilla; cuando se volvió casi absoluta supe que estábamos cerca de casa.

Siete

Mi madre murió en la primavera de ese mismo año, tres meses después de que yo tomara la decisión de resignarme a una vida que para mí había perdido todo el gusto. Esta muerte, en la mañana de un día frío de finales de marzo, me produjo tal desesperación que hasta sentí un sufrimiento físico muy real, y cuando miraba la casa de Gertrude Street me sentía amenazada por un pánico abrumador, como si estuviera encerrada por la fuerza en territorio extraño, lejos de mi hogar en contra de mi voluntad, sola y abandonada para siempre. Esta era una sensación ridícula en una mujer de mediana edad y, que yo supiera, en su sano juicio. Ese día, después de que Joan Barber llamara por teléfono para decirme que había encontrado a mi madre muerta cuando llegó a la hora de costumbre, me eché a la calle silenciosa con la esperanza de que alguien viniera a rescatarme, dispuesta a entregarme a la bondad de los desconocidos. Pero no había nadie, y solo se oía un coche a lo lejos, que cobró fuerza unos momentos y luego se fue alejando hasta perderse por completo. Me quedé quieta en el silencio gris, incapaz de creer que no volvería a oír la voz de mi madre nunca más. Al cabo de un rato un autobús 31 dobló la esquina y se detuvo delante del café: el conductor bajó del vehículo y entró en el local. Fue la única presencia humana que encontré esa mañana, y me quedé allí, temblando, incapaz de afrontar el viaje y la casa que me esperaba.

Mi madre nunca llegó a vivir en la casa de sus sueños, con moqueta y apliques de pared y quizá unos arriates en la entrada atendidos por un jardinero contratado. Yo le encontré más de una vez un piso así, pero se negó a moverse de la casa en la que habíamos vivido cuando yo era pequeña. Cuando mi madre llegó al final de su vida, la casa estaba muy descuidada y, aunque Joan Barber recogía y ordenaba, nunca tuvo la iniciativa suficiente para ocuparse de cosas como que alguien limpiara las

ventanas, y lo hacía yo, subida a una escalera, en mis visitas cada vez más frecuentes. Me ocupé de muchas tareas tristes, tristes porque hablaban de decadencia. Cuando entraba en la cocina con la comida que había llevado, notaba el olor de los delantales y las bayetas sucias, oía el goteo del grifo en el barreño nuevo de plástico rojo que yo le había comprado, veía que el reloj se había parado, que mi madre no había quitado el calendario del año anterior, que seguía mostrando el mes de septiembre debajo de una reproducción del Castillo de Warwick de Canaletto. Antes de quitarme el abrigo ya había visto lo que tenía que hacer. Guardaba los paquetitos de salmón frío, de lengua, de tarta de frutas, de melocotones de invernadero y de bizcocho de Madeira en la despensa y sacaba los paquetitos, intactos, que había llevado la última vez. Mi madre se negaba a comer, no sé si porque verdaderamente no podía o por desidia. Lo comenté con Joan Barber y me dijo: «Bueno, yo me aseguro de que tome un vaso de leche todas las mañanas. Y le gustan esas galletas que le traigo». Eran unas galletas de chocolate y dulce de malvavisco sintético hechas para gustar a los niños. Así que mi madre subsistía con algo que no era comida de verdad, o con la clase de comida a la que recurrirían un padre o una madre impacientes para que un niño dejara de lloriquear. Ver un plato abandonado, con una galleta a la que se había dado un mordisquito diminuto, como de niño, y pensar que mi madre no había sido capaz de terminarla me afectaba desmesuradamente. Y eso fue lo primero que vi al entrar en casa el día de su muerte. Su última comida.

Creo que las dos sabíamos que se estaba muriendo, aunque a mí se me daba mejor que a ella ocultarlo. Yo seguía llenando la casa de conversaciones y tareas banales, con la esperanza de verla sonreír mínimamente. Sacaba de la cesta los bocados que le llevaba, pequeñitos, para que fueran tentadores, y los desenvolvía para enseñárselos antes de guardarlos. Necesitaba convencerla al menos de que comiese algo a mediodía, y sabía que tendría que estar con ella a diario para que ejecutara esta pequeña ceremonia, aunque también sabía que la batalla estaba perdida de antemano. Mi madre no estaba asustada. Descubrir la devoción que sentía por mi padre y su memoria me ponía nerviosa, irascible, como si fuera peligroso seguir ese camino. Ella quería irse con él y yo quería que

siguiera viva. No era extraño: yo quería que todo el mundo viviese; quería vivir. Pero cuando hablaba con mi madre en un tono alegre, tomando nota de que había que fregar el suelo de la cocina y de que podía hacerlo yo, además de lavar los paños de cocina, antes de que se hiciera la hora de volver a Gertrude Street, mi madre me sonreía, como con resignación, como para animarme, y se iba a descansar.

Mientras ella dormía en su dormitorio oscuro, con esos muebles imponentes y anticuados y la moqueta con dibujos azules que mi padre había instalado tan mal, yo fregaba el suelo, lavaba los paños e intentaba eliminar los tristes olores que se habían concentrado en la cocina silenciosa. Pronto empecé a llevar botellas de lejía y desinfectante para limpiar la casa, la casa entera, que me olía a deserción y a abandono. Era como el aprendiz de brujo, barriendo y sacando brillo, presa de una compulsión irresistible, no porque mi madre me lo pidiera, sino más bien porque le daba completamente igual como estuviera la casa, porque no notaba esos olores tan tristes, porque se había convertido en una mujer mayor que usaba medias gruesas y zapatos anchos, ella que siempre fue tan exigente, tan crítica, tan elegante a su modesta manera. Le preparaba una taza de té y se la llevaba al dormitorio para despertarla. Estaba impaciente por llegar a casa antes que Owen, incluso impaciente por alejarme de mi madre. Pero se despertaba de la siesta con una sensación ligeramente renovada de... ¿de qué? ¿Energía? ¿Convicción?, y me preguntaba por mí. Yo no me atrevía a contarle la verdad. Intentaba poner un tono alegre, aunque a mí misma me parecía demasiado alto, y así se enteraba ella de todas las nimiedades de mi vida: qué cocinaba, qué estaba haciendo Owen o quién venía a cenar. Nada de eso tenía ningún interés, ni para mi madre ni para mí. No me quitaba los ojos de encima, aunque tenía un gesto ausente. «¿Todavía cantas? —me preguntó un día, interrumpiéndome cuando le estaba hablando del último viaje de Owen—. Cántame algo, Fay.» Así que la cogí de la mano y le canté algunas de mis viejas canciones. Fue entonces cuando las dos supimos que se moriría muy pronto.

Tenía apenas setenta años, y esa no era edad para morir, pero la vitalidad la había abandonado cuando murió mi padre, y yo no era suficiente para que ella aceptara la vida sin él. Con esa pena tuve que

cargar, casi sin que se me notara, aunque no del todo, a lo largo de toda mi vida adulta. No me imaginaba queriendo morir si Owen moría, y eso en cierto modo también era un pensamiento prohibido. Aunque mi madre se pasaba la vida quejándose de mi padre, los dos sabían que no había ira en sus reproches, y a ella no le afectaban lo más mínimo. Por lo que yo veía, llevaban una vida sin ambiciones, muy corriente, y sin embargo yo la recuerdo como feliz. La fuerza de este recuerdo fue determinante en mi vida, porque con esa vara medía yo todo lo que me pasaba, sobre todo mi matrimonio. Sabía que no era tan feliz como lo había sido mi madre, pero ese conocimiento, que era imposible de erradicar, tardó algún tiempo en filtrarse en mi conciencia. Así, mi madre me echó encima una carga muy pesada sin saberlo, aunque ni ella tenía la culpa ni yo caí jamás en la grosería de culparla. Puedo decir, con orgullo y gratitud, que mi madre y yo nos quisimos sin una sola sombra. Y las dos últimas semanas de su vida, cuando casi no podía levantarse de la cama, yo estuve con ella, volvía a Gertrude Street muy tarde. «¿Aún no te has levantado?», le pregunté una mañana. Se lo dije en broma, para disimular mi pánico. Ella se limitó a retirar las sábanas para enseñarme las piernas y los pies hinchados. Así que la dejé que siguiera acostada, aunque mi instinto era buscar enfermeras y médicos, incluso ingresarla en un hospital. No hice nada de eso, pero era una lucha saber cómo actuar frente a la gran separación que iba a producirse pronto. Le cantaba y, cuando notaba que se me llenaba la garganta de lágrimas, me iba corriendo a prepararle la leche y las galletas infantiles que le gustaban, o eso fingía en aquella fase. Al final, mi madre pasaba cada vez más tiempo durmiendo. Una vez se despertó, me miró y suspiró. «Fay —la oí susurrar—. Fay.» «¿Qué pasa?» Pero no volvió a decir nada.

Cuando la dejé, esa noche, estaba tranquila y sonriente, aunque no dijo nada; solo me apretó la mano y se la llevó a la mejilla. Pensé que podía irme a casa sin peligro. ¿De verdad lo pensé? A lo mejor es que ya no podía soportarlo. Me marché de allí a las diez, y ella debió de morir de noche, porque cuando Joan Barber entró por la mañana ya no había ninguna señal de vida: el grifo seguía goteando en el barreño de plástico rojo, pero nada más: nadie respondió a su llamada, no oyó ruidos cuando subía al dormitorio. Bajó de nuevo y me avisó por teléfono. Cuando llegué, lo

primero que vi fue la galleta abandonada con la que yo había intentado tentarla el día anterior. Por lo demás, todo estaba en orden. Mi madre había hecho testamento hacía tiempo y me lo había dado, para que lo guardase a buen recaudo. No tenía nada que dejarme, aparte de la casa, y así pasó a ser mía. Creo que ella seguía considerándola como mi único hogar, mi sitio natural. En eso fue profética. Pero había tanto amor atesorado en aquella casa, un amor que jamás volvería, que supe que la vendería llegado el momento. Eso nunca se lo dije.

Me sorprendió la cantidad de gente que vino al funeral, porque, que yo supiera, mi madre no se relacionaba con nadie. Pero los amigos de mi padre que aún vivían acudieron con lealtad. Mi padre había sido un hombre popular que compartía su cordialidad sencilla y sin complicaciones con hombres de profesiones como la suya, de poca monta, honrados, humildes. Aparecieron, con sus abrigos largos y poco favorecedores y sus sombreros de fieltro, ya mayores, con los ojos humedecidos por el frío o los recuerdos, y un cigarrillo encendido en la mano temblorosa. Me besaron con naturalidad: ¿no seguía siendo yo una niña para ellos? Y me prometieron su ayuda: si alguna vez los necesitaba no tenía más que llamar. Me dieron tarjetas de visita y trozos de papel con números de teléfono. Owen estaba impaciente; lo había estado desde que empezó la ceremonia. En cuanto terminó, se subió al coche y se fue al bufete. Yo volví a casa de mi madre y serví un jerez y unas galletas de semillas a los viejos y a sus mujeres. Luego recogí, salí y cerré con llave la puerta principal. «Coge un taxi, Fay», le oí decir a mi madre. Así que cogí un taxi para volver a Gertrude Street. No había otro sitio a donde ir.

Owen estaba furioso porque lo expuse a mis orígenes humildes cuando él había conseguido olvidarse de eso o pasarlo por alto. El goteo del grifo en el barreño de plástico rojo y los viejos del funeral le quitaron de cuajo la poca indulgencia que pudiera quedarle. Mi preocupación al ver cómo menguaba la vida de mi madre había sido un regalo en cierto modo: me había ayudado a no pensar en los negocios de Owen, que para entonces yo ya sospechaba que eran irregulares. Suponía que se estaba quedando con parte del dinero del bufete y que para eso tenía que haber falseado las cuentas. Naturalmente, yo no podía demostrarlo, y tampoco llegué a saber

nunca si mis sospechas eran ciertas. Ahora creo que Charlie se olió algo y que interrogó a Owen, y este fue capaz de dar una respuesta convincente. Owen había aportado mucho dinero al bufete en forma de honorarios: tenía varios clientes importantes, gente de modales arrogantes a la que supuestamente le habían recomendado. Nadie dijo nada, pero yo tengo el presentimiento de que hubo una advertencia leve. Viniendo de Charlie, debió de ser engañosamente leve, pero Owen tomó nota. También hubo un par de llamadas de teléfono de su tío, Bernard Langdon, que a Owen le sacaron los colores y le hicieron arder de indignación. Yo solo era otra fuente de irritación para él, y aprendí a dominar mi dolor, o al menos a esconderlo cuando Owen estaba en casa, cosa que entonces hacía bastante a menudo, no por consideración sino por prudencia. Estuvo varias semanas yendo a Hanover Square todas las mañanas como un empleado modélico. Ni yo quise saber lo que estaba pasando ni él me lo habría contado. Solamente me preguntó cómo iba la venta de la casa. Creo que pensó que sería buena idea tener un poco de dinero reservado, por si acaso le exigían algo. Yo no tenía la menor idea de cómo se iba a manejar la situación. Por suerte, o por desgracia, estaba demasiado ocupada con mi tristeza para pararme a pensar en los problemas de mi marido. Y este era solo un indicio del distanciamiento entre nosotros que yo había empezado a notar.

Me sentí muy sola las semanas que siguieron a la muerte de mi madre. Supe que no volvería a ser lo más importante del mundo para nadie, como dice la canción. Normalmente desprecio a las mujeres que presumen de no haber superado la muerte de su padre o de su madre, o a las que afirman que sus padres eran los hombres más perfectos que han pisado este mundo. Las desprecio pero las comprendo. ¿Cómo puede ningún amor posterior compensar el primero, a menos que sea perfecto? Mis padres, tan sencillos, me consideraban única, incomparable, y aun así aceptaron que me alejara de ellos sin un solo reproche. Intenté preguntarme si podía haber hecho algo más —haber sido algo más— de lo que hice, pero era demasiado tarde y las preguntas parecían artificiales en el mismo momento de plantearse. Los padres mueren y los hijos los sobreviven: además, yo ya había cumplido los cincuenta y estaba muy lejos de la infancia. Pero en esa época me volví nostálgica, pensaba en todo lo que había perdido o dejado pasar. Había

entrado voluntariamente en un mundo en el que al parecer se presuponía cierto disimulo y en el que los buenos modales ocultaban una indiferencia total. Nadie era desagradable conmigo, pero notaba una frialdad en el ambiente siempre que estaba con mi suegra y me angustiaba saber que tenía que seguir pendiente de Julia, aunque solo fuera por complacer a Charlie, porque Owen dependía de su buena voluntad. Yo veía las cosas tal como eran: no era cuestión de amor, ni siquiera de simpatía. Hasta Owen, de quien entonces ya esperaba muy poco, me decepcionó.

Recuerdo que en esa época fui a la peluquería. Iba con regularidad, pero recuerdo esa visita por dos motivos en particular. El primero es que a mi lado había una madre joven con una niña de unos tres años. La niña, a la que iban a cortar el pelo por primera vez, empezó a gritar de terror y a aferrarse a su madre. El peluquero esperó a un lado, con un peine en la mano y el gesto serio: se daba cuenta de que aquel era un momento importante. La madre se había puesto colorada y trataba de tranquilizar a la niña, que estaba fuera de sí. Todas las mujeres que había en el local sonreían con simpatía. Lo que me impresionó, y lo que recuerdo especialmente, fue el intento desesperado de la niña por regresar al cuerpo de su madre: la fuerza con que le echó los brazos al cuello y esos gritos desgarradores de amor sin fin. ¡Qué peligroso es estar tan cerca! Se me saltaron las lágrimas presenciando ese vínculo, viendo esa cercanía de la que en mi vida solo quedaba un recuerdo doloroso. Perdemos la capacidad de sufrir como un niño o enfurecernos como un niño: con ese ardor, esa desesperación, ese llanto desatado. Crecemos, nos volvemos civilizados, aprendemos buenos modales y ya no somos capaces de desarrollar esas dos funciones —la tristeza y la rabia— como es debido. Todo intento de recuperar esa espontaneidad primitiva está abocado al fracaso, porque las reacciones originales quedan sepultadas, olvidadas. Así es como uno guarda sus sentimientos, y puede que a la larga sea lo mejor. Los niños olvidan con facilidad, mientras que un adulto tiene la obligación de recordar. Pero esto a veces cuesta.

Cuando llegó mi turno (la niña ya estaba sonriente y orgullosa de su nuevo pelo corto), el peluquero, John, un hombre encantador, miró mi imagen en el espejo y dijo:

—Le están saliendo muchas canas. ¿Ha pensado en teñirse? Puedo darle unos retoques con mucho cuidado, mientras todavía le quede algo de color. Así no lo notará nadie. —Pero yo estaba un poco mareada y tenía ganas de salir a la calle. Puede que la niña me hubiera alterado o que no estuviera comiendo lo suficiente.

—Deje que lo piense, John. Se lo diré la próxima vez. —Me levantó el pelo de la nuca y me pasó los dedos con mucha delicadeza, algo que a mi marido ni se le ocurría.

—Tiene buen pelo —dijo—. No deje que se estropee. —Había tenido un pelo bonito, de un color rubio rojizo claro, el clásico atributo natural por el que en los viejos tiempos se me admiraba. Ahora estaba descolorido, aunque seguía siendo claro. Me preocupaba muy poco mi aspecto físico por aquel entonces, y cuidarme se había convertido en una obligación más. No me producía ningún placer. Era una mujer de mediana edad y las cosas no me iban demasiado bien: me faltaba amor, estaba llorando la muerte de mi madre, tampoco tenía hijos y empezaba a arrepentirme de mi juventud—. A lo mejor cuando se encuentre algo más animada —dijo John amablemente, y como era tan amable, tan discreto, asentí con agradecimiento, pagué y me marché.

La primavera fue preciosa, tanto que solo estar en la calle era un placer. Había un presentimiento de felicidad en el mero hecho de que los frutales hubieran florecido, y el primer sol fuerte del año nos regalaba unas tardes radiantes. Me dio por pasear, a pesar de que el barrio seguía pareciéndome inhóspito. La soledad se convirtió entonces en algo importante para mí, y desde entonces siempre lo ha sido. Mi madre habría dicho: «De lo malo puede salir algo bueno», y me consolaba muchísimo ver que eso era verdad. Tuve muy poco consuelo aparte de eso. Vinnie vino a darme el pésame, aunque esos días no tenía tiempo para estar conmigo y no me había perdonado del todo por reprimendas anteriores. Se sentó a la mesa de la cocina y se comió rápidamente un plato de pan con mantequilla, sin disimular su fastidio porque no le ofreciese algo más sustancial.

—Venderás la casa, claro —dijo mientras se limpiaba las comisuras de los labios con aquel pañuelo horrendo—. ¿Qué harás con el dinero? —Por lo visto le parecía muy legítimo hacerme esa pregunta, y puede que lo fuera

—. ¿Una casita en el campo? Owen siempre ha querido vivir en el campo, y yo me crie en Sussex, en Etchingham. Cerca de Eastbourne —añadió amablemente—. Podríamos ir un día los tres juntos en el coche a buscar algo. A lo mejor dos casitas —añadió con remilgo—, para que pueda estar cerca de mi hijo. Y de ti también, Fay, por supuesto. —Me vi sonriendo y respondiendo con murmullos de interés a la vez que decidía no hacerle ni caso.

Julia también vino una noche, del brazo de Charlie. Me pareció un gesto decente. Pero es que Julia sabía lo importante que eran las madres y adoraba a la suya, esa mujer todavía guapa y bastante mema que admiraba tanto el aspecto físico y los logros de su hija y que en realidad era su mejor público. «Tómate un whisky, cariño», se decían la una a la otra; daba igual quién, porque era increíble lo mucho que se parecían sus voces. La señora Wilberforce se limitaba a hacer comentarios muy generales y gracias a eso era facilísimo llevarse bien con ella. Siempre fue muy agradable conmigo, principalmente, creo, porque le interesaba, pero también porque no era una mujer reflexiva. Otra que vivía a costa de Charlie y que, mientras tuviera acceso a su hija y a los servicios de la casa, en los que iban incluidos su whisky y sus cigarrillos, se daba relativamente por contenta. «Es horrible —dijo Julia—. He venido en cuanto me he enterado.» Eso no podía ser verdad, porque hacía alrededor de un mes de la muerte de mi madre. Pero ¿cómo iba a saberlo Julia? Como de costumbre, tuve que pelearme con mi escepticismo, aunque la visita me reconfortó curiosamente. «Yo no sé qué haría si se fuera mi madre —añadió con voz melancólica—. Ni todos los maridos del mundo podrían sustituirla. Aunque Charlie es mi apoyo y mi sostén, por supuesto.»

Pensé que tenía razón: Julia era más hija que mujer casada, mientras que yo estaba hecha para ser más mujer casada que hija. Mis expectativas no se habían cumplido, pero eso era un accidente. Owen apareció en mi vida y me enamoré de él. Entones no sabía que no era necesario casarse con todos los hombres de los que una se enamora. Ahora lo sé. Ahora comprendo que el matrimonio es una gran tentación para una mujer, pero que una puede, y quizá deba, resistirse. Yo tendría que haberme resistido, o mejor dicho haberme resistido entonces y haber dejado la ocasión para más tarde. Pero

una entrega fácilmente el corazón cuando es joven, y además quiere todos los accesorios del matrimonio: la emoción, la seguridad y la promesa de una vida nueva. Y es muy triste prescindir de esas cosas. Ahora he cambiado de opinión. Claro que las mujeres mayores son más valientes que las jóvenes. No tienen más remedio que serlo.

Puse la casa en venta y le dije a Joan Barber, que seguía conservando su llave, que se llevara todos los muebles o la ropa que quisiera. Yo ni quería ni necesitaba ningún recuerdo de la vida de mi madre. Era consciente del mal estado de la casa, de que los muebles, aunque cómodos, siempre habían sido feos y hacía ya mucho tiempo que pasaron de moda. Pensé que tal vez Joan pudiera usar las telas para hacerle vestidos a su niña. A mi madre le habría gustado ver que se daba una nueva vida a sus estampados de flores y sus sedas oscuras. Joan, por suerte, se llevó muchas cosas. Su marido fue con la furgoneta para llevarse las sillas y las mesas más cómodas. La última vez que entré en la casa me sorprendió lo poco que quedaba: solo los imponentes roperos y el tocador oscuro en el dormitorio de mis padres, y las marcas de las librerías en las paredes. Recorrí todas las habitaciones para despedirme mentalmente, sabiendo que no volvería nunca. Owen se enfadó otra vez cuando me preguntó, y le conté, qué se había llevado Joan. «¿Me estás diciendo que has dejado la casa en sus manos? Debes de haberte vuelto loca, Fay. Espero que no creas que eres rica. Ese dinero tiene que ir derecho al banco. Puedes abrir una cuenta propia si quieres, pero deberías ser consciente de lo mucho que me cuesta mantener esta casa. Y tú no contribuyes con nada. No quería decir eso —añadió con cansancio—. Es que ahora mismo tengo un montón de gastos.»

Millie vino, qué tierna, y pasamos una tarde maravillosa tomando té, como en los viejos tiempos. Millie conocía a mi madre y siempre la aceptó como parte natural de nuestra amistad. Hay gente, como mi marido, que no permite que nadie acceda a sus sentimientos, gente para quien cualquier pregunta es una invasión. Yo había tenido que vivir con una persona así y no me resultaba fácil. Pero Millie me recordó que había otras maneras de ser, más provechosas. Millie lloraba con facilidad, pero con la misma facilidad se animaba, y se puso encantadoramente colorada cuando me contó que era muy feliz con su ingeniero de sonido de la BBC. Su marido era

unos años mayor que ella, y eso en su día nos pareció a todas muy emocionante, pero era un hombre que sabía organizar muy bien su vida y que adoraba a su mujer. Tenía una casa cerca de Oxford, en la que pensaba retirarse, y un apartamento de soltero en Londres, donde se quedaba a pasar la noche cuando trabajaba hasta tarde. Le pregunté a Millie si estaba contenta con la vida en el campo, porque siempre había sido una chica llena de vida y le encantaba salir. (Cuando éramos jóvenes, a una mujer también se la podía admirar por estar llena de vida.) Me contestó que casarse con Donald le había hecho más feliz de lo que nunca creyó posible. Y al decírmelo tenía un aspecto radiante: no había en ella el menor asomo de duda. Cuando conoció a Donald, él estaba viudo y tenía dos hijos mayores; era un marido más bien improbable para una chica como Millie. Pero siempre hubo en su relación una certeza que a mí me impresionaba. Entre Millie y su marido había una unión que descartaba cualquier pregunta o comentario.

La prueba estaba en que a ella le encantaba todo lo de Donald: su casa, sus hijos, con los que se llevaba de maravilla, su nueva vida lejos de sus amistades, y hasta la vida de Donald, que pasaba mucho tiempo en Londres, a veces la semana entera, incluidas las noches. La confianza mutua que se tenían le daba a Millie un aire relajado, inocente, y una eterna media sonrisa encantadora. He visto a mujeres con ese aspecto —como en continua conversación con su compañero mientras hacen sus cosas del día a día— y normalmente están casadas. Cuando han sido felices de verdad, conservan la sonrisa incluso después de enviudar. Jamás se divorcian. Me siento muy poca cosa cuando veo la certeza de Millie, que yo no he conocido nunca. Conquisté a Owen contra viento y marea, y él se dejó conquistar con una especie de pereza práctica. Mis excesos sentimentales le hacían gracia, porque él no sabía lo que significaba eso. Era el más pasivo de los dos, pero también el más eficiente, aunque su energía la reservaba para el trabajo, no para el amor. Nos habíamos apañado más o menos bien, aunque los dos sabíamos que el nuestro era un mal matrimonio. Y por esta razón, los dos merecíamos cierto reconocimiento.

No le conté a Millie nada de esto. No se lo había contado a nadie y no pensaba hacerlo nunca. Vi las marcas de los años en el cutis radiante de mi

amiga, ahora casi sin una pizca de maquillaje, y las arrugas alrededor de sus labios sonrientes. Vestía ropa de campo: una falda de tweed y una chaqueta de pana. Aun así parecía llena de vitalidad y capaz de vivir de un modo que ya no estaba a mi alcance, con una fuerza que procedía de la plenitud. Vino con una cesta llena de cosas, de huevos de la tienda del pueblo, de mermelada que había hecho ella —¡Millie haciendo mermelada!— y de manzanas de sus árboles, que guardaba todo el invierno. Se encontraba en ese estado de gracia que produce el amor, en el que dar resulta natural.

—Ahora voy a misa —me dijo con felicidad—. Bueno, es que he tenido mucha suerte, ¿no? —Y me habló de los hijos de Donald con el mismo entusiasmo que si fueran suyos.

Mientras se ponía un pañuelo en la cabeza, antes de marcharse, me preguntó, volviendo levemente a su tono de chica joven:

—¿Te gusta esta casa, Fay? A mí me da escalofríos. Espero que no te moleste que lo diga. ¡Qué colores! ¿No puedes convencer a Owen para cambiarlos?

—El problema es que a él le gusta. Y no quiere ni oírme hablar de gastar en algo que no considera necesario.

—¿Y por qué no os mudáis? Sinceramente, esto es un poco solitario, ¿no? ¿No te deprime?

—¡Qué va! Estoy acostumbrada.

—Yo creo que prefiero nuestro pueblo. ¿Por qué no vienes a pasar unos días cuando Owen esté de viaje? Nos encantaría verlo, por supuesto, pero es a ti a quien quiero de verdad. Ven, Fay. No tienes más que levantar el teléfono, ya lo sabes.

—Me encantaría —dije. Y de verdad pensaba ir, pero entre unas cosas y otras lo fui aplazando. Sentí que tenía que proteger a Millie de mi infelicidad.

Después de que Millie se marchara, subí las escaleras casi con un esfuerzo impropio de una mujer de mi edad y pensé en cómo estábamos envejeciendo las dos. Owen y yo salíamos a cenar esa noche, así que me preparé un baño, me desnudé y me miré en el espejo alargado. Fue entonces cuando me vi los michelines en la cintura, las arrugas en el cuello, la flacidez de los antebrazos, la cadera ensanchada, el pelo ceniciento. No me

había dado cuenta de que me estuviera pasando todo eso. El proceso hasta entonces había sido benigno, aunque inexorable. En ese momento se me escapó una lágrima, no por vanidad sino por una especie de tristeza que me asaltó de pronto y que tenía que ver con las mujeres que se siguen viendo como niñas mucho tiempo después de dejar de ser jóvenes.

La pena por mi madre, que había sido mucho más profunda en los últimos tiempos de su enfermedad que después su muerte, me afectó de un modo extraño. La poca juventud que me quedaba me abandonó de golpe: fue como si mi madre se la hubiera llevado. Los recuerdos infantiles que me asaltaban me producían una impaciencia triste, porque a pesar de que eran muy insistentes, yo sabía que era demasiado mayor para sucumbir a ellos y no lo suficiente todavía para que no me fascinaran. Me sentía sin una gota de ternura, de curiosidad, de las emociones que endulzan la existencia. Era una mujer áspera y yerma, pero estaba resuelta a proteger mi situación de los ofrecimientos fáciles de la compasión pública. La ausencia de mi madre la reservaba para mi propia contemplación, y para cuando tuviera la fuerza suficiente para llorarla como se merecía. Mi madre seguía muy cerca de mí. Tenía que esperar hasta saber que las dos podíamos sobrevivir sin la otra.

Ocho

Pasamos un verano maravillo ese año, de sol radiante y calor estable. Todos los días eran iguales que el anterior, y eso, tan raro en Inglaterra, invitaba a confiar en una continuidad que tenía algo de prodigioso. Daba gusto despertarse con el sol antes de las seis y tomar la primera taza de té en la ventana, contemplando esa luz impresionante. Yo acompañaba a Owen al trabajo, saboreando el largo día que tenía por delante. Estaba impaciente por salir de casa. Me encantaba hacer la compra. Las frutas de verano eran preciosas e irresistibles; compraba más de las que necesitaba, por sus colores y sus aromas. Con ellas hacía tartas y pasteles, que escondía cuando sabía que Vinnie iba a venir. Era natural en mí cocinar para otra persona, y quizá echaba de menos los paquetitos que le llevaba a mi madre, pero Vinnie no podía sustituirla en ese sentido. Por más que procuraba caerle bien, me enfrentaba casi continuamente a un escrutinio que me resultaba hostil. Vinnie me consideraba su rival, puede que desde siempre: era de esas mujeres autocomplacientes y convencidas de ser lo primero en la escala de afectos de sus hijos. Y era un fastidio para Owen: le ponía de mal humor, pero se sentía comprometido con ella. Yo sabía que él le pasaba una asignación, y sabía también que Vinnie era una mujer poco práctica que a menudo tenía gastos imprevistos. Owen era generoso con ella porque comprendía el impulso de gastar: los dos lo tenían. Mi sensación ahora es que compartían un aburrimiento inmenso, les aterrorizaba que no pasara nada. La desgracia de Vinnie venía de una especie de desesperación, del convencimiento de que nadie se interesaba por ella, ni siquiera se fijaba en ella, mientras que el caso de Owen quizá fuera más grave. Sin distracciones, Owen se hundía, se quedaba en blanco. Por eso soportaba un modo de vida que habría sido agotador para muchos hombres de su edad; por eso perseguía aquella fantasía de movimiento interminable, de disponibilidad

constante. Yo creo que incluso le gustaba la idea de que lo esperasen en tal sitio a tal hora. No he conocido a nadie que tuviera una agenda más apretada. Cuando las cosas le iban bien, irradiaba una pasión que seguía siendo muy seductora. Pero acabé comprendiendo que no había que ponerle obstáculos ni impedimentos, que su mayor placer era hacer lo que le daba la gana. También acabé comprendiendo que, aunque estuviera casado, había que permitirle vivir como un soltero. Creo que las mujeres no le atraían tanto como la oportunidad de ser el compañero de alguien por un día, por una semana, antes de coger el avión para ocuparse del siguiente negocio o ir a la siguiente fiesta, porque siempre había una fiesta en la que lo esperaban, o eso me parecía a mí. Owen temía lo permanente. Puede que incluso le asustara la idea de que se había comprometido con alguien para toda la vida. En realidad eso iba en contra de su naturaleza, aunque creo que yo le puse las cosas muy fáciles. Cuando por fin reconocí ante mí misma que Owen nunca tendría que haberse casado conmigo, o yo con él, nuestro matrimonio fue relativamente bien. Pensar tan a fondo en estas cosas no era lo que más me convenía. Owen, supongo, veía el matrimonio como un hecho consumado y no le daba más vueltas.

Yo llegué a aceptar todo esto porque Owen siempre me había parecido excepcional. Si su deseo era vivir de esa manera, mi deseo era no impedirselo. No lo entendía, y por eso en cierto modo me sentía sola, incluso estando con él, aunque eso me pasaba porque después de tantos años seguía siendo un desconocido para mí. Pero me estaba haciendo más fuerte. Sabía que terminaríamos unidos por circunstancias excepcionales, y ese verano precioso, mientras tomábamos una taza de té muy temprano en la mesita de la ventana de nuestro dormitorio, nos quedábamos tan embelesados que cuando llegaba la hora de empezar la importante tarea de prepararse para el día nos mirábamos y sonreíamos como niños, de puro placer. Me gusta acordarme de eso. A veces, por las tardes, algo nos empujaba a la misma ventana a ver cómo el cielo se ponía verde claro y asomaba en él la primera estrella. Daba la sensación de que no oscurecía nunca. Cuando nos íbamos a la cama, dormíamos otra vez como niños.

Aquellos días de verano con olor a fruta fueron muy agradables para mí, y creo que fui más feliz que nunca. Pasaba el día entero con un vestido de

algodón y unas sandalias, comía un poco de pan con queso a mediodía y salía a pasear en lo que consideraba mis momentos íntimos, a esa hora violenta, entre las dos y las tres de la tarde, cuando más apretaba el calor, cuando el ruido de los coches se perdía a lo lejos y los hombres salían de los bares en mangas de camisa, felices y aturridos, como si estuvieran de vacaciones. Todo el mundo parecía disfrutar. Mis placeres eran muy sencillos: era una persona tranquila que necesitaba pocas distracciones. Me bastaba con deambular por las calles sabiendo que nadie me encontraría. Sentía una extraña libertad, y empezaba a ver que algunas de mis obligaciones eran imposiciones mías y que podía tomármelas menos en serio. La taza de café que me preparaba al volver a casa señalaba el final de ese intervalo particular y el comienzo de las horas en las que sería un simple apéndice de alguien; de Vinnie o de Owen. Pero esa fue una buena temporada. Cenábamos temprano, en cuanto Owen llegaba a casa. Comíamos fiambre de ternera con una salsa de atún y tarta de fresa. Owen pasó mucho tiempo conmigo ese verano. La mayoría de la gente se había ido. Casi nunca salíamos, porque con el horario que tenía Owen el único sitio donde podía descansar era en Gertrude Street. Incluso en esos ratos de descanso estaba siempre llamando por teléfono, luego me daba un beso rápido, me decía: «No me esperes levantada» y se iba a ver a alguien. Me acostumbré a esto. Es lo que hacen la mayoría de las mujeres casadas con hombres ambiciosos y eficientes.

Cuando Owen me dijo que se iría unos días, que los Mulgrove estaban pensando en mudarse de su residencia habitual, cerca de Cannes, a una casa más grande, en otra zona de la costa, cerca de la frontera italiana, yo lo sentí un poco pero no me extrañó nada. Una taza de té por la mañana temprano en la mesita de la ventana del dormitorio podía ser un placer suficiente para mí, pero no para distraer a Owen demasiado tiempo. Habíamos pasado un par de semanas estupendas, él más lento de lo habitual y yo más rápida; el calor nos afectaba de distinta manera a los dos, pero establecía una especie de igualdad entre nosotros, equilibraba los ritmos que nos separaban. Owen me preguntó, y eso sí era excepcional, si me apetecía acompañarlo. «No, no —dije—. Está haciendo un tiempo tan perfecto que no puede ser mejor en otra parte. De todos modos, volverás para el fin de semana. Y podrás

moverte más deprisa sin mí.» No le molestó; nunca le molestaba ir solo en sus aventuras. Yo empezaba a acostumbrarme a mi propia compañía, a descubrirla como un recurso valioso que tenía ganas de explorar. Esperaba con ilusión los pocos días que pasaba sola.

Despedí a Owen con su traje de algodón arrugado azul claro, con el que estaba guapísimo. Seguía siendo un hombre impresionante, rubicundo, fuerte, rubio, con el pelo algo más fino pero con un aire indestructible que se había fortalecido enormemente con el paso del tiempo. Las mujeres me envidiaban a menudo por mi marido, tan despierto, tan perspicaz, tan próspero. Yo me sabía afortunada en muchos aspectos. El único problema era que nunca adivinaba lo que pasaba por su cabeza. Creo que Owen probablemente estaba gobernado por un demonio, viendo la poca importancia que el sexo y el afecto tenían en su vida. Su energía, muy por encima de la media, que tanto aprecio despertaba en los hombres y tantas miradas de admiración en las mujeres, enmascaraba, creo, una personalidad que despreciaba y temía la debilidad. Si había debilidades, recelos, incluso soledad, no se podían mostrar nunca, no se les podía dar la oportunidad de manifestarse. Todo lo que no fuera un alarde de fortaleza estaba prohibido.

Cuando Owen se iba yo me sentaba en el jardín, que Hermione había pavimentado por comodidad, y cuando me aburría salía a dar una vuelta por el parque con pan para los pájaros. Sabía que mi comportamiento era infantil, pero me gustaba hacer esas cosas y charlar con las madres que iban con sus bebés. ¡Qué preciosos eran! Yo ya no lamentaba no haber tenido hijos, pero los hijos de otras mujeres ejercían sobre mí una atracción irresistible. Me estaba haciendo mayor y evitaba lamentarme. Puede que evitara lamentar no haber sido querida. Pero una se acostumbra incluso a eso. A veces el fragmento de una canción, de alguna canción antigua, nos hace revivir cosas, pero hasta esos momentos se aprenden a controlar.

Todo el mundo estaba fuera. Julia y Charlie estaban fuera, así que no había llamadas de teléfono con su admonitorio «¡Oye!» inicial, ni órdenes de ir a Onslow Square, ni largas conversaciones insignificantes y, a veces amenazadoras, ni la oportunidad de comentar defectos velados o inadvertidos. Esos días me proporcionaban una paz perfecta, y también la oportunidad de volver a ser yo, como fui de niña. Con aquella luz tan

radiante me levantaba temprano, me daba un baño y hacía la colada antes de desayunar. A las nueve y media había terminado de hacer la compra y una hora más tarde había preparado la comida y recogido todo. A partir de entonces el día era mío. Solo tenía que refrescarme la cara, arreglarme un poco el pelo, coger mi bolso y salir. Mis actividades eran completamente intrascendentes, un simple pretexto para estar al aire libre con aquella luz maravillosa. A veces iba andando al centro y tomaba un sándwich y un café en una cafetería sencilla —todavía quedan algunas—, y contaba el dinero que llevaba en el monedero, como una colegiala que sale a la calle sola por primera vez. Después volvía a casa, y no me parecía tan horrenda cuando el sol resplandeciente daba a los severos tonos de las paredes el color que quizá buscaba Hermione. Nadie me molestaba. En dos ocasiones, al entrar en el salón azul, noté una vibración en el aire, como si el teléfono justo acabase de dejar de sonar. No me había dado cuenta; no quería que me interrumpieran. Me imaginé que sería Owen quien llamaba, como casi siempre. Tampoco habría podido hacer gran cosa aunque hubiera contestado. No tenía la menor idea de dónde estaba Owen. Esa fue mi última experiencia de soledad y libertad. He estado sola otras veces desde entonces, y puede que también haya sido libre, o así lo verían algunos, pero nunca me he sentido tan liberada de carga como en esos dos o tres días. Todavía hoy, cuando los recuerdo, me parecen momentos de plena felicidad.

Pasaba la mayor parte del día en la calle y llegaba a casa cansada. Descubrí el placer de acostarse temprano con un libro. Me pareció que sería muy posible vivir así más adelante, cuando fuera vieja. Estaba en la cama, viendo por la ventana cómo se oscurecía el cielo, cuando sonó el teléfono. Quien llamaba era Bernard Langdon, el tío de Owen, para decirme que Owen y Jack Mulgrove se habían matado. Iban camino de Menton en el coche nuevo de Jack, decidieron coger una carretera interior para evitar el deslumbramiento en la carretera de la costa y tuvieron un accidente poco después de Èze. Un chico había encontrado el coche, curiosamente silencioso y estrellado contra un árbol de la cuneta. La carretera estaba desierta: el fuerte calor había decretado una larga siesta. El chico dio parte del accidente a la policía. No había dudas: habían encontrado la cartera de

Jack y la agenda de Owen. A primera vista parecía que a Jack le había dado un infarto. El cónsul de Niza estaba al corriente y, al no localizarme —ese teléfono que sonaba en una habitación vacía—, se había puesto en contacto con el bufete.

—Tendrás que ir a Francia, Fay —dijo Bernard—. Te he reservado un billete para mañana a primera hora. Frances y yo saldremos un poco más tarde. Hay que hacer algunos trámites. Conociendo a los franceses serán bastantes. Para el entierro y demás. A menos que quieras traerlo aquí.

—¿Muerto? —dije—. No, no es verdad. Owen no puede estar muerto. —Pero de repente supe que sí, y me invadió un frío intenso a pesar del calor que hacía esa noche.

—Escucha, Fay —añadió Bernard—. Tu avión sale a las nueve, por ese lado no hay problema. Tienes que recoger el billete en el mostrador de Air France. Lo malo es que me ha resultado muy difícil encontrar una habitación de hotel. Parece que está todo completo: es temporada alta. He conseguido una, pero no sé cómo será. Es en el Hôtel de Plaisance, en el barrio de Baumettes. Rue des Baumettes. ¿Lo estás anotando? Frances y yo nos alojaremos con los Spencer en Villefranche. Me temo que pasarás parte del tiempo sola. Quédate en el Plaisance hasta que lleguemos a última hora de la tarde. No hagas nada antes de que yo esté allí. Acabo de llamar al consulado para darles tu número de teléfono. ¿Fay? ¿Me has oído? No puedo hablar mucho rato, querida. Tengo que ir a contárselo a Vinnie. Tú ve a Niza y espérame allí.

«¿Owen muerto?», le repetí al teléfono mudo. «¿Muerto?». Subí la voz, con incredulidad. «¿Muerto?» Debí de decírselo varias veces al tono de llamada. Y al final, al ver que nadie contestaba, me levanté y me quedé delante de la ventana. Pasé allí la mayor parte de la noche, creo, viendo a Owen con su traje de algodón arrugado azul claro, su bolsa de viaje de cuero, impaciente por marcharse. No era capaz de alejarme de la relativa seguridad del dormitorio y de aquella ventana. Por fin me senté a la mesa en la que tomábamos el té por las mañanas y pensé en la imposibilidad de la muerte de Owen y en la crueldad de que hubiera muerto mientras estaba disfrutando. El sol, el aire precioso, la amistosa cercanía de los ricos y los poderosos no deberían haber terminado con un ataque al corazón y un

coche estrellado contra un árbol en una carretera desierta. Supe que tenía que verlo, y esa urgencia repentina me obligó a levantarme con dificultad. Saqué una maleta del armario y metí un camión, un cepillo para el pelo y un vestido azul marino. No tenía nada negro, y tampoco me lo habría puesto, aunque fuera la prenda perfecta y adecuada para la ocasión. A pesar del calor que hacía ya tan temprano, me puse un traje de lino de color crema, nefasto para viajar, y una blusa del mismo color. Desde entonces no he vuelto a sentirme cómoda con ese color. Antes de las siete de la mañana estaba en la calle, con el estómago vacío, desesperada. Cogí un taxi directamente.

Me mareé en el avión. Presentí la amenaza de una enfermedad. Las mangas de mi blusa de seda se oscurecieron de sudor y tenía la cabeza muy aturdida, con una de esas migrañas que me atormentaban en momentos de gran angustia. La azafata me dio una taza de café y dos aspirinas y me preguntó si alguien iría a buscarme al aeropuerto. «Nadie», contesté. Nadie vendría a buscarme nunca más. Estaba sola, y entonces comprendí finalmente lo que de verdad significaba la soledad. El placer que había experimentado esos dos o tres días sin Owen había sido un espejismo. Lo real era esto otro, y era espantoso. Dudé de mi capacidad para llegar al hotel desde el aeropuerto y quedarme allí sentada hasta que apareciera Bernard. Mi falda de lino ya estaba toda arrugada y se me habían hinchado los pies. No veía cómo esperaban que saliera del avión. Pero lo que quería por encima de todo era ver a Owen y hablar con él, preguntarle cómo había ocurrido el accidente. Quería oírlo únicamente de sus labios. Al cabo de un rato eso me pareció totalmente factible.

—Mi marido me está esperando —le dije a la amable azafata, que sacó un pañuelo de mi bolso y me secó las lágrimas—. Me he equivocado al decirle que nadie vendría a buscarme. Bueno, tampoco es del todo cierto. Soy yo la que tiene que ir a buscarlo.

—Dejen pasar primero a esta señora —pidió la azafata más tarde, mientras me acompañaba a la puerta—. Necesita acostarse.

Entonces empezó la verdadera pesadilla. En comparación con eso, todo lo anterior había sido un simple ensayo. El calor, que en Londres era amable, en Niza era brutal. Los asientos de cuero del taxi estaban ardiendo,

y el cigarrillo del taxista me quemaba la garganta. El sol cegador se me clavaba como una espada en los ojos doloridos. No llevaba unas gafas oscuras. Por momentos sentía que iba a desmayarme o a vomitar. Ya solo quería llegar al Hôtel de Plaisance y dormir. Bernard me despertaría cuando llegase. Y entonces vería a Owen.

El Hôtel de Plaisance estaba en un pasaje estrecho de una calle oscura y en sombra, en una populosa zona comercial que empezaba a vaciarse a la hora de comer. Llamé a un timbre en recepción y una mujer grande salió de detrás de una puerta de cristal ahumado limpiándose la boca. Me dio una llave y subí como pude por una escalera estrecha, pasando por delante de una planta puesta en una maceta de metal en un rellano diminuto. La habitación en la que entré era pequeña y oscura y olía a otra persona. Unos visillos de tul polvoriento cubrían una ventana que no se podía abrir. Dos moscas no paraban de dar vueltas alrededor de una bombilla pelada en el centro. Fuera, en algún punto de la calle, alguien estaba almacenando botellas o sacando cajas a la acera. Bajé a preguntarle a la mujer si podía tomar una taza de café: «*On ne fait pas de cuisine ici* —dijo—. *Vous avez le bistrot en face.*» Me di por vencida, volví a la habitación y me tiré en la cama. Debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que oí fue el timbre débil del teléfono, que me despertó. Bernard había llegado.

Para entonces, bajo un atardecer precioso, con el cielo azul índigo salpicado de luces y un olor a vainilla en el ambiente, yo estaba temblorosa y débil y no sabía adónde iba. Me senté en un taxi al lado de Bernard, rechinando los dientes. Bernard estaba incomodísimo y murmuraba para sus adentros. Era evidente que hubiera preferido ocuparse de aquella tarea él solo.

—Vinnie se lo ha tomado muy mal —dijo—. Quiere que lo lleve a casa. ¿A ti que te parece, Fay? Vamos, tranquilízate, hija. Ya sabes que tenemos que identificarlo formalmente. ¿Estás en condiciones o quieres que lo haga yo?

—No. Quiero verlo.

—Podría estar... No sé cómo decirlo. Estropeado —dijo, poniéndome una mano en el brazo—. Ya hemos llegado. Tienes que ser valiente.

Bernard tenía un color espectral. ¿Por qué no? Los muertos dan miedo. Pero yo eché a correr por lo que supuestamente era un tanatorio, torciéndome los tobillos. En una sala de un sótano, con un tubo fluorescente que zumbaba en el techo de hormigón, un hombre con un uniforme de algodón verde abrió lo que parecía el cajón de un archivador. Dentro estaba Owen, aún con su traje claro, del que habían cortado la pernera y la manga derechas. Tenía una herida enorme en un lado de la cabeza. Sus pies, sus preciosos pies de mármol, estaban descalzos. La expresión de la cara era de tensión, casi de éxtasis, como yo la había visto algunas veces, como nadie más debería verla. Bernard, con un pañuelo en la boca, asintió con la cabeza al empleado, que cerró el cajón.

—No —dije—. Quiero volver a verlo. Quiero quedarme con él. — Bernard me sacó de allí y entonces me desmayé.

Cuando recuperé el conocimiento estaba sentada en una silla de madera, en una oficina.

—Vamos, hija —dijo Bernard—. Ya solo nos queda una cosa por hacer esta noche, pero es importante. Este papel lo tiene que firmar el pariente más cercano. No puede hacerlo nadie más. Es importante —suspiró, y volvió a apretarse los labios con el pañuelo—. Es el permiso para que lo entierren.

—¿Aquí?

Bernard dijo que sí con la cabeza.

—Por el calor. No aconsejan trasladar el cuerpo.

En ese momento volví a desmayarme. Me desmayé varias veces los dos días siguientes, así que no pude asistir al entierro y ver cómo metían a Owen en la sepultura. No lo lamenté. Frances vino a verme más tarde, a hablar conmigo. Yo estaba acostada en la cama del Hôtel de Plaisance, sin haberme quitado el traje arrugado y con un zapato caído en el suelo. Creo que debió de darse cuenta de que era mejor que yo me apartara de la vista. Luego, cuando ya no quedaba nada más que hacer, me llevaron a casa.

Llegué a casa a última hora de la tarde de un día lluvioso y gris de finales de septiembre. El tiempo había cambiado mientras yo estaba fuera y casi hacía frío. Miré con curiosidad la casa de Gertrude Street. ¿Iba a vivir allí? Me quedé en la acera, contemplando con perplejidad la fachada

silenciosa. Me preocupaba que Owen no hubiera dejado ninguna nota, ninguna indicación. No sabía qué quería él que hiciera. Estaba tan cansada, tan floja, que me inclinaba por no hacer nada, pero a pesar de mi debilidad comprendí que tenía que salir de aquella casa que nunca había sido mía y de la que nunca me había sentido parte. Lo malo era que había perdido la costumbre de tomar mis propias decisiones y me sentía insegura y cohibida. Me cohibía incluso entrar, y me quedé en la calle hasta que se me empapó el pelo y un hilillo de lluvia empezó a caerme por la frente. Conseguí poner el hervidor al fuego y prepararme un té con limón, porque la leche que me dejaban en la puerta se había agriado. La acidez del limón me hizo parpadear. Lo que necesitaba era dulzura, consuelo. Habría agradecido la oportunidad de volver atrás, pero no se presentó ninguna; no había ninguna voz tranquilizadora. Me quité el traje pegajoso y la blusa sucia y lo aparté para tirarlo con todo lo demás que llevaba puesto. Entonces, desnuda, agarrotada, crucé el dormitorio con los pies doloridos, me eché en la cama y me quedé dormida. Estuve durmiendo casi doce horas y envejecí varios años en esa larga noche.

Me desperté lúcida, racional, incluso fría. Era un estado de conciencia curioso. Me sentía resignada, reducida, hasta algo mezquina. Estaba enfadada con Owen por las frívolas circunstancias de su muerte. Lo vi —y me llevé un buen susto— tal como era, como un marido no precisamente ideal. La última frustración de no saber qué quería, pensaba o se proponía Owen me resultó muy violenta. Comprendí que me había dejado sola —esta vez para siempre— y se lo reproché. Estaba desanimada y llena de rencor. Entonces yo no sabía que normalmente no somos capaces de estar a la altura de la enormidad de la muerte. Incluso tenía hambre. Apenas había comido en varios días y no había nada que comer en casa. Miré por la ventana un trozo de calle húmeda y gris, luego saqué las piernas de la enorme cama de Hermione y bajé al piso de abajo.

Después de tomarme otra taza de té ácido, darme un baño y lavarme el pelo, me vestí con una falda y una rebeca grises —porque era lo más parecido al negro—, cogí mi cesto y me preparé para ir a casa de Vinnie. Miré el teléfono mudo al fondo del pasillo. El silencio iba ser mi lastre, mi destino. No esperaba que nadie se preocupara por lo que pudiera pasarme

en el futuro. Se me ocurrió que era libre, porque nunca había querido ser libre. Experimenté esa libertad como una especie de vergüenza. Si era libre era porque nadie me necesitaba, porque algo había fallado. Tenía que desaparecer de la vida de Vinnie y de Bernard, por discreción, y por supuesto de la de Charlie y Julia. Nadie, pensaba, me invitaría a quedarme. En realidad, los socios de Hanover Street se alegrarían de que no les pidiera nada más. Estaba aquel asunto del dinero en el cajón de los calcetines, y pensé que tenía que entregárselo a Charlie cuando le comunicara la muerte de Owen. Por fortuna, Charlie estaba fuera y aún tardaría una semana en volver. Le daría mi nueva dirección, por cortesía, pero no esperaba volver a verlo, ni a él ni a Julia. Había llegado a la conclusión, a pesar del cansancio de la noche anterior, de que tenía que mudarme.

Soy una mujer sencilla; siempre lo he sido. Pero mi vida se había vuelto complicada y yo había estimulado el proceso activamente. Mi marido, sus amigos, mi suegra, aquella casa horrible, de repente todo me resultaba ajeno. Como mi madre en algún momento de su vida, deseaba un pisito donde fuera, con una cocina mona, un dormitorio acogedor y quizá una terraza. Podría vivir allí discretamente el resto de mi vida, tentando mi apetito con manjares sencillos, viendo la televisión, siguiendo los seriales en la radio. Nadie me echaría de menos: había estado siempre demasiado al margen. Ahora tenía la obligación de eclipsarme y de valerme por mí misma, como corresponde a las viudas. No me sorprendió demasiado mi decisión. Lo único que me preocupaba era no tener la fortaleza necesaria para encontrar ese piso, pasar por el latoso proceso de vender la casa y almacenar los muebles, porque no los quería. Le pediría a Bernard que se ocupara de todos los asuntos legales. A lo mejor Bernard incluso quería la casa para su hijo, porque su mujer estaba embarazada por tercera vez. Estaba deseando dejársela a alguien y desaparecer.

Me bastó con ver a Vinnie para darme cuenta de que había recibido un golpe del que nunca se recuperaría. Estaba encogida en su butaca, con su traje rosa, indiferente al estado ruinoso de su cara con todo el maquillaje corrido. Tenía un pañuelo de hombre apretado entre los dedos y un vaso de whisky a su lado, pero le temblaban tanto las manos que no podía cogerlo. Fui a la cocina y le preparé un café caliente, y me arrodillé a su lado para

acercarle la taza a los labios. No pareció molestarle que yo no pudiera llorar. Sé que más tarde lo recordaría cuando les contara la historia a sus amigas.

—Deja que te lleve a la cama, Vinnie —le dije—. Estás tiritando. Es la impresión.

—Fay —contestó, embadurnándose la cara de colores con el pañuelo con que se cubría la boca temblorosa—. Estoy destrozada. —Esas fueron las palabras más sencillas y más ciertas que me había dicho nunca, y abracé su cuerpo menudo. Luego la llevé a la cama y me quedé con ella hasta que se durmió. Al salir avisé a una vecina, una tal señora Bliss, que me prometió que le echaría un ojo. Tomé nota de hacer unas llaves para la señora Bliss y otras para mí. Luego volví a Gertrude Street y me senté en la penumbra hasta que se hizo la hora de acostarme también para mí.

A la mañana siguiente pedí cita para ver a Bernard en la oficina. Me pareció lo más adecuado. En Niza no había sabido estar a la altura de las circunstancias y no quería volver a hacerle sentirse incómodo, además ¿no era de negocios de lo que íbamos a hablar? En Hanover Square me recibieron con caras serias y condolencias, y personas a las que apenas conocía, porque solo las había visto en las fiestas de Navidad, me estrecharon la mano y me dieron palmaditas en el hombro. Bernard parecía un hombre viejo y cansado. Tenía pinta de estar peor que yo. Yo seguía lúcida y serena, aunque débil físicamente. Sabía que no me sentiría mejor hasta que consiguiera esa casita propia, donde podría vivir mi vida modesta sin que nadie me molestara.

—Bernard —le dije sin rodeos, viendo que tenía mala cara y que la situación era difícil para él. El viaje le había afectado, pues últimamente no le gustaba ir más lejos de su casa de Wiltshire—. Tengo que vender la casa de Gertrude Street y he pensado que podría interesarles a Paul y a Caroline.

Su expresión se animó.

—Creo que sí. Estaban buscando algo más grande. Y Caroline está pasando un momento muy malo. —Hizo una pausa y añadió—: Si estás segura puedo pedir una tasación.

—Estoy segura. Y no quiero un precio alto. Solo lo justo para comprarme un apartamento y darle algo a Vinnie. He pensado que podrías

ocuparte de sus finanzas. Creo que está muy mal, Bernard. Tengo que contratar a alguien para que la cuide.

—Sí, sí. —Suspiró—. ¿Cuándo quieres mudarte?

—Voy a empezar a buscar piso. No hace falta tasación.

Pareció sorprendido.

—Hay que hacer las cosas bien, Fay. Comprendo que quieras terminar esto cuanto antes, pero hay que pensar en el futuro. ¿Cómo vas a vivir, querida?

—Discretamente —dije, y por fin se me saltaron las lágrimas. Bernard me acompañó a la puerta, me acarició el brazo y dio media vuelta. Ese día, más tarde, recibí una visita de Frances. Me pareció un detalle. Siempre había sido amable conmigo, a pesar de que apenas nos conocíamos, y en Niza había estado muy pendiente de mí. Sin ella creo que no hubiera sido capaz de volver a casa. Conseguí preparar un poco de té, y Frances tuvo la delicadeza de levantarse para dejarme sola cuando me entró un ataque de hipo y de bostezos incontrolables. Me había llevado una pastilla para dormir, cosa que me pareció un gesto de consideración increíble, y le prometí que me la tomaría, aunque sabía que el sueño no tardaría en vencerme y lo estaba deseando. Cuando Frances se marchó me di cuenta de que una parte de mi vida, la parte de mujer casada, había terminado. Me quedé en la ventana, viendo cómo Frances entraba en su coche, y seguí mentalmente su trayecto hasta Egerton Crescent. Lo único que me quedaba por hacer era tomarme la pastilla e irme a la cama.

Nueve

—Es horroroso —dijo Julia con una voz quebrada en la que no obstante había una nota velada de queja—. Horroroso. Pobre hombre. ¡Tan joven! —Owen tenía cincuenta y dos años cuando murió—. Tan querido para todos.

El problema, a mi modo de ver, era que Julia estaba intentando controlar un yo público cuando por naturaleza ella era una miniaturista con unas dotes excelentes para llevar a su terreno todo tipo de matices, insinuaciones, ideas tácitas y sutilísimas manifestaciones personales. Lo suyo era más la crítica de refilón que la magnanimidad espontánea. La magnanimidad era un concepto demasiado aparatoso, demasiado grandioso para ella, asociado con estatuas en espacios públicos, con las sinfonías de Beethoven o la condescendencia de los gobernantes. Lo que hacía Julia esencialmente era lanzar una insinuación, bajar los párpados y abrirlos al vuelo, mezclar la petición con la acusación y luego tomar represalias. A mí nada de esto me molestaba, o mejor dicho mi irritación se atenuó con la certeza de que después de aquella visita podría retirarme de su reducido círculo de acólitos y vivir mi modesta vida lejos de su alcance. No tenía tiempo para sus actitudes trágicas, pues sabía que si Julia sufría por algo siempre era por sus preocupaciones personales. Había detectado en su tono la impaciencia por tener que mostrarme respeto —a mí: su público, su inferior— en esta ocasión, por tener que desplazarse desde Onslow Square, acompañada por Maureen y no por Charlie, para venir a darme el pésame. Lo cierto es que las dos estábamos algo impacientes, aunque por lo visto había que seguir el ritual y, por la misma razón, soportarlo.

—Es que es todo horroroso —añadió Julia—. Mamá se está haciendo mayor y Gerald tiene problemas en el trabajo, pobrecillo. Claro que ese trabajo no está a su altura. ¡En qué cabeza cabe que un Wilberforce venda coches! Esa gente nunca lo ha entendido. Y ahora Owen —añadió,

acordándose de por qué estaba en mi salón y hundiendo la cara entre las manos en una pantomima de angustia. Puede que incluso fuera sincera: había en sus ojos algo parecido a las lágrimas cuando levantó la cabeza.

—Tómate el té, Julia —le pedí—. Maureen, déjame darte un poco de bizcocho.

—Tienes que ser valiente —dijo Julia con arrojo—. Tenemos que ser valientes todos. ¡Cuando pienso en cuánto ha cambiado el mundo! Como le dije a Charlie anoche mismo, este ya no es mi mundo. No hay belleza, no hay elegancia, no hay distinción. Ni un caballero a la vista. Ahora tenemos que ser todos horteras, ¿no? Ir todos codo con codo. Y ¡este odio a las clases altas! Pues yo no pienso ser otra cosa nunca. Estoy desfasada. Estoy acabada. Ya no valgo nada.

La sonrisa melancólica con que acompañó estos comentarios vino a demostrar la verdadera fuente de angustia de Julia, que como de costumbre estaba muy cerca de sus preocupaciones personales. Tenía que hacer un esfuerzo inmenso para concebir un pensamiento abstracto, y aun así no lograba que durase más de unos segundos. El papel de Maureen en esta ocasión única consistió en imitar la compasión —por Julia, claro— y en atenderla como si estuviera extremadamente frágil, como una inválida en comparación con la cual yo parecía vulgar. Hasta me hizo sentirlo: tomé conciencia de mis orígenes humildes y más sencillos. Tomé conciencia del veredicto que un hombre como mi padre probablemente emitiría sobre las observaciones sociales de Julia, y sentí que el tiempo daba marcha atrás y que volvía a ser la chica ingenua y optimista que había sido, aunque solo fuera como contrapeso de aquella interpretación de salón, de aquel ensayo de estereotipos de clase alta.

—Un poco de whisky, Julia —ofrecí.

—Gracias, cariño. —Estiró las manos agarrotadas, se las frotó y volvió a apoyarlas en las rodillas.

—Tus pastillas, Julia —le advirtió Maureen—. Es mejor que se las tome con un poquito de leche —me confió—. Para que no le sienten mal al estómago.

—Seguro que encuentras una taza limpia en la cocina —dijo Julia—. No, deja que vaya ella. Es perfectamente capaz de encontrar el camino. Y,

francamente, tiene una voz que me crispa los nervios —añadió, sin bajar demasiado la suya—. Mira que he intentado enseñarla, pero no hay manera. Me llama «Juliaaa». Mira que le tengo dicho que no arrastre la «a», que es corta. «Julia». —Y se le iluminó la cara, como si tuviera buenas noticias, al pronunciar su nombre—. Pero no puedo prescindir de ella. Ojalá pudiera. Estoy muy mayor. Ya no valgo nada. —Cogió las dos pastillas que le daba Maureen y se las tragó como un marinero un vaso de ron.

Pensé que a Maureen le costaba muy cara su habitación en Onslow Square, pero también veía que era una chica desquiciante. Esa tarde en particular llevaba un chándal rosa con ositos estampados en la chaqueta. Tenía el pelo encrespado —su permanente siempre estaba en las últimas— e irradiaba bondad con aquellas gafas sin montura. A pesar de sus modales cursis no lograba ocultar del todo su hambre voraz. Me pregunté si le darían suficiente comida. Como no cocinara ella, era poco probable encontrar un plato en la mesa si Julia no tenía hambre. En Onslow Square no se comía a horas regulares; a veces me daba la sensación de que apenas comían. Charlie se iba a su club y Julia tomaba un sándwich a mediodía y a veces repetía por la noche. «El whisky tiene muchas calorías», decía, y su madre respondía con una carcajada. No sabía si invitar a Maureen a comer, ofrecerle un buen plato, porque saltaba a la vista que lo necesitaba, pero luego pensé que en mi nueva vida no habría sitio para gente como Maureen, en la medida en que me fuera posible evitarlo.

—En cierto modo tienes suerte —dijo Julia—. Al menos tu madre ha muerto. La mía tendrá que ir a un asilo, si es que Charlie consigue encontrar uno bueno. Yo no puedo cuidarla. Me encantaría, pero con estas manos... —Volvió a examinarse las manos—. ¿Qué vas a hacer con la casa? —preguntó.

—La he vendido. A Paul Langdon, el hijo de Bernard. Me alegra que siga en la familia. Y que se llene de niños. Yo no pude hacer eso.

—Eso quiere decir que has vendido dos casas. Bueno, ya no tendremos que preocuparnos por el dinero, ¿verdad, Maureen? Vas a ser rica —se ajustó las gafas y me miró como si fuera momentáneamente capaz de despertar su interés—. ¿Owen te ha dejado mucho?

—No lo sé. Bernard se está ocupando de eso. Puede que reciba una especie de pensión del bufete. —Me acordé del dinero que había encontrado en el cajón—. Hay cosas que devolver a Hanover Square. ¿Charlie me haría el favor de llevárselas?

—Llámallo —dijo Julia, señalando el teléfono con la cabeza—. Pregúntale. De todos modos, vendrá a recogerme.

—En ese caso —respondí, ligeramente desconcertada— quizá se lo pueda explicar... —Tener que dar explicaciones me quitaba las ganas de ver a Charlie, pero sabía que había que hacer algo. Lo consideraba una obligación más: a lo mejor, eso esperaba, sería la última.

Había guardado el dinero en un maletín de Owen y estaba deseando deshacerme de él. Bien pensado, me parecía una deslealtad a mi marido sacarlo a la luz y entregárselo a Charlie. Me sentía supersticiosa e intranquila, tan intranquila que ni siquiera había querido contarlo. Estaba deseando perderlo de vista y a la vez no quería que hubiese testigos. Mientras estuviera en el maletín podía olvidarme de él. Eran tantas mis ganas de olvidarlo, mezcladas con ese sentimiento de lealtad a Owen, todavía más fuerte, que había guardado el maletín en el sótano, y allí me habría gustado dejarlo. Si la casa, con todo lo que había en ella, era para Paul y Caroline Langdon, ¿por qué no podía acabar el dinero confundido con la casa? Al menos la familia de Owen saldría beneficiada. Decidí contratar un abogado al día siguiente —alguien a quien no conociera, claro— y donar todos los enseres de la casa a los hijos de los Langdon. Al fin y al cabo, el dinero era de Owen. Y si nunca llegaban a encontrar el maletín (que por seguridad pensé guardar en el desván), mucho mejor. El asunto ya no estaría en mis manos.

Al mismo tiempo tuve que hacer un esfuerzo para no dormirme delante de Julia. Esa fatiga que era normal en mí y que yo relacionaba con ella, estaba dando paso poco a poco a algo más evidente, menos comprensivo. Llegué a la conclusión de que en realidad nunca me había llevado bien con Julia. Era una mujer fascinante pero difícil que no sentía ningún cariño por mí. Estaba convencida de que me consideraba una persona aburrida. Caía en un estado de ánimo vagamente receptivo cuando estaba a su lado, sin saber bien cómo responder, con mi verdadera identidad en suspenso. A

veces se me ocurría que eso era lo último que ella quería. «¡Vamos a debatir!», decía, cuando lo que en realidad quería decir era «a pelearnos», y si yo le sonreía y contestaba «No, Julia», ella simplemente confirmaba su primera impresión de mí: era una «sosa de las afueras». Una «sosa de las afueras» era su insulto favorito para una mujer, y esta sentencia no tenía apelación posible. Los hombres nunca eran «sosos de las afueras». En el peor de los casos eran del montón. Hasta eso era preferible.

—Y ¿cómo te vas a arreglar? —preguntó—. Para una mujer no es fácil estar sin un hombre. —Bajó los párpados insinuantemente—. Yo tengo mucha suerte, la verdad. Charlie está entregado a mí. —Lo dijo como si esa entrega lo volviese inmortal—. Me imagino que te sentirás sola.

—No te preocupes por mí, Julia. Soy una mujer sensata. Claro que me sentiré sola, pero no voy a ponerme melodramática. Buscaré un apartamento y luego puede que busque trabajo. Tengo tiempo para instalarme tranquilamente. Ha sido un golpe duro, un año duro. Necesito algo de tiempo para mí. —Me imaginé con ilusión una temporada de descanso, en mi propia cama, mi propia cama pequeña; me acostaría temprano y me levantaría sin prisa. Estaba impaciente por regresar a algo parecido a la infancia, aunque significara pagar el precio de la soledad. No creía que eso me diera miedo. Lo único que me preocupaba era tener tanto dinero. Camberwell Grove y Gertrude Street estaban cada vez más de moda, así que tendría suficiente para toda la vida si me administraba bien, y también suficiente para Vinnie. Procuraba no pensar en el dinero, porque prefería mil veces imaginarme trabajando. Hasta trabajaría gratis si hacía falta: tenía que haber algo que pudiera hacer. Comida para llevar a domicilio, por ejemplo, o trabajo de voluntaria en la biblioteca. Algo útil, reconfortante, práctico. No veía el momento de salir de aquel salón, de alejarme de la gente como Julia.

—Eres muy curiosa —dijo—. ¿No? ¿No es muy curiosa, Charlie?

Charlie, que acababa de llegar, sacó a relucir su sonrisa para las dos, pero me pareció que intentaba decirme algo cuando me miró a los ojos. «No te ofendas —me pareció que decía—. No merece la pena. Se pasará todo el camino a casa hablando de lo mismo. Y, por supuesto, yo no comparto necesariamente su opinión.» Pasé por alto esta sensación, pero hice caso a

Charlie y no dije nada. Me traía sin cuidado de qué hablaran camino a casa. Solo quería que Charlie se llevara el maletín de Owen y que no me hiciera ninguna pregunta. Como Julia, yo también quería que alguien me sirviera. Charlie siempre me había parecido totalmente manejable, o puede que Julia lo hubiera reducido a eso. Se me ocurrió pensar si tendría una amante. No se lo habría reprochado. Los hombres que se ven obligados a seguir un curso de diplomacia forzosa tienen que estallar por algún lado. ¿O es que Charlie era tan maravilloso, tan bueno y tan sencillo por naturaleza que en su vida interior no había espacio para la traición, como lo había habido en la mía tantas veces? La mirada con que me rogó que no le llevase la contraria a Julia no era mezquina, ni débil, ni suplicante, sino sencillamente masculina, imperiosa, como si supiera lo que más nos convenía a los dos. Tuve la sensación de que me estaba diciendo que no me interesaba montar un escándalo, y a él mucho menos que yo lo hiciera. En cuanto a Julia, me pareció que eso era lo que Charlie me daba a entender, ya se ocuparía de ella después, pero solamente si surgía el tema. A Charlie le horrorizaba, yo lo sabía, todo lo que no fueran unos modales perfectos. Dudo que Julia se diera alguna vez el gusto de tener un «debate» con Charlie.

No les dije —ni ellos lo preguntaron— que le había echado el ojo a un apartamento en Drayton Gardens, reconfortantemente cerca del cine. No era el piso con que soñaba mi madre, amplio y espacioso, con grandes ventanales, pero me pareció acogedor y estaba en la planta baja, con vistas a la calle. A la vuelta de la esquina había tiendas y justo enfrente una peluquería: era el apartamento perfecto para una viuda. Bastaba con subir siete escalones de color ocre hasta la fachada del edificio, que era de color hígado, y, una vez dentro del portal, con el suelo de baldosas blancas y negras, la tranquilidad era absoluta. Mi apartamento, si es que me quedaba con él, estaba a la derecha de la entrada. Desde el cuarto de estar vería pasar a la gente, y el autobús al final de la calle, mientras que el dormitorio daba a un jardincito común y tenía toda la intimidad posible. Había ido a verlo ya tres veces, y el agente inmobiliario estaba un poco harto. Llegué a la conclusión de que me serviría. Ninguna casa es perfecta, salvo la casa en la que hemos sido felices, y esa, en cierto modo, es la casa de la que nos marchamos para siempre.

Estaba deseando irme de Gertrude Street. Pasar las tardes allí sola me producía escalofríos, repugnancia. No sentía los mismos escalofríos en el apartamento de Drayton Gardens, a pesar de que estaba vacío. Decidí decorarlo con tonos claros y bonitos: azul pálido y blanco; y para el dormitorio escogería un papel de flores. Quería llenarlo de flores y plantas en macetas, sin pensar en el buen gusto. Ahora podía olvidarme del buen gusto sin remordimientos. Quería un escenario para mi vida pequeña, porque no creía que fuese a conocer a mucha gente. Tenía una habitación libre para Millie y Donald, si alguna vez querían quedarse, aunque era poco probable, ya que ellos seguían teniendo el piso de Donald en Great Portland Street. En todo caso, Millie me había dicho que el contrato vencería pronto, y quería asegurarme de que tuviera una base en Londres si es que la necesitaba. Sería maravilloso volver a verla. Y si ella no venía, solo tendría que hacer nuevas amistades. No me importaría que fueran todas mujeres. De momento, y puede que para siempre, me veía incapaz de afrontar una vida en la que hubiera hombres. Por la misma razón, no podía decir exactamente que echara de menos a mi marido. Solo quería descansar del tipo de vida que una mujer lleva con un hombre. No creía que este fuera un rasgo particularmente poco femenino, al contrario. Las mujeres se refugian con frecuencia de los hombres o necesitan darse una tregua. Como si quisieran regresar a tiempos más inocentes. Me imaginaba en Drayton Gardens, desplazándome en bicicleta con mi cesta, tentando mi apetito, guardando las apariencias y sin hacer daño a nadie, ni siquiera a mí misma. ¿Sola? Sí, estaría sola, pero con el tiempo comprendería que eso era una ventaja. Tenía que entrenarme para la vejez, y eso requiere mucho entrenamiento; lo mejor era empezar desde el principio. Y tenía el cine, la biblioteca. Hasta podía irme de vacaciones, aunque en realidad no estaba segura de necesitarlas.

Fue Charlie quien anotó mi nueva dirección. «Aún no me he decidido», dije. Sin embargo, mientras él escribía la dirección en su agenda supe que la decisión estaba tomada. La moqueta gris, pensé. Las paredes blancas. La vajilla azul y las cortinas y las colchas blancas. Me pareció obligatorio que entrase la luz. En mi última visita a la casa había visto a una mujer de aspecto agradable que subía las escaleras cuando yo me marchaba, y pensé

que quizá podríamos ser amigas. No necesariamente amigas íntimas, pero sí cuidarnos, interesarnos amablemente la una por la otra si pasaban días sin vernos. Me desenvolvería bien. Me convertiría en la persona optimista que había sido, pero esta vez con los pies en el suelo. Al fin y al cabo, tenía casi cincuenta años y no me parecía en nada a como había sido de joven. Decidí dar instrucciones a la agencia al día siguiente, y estaba impaciente y ansiosa por que llegara el momento. Con la perspectiva de tener mi propia casa, Gertrude Street y los años que había pasado allí se volvieron irrelevantes, pasaron a ser una interrupción, un error. Esperaba recuperar algunos recuerdos de Owen, que estaba extrañamente fuera de mis pensamientos. Pero Owen formaba parte del pasado y yo estaba impaciente por tener un futuro. O no tanto impaciente como anhelante, como si alguien pudiera arrebatármelo. Mi control de las cosas se había debilitado al ver lo que le había pasado a Owen. Ya no confiaba en el destino ni en las circunstancias como antes, pero notaba una reserva de energía sin utilizar. Tenía que encontrar el modo de poner esa energía a mi servicio. Y además, pensé con un arrebatado de ilusión, podría tener un piano otra vez.

—Si necesitas algo —dijo Charlie—, lo que sea, no tienes más que decirlo.

—De todos modos seguiremos viendo mucho a Fay —añadió Julia mientras se enrollaba un pañuelo de seda al cuello—. Maureen, ¿por qué no te adelantas y vas calentando esa sopa tuya? No estaría mal comer algo esta noche. Aunque tampoco es que tenga hambre.

—¿Podrías llevar este maletín de Owen a la oficina, Charlie? —le pedí—. No es cosa mía. No sé nada de los negocios de Owen.

Eso era verdad. Esperaba que Charlie dispusiera libremente del maletín —que era muy bonito— y se lo quedara como recuerdo, aunque estaba tan cansada que no se lo dije, a pesar de que esa era mi intención.

Debajo de la lámpara de araña de Hermione, que ahora sería de Caroline, la mujer de Paul, quien tendría que ocuparse del problema de limpiarla, les dije adiós, imaginando que no volvería a verlos.

—Pobrecita Fay —dijo Julia, y me acarició la mejilla—. Pobrecita Fay. —Estaba sobreactuando otra vez.

No podía reprocharle su hipocresía porque también yo había sido algo hipócrita. Yo estaba impresionada por la muerte de Owen, pero no desconsolada. En realidad, mis sentimientos no me decían nada: era como si me hubiese desprendido de todos ellos en Niza, como si me hubieran derribado y se hubieran llevado mi conciencia para siempre mientras yo iba de desmayo en desmayo. Me recuperé como quien se recupera de una enfermedad física y, como todo el que sufre dolencias graves, solo pensaba en mi convalecencia. Quería salud y estaba ansiosa por conseguirla. Julia no era la única que actuaba, aunque yo procurase hablar lo menos posible, al menos lo mínimo compatible con las circunstancias de su visita. La visita nos había impacientado a las dos. Simplemente no formaba parte de su mundo, ni ella del mío. Y yo había perdido mi docilidad, mi flexibilidad: era una mujer independiente. Creo que a Julia también le fastidiaba mi dinero, a pesar de que Charlie la mantenía más que dignamente. Pensé que debía de ser muy duro para ella verse privada del reconocimiento público, pues sabía que le era casi imposible soportarlo. Se había convertido en un ser inútil y se daba cuenta. Subrayaba mi pérdida de estatus para proteger su orgullo, pero le fastidiaba ver que a mí eso me importaba muy poco. Lo cierto es que parecía que yo me estaba instalando en un estado que a ella se le negaba misteriosamente. Julia era astuta, lista, capaz de intuir lo que alguien pensaba pero callaba. Supo instintivamente que mi mayor deseo era ser libre. Y creo que en ese momento tomó la decisión de no permitir que me fuera jamás. Aunque no me encontrara interesante, le servía como adepta, o, si no me conformaba con eso, como adversaria. Por fin iba a tener ese debate suyo. Yo decidí una vez más desaparecer del mapa, y si Charlie no hubiese anotado la dirección en su agenda, puede que lo hubiera conseguido.

Compré el apartamento al día siguiente, y nada más hacerlo me hundí en la desolación. ¡Me parecía tan vacío, tan abandonado! Por fortuna encontré a una mujer simpática que se dedicaba a la decoración de interiores y lo dejé todo en sus manos, limitándome a explicarle lo que quería. Era una mujer simpática pero lenta. Tarde tras tarde yo iba al apartamento y no veía más signos de actividad que unas sábanas en el suelo para protegerlo del polvo y los cables que salían de la pared. Esto me

llenaba de inquietud, y hasta me daba miedo volver a Gertrude Street. Estábamos a finales de un otoño bonito aunque frío: la gente auguraba un invierno duro, como una especie de castigo por aquellos increíbles días del verano. Había una cafetería en la esquina y probé a comer algo allí, pero me sentía cohibida, consciente de la oscuridad de la noche y de las luces del cine, donde se concentraba la gente. Me ponía nerviosa la oscuridad. Pensé que eso se me pasaría una vez instalada en el apartamento, pero el atardecer era un suplicio. En cuanto me era posible me metía en la cama, aunque no siempre podía dormir. Se me agotaron las fuerzas: estaba cansada a todas horas. Daba vueltas por el apartamento como si no fuera mío, como si estuviera pidiendo permiso para ocuparlo. Por fin vinieron los obreros, ruidosos y alegres, y yo iba corriendo a la cafetería para ofrecerles té y café. Poco a poco las paredes se volvieron blancas; poco a poco instalaron la lavadora y la cocina, y entonces ya ni siquiera tenía necesidad de ir a la cafetería. Las botellas de leche estropeada se acumulaban en la puerta y olía a hamburguesas y a patatas fritas. Las circunstancias mejoraron un poco cuando fui a Peter Jones a comprar un cubo de basura, un hervidor y paños de cocina. Quería que todo fuese nuevo. Aun así no estaba contenta con el apartamento, no me sentía como imaginaba. Ya había llegado mentalmente a la fase de renunciar a Drayton Gardens y empezaba a hacer planes de seguir buscando; puede que encontrase algo mejor. Cuando trajeron la moqueta gris y la vi instalada me di cuenta de que había elegido un color demasiado oscuro. Para entonces la parte principal del trabajo había terminado. Ya solo faltaban las cortinas y las colchas, y entonces podría mudarme, con los muebles nuevos —cómodos, sencillos—, listos para entregar el mismo día en que tomara posesión de mi casa.

Una tarde —era una tarde fría, ya de niebla; el resplandor naranja de una farola entraba por la ventana— estaba yo en el apartamento vacío cuando sonó el timbre. Pensé que sería algún vecino, a lo mejor la mujer en la que me había fijado en el portal, pero era Charlie, con su abrigo oscuro y el maletín de Owen en la mano.

—Te he llamado a Gertrude Street —dijo, pasando por encima de un rollo de moqueta que había sobrado—. Y después se me ocurrió que estarías aquí. Es un sitio bonito, Fay. Enséñamelo si tienes un momento.

Al oír sus comentarios positivos en todas las habitaciones empecé a ilusionarme de nuevo. A veces solo hace falta un susurro de aprobación para ponerse en marcha. En ese momento se lo agradecí infinitamente.

—¿Te apetece una taza de té, Charlie? Seguro que los obreros han dejado algo, aunque no paran de beber en todo el día.

—Estaría bien —dijo, fijándose en las puertas—. ¿Vas a traer aquí todas tus cosas? Esto es mucho más pequeño que Gertrude Street.

—No. Lo dejo todo. No necesito mucho. Además, ya está todo encargado.

Charlie tocó los radiadores.

—Y la temperatura es estupenda.

—¿Te gusta?

—Mucho. —Se bebió el té de un trago y dejó la taza en el alféizar de la ventana—. Me imagino que querrás el maletín de Owen. He sacado todo lo importante. Tampoco es que hubiera mucho. Ha dejado sus expedientes más o menos ordenados.

Hubo un silencio. Aguanté la respiración, pensando qué más cosas sabía Charlie. Pero por lo visto no había nada que decir, tanto si lo sabía como si no.

—Si el maletín te sirve, Charlie, por favor, quédatelo. Fue mi último regalo de Navidad a Owen. La verdad es que no quiero volver a verlo.

—Me gustaría quedármelo, querida. Entonces, ¿me lo llevo?

Asentí con agradecimiento. Pensé que ahí se acababa el asunto, pero Charlie parecía reacio a marcharse. Según iban pasando los minutos noté una leve incomodidad, aunque por lo visto era solo cosa mía. Sin Julia, Charlie parecía más resuelto, más decidido.

—¿Cómo está Julia? —pregunté.

—Bueno, ya sabes que tiene días difíciles. Pero sobrevivimos, sobrevivimos. Sobre todo necesita compañía. Pásate a verla, ¿quieres? El otro día dijo que llevaba tiempo sin verte. —Entonces me besó, y me quedé entre sus brazos, atónita. Pensé que era simple bondad, aunque no parecía eso. Desde luego no había excusa para otra cosa. Pero, instintivamente, nos apartamos de la luz de la farola de la calle y entramos en el dormitorio

vacío, donde volvió a besarme. Ya no cabía ninguna duda. Ninguno de los dos dijo nada.

Y después se fue, sin hacer ningún comentario sobre lo que acababa de pasar. Me llevé una mano a la mejilla, que me latía, y me quedé parada sin saber qué hacer, aunque no estaba incómoda. En realidad, me eché a reír. Pensé que había sido un simple gesto. Que Charlie era un oportunista, como todos los hombres. Que eso no significaba nada. De hecho, yo no quería que significara nada. Y, aun así, no estaba indignada. Si acaso me hizo gracia. Me alegró. Volví a sentirme capaz. Pero no me engañaba. Agradecía que un hombre me encontrase atractiva, y me alegraba que fuera Charlie, que siempre me había caído bien: nada más. ¿Qué otra cosa podía ser? Como decía Julia, yo ya no era nada. Era una mujer más que de mediana edad, casi mayor, no podía ser candidata para una aventura. Ni siquiera mi cabeza, y eso que yo siempre había sido tan ingenua y sentimental, se entregaba ya a fantasías ni imaginaciones agradables. Pensé que ya había tenido mi parte de amor, y era capaz de reconocer que me había desilusionado. Hay una edad en la que no decir la verdad es fatal, y yo había llegado a esa edad. Aunque aún esperaba con ilusión una experiencia que no llegaba a perfilarse del todo, aunque seguía esmerándome en vestir bien y era muy exigente con mi aspecto, me había resignado definitivamente a pasar el resto de mi vida sola. En cierto modo, hasta me enorgullecía la posibilidad. Adiós a las decepciones y las falsas esperanzas, adiós a las expectativas desmedidas y al amargo fracaso. Yo no tenía tendencia a la queja, nunca había fastidiado ni agobiado a mi marido y se me daba bien disimular mis preocupaciones. Me parecía mejor sufrir que acusar continuamente. El caso es que todo este buen comportamiento, si es que era eso, me había vuelto algo triste, pasiva, y aquello a veces me parecía injusto. Pero cuando me venían a la cabeza esos pensamientos, los apartaba, y en general no me molestaban demasiado.

Cuando me acuerdo de ese día me impresionan dos cosas. La primera es que nos apartáramos instintivamente de la luz de la farola buscando la oscuridad. La segunda, que un pretexto tan insignificante me hiciera pensar en mí como no había pensado en muchos años, puede que nunca. Las conversaciones frívolas con Millie, cuando éramos jóvenes, no me

emocionaban, no me conmovían. Nunca tuve otra confidente. Solo sabía que, algunas noches de verano, sentía una nostalgia dolorosa que nadie —o nadie a quien conociese— podía mitigar. El dolor quizá tuviera su origen en mi naturaleza de mujer soñadora, pasiva, que hasta entonces yo no había analizado. No sentí ni una pizca de ese anhelo, de esa nostalgia, cuando volví paseando a Gertrude Street aquella noche. Al contrario, me sentía en guardia, ligeramente cínica. Así es como nos prepara la naturaleza para las cosas prácticas. No me sentía culpable ni preocupada por Julia: ya había tomado la decisión de no volver a verla. Ya sabía qué opinión tenía de mí: me consideraba casi una criada. Me sentí libre de ella, libre de todo el mundo. Tenía la sensación de que una vida de libertad se desplegaba delante de mí.

Después no pasó nada en tres semanas. Se colgaron las cortinas, se pusieron las fundas a las sillas y el sofá y se hizo la cama. El resultado era muy agradable, pero por alguna razón yo no estaba satisfecha. Encargué periódicos, pasé por la lavandería y pedí una cita en la peluquería, pero no conseguía sentirme en casa. Supongo que me sentía más sola de lo que imaginaba. Y tenía tan poco que hacer, después de haber vivido en una casa grande, que el tiempo pasaba muy despacio. La vecina que yo esperaba que fuese amiga mía no había vuelto a saludarme; el portero era antipático. Hacía demasiado frío para pasar mucho tiempo en la calle, y pronto vi que no necesitaba ir a comprar más de una vez al día, a veces ni eso. Me despertaba todas las noches en la oscuridad, mucho antes de tener que levantarme. Algunas tardes me sentaba en el cuarto de estar sin molestarme en encender la luz y me quedaba mirando la farola de la calle. Me desconcertaba no ser capaz de estar a gusto ahora que ya nada me atormentaba. La perspectiva de que ese modo de vida se alargara indefinidamente a veces me cortaba la respiración. El sentido común me decía que era afortunada, que no tenía ningún motivo para quejarme. A pesar de todo, me era imposible obviar que nada me hacía ilusión.

Una noche estaba sentada junto a la ventana, a oscuras, cuando Charlie vino por segunda vez. Al instante me sentí comprometida con él. Me dio un paquete.

—Te he traído esto. He pensado que llevaba tu nombre escrito. —Era una taza de flores de la época victoriana con el borde dorado, grande y sólida, con su platito a juego. Me encantó.

—¿Cómo está Julia? —pregunté. Charlie me miró con un gesto divertido, mostrando una faceta de su personalidad que normalmente no dejaba ver.

—Ya la conoces. Es mi mujer. Siempre será mi mujer.

Esta respuesta me decepcionó, como si presintiera el comienzo de algo que únicamente podía ser nefasto y que así se revelaba desde el principio.

—¿Por qué has venido? —pregunté, casi con hostilidad.

—Ya lo sabes —fue su respuesta. Y me abrazó.

Eso fue lo único que dijo, aunque quizá no fuera todo lo que sentía. Nuestra confabulación era evitable, pero a mí ni se me ocurrió evitarla. Nunca se me pasó por la cabeza buscarla, pero era muy real, y en ese momento me pareció bien. Aun así, la vergüenza y cierta rabia me asaltan todavía mientras escribo estas líneas. El adulterio no es noble. A los amantes adúlteros no se les permite sufrir. Anna Karenina y Emma Bovary no son heroínas auténticas. Aunque haya amor de verdad, amor auténtico, no es el tipo de amor que produce alegría. Esa noche empezó mi largo entrenamiento en la duplicidad, el cálculo, en una incomodidad casi constante, pero también en la confianza, la esperanza y la capacidad. Ninguna de estas sensaciones disminuyó con los años: fueron mi aprendizaje.

Diez

Una intenta restar importancia a estas cosas, porque cualquier otra manera de tratarlas es en cierto modo impropio, dadas las circunstancias. Ahora recuerdo con humor, con sorpresa y solo a veces con desesperación mi aventura amorosa con Charlie, porque eso es lo que fue aunque nunca llegaran a pronunciarse las palabras fatídicas. Éramos un entretenimiento el uno para el otro, y eso volvía permisible el tiempo que pasábamos juntos. ¿Cómo iba a doler? ¿A quién podía dolerle? Solo había una víctima posible, y su nombre solo se pronunciaba con ligereza, con normalidad, en un contexto social. «Julia dice que ya no te ve nunca.» «Sí, tengo que pasar por allí.» Pero no me veía capaz. En vez de ir a verla, llamaba por teléfono y me interesaba por su salud y sus necesidades. «No estoy muerta del todo, ya lo sabes —decía Julia—. Aunque parece que me he vuelto demasiado aburrida para ti. Por eso no te veo nunca.» Esto me entristecía: el engaño necesario. De todos modos, era una parte inevitable de mi relación.

Charlie era un hombre guapo, alto y de buena constitución; puede que estuviera engordando un poco, como yo. Nos reconciliamos el uno al otro con el hecho de envejecer, porque eso era lo último que iba a ocurrirnos a los dos. Venía a verme los sábados por la tarde o pasaba un momento entre semana antes de volver a casa. La jubilación, que ya se acercaba para él, sería un problema en el que no queríamos pensar. Los dos suponíamos que la aventura terminaría cuando llegara ese momento, cuando él tuviera que ocupar su puesto como compañero de Julia a tiempo completo. Conmigo demostraba una frivolidad que yo nunca habría sospechado. En Onslow Square siempre estaba resignado, era amable y discreto. Creo que Charlie era por naturaleza reservado y tranquilo, poco dado a confesiones o quejas. Su enorme capacidad de control nos venía bien a los dos, y a mí me ayudaba a no traspasar los límites cuando tenía la tentación de hacer

locuras. Él nunca hablaba de su matrimonio, y eso le honraba en cierto modo. Comprendí que su profesión le había inculcado discreción. En cuanto a mí, yo era el lujo que se permitía por todo lo que había aguantado en la vida. Creo que quería a Julia. Era su mujer y era inocente. Y Charlie respetaba los convencionalismos.

No conseguí un trabajo. Charlie era mi única ocupación. No saber cuándo podría venir a verme me obligaba a estar en guardia, presentable; el tiempo dejó de ser una carga. Me preparaba para él todos los días. Me daba un baño y me vestía después de preparar una taza de té, y en general me conformaba con sentarme en el cuarto de estar a oscuras y mirar por la ventana. Cuando oía la puerta de su coche —era una puerta que nunca confundía con ninguna otra—, cerraba las cortinas y encendía las lámparas. A veces me pasaba varios días en ese estado de distracción. La tensión de la espera me cansaba, y era casi un alivio darme cuenta de que tenía libertad para encender la radio o la televisión y luego irme a la cama. De vez en cuando me asaltaba una tristeza tremenda. No llegaba a entenderla del todo. Me quedaba sin aliento de asombro: ¿por qué estaba tan triste? Tenía algo a lo que muy pocas mujeres de mi edad podían aspirar: un hombre que no me molestaba y que jamás me hacía sufrir. Porque es cierto que jamás me hizo sufrir. Mi infelicidad, de la que yo era vagamente consciente, tenía que ver con cierto desencanto. Yo había sido una esposa convencional y ahora era una amante convencional, agradable y dócil, siempre preparada para ofrecer pequeños caprichos. Por otro lado sentía cierto orgullo, cierta osadía. No era patética. Podía llevar la cabeza alta. Envejecí medianamente bien, me negué a teñirme el pelo y escogía mi ropa con un cuidado nuevo. Intenté vestirme para Charlie hasta que me di cuenta de que eso era lo último que le interesaba. Yo le hacía sentirse más joven y él me lo agradecía. Charlie era divertido, complaciente y abrumadoramente cariñoso. La taza y el platito que me regaló se convirtieron en su taza y su plato. Le servía el café en esa taza.

Nunca volví a cantar. ¿Quién quería oír a una mujer de cincuenta y cinco años cantando canciones de amor, que eran las únicas que yo conocía? Un día llamé por teléfono a Harry, el agente y amigo de mi padre. Lo había visto por última vez en el funeral de mi madre; sabía que se había

jubilado, pero se pasaba la vida en la oficina de su hijo, incordiando, y fue él quien me consiguió el contrato para leer un cuento en «Woman's Hour», cosa que estuve haciendo dos semanas. Me venía muy bien, porque podía estar en casa a la hora en que esperaba la visita de Charlie y porque era agradable volver a la BBC, que ahora parecía llena de chicas encantadoras en pantalones vaqueros. Me veían como una reliquia de los tiempos dorados y eran amabilísimas conmigo: me traían vasos de agua y me rogaban que me sentara cuando yo estaba tan a gusto de pie. Creo que les sorprendió que consiguiera aguantar el ritmo.

Julia me llamó un día.

—¡Oye! No me puedes abandonar así. Dices que estás ocupada pero no se me ocurre en qué. Lo mínimo que podrías hacer es reservarme un par de tardes. Me siento muy sola ahora que mi madre se ha ido a esa residencia, aunque allí vive como una reina. Estas dos son tontas de remate. No sé cómo las aguanto.

—He estado en la radio —dije, solo por decir algo.

—Ya lo sé. Oí un programa. Un episodio o como se llamen. Tu dicción me pareció muy buena, sorprendentemente buena, la verdad. Quería escucharte hoy, pero a Maureen se le olvidó encender la radio. Podías venir a contármelo todo cuando termines. Todas tus aventuras.

No pensé que estuviera insinuando nada. Pensé que se sentía sola. Julia llevaba aquella rigurosa vida monjil desde hacía tiempo y ahora ya no estaba en condiciones de vivir de otra manera. Con esta idea fui a verla, consciente de las cosas que ella no debía saber. La encontré sentada en su butaca amarilla, con un traje blanco inmaculado y una blusa naranja y negra. De repente me sentí gorda y torpe. La señora Chesney me diría más tarde que para Julia vestirse era el gran acontecimiento del día. Pasaba revista a los armarios abarrotados, se sentaba al tocador, se probaba varios pendientes y después se instalaba en el salón con un suspiro lánguido, como si acabara de realizar una tarea o una obligación agotadora. Julia seguía pensando en su público, en dar la talla, en no decepcionar jamás a la gente que había comprado unas entradas para ver la función. Parecía mayor, más delgada. Ahora tenía problemas de espalda y le costaba dominar la tendencia a inclinarse hacia delante. «¡Esa postura, Wilberforce! ¡Esa

postura!», decía mientras se enderezaba. Seguía teniendo los mismos ojos, bonitos e impasibles. Me examinaron a fondo.

—Has engordado una barbaridad —señaló—. Y no deberías llevar el pelo así. Las reglas son muy importantes. —Pero a sus palabras les faltaba convencimiento. Yo, en cambio, solo pensaba en agradar, aunque como de costumbre la había decepcionado. Yo la aburría, la aburría tanto como Maureen y la señora Chesney. Cuando me levanté para escaparme, Julia no intentó impedirlo. Esto me hizo alegar un montón de obligaciones pendientes.

—Cualquiera diría que tienes un amante —dijo, provocando una obediente carcajada alrededor.

—Hoy he visto a Julia —le conté a Charlie esa noche.

—¿Sí? ¡Qué bien! —Se sacó de la manga un pañuelo de seda verde oscura para limpiarse una miga de la boca—. La tostada está riquísima. ¿Quedan más?

Cambiaban las estaciones, los años se iban fundiendo unos con otros. Ya no salía a pasear en verano. Lo cierto es que pasaba más tiempo en casa que fuera. Supongo que hacía calor y frío, pero mi principal recuerdo de esos años es la oscuridad, a finales de otoño, con la farola naranja de la calle envuelta en una neblina suave al otro lado de mi ventana. Salía por la mañana temprano a hacer la compra, no porque tuviera el tiempo limitado sino porque me gustaba ver a los niños cuando iban al colegio. A algunos los conocía por su nombre, y me habría gustado entretenerme a charlar con ellos, pero no me atrevía; aunque soy una persona respetable, era consciente de que eso no estaba del todo bien. También tenía miedo de estar enfermando, como me había recriminado Julia en una ocasión. De los niños pasé a fijarme en los chicos y chicas jóvenes que iban al trabajo. Algunos días tenía ganas de sumarme a ellos cuando los veía con esa cara tan fresca, tan elegantes, con sus maletines y sus periódicos. Me recordaban ciertas polkas de Strauss.

La gente joven era mi principal excusa para salir tan temprano. A las nueve ya había vuelto a casa y tenía por delante un día entero y vacío. Mis obligaciones domésticas eran mínimas: no tenía jardín ni familia que atender. Nunca eché de menos mi casa grande de antes, pero a veces no

sabía qué hacer con el tiempo. Una vez a la semana iba a ver a Vinnie, a quien ahora cuidaba una estudiante de enfermería que estaba encantada de poder vivir en una habitación gratis cerca de su hospital. Vinnie podía pasar el día sola, pero ya no tenía la cabeza intacta y apenas hablaba. Yo le llevaba los mismos paquetitos de comida que a mi madre —salmón, lengua o tarta de fruta— y casi me alegraba de hacerlo: me sentía otra vez útil y con una obligación. Vinnie me reconocía, pero enseguida perdía todo interés por mí, y con el avance de su senilidad afloraron los viejos rencores. Me quedaba poco tiempo con ella. Veía que mi compañía no le agradaba. Me limitaba a llevarle provisiones, comprobaba si Sandra, la enfermera, me había dejado alguna nota y me marchaba.

Las personas que pasan todo el día en casa viven en un mundo de mujeres. Los únicos hombres que se quedan en casa son los que están jubilados. Se los ve ir a comprar el periódico, domesticados, sonrientes por su libertad, con una rebeca de punto en vez de una chaqueta. Las mujeres de la misma edad parecen más pensativas, como si soportaran el calor y el peso del día. Algunas todavía llevan guantes y sombreritos azul marino a juego con sus abrigos y el pañuelo de seda que su hijo o su hija les regaló por Navidad. Aquí la edad se puede detectar en el largo de una falda o en un cuello vuelto. Yo me sentía identificada con las personas que veía a última hora de la mañana, cuando salía por segunda vez a por flores, a por pan recién hecho o a lo mejor solo en busca de compañía, algo que en mayor o menor medida nos hacía falta a todos, aunque nuestras preocupaciones seguramente pesaban más que las de la gente joven con sus maletines. Sabíamos que teníamos el tiempo contado, a pesar de que aún estuviéramos sanos; todos teníamos las mismas ganas de ver y de oír a los jóvenes, en quienes percibíamos auténtica belleza. Nos tratábamos con cortesía. Las mujeres sonreían, los hombres saludaban levantando el periódico enrollado. Los días de sol cruzábamos unas palabras formalísimas. «¿Verdad que hace un tiempo estupendo? Por fin ha llegado la primavera. ¿Sigue usted bien?» Porque eso era lo esencial. Seguir bien.

Había en estos encuentros una cordialidad que me ayudaba a llegar a la tarde. Como las tardes podían ser largas, vacías, me acostumbré a tumbarme en el sofá, como hacía mi madre, a descansar, a veces a dormir. Tenía la

sensación de parecerme cada vez más a ella, al menos en mi imaginación, porque me alegraba de que hubiera muerto sin saber nada de mi nueva vida. Yo siempre había sido su niña maravillosa, su prodigio. Ahora era una vieja llena de defectos. ¿Cuándo se había iniciado este proceso? No era del todo reciente. Puede que cuando me alejé de mi ambiente, me casé con un hombre de clase superior (y ahora sé que hice mal) y empecé a cuidar mis palabras, a censurar el recuerdo de parientes que no hacían daño a nadie pero eran poco agraciados y el de cómo me mimaban los chicos de la orquesta; también cuando empecé a cerrar la puerta a los recuerdos de los bombardeos, a las noches en el cine, a toda la parafernalia de la vida en las afueras. Me parecía que desde que abandoné ese mundo nadie me había querido. Hasta ahora, quizá. Pero para colmar esa laguna entre el entonces y el ahora ¡qué adulteración se había producido! Lo veía como una adulteración más que un adulterio: una adulteración de mi esencia original. Nadie crece en inocencia, pensaba: los cambios son inevitables. Me pasaba una hora en el sofá reflexionando sobre estas cosas, y luego daba el asunto por cerrado. Cancelaba la tarde, cancelaba las experiencias del día, me daba mi baño, me cambiaba de ropa y me sentaba a esperar a Charlie. Lo esperaba aun cuando sabía que era poco probable que viniera.

Una vez se llevó a Julia a tomar el sol, a Mallorca, creo. Vino a verme en misión oficial, con las llaves, y me pidió que le echara un ojo a la casa. Aunque no había nadie en Onslow Square, porque Maureen también estaba fuera, se me hacía odioso pasar por allí. El salón amarillo y blanco parecía tan impregnado del perfume de Julia —ácido, cruel, virginal— que tenía la sensación de que me acusaba. Por nada del mundo habría entrado en su dormitorio. Ventilaba la casa, abría las ventanas, las cerraba y me iba con la prisa y el sigilo de un ladrón. La víspera de su regreso les dejé algo de comida —un pollo y ensalada de patata— y puse flores frescas en los jarrones. Eso se me daba de maravilla. Era en mi calidad de criada como más le gustaba yo a Julia. De esa quincena al sol volvió tan blanca e inmaculada como siempre. Charlie me contó luego que apenas se había movido del hotel. Él, en cambio, estaba bronceado, expansivo. Hacían buena pareja.

—Tenemos que verte más a menudo —dijo Julia—. Prométeme que vendrás pronto.

—Sí, claro. En cuanto vuelva.

—¿Volver? ¿Es que te marchas?

—Sí. Voy a tomarme unas pequeñas vacaciones. —Se me acababa de ocurrir, pero me pareció una idea tan buena como cualquiera. A veces me veía al borde del pánico cuando alguien, no solamente Julia, me preguntaba por mis cosas. Unas vacaciones me parecieron la única opción medianamente respetable y con la ventaja añadida de que luego podría hablar de ellas. Hablaría de ellas sin parar si hacía falta.

El caso es que me fui una semana a Saint Paul de Vence y fue un desastre. Fue un desastre rodeado de misterio, porque no sé cómo había conseguido dar la impresión de que iba a estar fuera mucho más tiempo. Nada más llegar ya quería volver a casa. Estábamos a finales de septiembre y los mosquitos seguían en plena actividad. Me picaron al instante. El calor podía soportarlo, pero la luz me molestaba: aquel cielo duro, sin una sola nube y con un resplandor que me impedía orientarme. Cuando quise darme cuenta el sol me había quemado y me vi deslumbrada, asustada y sin nada que hacer. En la planta baja de mi hotel, modesto, había una cafetería. Desayunaba allí, procurando alargar el momento. Después hacía la excursión a comprar el *International Herald Tribune*. Luego daba un paseo, arrollada por las olas de turistas que bajaban de los autobuses y entraban en las tiendas de *souvenirs* a comprar el típico frasco de esencia de lavanda o la típica pastilla de jabón oscuro para llevarse a casa. Después tomaba otro café. Y luego iba hasta el final del paseo marítimo, donde se oían los coches que pasaban a toda velocidad por la carretera de la costa, un poco más adelante, y hacía un gran esfuerzo para soportar el ruido y los destellos del sol en todas partes. Tenía una sensación de exceso; todo lo encontraba excesivo y me resultaba imposible adaptarme ni al aceite de oliva en la comida ni a esos olores profundamente sensuales, a loción solar y a caramelos, que salían de las tiendas para los turistas, ni, por supuesto, a aquel sol despiadado, que no perdía ni un ápice de fuerza en todo el día, hasta que declinaba unos momentos y oscurecía de golpe. Echaba de menos mi apartamento, por el que en realidad no sentía tanto cariño, y las vistas

desde mi ventana, con el cine en la esquina. En la vida me había sentido tan sola.

De repente se me vino todo encima: la hipocresía, el aguante. Hasta dudé de mi capacidad para hacer el viaje de vuelta. Supongo que me impresionó esta revelación de mi soledad, que yo creía desterrada para siempre por las nuevas circunstancias de mi vida, aunque fueran irregulares. Pensé en Charlie y en Julia, tan juntos, y en mí, tan aislada. Y no solo aislada, sino desprotegida y expuesta al sol implacable y la falta de ocupación. Al final dejé de fingir que estaba de vacaciones y seguí haciendo mi ronda diaria con cinismo y rebeldía, desafiando a aquel lugar tan encantador a que me sedujera. Me sentó bien ese momento de rebelión: hizo que los días perdieran importancia. Pero también me demostró lo vulnerable que era, tanto que me sorprendí comprando esencias —las modestas aguas de colonia floral que hacen allí— para Julia, para Vinnie, para Sandra, hasta para Maureen y la señora Chesney, como si la suya fuera la única amistad a la que podía aspirar. Cuando por fin volví a casa me quedé en el pasillo y cerré los ojos con agradecimiento. Juré que nunca volvería a viajar sola. Me iría con Millie, pensé, o la llevaría conmigo. Con una amiga al lado sería impermeable a la compasión o la curiosidad de los demás. Incluso a su indiferencia. Entonces caí en la cuenta de que mi vida estaba diseñada de tal modo, con mi plena colaboración, que no podía contársela a nadie, ni siquiera a una amiga querida. Mi vida era mi secreto, y así tenía que seguir guardándolo. A Millie no le parecería bien, me miraría con pena y con sorpresa si me confiaba a ella. Prefería ahorrarnos el mal trago a las dos. Me acostumbré otra vez a mi rutina y me obligué simplemente a quitarme de la cabeza ciertas fantasías, ciertos anhelos. Por suerte, Charlie vino esa misma tarde. Yo había cogido un avión más temprano de lo previsto con la esperanza de verlo. Él también me había echado de menos.

Repartí todos mis frascos de colonia al día siguiente. Puse unas gotas en el pañuelo de Vinnie, que me miró con arrogancia y lo tiró al suelo. Vi en sus ojos de anciana un gesto de indignación, de rechazo. Esa tarde pasé por Onslow Square, donde Pearl Chesney y Maureen me agradecieron el detalle y Julia dijo:

—Vas a tener que abrirlo tú. Tengo las manos fatal. Por eso utilizo siempre el atomizador. Charlie me tiene bien surtida. —Al instante me vi disculpándome—. Pero hay algo que puedes hacer por mí —añadió—. Traerme algo para leer. Vives cerca de la biblioteca, ¿no? —No vivía especialmente cerca—. Si pudieras cambiarme los libros un par de veces a la semana sería estupendo. Sería estupendo de verdad.

—Pero, Julia —contesté—, no sé lo que te gusta.

Por desgracia sí lo sabía. Le gustaban las novelas de crímenes especialmente malas y violentas, esas que se reconocen por el color de la cubierta. Sé que le gustaban porque elogiaba sus méritos y trataba de explicar las tramas, que parecían todas intercambiables. Su antiguo talento no le servía de nada en esas ocasiones. Se liaba y liaba a los demás irremediablemente; no tenía la menor idea de por qué un libro era bueno o malo, sino que lo juzgaba por la acción del primer y el último capítulo. Le gustaban las historias de timadores, granujas de poca monta, jóvenes débiles que explotaban a mujeres mayores más débiles aún. Le gustaban los convictos en el escenario de un pueblecito inglés. Le gustaban los detectives rurales y los policías aristocráticos, pero prefería infinitamente a los delincuentes. Le gustaba que se distinguiera a las clases sociales por los nombres de los personajes, graciosos o con apellidos compuestos. Sentía debilidad por los canallas adorables que cometían un asesinato, se libraban y volvían a intentarlo en otra novela del mismo tipo. Por desgracia había muchas que aún no había leído, o eso decía ella, y Maureen se las llevaba de la biblioteca de ocho en ocho. Julia gastaba los tickets de Charlie además de los suyos.

Este aspecto de la limitada vida de Julia me resultaba patético, insoportable. Que una mujer de su nivel perdiera el tiempo con aquellos folletines, que se los tomara en serio y los comentara, me hacía ver lo vacíos que eran sus días. Puede que me equivocara o que mi mala conciencia me hubiera vuelto más susceptible. Para Julia, una novela era como un vaso de whisky o un cigarrillo: algo que se consumía y se renovaba sin parar. Se las leía en un día, o mejor dicho, en una noche, porque nunca estaba cansada y seguía con la luz encendida mucho después

de que todo el mundo se hubiera dormido. Tenía en la mesa un montón de novelas manoseadas y forradas de plástico.

—Creía que te los traía Maureen —dije.

—Me temo que Maureen es una inútil. Además, se pasa el día en esa iglesia suya. Sabe Dios qué hará allí.

—Puede que Dios lo sepa —señaló Maureen chistosamente.

Julia cerró los ojos, como si le doliera algo.

—O en Peter Jones —añadió Julia, como si fuera lo mismo, como si tanto lo uno como lo otro la ofendiese.

—De todos modos —insistí—, Maureen está más al día que yo.

—Eso es culpa tuya —me soltó Julia.

—Yo me he aficionado a la revista de la parroquia —dijo Maureen, que por lo visto estaba de un humor espléndido. Yo siempre había tenido mis dudas con Maureen: no encontraba ningún motivo para que no me cayera bien, pero no había manera de evitarlo.

—Y a Pearl no puedo ni pedírselo —continuó Julia—. No ha leído un libro en la vida.

Pearl Chesney se puso colorada. Era consciente de la incierta posición que ocupaba en aquel grupo, consciente de sus años previos como ayudante de camerino de Julia, de su devoción por ella, que quizá nunca había visto correspondida. Iba por allí con regularidad y fidelidad, aunque yo sospechaba que lo hacía por la taza de té y la copita de jerez, por el toque de glamur que le daba la soberbia presencia de Julia y el orgullo profesional de verla tan guapa. Sé que de vez en cuando se llevaba a casa algunos vestidos de Julia para lavarlos y plancharlos, y que también se ocupaba de soltar dobladillos. Charlie, seguro, le pagaba generosamente.

Pearl era una mujer feúcha, exageradamente maquillada —colorete y labios cereza, al estilo de los años cuarenta— y unos ojos del color de la concha de una ostra que observaban con humildad un mundo que había cambiado demasiado para ella. Tenía más de setenta años y seguía riendo con ganas todas las ocurrencias de Julia, y siempre salía al paso con algún recuerdo elogioso y leal. Creo que adoraba a Julia, que se contentaba con serle útil mientras viviese. Julia estaba harta de ella, aunque no de sus habilidades costureras, y la trataba cada vez con mayor crueldad, con una

indiferencia calculada que aparentemente no escondía ninguna maldad. A Pearl Chesney no se le escapaba nada de esto, como tampoco se le escapaba su poco garbo, la creciente rotundidad de su cuerpo y la falta de todos los atributos que Julia admiraba. Aun así de vez en cuando se llevaba una maleta llena de ropa y la devolvía pulcramente arreglada en la siguiente visita. Se empeñaba en coger el autobús para ir a casa, en Fulham, en St Maur Road, a pesar de que Julia le decía con hartazgo: «No tienes por qué. Charlie te ha dejado dinero para un taxi.» Yo veía que a la señora Chesney le daba apuro cogerlo, y pensé que esas situaciones se podían manejar con más delicadeza.

Creo que la señora Chesney era una buena persona, que estaba muy sola y era más sensible de lo que todo el mundo suponía.

—Yo me encargo de eso, Fay —dijo, guardando cuatro libros en su cesto. Se había puesto colorada de tristeza. Fueron sus ganas de marcharse las que debilitaron mi determinación de no intervenir para nada en el asunto de los dichosos libros.

—Yo los cambiaré, Julia. Pero será la primera y última vez. El próximo día te traeré unos cuantos libros. Tengo docenas en casa.

—No te molestes —contestó—. Con estas manos ni siquiera los puedo sujetar. —Despreció mis libros lo mismo que mi frasco de colonia—. Creo que en la sucursal de Kensington tienen una selección mejor. También está la de Brompton Road, si te queda más cerca. No quiero que tengas que salir por mí.

Me fui de allí enfadada y con una sensación de impotencia, y comprendí perfectamente a la pobre Pearl Chesney, que venía trotando a mi lado con valentía, aunque sus jadeos deberían haberme indicado que iba demasiado deprisa para ella. Mi enfado no me permitía aflojar el paso, pero cuando llegamos a Drayton Gardens con nuestros cuatro libros por barba la invité a pasar, cosa que tendría que haber hecho mucho antes. Nunca invitaba a nadie a casa si podía evitarlo. La veía como el escenario de turbios encuentros que no era oportuno exponer a la luz del día. Cuando lo recuerdo se me escapa un quejido de fastidio: ahora veo que esa era una de las trampas en las que caen las mujeres con tanta facilidad. Lo cierto es que me había alejado de mis amistades por el bien de mi aventura amorosa. Si

me hubiera puesto enferma no habría sabido a quién llamar. Al médico, supongo. Afortunadamente nunca estoy enferma.

—¡Ay, Fay! —exclamó la señora Chesney—. ¡Qué piso tan precioso! ¡Qué feliz debes de ser aquí! Aunque te sentirás muy sola sin tu marido.

—Siéntate, Pearl —le dije, avergonzada—. Vamos a tomarnos otra copa de jerez. Y tengo unas galletitas que combinan de maravilla.

—Eres muy amable, hija. Y me alegro de tener la oportunidad de cruzar unas palabras contigo. Hace tiempo que quería decirte algo.

Estuve a punto de pararme en seco, pero conseguí llegar a ofrecerle su copa.

—La verdad es que no volveré a verte. Creo que mis visitas a Onslow Square se han terminado.

—¿No estarás enferma, Pearl?

—No, estoy bien. Aparte del pecho. Julia no me quiere allí, y eso es lo principal. Sé que le soy útil, pero me estoy haciendo mayor. Las mujeres de mi edad ya están retiradas. No lo aguanto más, Fay. Seré una vieja carga, pero a veces creo que Julia se olvida del tiempo que llevamos juntas. La aburro —concluyó con sencillez, aunque se le humedecieron los ojos.

—Yo creo que todo el mundo la aburre. Me sorprende la capacidad de aburrimiento que tiene esa mujer.

—Y a veces puede que sea un poquito egoísta —añadió la señora Chesney, guardándose el pañuelo.

—Puede.

Me di cuenta de que Pearl estaba muy dolida desde hacía años, quizá desde siempre, y no contaba con los recursos necesarios para enfrentarse a lo que otros habrían llamado desprecio. Estaba cansada y vestía fatal: la gabardina de nailon con el cuello y los puños de borreguillo artificial y los inútiles ribetes de cuero sintético expresaban con mucha más elocuencia que sus palabras los incomprensibles desaires recibidos.

—Me voy a vivir cerca de mi hijo —continuó—. Me ha encontrado un pisito. Es un buen chico. Dice que ya es hora de que cuiden de mí. Está camino de Surrey. Me duele mucho irme de Londres, pero supongo que me acostumbraré.

—No sabía que tuvieras un hijo.

—Bueno, es que no hablo de él. Lo crio mi madre. Yo no estaba casada, y por eso seguí trabajando. Quería darle lo mejor. Fue a la universidad, ¿sabes? Y consiguió una beca para estudiar en el Queen Mary College. Es ingeniero. Trabaja para el servicio ferroviario desde entonces, en la parte administrativa, claro.

—Te vamos a echar de menos. Julia te va a echar de menos.

—Ella tiene a su marido, ¿no? Eso ya es más de lo que yo he tenido nunca. Y él se lo consiente todo. Bueno, a mí siempre me ha tratado muy bien, así que no puedo decir una mala palabra de él. Pero la verdad es que no se enteran de la misa la media ninguno de los dos. De cómo vive el resto de la gente. —Hubo un breve silencio, y a mí no se me ocurría nada que decir—. Tengo que irme, hija. Has sido muy amable, y espero que no hagas mucho caso a lo que digo. Todos tenemos nuestros sentimientos, ¿no?

Se abrochó la gabardina chirriante, se puso los guantes y cogió su cesto. No le sugerí que pidiera un taxi, pensando que en aquel momento su independencia era su mayor motivo de orgullo. Le anoté mi número de teléfono, le di un beso y le dije adiós desde la ventana. Por primera vez en muchas tardes, que yo recordara, tenía ganas de estar sola. Dentro de mí, en alguna parte, notaba un nudo de incertidumbre, incluso de amargura, y si Charlie hubiera venido ese día, es posible que yo hubiera cometido una imprudencia, que lo hubiera decepcionado. Quizá le habría pedido garantías que no podía darme, y me alegré de que no se presentara la oportunidad. Quien suplica nunca despierta simpatía.

Once

Cosa rara en mí, cogí un virus, y cuando Charlie llamó por teléfono tuve que decirle que no viniese. Siempre me llamaba en algún momento del día y, si fallaba un día, incluso dos, daba señales muy poco después; nunca me dejaba demasiado tiempo sin saber algo de él. A mí ni se me pasaba por la cabeza llamarlo. Lo hice una vez y casi me muero de vergüenza y confusión cuando tuve que hablar con su secretaria. Entonces pensé, como otras veces en ocasiones posteriores, que lo que estaba haciendo me resultaba difícil. Creo que el encubrimiento es difícil para una mujer, incluso antinatural. Por lo general me sentía segura, animada, aunque cuando miro atrás me doy cuenta de que eso también era antinatural. Era como tomar una droga que produce euforia sin pararse a pensar en el posible síndrome de abstinencia. Esas mañanas de indecisión, esas tardes vacías formaban parte de mi aventura: con el tiempo dejé de percibir la soledad y me felicité por lo bien que había organizado las cosas. No tenía interrupciones ni visitas imprevistas ni llamadas de teléfono en momentos inoportunos, porque había sabido anticiparme y ahuyentar a los intrusos. La mayoría de la gente tomaba nota y me dejaba en paz. Hasta Julia, al parecer, se había vuelto más pasiva, menos exigente. Desde que me asignó la tarea de cambiarle los libros —¿y cómo iba yo a negarle la lectura?—, su famoso «¡Oye!» era relativamente raro. El compromiso con mi conciencia, siempre incómodo, se resolvía al menos en parte cuando pasaba a dejar los libros y se los daba a Maureen o a la señora Wheeler, con el pretexto de que tenía algo que hacer. Me pareció una buena estrategia, y en cierto modo me convencí de que sería una tarea temporal: estaba prestando un servicio al que podía renunciar en cualquier momento. Julia, que a esa hora estaba en su dormitorio, probándose pendientes con mucha parsimonia, oía mi voz

alegre en la puerta, pero estaba demasiado ocupada para invitarme a entrar. En realidad nunca había manifestado gran interés por mi compañía.

Con la leve enfermedad que contraí la euforia se esfumó, y me di cuenta de lo mucho que me había aislado. El silencio de los días oscuros en el piso bochornoso me daba dolor de cabeza: me encontraba fatal y estaba bastante asustada. Hasta llamé al médico, algo que no había hecho nunca, y hacerlo me llenó de pánico y de alivio. Yo estaba muy locuaz cuando vino, le di las gracias y le pedí disculpas al mismo tiempo.

—Puede que solo sea un resfriado —dije. Y oí mentalmente la voz de Julia diciendo: «¡Qué mala suerte tiene Fay! ¿No os parece que Fay últimamente tiene muy mala suerte?».

—No, no es un resfriado —respondió el médico con una sonrisa—. Es uno de esos virus oportunistas. ¿Se ha descuidado usted un poco? —Eché un vistazo a la habitación, con los rincones en sombra a pesar de que solo era mediodía—. Vive usted sola, ¿verdad? ¿Qué come? ¿Cocina como es debido?

Aquello me horrorizó. Siempre había cocinado como es debido, pero me parecía absurdo comprar chuletas para mí sola y poco a poco fui dejando de comprarlas. Hacía empanadas para Vinnie y tartas, por puro hábito de antigua ama de casa, pero yo rara vez las probaba. También preparaba y comía otros platos, o puede que tomara un solo plato, como hace la gente cuando está sola. Iba a la compra con normalidad, incluso cocinaba con normalidad; a lo mejor lo que no hacía era comer con normalidad. Pero a mis ojos estaba lejísimo de ser ese tipo de paciente en el que piensan los médicos, la persona mayor que se ha abandonado, así que esquivé sus preguntas y decidí comprar un pollo en cuanto se marchara. Calculé que sería capaz de llegar hasta las tiendas, aunque me sentía floja. No quería parecer débil, al menos mientras el médico estuviera delante. Después, probablemente me tiraría en el sofá a dormir. Me daba miedo meterme en la cama, no fuera a ser que no volviera a levantarme.

Estuve un par de días sin hacer nada más. Me sentía rara, mareada; más que nada estaba inquieta, como si no pudiera soportar las largas mañanas solitarias, tan largas y solitarias como lo eran antes las tardes. La enfermedad distorsiona, pero la distorsión puede ser ilustrativa. Por fin veía

los días tal como eran: horas de simple espera de la noche. Y entonces tuve una desagradable revelación: aquello era intolerable. Y cuando me permití reconocerlo, la palabra reverberó en mi cabeza. ¡Intolerable! Era muy mayor, estaba muy cansada, estaba completamente fuera de lugar. Los niños, la gente joven a la que tanto admiraba por las mañanas: esa era la ocupación que le correspondía a una mujer de mi edad. A veces, en aquella época, me vestía provocativamente, como si buscara suscitar las críticas de posibles observadores desconocidos y ocultos. Coincidía con quienes afirmaban que una mujer tiene la edad que siente, pero esos días me sorprendió ver que me sentía mayor de lo que aparentaba. Todas mis esperanzas se habían esfumado. Pensaba en cómo había sido yo: ingenua, feliz y obediente. Aunque quizá me conformaba con ser obediente. En las películas que veía de joven, la historia terminaba cuando la heroína se casaba con el héroe, como si eso justificara y diera plenitud a la vida. Pero cuando la pareja sobrevive a ese final, la historia cambia. Y cuando uno de los dos sobrevive al otro, la historia vuelve a cambiar, y no a mejor. ¡A peor! De pronto lo veía. En la luz tenue de una tarde de febrero, con la moqueta gris como un lago de oscuridad, percibí con una claridad meridiana que hay que oponer resistencia a ciertos cambios. Yo creía estar oponiendo la debida resistencia, la única posible para una mujer que se está haciendo mayor. Confiaba en burlar los cambios, en desafiarlos, pero lo cierto era que había caído en una trampa, en una trampa que había estrechado mi vida, la había reducido a tal punto que ahora estaba varada en mi sofá sin saber cómo seguir adelante. Porque seguir adelante era lo único que podía hacer. No veía ninguna otra alternativa para mí.

«No, no vengas —le dije a Charlie por teléfono—. Estaré bien dentro de un par de días y no quiero contagiarte.»

El amor se paga demasiado caro. Entonces pensaba que podía prescindir del amor, pero ahora he cambiado de opinión. Ahora sé que hay que aceptarlo todo si queremos cosechar algo. A lo mejor por eso nos embarcamos tan a ciegas en cosas que salta a la vista que no son sensatas. En ese momento de tristeza me imaginé una vida libre del destino que yo misma había trazado para mí, y a mí libre de ir y venir a mi antojo. Porque, aunque el día era oscuro, supe que pronto llegaría la primavera y

recuperaría mi ligereza de antes. Se lo diría a Charlie, eso pensé, y en ese mismo instante tomé la decisión. Cuando me hubiera recuperado y estuviera segura de no echarme a llorar, le diría que lo nuestro tenía que terminar, que no volviese nunca. Así me liberaría de los dos, porque Julia era una parte indisociable de la ecuación. Podría negarme a obligaciones que había aceptado por compasión, culpa o terror. Por el miedo que siempre le había tenido. Aunque me gustaba tan poco como yo a ella, siempre estaba presente en mis pensamientos de una manera que esperaba, confiaba, no estar yo en los suyos. Julia era impermeable a mí: lo que yo hiciera no tenía ningún interés para ella. Esa era la marca de su superioridad. Gracias a eso yo había podido guardar mi secreto tanto tiempo.

Con Charlie era distinto. Estaba tan educado en la discreción que nunca se le escapaba un detalle impertinente, y con eso se convencía de que su lealtad seguía intacta. A lo mejor era verdad. Al casarse con Julia se había casado con un modo de ser que quizá fuera el que más le convenía a su carácter. Comedido, sonriente, atento, para él era natural cuidar de ella. «Eres la mujer de mi vida —le había escrito—. No habrá otra.» Y entonces vi que eso era cierto, que lo que pudiera ocurrir cuando no estaba con ella no les afectaba a ninguno de los dos. Julia era tan ególatra que ni se le ocurría pensar qué hacía Charlie cuando no estaba con ella. Cuando él le pasaba el vaso de whisky en el salón de Onslow Square era el mismo de siempre: el esencial, el marido y el amante eterno. Yo me había fijado a menudo en la forma instintiva en que ella daba las órdenes y en la forma instintiva en que él las obedecía. Charlie nunca la abandonaría. Nunca la había abandonado. Yo era algo accesorio. Siempre lo había sido y nunca me había molestado, puede que no lo hubiera analizado como lo estaba analizando en ese momento. ¿Qué sentía él? Probablemente lo mismo que yo: placer y arrepentimiento.

Afortunadamente, yo nunca le había hablado de mis sentimientos y de la sombra que a veces proyectaban. Sabía que si hacía eso él soltaría un suspiro y se pondría a la defensiva. La muralla de sus planes no se agrietaba nunca. Eso siempre había quedado claro, y de pronto estaba más claro aún. Por mi parte, había llegado al límite de mi capacidad de disimulo. Puede que en cierto modo pensara que el disimulo también era temporal, tan

temporal como los servicios que le prestaba a Julia. Puede que nunca hubiera querido ninguna de las dos cosas. De todos modos, eso ya era irrelevante. Ahora que parecía haber llegado el final de la aventura, y tan deprisa, casi sin esfuerzo, yo estaba dispuesta a reconocer que Charlie casi me había querido, aunque lo que sintiera por mí fuese una mínima fracción de verdad, algo que él solamente podía manejar si lo retenía, si lo apartaba de mi alcance, no fuera a darme por cogerlo y hacerle daño. Me sequé las lágrimas, me levanté y me preparé una taza de té. Quería terminar del modo más agradable posible para que los dos guardáramos un recuerdo decente del otro. Y cuando hubiera terminado (aquí me eché a temblar), llamaría por teléfono a Harry y le pediría que me consiguiera más trabajo, o me iría a servir la merienda con un carrito a un hospital, o me dedicaría al voluntariado. Tenía que haber más cosas que una mujer pudiera hacer, aparte de pensar en el amor y el matrimonio. Las jóvenes de hoy lo saben, por supuesto, o eso parece. Mi generación era menos realista. Ahora tengo la sensación de que me pasé la juventud soñando y que cuando por fin vi cómo era el mundo ya era demasiado tarde.

Estaba a punto de hacer algo importante, algo que nunca había hecho, y sentí que recobraba ligeramente las fuerzas. El orgullo profesional nunca había significado nada para mí: cantar me resultaba tan natural como respirar. Nunca concebí el canto como una proeza, mientras que terminar una aventura amorosa exigía cierta heroicidad. Requería elegancia, y yo dudaba de si sabría estar a la altura de la ocasión. Mi miedo a Julia nacía de mi falta de elegancia. Seguía teniendo a Julia en la cabeza, nunca había dejado de tenerla. Nunca podríamos ser amigas: la idea era insultante, perversa. Conocidas tal vez, conocidas que se van distanciando. Además de despedirme de Charlie tenía que despedirme de ella. Era extraño que de pronto los dos me parecieran indivisibles, como si no pudiera conocer a uno sin que el otro fuera partícipe. Así había sido siempre, pero yo me había negado a verlo y había pagado el precio por negarme. Si fui discreta, si nunca me quejé, fue por vergüenza, además de por cierto sentido de la dignidad. Y en realidad no estaba cualificada para la tarea. Ahora creo que una amante es una especie de prodigio, que esa vocación particular no está al alcance de cualquiera. Las jóvenes saben bandearse, pero son tan

inocentes que ni siquiera pronuncian la palabra, que es escabrosa y anticuada y viene acompañada de ciertas connotaciones: vestiditos negros, uñas pintadas de rojo, perversión. Las jóvenes siempre saben bandearse, y es posible que hagan bien: que sea su prerrogativa. Pero una mujer como yo, convencional, una viuda —cosa que en cierto modo empeora las cosas—, no tiene que meterse en esos líos. Sin embargo, decir adiós a alguien, a quien sea, es tremendo y no se puede hacer a la ligera. Lo irrevocable asusta, y a quien no le asusta es porque algo raro le pasa. La naturaleza nos lanza una advertencia (aunque la naturaleza también nos da cosas que no queremos: el cansancio, las arrugas). Estos son juicios muy duros sobre lo impropio, lo inadecuado. Mi debilidad consistió en buscar consuelo cuando, hablando con propiedad, era imposible encontrarlo.

No estaba del todo preparada para materializar mi gran decisión, y entonces hice algo que llevaba mucho tiempo pensando: llamé a Millie y le pregunté si podía ir a pasar un par de días con ella. Le encantó la idea, y su alegría me emocionó, me hizo imaginar que vendrían días más fáciles, o al menos recordar los días más fáciles del pasado, cuando creía haber alcanzado la plenitud que ahora deseaba. Me alteró un poco ver que no era capaz de decirle a Charlie que me iba; era la primera vez que hacía eso: siempre había estado disponible para hablar con él, recibirlo o servirle un café. Pensé en el teléfono sonando en la casa vacía y sentí la desilusión de no estar allí. No sé por qué me acordé de cuando sonó el teléfono en Gertrude Street y yo no estaba allí para cogerlo porque prefería estar en la calle, al sol. En la excursión que planeaba ahora no había ninguna alegría ni sensación de huida, como sí había ocurrido esa otra vez. No había un verano que me alejaba de mis obligaciones porque ya no tenía obligaciones que abandonar. Me esperaba una tarea complicada: prepararme para una nueva vida, una que a bote pronto me apetecía más bien poco.

Me sentía débil, incapaz de llegar a Paddington, así que pedí un taxi para que me llevara hasta casa de Millie, o al menos hasta Moreton-in-Marsh, donde ella iría a buscarme. Desde el asiento trasero del coche, Londres me asustó como jamás me había asustado cuando iba andando por la calle: tuve la sensación de sumergirme en un mundo de tráfico del que no había escapatoria, donde solo veía fealdad, camiones que pasaban

zumbando, pasos elevados, casas humildes, hoteles de mala muerte, fábricas aparentemente construidas en solares vacíos, y en todas partes ruido, confusión, urgencia. Inglaterra parecía haberse convertido en una gigantesca red de carreteras mientras yo dormía en vez de vivir. Vi pasar Reading por delante de mí en un instante, y luego Oxford, y luego el ruido empezó a disminuir y llegamos al campo. Charlbury, Kingham, Moreton. Le pedí al taxista que me dejara en la puerta de la estación, donde Millie iría a recogerme. Llegué una hora antes de lo previsto. Con las piernas flojas, di un paseo por la agradable calle principal y entré en una cafetería. Me senté a una mesa, al lado de la ventana, y me tomé un estupendo café caliente. Pensé cómo sería vivir allí. No podía existir una vida más reducida que la que yo me había creado, y quizá me sentara bien un cambio, o mejor dicho provocarlo. Las tiendas vendían los mismos productos, los mismos periódicos. Y era un sitio agradable. Los edificios de color claro se miraban desde ambos lados de una calle hecha para los coches de caballos; había un hotel porticado, un par de agencias inmobiliarias y un edificio especialmente bonito que era la sede de un banco. Había tiendas de *souvenirs* para los turistas y bares discretos, con un aire reservado. Nada me impedía vivir allí, cerca de Millie, y sin embargo ya empezaba a sentir el dolor del urbanita desplazado en un ambiente que nunca llegará a resultarle familiar. Nunca me sentiría de aquel lugar, nunca lo aceptaría como mío ni me vería como parte de él. De todos modos era precioso. Cuando volvía a la estación noté la ligereza del aire, una especie de bruma semejante al polvo con un color entre el gris y el rubio, un temblor de hojas que quieren emerger, una liviandad líquida en las nubes, un blanco resplandor refrenado. La primavera era mucho más perceptible que en Londres, donde lo único que cambiaba era la variedad de flores cortadas y donde uno tenía que desviarse adrede para ver los árboles florecidos. La primavera en Londres también resultaba decepcionante: mañanas pálidas que daban paso a días pálidos en los que no ocurría nada y el canto desolado de los pájaros en los largos crepúsculos. En el campo, la primavera me pareció más recia, más cosa de hombres y de cultivos que de mujeres y de chicas con sus fantasías. Observé distraídamente la agradable calle hasta que por fin vi a Millie saludándome con la mano. Le devolví el saludo y corrí a su encuentro lo

más deprisa que mi nuevo estado me permitía, como un polluelo que aprende a volar.

Millie también había envejecido. Ahora tenía arrugas en la piel brillante y el pelo, recogido de cualquier manera con un lazo de terciopelo, salpicado de canas. Lo llevaba igual cuando era joven, cuando las dos éramos jóvenes y delgadas y nos poníamos esos vestidos de algodón de la época, tan monos y entallados. Millie llevaba ahora un anorak verde oliva y una falda de tweed, medias gruesas y zapatos planos. Había tenido unas piernas magníficas que aún seguían siendo bonitas, lo mismo que sus manos, blancas, finas, sin carne fofa. El cuerpo que se apoyaba sobre aquellas piernas bonitas había sido el mayor atractivo de Millie, e incluso ahora que se encorvaba un poco hacia delante yo la seguía viendo como era de joven. Nunca nos peleamos, nunca nos escandalizamos ni molestamos la una a la otra con confesiones inoportunas o acusaciones imprudentes. Cierta intuición nos había empujado a seguir siendo amigas de verdad. Siempre nos habíamos cuidado mutuamente de no ofender el pudor de la otra. Gracias a eso aquel día pudimos saludarnos con una intensa oleada de emoción, sabiendo que ninguna de las dos guardaba malos recuerdos. Cada una veía en la otra, perfectamente conservada, una imagen de su juventud, y con ella toda la sencillez edénica de una vida que es imposible prolongar o repetir. Crecer significa alejarse, y todo el mundo está impaciente por emprender el viaje. Solo a mitad del camino empezamos a mirar atrás, y entonces ya es demasiado tarde.

La casa de Millie era pequeña y oscura y olía a manzanas almacenadas para el invierno. Las ventanas del cuarto de estar alargado daban a la única calle del pueblecito. Me alegró ver que aún conservaba su piano. Cruzamos la cocina a trompicones con mi bolso de viaje y salimos a un jardín que tenía a un lado una casita en miniatura, no más que una habitación sobre otra, en la que Millie alojaba a sus invitados. «Los chicos se quedan aquí con su familia», presumió, aunque a mí me parecía un espacio demasiado pequeño, acostumbrada como estaba a dar vueltas descalza por mi casa, de noche, si el sueño me abandonaba. Me senté en la cama y miré por la ventana el cielo blanco. Hacía más frío y había más silencio, pero no me molestaba demasiado. Más bien estaba desconcertada, a la expectativa. Eso

es lo que vi al mirarme en el espejo plateado del tocador. Una cara cautelosa y pálida, agotada y sin vida, me observaba con un gesto entre aturdido y vigilante, como si acabara de recibir malas noticias.

En la comida, Millie me hizo mil preguntas, pero una especie de respeto, tanto hacia ella como hacia mí, me impidió contarle lo que tantas ganas tenía de confesar. Cuando dijo: «Supongo que echarás mucho menos a Owen», me sobresalté y contesté atropelladamente que no, que eso había sido un error en muchos sentidos: no el hecho de casarme con él, sino el de imaginar que él podría ser feliz con una mujer como yo.

—Soy muy sosa —expliqué con una sonrisa.

—¿Sosa? —dijo Millie con indignación—. La mayor tontería que he oído en la vida. Podrías volver a casarte mañana mismo si quisieras.

—No —me agaché para acariciar a un gatito blanco—. No volveré a casarme.

—Fay. No me hace ninguna gracia que estés sola. Tenías mucho talento, estabas llena de alegría. ¿Cantas alguna vez?

—Nunca —sonreí.

—Pues ahora mismo vas a cantar —afirmó, acercándose al piano, que estaba abierto.

—No puedo —dije, sintiendo un dolor escondido en la garganta.

—Empezaré yo. —Tocó unos compases, tarareó unas notas, empezó a cantar y se detuvo—. ¿Ves? —Tenía la voz más fina y susurrante, como una grabación antigua—. La he perdido. Del todo. Por suerte soy tan feliz con otras cosas que no me preocupa. Todavía puedo seguir una melodía, pero me falta el aire. Además, Donald sigue presumiendo de mí como si estuviera en pleno apogeo. Mi mujer es la música de la casa. Eso dice cuando alguien le pide que toque... Y es un buen pianista, ¿sabes? Y su mujer ya no es capaz de acertar una sola nota. Pero estoy segura de que tú sí puedes, Fay. ¿Por qué no lo intentas? Hazlo por mí.

Así que canté. Canté *Only Make-Believe* y *You Are My Heart's Delight* y *I'll Be Loving You Always* y *Arcady*, ¿cómo no? A veces se me quebraba la voz en un agudo, pero seguía cantando, porque aquellas canciones expresaban mucho mejor que yo el vacío y la nostalgia de mi vida. Cantar me trajo recuerdos, debilitó mi determinación. ¿Por qué acabar con lo que

tenía, por qué borrarlo? ¿Con qué derecho pensaba que ese era el mejor rumbo? Por alguna razón, aquellas canciones me desbordaron. De joven nunca me emocionaron tanto. Entonces las cantaba sin sentir ni el dolor ni la sombra del conocimiento. Ahora, hasta la letra me resultaba insoportable. Pero las canté todas, como si estuviera ofreciendo mi último recital, como si fuera imprescindible completar el programa y luego decir adiós. Seguía teniendo una buena respiración y la voz sonaba bastante bien, incluso para mí, que a esas alturas tenía los ojos llenos de lágrimas.

Millie cerró el piano de golpe.

—Todavía puedes cantar —dijo, pero me miró con tristeza, viendo que me pasaba algo y no se lo contaba—. Ojalá vinieras más a menudo —añadió, llevándome a la cocina con un brazo en mi cintura—. Podría presentarte a muchos hombres agradables. Nunca estarías sola. Y ¿quién sabe? A lo mejor hasta te enamorabas otra vez. Nunca es demasiado tarde.

Negué con la cabeza, sonriendo. Cuando éramos jóvenes nos presentábamos mutuamente a hombres agradables; entonces había muchos. Nunca hubo celos entre nosotras.

Donald vino a cenar. Había venido especialmente por mí, porque tenía que volver a Londres al día siguiente. Era un hombre sencillo y feliz, muy corriente, grandote, satisfecho con su vida y encantador con los demás, aunque todo el mundo quedaba al margen de la estrecha comunión que tenía con Millie. Pasamos la velada muy a gusto. Yo me tomé un par de copas de vino y de golpe me asaltaron el cansancio y las ganas de irme a la cama. A las diez y media Millie dijo:

—¿Quieres que ponga el hervidor al fuego, Fay? —Porque siempre tomábamos una taza de té a última hora.

—Yo lo pongo —me ofrecí, como hacía siempre. Y nos reímos. Donald nos observó con benevolencia mientras tomábamos el té; después los dejé solos, me fui a la cama y me dormí.

Me desperté temprano, demasiado temprano. Sin nada que hacer hasta que los demás amanecieran, asomé la cabeza por la ventana. Seguía habiendo la misma luz blanca, la misma impresión de esplendor refrenado, inmanente. Una mañana brumosa con repentinos intervalos de sol, como si la primavera pudiera estallar de verdad si uno fuera capaz de aguantar la

respiración y no impedírselo. Era atención lo que aparentemente se exigía, una extraña modalidad de cautela. Pero la espera se me hizo de pronto insoportable y, en un arranque, metí la ropa en la bolsa de cualquier manera y decidí que le preguntaría a Donald si podía volver con él a Londres. Tenía tantísimas ganas de estar en casa que casi no pensé en lo grosera que estaba siendo con Millie. Casi, no del todo: sabía que le dolería. Pero me sentía incapaz de recibir ayuda o un gesto de cortesía, incapaz de mantener una conversación normal. Solo quería volver al lugar donde había pasado los seis últimos años, donde —por más que me equivocara— me sentía en casa. Sentirse en casa es un estado de ánimo, no tiene que ver con la posesión.

Me dio vergüenza, pero me dejé llevar. Ahora, cuando miro atrás, siento lo mismo. Le fallé a Millie y me fallé a mí misma: mi libertad había resultado ser una ilusión. Al mismo tiempo, sabía que no era allí donde tenía que estar. No sé si habría tenido la misma sensación de no haberme encontrado mal, triste y tristemente consciente de lo que se acercaba. En cierto modo tenía una desgarradora sensación de desencanto, sin saber exactamente por qué. Buscaba una especie de plenitud que no había encontrado. No parecía existir en la vida corriente, en la vida real, a pesar de que Millie seguía siendo mi amiga más querida, su marido el hombre más bueno del mundo y su hospitalidad la mejor que se pudiera pedir. Quizá yo estuviera enferma de verdad, como al parecer creyó Millie. Al menos aceptó mis excusas, pero se la veía preocupada. Había cantado para ella, a sabiendas de que me faltaba la voz, o quizá lo que me faltaban eran palabras propias. Creía que tenía algo que decir, o más bien que algo se había quedado sin decir, aunque no sabía exactamente qué. La imagen de aquel cielo vacío y blanco permanece conmigo, y la del jardín mudo a sus pies, donde nada se movía. Era consciente de que los días pronto serían más largos y de la necesidad de llenarlos antes de perder definitivamente la poca identidad que me quedaba. Presentía algún peligro, y eso que tengo muy poca imaginación. En el coche fui charlando con Donald con una voz que a mí misma me sonaba muy alta, consciente de mi ansiedad desmedida y de la urgencia por llegar a casa.

Pero cuando llegué a Drayton Gardens todo estaba normal. Metí la llave en la cerradura, entré, deshice la bolsa y me preparé un café. También aquí

la luz me parecía distinta. Mi casa era más oscura que la de Millie, claro, pero yo seguía teniendo una extraña conciencia de esa blancura, de esa ausencia que ya había notado antes. El azafrán de primavera ya había florecido en el parque. Se lo señalé a Donald, muy consciente de que le estaba desviando de su camino, retrasándole, fastidiando. Pero los azafranes hicieron que el rodeo que le estaba obligando a dar resultara menos latoso: fueron mi ofrenda. Hacía una mañana bonita y el sol luchaba por atravesar la niebla: seguiría intentándolo hasta eso de las tres y luego se debilitaría poco a poco. Ese debilitamiento era la parte más característica del día. Ahora, cuando lo recuerdo, la primavera inglesa me parece tristísima. La temo todos los años, a pesar de que ya no puede pasarme nada más. La asocio todavía con cierto pánico, como si los acontecimientos siguieran su propio ritmo, no el mío. Me parece la estación más insensible de todas. No despierta en mí ninguna respuesta: simplemente agacho la cabeza y espero a que termine, espero a que me traiga el verano, que es cuando puedo relajarme un poco.

No tenía nada que hacer, nadie a quien llamar. Estaba tan nerviosa que me faltó muy poco para telefonar a Julia, pero pensándolo bien me pareció una falta de honestidad. En realidad estaba esperando la llamada de Charlie, impaciente por explicarle el motivo de mi ausencia y por decirle que había vuelto para siempre. Tenía tantas ganas que la idea de renunciar a él se me olvidó por completo, o mejor dicho la pospuse. No podía dejarlo sin tener su atención plena, necesitaba su presencia, y más que su presencia necesitaba que se concentrara en mi situación, cosa que dudo que hubiera hecho nunca. Quería oírle decir que me echaba mortalmente de menos cuando me iba; necesitaba que me suplicara, porque eso tampoco lo había hecho nunca, nunca había tenido necesidad de hacerlo. Las quejas de las mujeres sobre sus amantes son en realidad la expresión del deseo de que se las tome en serio y la sospecha de haber pasado a formar parte de las cosas cotidianas, en las que nadie se para demasiado a pensar. El drama turbulento de una mujer que está a punto de poner fin a su relación podría no ser más que el deseo de que la convenzan con la misma solemnidad de que no lo haga. Este deseo muy rara vez se ve satisfecho, y puede que haya que resistirlo a toda costa. Yo necesitaba ver a Charlie con urgencia para

decirle unas cuantas cosas desagradables. Ya no se trataba de hacer lo que quería sino de obedecer a una especie de obligación. Que me escuchase era mi mayor preocupación; en cierto modo, lo que tenía que decirle era menos importante. En realidad casi ni yo lo sabía.

Por eso me frustró que no llamara esa tarde. Cuando calculé que había pasado la hora de llamar, me puse el abrigo y salí a pasear por las calles todavía claras, a mirar los escaparates y a comprar un periódico vespertino. Me quedaban algunas pastillas para dormir de las pocas que me había dejado el médico, y pensé tomarme una para que al día siguiente no hubiera en mi cara la más mínima señal de cansancio. Seguí paseando con la intención de cansarme un poco más, consciente todavía de un temblor en los nervios. Finalmente dormí mal. Lo achaqué a la espera.

No estaba preparada para que Charlie no llamase al día siguiente, viernes. Y más que preocuparme me enfadó, porque seguramente vendría a verme el sábado, y pensé que sería un buen momento para abordar lo que teníamos que discutir. Con la idea de asegurarme de eso, hice algo que había jurado que no volvería a hacer nunca: le llamé a la oficina. Cuando Gaynor, su secretaria, me dijo: «Lo siento, ahora mismo no está aquí. ¿Quiere dejar un recado?», con la mayor naturalidad posible le contesté: «No, gracias», pensando que no había ningún motivo para que ella reconociera mi voz. Me quedé un momento oyendo el zumbido del teléfono y después colgué con mucho cuidado. Otra pastilla para dormir me ayudaría a llegar hasta el sábado, pero decidí no pronunciar mi gran discurso hasta que hubiéramos restablecido cierta continuidad en nuestra relación. De repente me fallaron las fuerzas, y como les ocurre a tantas personas cuando están a punto de comprometerse, lo único que quería era no hacerlo. Tenía la sensación de que el tiempo quedaba en suspenso hasta que Charlie apareciera. Renuncié a la idea de procurar distraerme y me rendí a la tarea de esperarlo. Era algo que había aprendido a hacer muy bien.

Cuando lo miro desde mi perspectiva actual, siento lástima y malestar. Lo que sienten por sus orígenes humildes algunos personajes que han triunfado a base de esfuerzo es lo que yo siento por esos años prósperos y secretos de mi madurez. Me niego a culpar a nadie: la culpa es solo mía. Si algo he ganado con eso no alcanzo a ver cómo ha sido. La opinión de mis

amigos (porque ahora los tengo) y de las mujeres del voluntariado es que soy muy compasiva: me niego a creerlo. No siento compasión por las mujeres que se ponen en ridículo, que presumen de sus proezas sexuales y preguntan a las demás por las suyas. El sexo es ahora para mí un libro tan cerrado a cal y canto que creo que me toman por una viuda fiel. «Es una pena —le oí decir a una señora cuando hablaba con otra—. Seguro que podría haber vuelto a casarse, pero parece que no tiene ganas.» Acepto todo esto como parte de mi castigo, porque es justo que pague un precio. Por no haber recibido suficiente amor, quizá. Por saberlo. Pero ¿cómo se cierra la puerta a los sentimientos, cuando todavía se está a tiempo de emplearlos? Ahora puedo, claro que sí, pero entonces me era sinceramente imposible. Y aunque ahora miro atrás con pena, lo cierto es que no tuve reparos, no tuve escrúpulos. Me comporté, creo, con naturalidad, y para engañar a la naturaleza hace falta un carácter más fuerte que el mío. Nunca pretendí ser nada especial.

Cuando sonó el teléfono di un respingo en la butaca, con una sensación de alarma y perplejidad: ¿cómo iba a actuar con naturalidad en ese estado de alteración? Me llevé un chasco al oír una voz de mujer y me puse una mano sobre el corazón desbocado.

—¿Fay? ¿Eres tú, Fay? Soy Pearl, Pearl Chesney.

—Hola, Pearl —contesté, sin alterarme—. ¿Cómo estás?

—No del todo mal, querida. Terminando de embalar las últimas cosillas. ¿Y tú?

—Yo bien.

—Siento llamarte así, pero es que no sé si has estado en contacto con Julia.

—Pues no. He estado unos días fuera. —Como de costumbre, alargaba mis ausencias el tiempo que se consideraba conveniente.

—Entonces no te has enterado de la noticia.

—¿Qué noticia?

—Charlie. Le ha dado un infarto. El miércoles por la mañana, en la oficina. Tuvieron que pedir una ambulancia. Consiguieron llevarlo a la clínica de Harley Street.

—Entiendo —dije, con los labios entumecidos.

—¿Sabes dónde está? Supongo que querrás escaparte a verlo, ¿no?

Que empleara el verbo «escapar» me indicó que Pearl Chesney lo sabía, que siempre había sabido exactamente qué estaba pasando. Era una buena mujer, incapaz de juzgar y quizá con demasiada experiencia para escandalizarse. El hecho de saberlo la ponía seguramente en una situación delicada. Puede que incluso tuviera algo que ver en su decisión de marcharse. O no, que también podía ser el caso. En ese momento no me importaba nadie que no fuese Charlie.

—¿Está muy mal? —dije.

—No está bien —respondió con inquietud, suspirando.

—¿Cuándo va Julia al hospital? —pregunté, porque ya sobraban los disimulos.

—Bueno, estuvo el miércoles, pero dice que no tiene sentido que vaya porque él no la reconoce. Dice que está esperando a que vuelva en sí. Dice que tiene toda la esperanza. He estado haciéndole compañía estos días. —Hizo una pausa—. Creo que dijo que iba mañana.

—¿Dices que no la reconoce?

—Bueno, sí, pero los médicos tienen muchas esperanzas. Es increíble lo que son capaces de hacer hoy en día, ¿verdad? Espero que llames a Julia. Necesita mucho apoyo en este momento.

—¿Cómo está?

—Es muy valiente. Siempre ha sido valiente, mucho, la verdad. No le puedo fallar a Charlie. Eso dice. Me tendrá a su lado cuando esté en condiciones de verme. Siempre estaré a su lado. Las enfermeras la adoran. Pero, claro, es que Julia sabe cómo hablarle a la gente.

—Sí. Muchísimas gracias por avisarme, Pearl. Ya hablaremos.

—O nos veremos en casa de Julia —dijo, porque le parecía inconcebible que yo no estuviera con ella. Pero yo sabía que Charlie se iba a morir, lo sabía desde que vi el mensaje en el cielo blanco; lo había sentido en el temblor de los nervios. Tan grande era mi certeza que me parecía inútil pedir más noticias. Sin ánimo, llamé a la clínica de Harley Street, donde se negaron a darme información. «¿Es usted de la familia?», me preguntaron. «Soy una amiga», contesté, y colgué el auricular antes de darles tiempo a decir que estaba tranquilo y descansando.

Doce

«Claro que antiguamente era distinto —dijo Julia—. Cuando tenía servicio. Entonces podía pedir que me trajeran una bandeja.» Una lágrima opaca, como una perla muy pequeña, resbaló por su mejilla sin dejar ningún rastro visible.

Estábamos en su dormitorio azul marino, Julia en la cama, con una bata de raso azul marino adornada con encajes color crema. Tenía el pelo más tieso de lo habitual y la mirada un poco asustada. Estas eran las únicas señales de su pena, que vivía como una enorme molestia. Había hablado más de la pérdida de su antigua cocinera y su criada que de la muerte de su marido. Al menos no habíamos tenido que soportar desahogos atormentados, aunque la decisión de no levantarse era un poco preocupante. No sé si ella sabría qué sentía, aparte de impotencia. Sus emociones estaban tan lejos de la superficie, tan enterradas, que no le ofrecían ninguna información. Esto le daba una dignidad innegable, porque Julia jamás perdía la compostura o, más exactamente, el dominio. Había también algo que impresionaba en la amplitud de los hombros y los brazos blancos expuestos a sus visitas: la carne parecía fría, protegida en su mármol fresco de sofocos inoportunos, atemporal, perfecta a su manera, extraordinaria desde cualquier punto de vista. Me asustó la intimidad que insinuaba veladamente, aunque para Julia era lo más natural aparecer en público de esa manera, como si recibiera a su audiencia en el camerino. A mí no me apetecía verla así, pero ella por lo visto ya se había arreglado para pasar el día en la cama grande con cabecero de mimbre, y se quedaría allí hasta que la última persona, hombre o mujer, que fuera a darle el pésame se hubiera marchado. Los restos de un desayuno —un plato pegajoso y una taza con su platito— seguían en una de las mesillas. Eran las once de la mañana y nadie había tenido tiempo de retirarlos, de ahí el lamento por el servicio

doméstico. Hacía mucho calor en el dormitorio: en la ventana, un diminuto avión plateado formaba un punto de luz en el cielo despejado y azul. Pearl Chesney y Maureen estaban sentadas a ambos lados de la cama, procurando no soltar la mano de Julia. No había ninguna razón para hacer eso, porque Julia parecía muy tranquila. Pero estaba quejumbrosa y no paraba de dirigir la vista hacia la ventana, bajando los párpados de vez en cuando. Yo me había quedado a los pies de la cama, obligándome a mirarla.

Lo que yo sentía era tan imperceptible como el dolor de Julia. Mientras ella se lamentaba, indefensa, yo solo era consciente de un desorden inmenso, del caos de mis pensamientos, dominados por retazos de canciones populares y residuos de sueños horribles. La noche anterior había soñado que volvía a casa y lo encontraba todo inundado: los libros empapados y flotando en charcos de agua, los azulejos desprendidos de las paredes y hechos añicos en baños y lavabos, las estanterías dobladas y torcidas. Un equipo de hombres impasibles, que habían llegado antes que yo —incluso puede que hubieran estado allí siempre— inspeccionaba las paredes hinchadas y descoloridas. Yo me había ausentado misteriosamente y a mi vuelta el daño ya era irreparable. Harían falta meses para reconstruir y decorar, pero los hombres, que actuaban con creciente indiferencia, ni siquiera podían darme una fecha para empezar el trabajo, como si no se decidieran o no quisieran aceptarlo. Al principio yo no reconocía las habitaciones afectadas como parte de mi casa de Drayton Gardens, y eso me tranquilizó un poco, hasta que vi que era la casa de mis padres en Camberwell Grove la que había sufrido el asalto, la invasión de las aguas extrañas. Al darme cuenta sentí una tristeza inconmensurable. Me desperté presa del pánico y vi que solo había pasado una hora desde que apagué la luz. Tenía por delante toda la noche, y aunque después dormí con voracidad, ninguno de mis sueños se libró de su secuencia de imágenes extrañas y disruptivas.

Cuando estaba despierta casi no sabía pensar o sentir. Lo único que tenía claro era mi obligación de mostrarle respeto a Julia, porque su pérdida era más grande que la mía, no solo a ojos de cualquiera que estuviese al corriente de la historia sino incluso a los míos. No hay ninguna actitud honrosa para la amante que ha perdido a su amado, aunque tiene la ventaja

de librarse de los que acuden a consolar a la viuda. Lo mejor que puede hacer, o si no lo mejor, sí lo más conveniente, es mezclarse con los que van a consolar, a sabiendas de la hipocresía implícita, y encontrar cierta calma en la alienación brutal de sus sentimientos. La rabia es preferible a la pena, sobre todo cuando no hay posibilidad de expiación. Ver a Julia varada en su enorme cama me hizo agradecer profundamente que mi paso por su vida hubiera sido de tan poco interés para ella. Infidelidad parecía ahora una palabra demasiado pomposa para designar el comportamiento de Charlie: distracción parecía más exacta. Charlie había sido discreto, hábil. El caso es que sus sentimientos habían muerto con él: no quedaba ninguna prueba, al margen de los estribillos que yo no podía dejar de repetir en la cabeza. *Just A-Wearying for You*, una canción de una nostalgia atroz que siempre me había emocionado, estallaba ahora en todos mis pensamientos con tanta fuerza que casi me obligaba a volver la cabeza para escucharla. Esto me daba un aire distraído y me impedía pronunciar las consabidas palabras de pésame y ánimo.

—Estás muy callada —observó Julia, examinándome con los párpados entornados.

—Perdona, Julia. Es que no sé qué decir.

Eso no era ni más ni menos que la verdad, pero sonaba brusco. Sentía un cansancio tremendo, agravado al ver a Julia en la cama. Pensé que Julia era mayor, a pesar de su aire atemporal, y que lo que había empezado siendo una elección ahora sería una necesidad. Dudé que pudiera volver a salir de casa. Maureen se quedaría con ella, claro, y por lo visto ya nadie hablaba de que Pearl Chesney se fuera a ir de Londres. Las dos actuaban como plañideras oficiales, emocionadas y dispuestas a pronunciar las frases inútiles que se suelen decir en esas ocasiones. Julia y yo éramos las únicas que teníamos los ojos secos.

—La siguiente seré yo —dijo Julia—. No te imaginas las ganas que tengo.

—Mientras llega el momento —contesté—, espero sinceramente que te propongas salir de esa cama.

—Puede que sí. Aunque por otro lado puede que no.

—Vamos, Julia. Levántate, date un baño, vístete, come algo. He traído comida suficiente para un par de días. Todo ha terminado, Julia, ya no puedes hacer nada. Intenta retomar tu vida. Al fin y al cabo —añadí con brusquedad, odiándome en el acto—, no querías que siguiera viviendo inválido. Esto es más decente.

Volvió la cabeza hacia mí, despacio, como si se enfrentara a un público de segunda, de la función matinal, quizá.

—Si no tienes nada mejor que decir o hacer, podrías cambiarme esos libros —dijo. Enmarcaba así la mayoría de sus peticiones. «Podrías tirar esas flores.» «Podrías cerrar las cortinas.» «Podrías llenarme el vaso.»

—Sí, los cambiaré. Pero si quieres comer algo tendrás que levantarte. Y si bebes en vez de comer, vas a empeorar de la artritis. No te estoy sermoneando. Te estoy diciendo la verdad. Si te quedas en la cama, pronto no podrás moverte. Y, tú misma acabas de decirlo, ya no tienes servicio que te atienda. —Por el contrario, si se levantaba podría arreglarse con Maureen y la señora Chesney, que, yo no lo dudaba, la acompañarían hasta el último momento.

Mi temor era que se declarara incapaz de moverse. Ese era mi único temor. Julia había dejado de aterrorizarme. Me inspiraba lástima y repugnancia: había ensombrecido mi vida y ahora la víctima era ella. No le di el pésame como es debido, porque de repente los veía a los dos, a Julia y a Charlie, como un par de saqueadores, ricos y ociosos, con una experiencia que yo jamás podría tener. Y es posible que el más culpable de los dos fuera Charlie. Era unos años más joven que Julia y seguro que había tenido sus líos discretos, entre los que yo había sido simplemente uno más. Ahora cuestionaba el valor de sus sentimientos, me parecían menos importantes que su discreción, de la que estaba convencida. Hasta se me ocurrió que quizá pensaba en mí en términos tan despectivos como los que tenía costumbre usar Julia, pero me quité esa idea de la cabeza. Había habido sentimientos entre nosotros, aunque ya no quedase ni rastro. Tendría que vivir con esa ausencia mientras lo recordara. Charlie había desaparecido, con su bonita sonrisa y su aire relajado. Ese aire que yo había confundido con una declaración de intenciones.

Pero a pesar de la rabia y la impotencia que sentí entonces tenía la certeza (¿o era la esperanza?) de que mis sentimientos no estaban afectados. Prefería analizarlos más adelante, a solas; mientras estuviera acompañada ni siquiera quería tenerlos en cuenta. Era consciente de que no resistirían la luz del día. Lo que quería más que nada en el mundo en aquel momento era salir del dormitorio de Julia. En realidad quería no tener que volver a mirarla a la cara nunca más, pero sabía que era imposible y que tendría que armarme de valor para lidiar con ella y actuar con ecuanimidad y eficacia, sin culpas ni favores inmerecidos. Una vez más me veía atrapada en una situación demasiado difícil para mí. A falta de consuelo quería estar sola, aunque solo fuese para escuchar las canciones que no paraban de sonar en mi cabeza.

Creo que pensaba sinceramente que Julia era una mujer horrible, en el mejor de los casos agotadora: entonces, ¿dónde estaba el problema? ¿Qué hacía yo, en un momento como aquel, planeando comprar espárragos y arándanos fuera de temporada para tentar el apetito de Julia? ¿Cuál era el origen de esa autoridad tan peculiar que ejercía sobre mí, casi sin necesidad de hacer ningún esfuerzo? ¿Por qué conseguía que todo el mundo se sintiera responsable, no solo yo, también Maureen y la señora Chesney, que casi habían abandonado los planes que pudieran tener en la vida por atender a Julia? ¿Por qué era imposible estar en su presencia sin ofrecerle su cuota completa de elogios, como si fuera un objeto de culto religioso? ¿Por qué ella, que no hacía nada por nadie, inspiraba tanta entrega mientras que personas más humildes, más torpes, como yo, parecían condenadas a vivir sin eso?

Yo no envidiaba su poder, nunca lo había envidiado: de hecho me parecía monstruoso, sobre todo considerando que su inteligencia era de lo más anodina. Era su personaje lo que tenía una fuerza arrolladora. Julia seguía siendo el centro de una trama de intriga absurda y chismorreos groseros, pero si alguien dejaba de prestar atención un solo instante ella adivinaba el motivo. Había sido una gran pérdida para el mundo del teatro, eso era incuestionable. Sus pausas, su ironía, su frialdad le daban una autoridad rotunda, mientras que sus inflexiones de voz introducían en sus diálogos una nota difamatoria de la que ella no parecía consciente. Pero por

encima de todo —y creo sinceramente que no tenía corazón— Julia era un ser solitario, demasiado hermosa e incapaz de seguir las costumbres de este mundo vulgar. De ahí sus ganas de repartir culpas y poner en duda todo, incluso las buenas intenciones, como si no fuera capaz de distinguir el bien del mal y hubiera llegado así a la conclusión de que no había nada bueno en ninguna parte. Era un trofeo para cualquier hombre, aunque a la larga resultaba agotadora porque hasta en las circunstancias más rutinarias seguía siendo un objeto de culto y exigiendo veneración constante. Julia tenía una fortaleza fuera de lo común: nunca se resfriaba, nunca se cansaba más de lo normal, y sin embargo hablaba de sus costumbres y sus funciones con un lenguaje infantil, como si siguiera al cuidado de su niñera. Nunca la vi borracha, aunque la oí eructar muchas veces. «Mejor así», decía, con evidente placer. Contaba anécdotas de ocasiones en que le habían entrado unas ganas tremendas de ir al baño en sitios caros o exóticos, y ni una sola vez se advertía en su voz vergüenza o confusión. Más bien le entusiasaban como a una colegiala los dilemas que normalmente solo son propios de colegialas, pero que Julia consideró normales a lo largo de su vida adulta. El estreñimiento era un tema de conversación muy habitual, seguido de las ventosidades. Por lo visto sentía cierto cariño por las dos cosas, tomaba ingentes cantidades de medicamentos, con whisky para tragarlos, no sabía lo que era un dolor de cabeza y casi no le afectaban el calor y el frío, aunque aseguraba padecer de todo lo demás. «Ni lo nombres —decía—. A mí me tiene martirizada. El dolor no me ha dejado dormir en toda la noche.» No soportaba que nadie reclamara la exclusiva. Una vez la oí regañar a Maureen, que se había hecho una buena torcedura de tobillo. «Si supieras lo que me duelen a mí las manos dejarías de quejarte de tu tobillo. Además, te ha pasado por pura torpeza.»

Yo me debatía entre la lucidez y la confusión, consciente de que eran muchas las cosas de las que no podía darme por enterada. No había ido al entierro de Charlie, que se celebró en Hampshire, donde vivía su hermana. No sabía que tuviera una hermana. «Catherine y yo nunca nos hemos llevado bien», dijo Julia, como si eso lo explicara todo. A continuación se celebró un funeral, y a eso tampoco fui. Era consciente de lo complicados que son los afectos humanos, como si después de la infancia nada pudiera

considerarse puro. No había en mí ningún sentimiento de culpa, pero tampoco había compasión. Por el bien de las dos, eso me parecía, era mejor que guardáramos discretamente nuestros sentimientos, nuestros sufrimientos. Yo no quería saber cómo era el dolor de Julia, porque era dolor lo que ella afirmaba sentir, y seguramente decía la verdad. Era evidente que las manos le estaban dando problemas, y esa parecía ser su principal preocupación. Todos estábamos acostumbrados a eso, pero por una vez vi que Julia tomaba conciencia de la situación. Acostada con su bata de cortesana parecía satisfecha de estar interpretando bien su papel, aunque de vez en cuando volvía los ojos grandes hacia la ventana, con la mirada perdida. Yo asentí, casi con tristeza, al detectar cierto estado de aflicción. Supongo que también yo me encontraba en ese estado. La diferencia era que yo podía salir a pasear al sol y era libre. Esa libertad me horrorizaba, pero sabía que era mía. Charlie, con su muerte, había eliminado un obstáculo. Podía irme de viaje, hacer un crucero, dar la vuelta al mundo en barco. Todo eso me horrorizaba, pero era cierto. Era una mujer rica, sin nadie a mi cargo. Mi única responsabilidad era Vinnie.

¡Porque Vinnie seguía viva! Tenía ochenta y ocho años y estaba casi inconsciente: no hablaba, apenas comía y nunca se levantaba de la cama. Tuve que contratar a una persona todo el día, a pesar de que Sandra seguía pasando las noches con ella. Por suerte eran noches tranquilas; en realidad apenas había diferencia entre el sueño y la vigilia. Cuando iba a verla, Vinnie abría los ojillos opacos y me miraba con un gesto acusador. Por lo visto yo tenía la culpa de algo. Tenía la culpa de todo: de la muerte de Owen y de su decrepitud. Todo esto estaba muy lejos de mis pensamientos y al mismo tiempo no me dejaba en paz. Mis visitas no alegraban a Vinnie, pero cuando no iba se alteraba. «Ayer la echó de menos —me decía la señora Arnold, la mujer que cuidada de ella—. Pensamos que le había pasado algo.» A mí me daba pánico que la señora Arnold me dejara plantada, así que seguía yendo con mi cesta llena de comida, cosa que ella me agradecía mucho. Era una mujer de cierta edad, con una cadera rota que no le habían arreglado bien, y le gustaba pasarse el día sentada, leyendo o escuchando la radio. Se movía dando unos bandazos que dolían solo de verlos. A pesar de todo tenía que trabajar, porque su marido, que era unos

años mayor que ella, ya se había jubilado. Yo le pagaba bien. Ella me sonreía con amabilidad, suspiraba al final del día, recogía su labor de punto y se iba de mala gana. Su trabajo era engorroso y cansado, porque aunque Vinnie pesaba ya tan poco como una muñeca, a la señora Arnold le costaba levantarla. Yo tenía la sensación de que Vinnie estaba un poco sucia, como siempre. Pensé que estaría mejor en su cama, a pesar de esa higiene dudosa, que en una residencia, aunque ese día terminaría por llegar. Afortunadamente había dinero para atenderla hasta el último momento.

Se me ocurrió pensar hasta qué punto las buenas acciones compensaban la falta de auténtica virtud. Yo siempre había querido ser buena y resultó que tenía muchos defectos. Julia, siendo imposible, en cierto modo nunca se había visto en una situación comprometida. Casi me apetecía invertir los papeles. A lo largo de toda mi —¿cómo llamarlo?, ¿relación, aventura?— con Charlie, yo había sido consciente de que me encontraba en una posición falsa, y aun así el giro inesperado de los acontecimientos me pareció estimulante, divertido. Las mujeres sentimos esa peligrosa sensación de diversión cuando se acerca un amante: facilita el camino hacia una emoción que no tiene nada de divertida, que en realidad es melancólica, incierta y casi siempre incómoda. Periódicamente una intenta cancelarlo todo, pasar página, recuperar un mínimo de buena conciencia, aunque la inocencia ya nunca esté al alcance. A lo máximo que se puede aspirar es a ser respetable: y no hay mujer más respetable que la que ha vuelto a descubrir la virtud. Con ese espíritu, y profundamente agotada, traté de enmendarme. Me alejé de mis sentimientos casi con rabia, consciente de que, cuando me quedara sola, una especie de nostalgia se apoderaría de mí, la nostalgia de esa presencia que de una manera tan intermitente había sido mía, de ahí que la hubiera magnificado tanto. A veces pensaba que los hombres y las mujeres que vivían juntos disfrutaban de menos intimidad de la que yo conseguía a escondidas; la pura monotonía de la conversación de Julia, su maldad, esas referencias regresivas a las funciones corporales yo las había tomado por una prueba de aburrimiento. Ahora ya no estaba segura, y la revelación no me gustó. Me fastidiaba ver los accesorios de aquel dormitorio en el que era posible llevar una vida normal, fumar cigarrillos, comentar los incidentes del día, coger o dejar libros, tomar pastillas, alimentar especulaciones

inútiles y finalmente apagar la luz. Sin prisa, sin compulsión. La prisa y la compulsión eran las que volvían culpable a una mujer, no menos —incluso más— que a un hombre.

En ese intento de reconstruir mi vida en ruinas me obligué a mirar alrededor. Había, por decirlo suavemente, gente menos afortunada que yo. Aunque estaba segura de que Charlie se había cuidado de hacer testamento y de dejar un seguro de vida, dudaba de la capacidad de Julia para gestionar nada. La tarea recaería sobre Maureen, porque Julia se declararía incapaz de inmediato —ya lo había hecho—, y la pobre Pearl Chesney podría irse por fin a su pisito de Surrey, en Kingston, si no me equivoco, aunque la idea ya no le hacía ilusión. La postración de Julia le había brindado la oportunidad de recuperar su antigua influencia: tenía un aire más resuelto, como quien desempeña un trabajo remunerado, mientras se secaba las lágrimas fáciles de las mejillas bronceadas, se afanaba por servir vasos de agua, ofrecía a Julia un negligé recargadísimo, lo dejaba con reverencia a los pies de la cama y hasta ahuecaba las almohadas. Se me hacía raro que con tantas atenciones como se desplegaban nadie hubiera podido retirar la taza y el plato sucios, con sus restos de mermelada, que ahora se estaba utilizando como cenicero. Cierta grado de incertidumbre era uno de los principios de la organización doméstica de Julia: no saber por dónde empezar o cómo terminar, de tal suerte que una intención siempre colisionaba con la otra. Yo estaba allí una tarde en la que discutieron si preparar una taza de té y al final no llegaron a hacerlo.

—Ya no vale la pena —dijo Julia—. También podemos tomar una copa. Ah, que tú no bebes, ¿verdad? Bueno, si hubieras llegado antes podríamos haber tomado un té juntas. Me apetece mucho una taza de té. Da igual, otra vez será.

—No hay ningún problema —dijo Maureen, apareciendo en el pasillo con un paño de cocina en la mano—. No me cuesta nada preparar una taza de té si Fay quiere.

—No, Maureen, ven a sentarte. Ya has hecho bastante —insistió Julia—. Además, ya es demasiado tarde.

Y a esto le siguió el lamento habitual por la falta de servicio doméstico, la afirmación de que ya no valía para nada y la protesta por los cambios del

mundo. Todo eso era predecible. La comida parecía un bien especialmente incierto por la incompetencia extrema con que se dirigía aquella casa. Era frecuente hablar de comida o recordar comidas pasadas como un sucedáneo parcial de la comida en sí. «La verdad es que no tengo hambre —decía Julia—. ¿No hay sobras?». Porque se comía sin ningún reparo la carne preparada varios días antes, unas sardinas congeladas, un budín de arroz frío o un trozo de queso verduoso, y nada de esto le afectaba en absoluto. «Si hay algo que no soporto es desperdiciar», decía. Tenía la digestión de hierro de una adolescente en un internado, mientras que yo me ponía mala con solo ver esa comida. «Se dicen muchas tonterías sobre la cocina —decía—. Yo la verdad es que no la saboreo.»

Esta incompetencia y esta inutilidad se debían principalmente al carácter de Maureen, la misteriosa acólita de aspecto intemporal que veinte años antes había ido a entrevistar a Julia para el periódico local y se había quedado con ella para siempre. La devoción de Maureen no se había agotado, si acaso incluso había crecido en un sentido general. Si antes vivía exclusivamente concentrada en Julia, su buena voluntad ahora abarcaba todo el universo: era incansable en sus servicios a la iglesia, aunque seguía estando poco claro qué hacía exactamente allí, quizá porque nadie se molestaba en preguntárselo. Se presentaba puntualmente en San Lucas dos veces al día, una vez para el culto y otra para participar en el acalorado debate sobre los asuntos parroquiales, entre los que figuraba la revista y otra cosa que Maureen llamaba «los turnos». En mi opinión, dejar a Maureen a cargo de algo era buscarse complicaciones, pero como les ocurre a algunos cristianos ella consideraba su atolondramiento un don de Dios, se reía sin perder la paciencia ante un imposible montón de papeles que otra persona tendría que haber revisado y bruñía todavía más la sonrisa fácil y bastante chiflada con que obsequiaba al mundo entero.

—¡Oye! —dijo Julia—. Esa historia de amor que tienes tú con Dios... —Para decir esto adoptó la inequívoca pose de la inglesa que señala las tonterías sin tapujos: creo que incluso se inclinó hacia delante y se agarró las rodillas con las manos—. Me parece muy bien, cariño, pero ¿de qué te sirve? Ya sabes que yo siempre he sido religiosa —(Puede que fuera cierto, aunque uno se inclinaba a no creerlo.)—, pero siempre he buscado a Dios

fuera de la iglesia. En la naturaleza —explicó, trazando con las manos una curva poética—. Tú en cambio te encierras en ese edificio espantoso, con esa gente espantosa y dejas que la vida pase de largo. Porque ya no eres una niña. —Maureen tendría alrededor de cuarenta y cinco años; cuando apareció por primera vez era una reportera novata—. Si dejaras que Bobby te hiciera algo en el pelo, al menos estarías más presentable. Tal como vas no tienes ninguna posibilidad de conocer a nadie. Supongo que no tiene nada de malo, pero recuerda, Maureen, que Dios está fuera además de dentro. En el sol —añadió vagamente—. En los árboles. Mira —subió el tono—. Mira a tu alrededor. Eso es lo que yo he hecho siempre. Y no creo que nadie pueda decir que he sido una mala persona —señaló, con una sonrisa encantadora—. Desde luego nadie lo ha dicho. —«Seguro que delante de ti, no», pensé. Nadie se atrevería.

Yo sufría por Maureen, a pesar de que no conseguía que me cayese bien. En pleno apogeo de la mediana edad aún parecía una niña, desarreglada, torpe, conmovedora y desquiciante. La impresión general de palidez que irradiaba se acentuaba con aquella sonrisa servil y la costumbre de subirse las gafas cuando le resbalaban por la nariz. Tenía unos dientes bonitos y unos rasgos anodinos rematados por una permanente mal hecha: el pelo, demasiado abundante, se juntaba con las gafas, y a veces se le metía por debajo. Llevaba chándales de color rosa y azul bebé, con zapatillas de deporte y calcetines blancos. Debajo de aquella ropa se escondía un cuerpo sano y sin exigencias, porque Maureen era esencialmente virginal. Se parecía a esos mártires de la Antigüedad que abrazaban su destino en el Coliseo con alegría, sin probar jamás la alternativa. El destino de Maureen era Julia, y sus sonrisas se volvían aún más radiantes, su risa más potente cuando menos razonable se mostraba Julia. Se fortaleció en mí la sospecha de que Maureen pensaba que Julia era su cruz, y se la ofrecía personalmente al Todopoderoso cada vez que recibía un reproche o se rompían platos por su culpa. También se me ocurrió que a Julia no le haría gracia verse usurpada de ese modo, pero no tenía la más remota idea de que ese fuera el caso, porque lo que Maureen pudiera sentir le traía completamente sin cuidado. Determinados actos necesitan una justificación en este valle de lágrimas: Maureen había perfeccionado una euforia que la volvía inmune a

las indirectas de Julia y disculpaba la curiosa acusación de parasitismo que se le hacía.

Mi incomodidad con Maureen venía de la sospecha de que era muy excitable, y si no buscaba a Dios en la naturaleza era porque tenía una relación con la naturaleza más bien furtiva y a veces abrumadora, lo que le provocaba dolores de cabeza y fuertes sofocos que la dejaban todavía más pálida, más llena de alborozo y más devota que nunca. El consejo de Julia era cruel, aunque no intencionadamente. En realidad, a Maureen la atormentaba la naturaleza, o, mejor dicho, la Naturaleza con mayúsculas, y su instinto siempre estaba en guardia. Tendría que haberse casado joven y pasarse cuatro años teniendo hijos. Por no hacerlo, su fecundidad había perdido su carácter original y ahora se manifestaba como histeria. Por aquel entonces la risa de Maureen era casi constante, mientras tiraba y rompía cosas, o también mientras elogiaba y mimaba a Julia. Julia la consideraba boba, pero creo que en realidad no comprendía la tragedia de Maureen, forzada a conformarse con aquel simulacro de vida cuando en verdad tenía las cualidades de la madre tierra. Yo la había visto, con lástima y horror, exclamar de alegría por alguna cosilla de comer que les llevaba, había observado el placer con que cerraba los dientes y se llevaba el bocado a la garganta rendida. La clave de Maureen era su hambre voraz y la afectación con que intentaba disimularla.

Maureen nunca se preocupó por mí, pero su amor por la humanidad era tan universal que no sé si ella se daba cuenta. Las pasiones normales y puede que más limitadas se subsumían en su buena voluntad, indiscriminada y gigantesca. Yo me preguntaba si Maureen seguiría siendo capaz de saber si alguien le gustaba o no le gustaba: aceptaba a todo el mundo por principios. Aunque este sea un rasgo admirable, qué duda cabe, a mí me deprimía y me cohibía, porque excluía la verdad; era imposible evaluar la personalidad o el estado de ánimo de Maureen, porque con aquella risa defensiva se protegía de cualquier crítica. De todos modos, un par de veces vi que me estaba observando y, al devolverle la mirada, cambió inmediatamente de expresión, como si le diera vergüenza. No supe si la vergüenza era por mí o por lo que estuviera pensando. Parecía sexualmente nula, pues estaba visto que no dedicaba ni un segundo a pensar

en su pelo o su ropa, pero yo tenía la sensación de que sufría muchísimo para dominar la energía que no utilizaba y que cuando estaba a solas en su habitación ejecutaba un montón de ejercicios espirituales antes de entregarse a la soledad de la noche venidera. Yo no soportaba verla vivir la vida que se había construido, pero es cierto que Maureen era una mujer inocente, bien dispuesta y sin duda generosa. Sus buenas cualidades se veían cuestionadas de inmediato por el hecho de que, a pesar de su buena voluntad, su ayuda casi siempre resultaba inútil. Esta torpeza moral era un rasgo tan imposible de erradicar como la falta de oído o el daltonismo.

A mí me asombraba que Julia consintiera en confiar en los cuidados de Maureen, hasta que pensé que sus días eran tan largos y triviales que enzarzarse en acaloradas discusiones sobre la conveniencia de preparar o no una taza de té habían llegado a parecerle lo más normal, e incluso puede que respondieran a algún rasgo sinceramente innato en la personalidad de Julia. Como una mezcla entre el convento y el tocador, para mí el ambiente de Onslow Square estaba excesivamente cargado de compañía femenina. Si hubieran sido hombres, Maureen habría sido el fámulo de Julia. Pero lo que siempre me había coartado era verlas tan contentas en su exclusiva compañía femenina. Pearl Chesney, creo, sentía el mismo reparo que yo, y por eso en realidad no era miembro del clan. Yo era una renegada, claro, no tenía otra opción. Lo que yo quería y apreciaba era la tranquilidad del cariño de un hombre, su indulgencia, su compañía. Había conocido eso de niña, e incluso a lo largo de mi breve carrera cuando los chicos de la orquesta me cuidaban como a una hermana pequeña. En la vida adulta, por desgracia, ese afecto había sido irregular, limitado, obtenido en situaciones impredecibles. Aun así, para mí era el mayor premio, mucho más grande que la intimidad de las mujeres. Puede que esto sea una señal de mi inferioridad. Para Julia, principalmente para ella, aunque creo que también para Maureen, la compañía femenina era ley de vida, y solamente se abandonaba por estupidez. Julia citaba mucho a su primer marido, Hodge, como ejemplo de esta deserción. «No tendría que haberme separado de mamá nunca», decía, en un tono que a mí me sonaba a pura inocencia. Los amantes no contaban a la hora de juzgar la fidelidad de Julia con su familia. De hecho, tanto para la madre como para la hija tener un amante era una

maldad permitida. «Me temo que he sido muy mala —decía Julia cuando hablaba de sus diversos amantes—. Pero es que era un hombre muy guapo.»

Estas conversaciones se habían tenido en presencia de Charlie, aunque sus días de picaflor ya habían terminado cuando lo conoció y se casó con él. Mi impresión era que Julia no echaba de menos a sus amantes, sino que les otorgaba exactamente la misma consideración que a sus diversos papeles teatrales, los observaba con distancia y una actitud semiprofesional. No me cabe la menor duda de que se lo habría contado todo a quien quisiera escribir su biografía, si ese alguien se hubiera presentado. Y es que la esencia de Julia era una conciencia libre de cargas, una conciencia tan impía que una mala acción, censurable en otros, en ella siempre tenía excusa. Esto le daba un toque de infantilismo que combinado con la autoridad de su belleza la convertía en una mujer enigmática e irresistible para los hombres. Pero yo no sabía si en la vida diaria Julia era una buena compañera. En mi opinión, el exceso de caprichos empaña el cariño. Para Charlie, yo me daba cuenta, Julia seguía siendo un trofeo. La respetaba, la temía y, por supuesto, la quería, y es posible que apenas reparara en su modesto papel de admirador y protector. Julia aceptaba sus tributos, lo valoraba por la calidad de vida que le había permitido llevar y hasta es posible que lo hubiese querido, pero lo que esperaba principalmente de él era su amor. En este reclamo no había ninguna presunción, como si fuera natural que la gente la quisiera. Por lo que yo sabía, siempre había sido así.

El caso es que a las dos nos habían mimado un poco, a Julia por su talento teatral y a mí por mis tiempos de cantante. La diferencia estaba en que yo habría querido prolongarlo, y reconocía y lloraba su pérdida; Julia, en cambio, daba por sentado que la fuente y el suministro no se agotarían nunca. Mientras yo, siempre anhelando, siempre amando, me había conformado con una porción mucho más pequeña para mi sustento, Julia era capaz de mostrarse siempre indiferente a las circunstancias, con la certeza de que viviría eternamente protegida. Su falta de interés por la comida hasta me parecía una prueba de su plena confianza en que tarde o temprano alguien la alimentaría, de que podía aguantar el día con uno de

esos aperitivos repugnantes y un par de vasos de whisky, segura de que cuando Charlie llegara a casa le prepararía una tortilla y cuidaría de ella.

Julia creía en los derechos de las mujeres, según nos decía, pero en lo que creía de verdad era en el derecho de las mujeres a obrar a su capricho. Tenía un lado claramente masculino que se manifestaba en su negativa a albergar falsos miedos y esperanzas, en la imparcialidad con que evaluaba sus talentos y atributos, en su objetividad y su competencia profesional y en su egoísmo recalcitrante. Era una mezcla inestable de cálculo y estupidez. Yo, en comparación, me sentía idiota, torpe, vulnerable y ahora también mortalmente cansada. Veía en perspectiva menguante la naturaleza de los sentimientos de Charlie por mí. Pensé que era un oportunista, y es posible que estuviera en lo cierto. Había llegado a aceptar cualquier faceta suya, y a él le alegraba indiscutiblemente la magnitud de mi aceptación. ¿Hubo algo más? ¿Lamentó alguna vez su papel de marido complaciente? Eso nunca podría saberlo, porque nunca se lo había preguntado. Ahora tampoco tenía ya demasiada importancia. A mí me parecía lamentable, siempre me lo pareció. Únicamente la monstruosa vanidad de Julia facilitaba una justificación parcial y mitigaba mi papel en la aventura. Yo la miraba con frialdad: nada iba a alterar eso. Me fastidió que me diera pena verla en aquella cama, fumando un cigarrillo detrás de otro. Su expresión ligeramente demacrada me dio que pensar. Sin embargo, viendo lo poco que quedaba de Charlie en esa casa, la facilidad con que se había borrado su huella, lo absoluta que era la presencia de Julia, mi corazón se volvió a endurecer. Muerto, Charlie era tan discreto como en vida. Tampoco en mi casa quedaba huella de él. Había guardado la taza y el platito victoriano con la intención de no volver a usarlos nunca más. No tenía nada para recordarlo. Tal vez hubiera llegado el momento de marcharme, ya que nada me ataba a aquella casa donde no había sabido ni distraer a nadie ni ser comprendida.

—Me voy —le dije a Julia, sin esperar a que protestara.

Me miró, levantando los párpados.

—¿Has dicho que habías traído algo de comer?

—Una ensalada de arroz riquísima —contestó Maureen.

—¡Ah! No es un plato que me guste normalmente, pero da igual. Por una vez no me hará daño. Podrías servir un poco y traérmelo.

OceanofPDF.com

Trece

Ahora me ponía nerviosa por las tardes, sobre todo cuando amenazaba lluvia, y eso ocurrió con frecuencia después de aquellos intensos días de sol de finales de abril. Me ponía delante de la ventana y contaba con inquietud las horas que faltaban para irme a la cama. Nada me lo impedía, desde luego, pero más o menos a partir de las cinco me ponía a esperar sin querer, como si alguien fuese a venir a preguntarme cómo había pasado el día, o tal vez con la esperanza de que ese alguien viniera. No conocía a nadie que pudiera hacerlo; en general se me consideraba mayorcita de sobra para cuidarme sola, aunque no tan mayor como para necesitar ayuda o al menos una alentadora muestra de interés de vez en cuando. Al final acabaría convertida en un objeto de compasión, si es que tenía la suerte de no convertirme en un objeto de burla, en una de esas viejas locas, con los zapatos rotos que hablan solas en público. Cada vez que pensaba en esas mujeres tomaba aire y metía la tripa. Incluso mirar por la ventana se convirtió en un ejercicio instructivo, y cualquier sensación de incertidumbre me parecía casi benigna. Pero esa fue una época de ansiedad, y al parecer nada servía para apaciguarme. En cuanto empezaba a irse la luz, más despacio en los días más largos de primavera, yo escudriñaba la calle buscando indicios de vida, veía a la peluquera cerrar el negocio hasta el día siguiente, oía a lo lejos el ruido del tráfico a la hora de volver a casa y pensaba con tristeza que los niños ya estarían recogidos, viendo la televisión, y que ninguno pasaría por delante de mi ventana y me saludaría con la mano, como hacían a veces.

Ya no me gustaba el piso, que siempre me había parecido más práctico que atractivo. Me molestaban la farola naranja en la ventana y el lago oscuro de moqueta gris; me molestaba la luz tan fuerte del cuarto de baño y el dormitorio en el que nunca daba el sol. La fachada de color hígado y el

portal de baldosas húmedas ahora me inspiraban temor cuando volvía de hacer la compra, aunque puede que eso me pasara porque siempre volvía demasiado pronto para mi gusto, después de dejar mentalmente a los niños en el colegio. Tenía por delante una mañana en blanco, y aun así las mañanas no eran tan malas como las tardes implacables, cuando soñaba con oír unas pisadas familiares acercándose a mi puerta. Curiosamente, no era a Charlie a quien echaba de menos, sino a la persona a la que Charlie siempre sustituyó, fuera quien fuera. Charlie había sido y seguía siendo demasiado clandestino para tranquilizarme: su sonrisa bonita ocultaba cierta brutalidad, y la cara agradable y sin duda auténtica con que se presentaba ante el mundo, ante sus colegas, sus socios, sus clientes y, por supuesto, su mujer, de repente me parecía falsa, porque yo veía la cara socarrona del deseo, la cara a la que renunciaba fácilmente, la que dejaba atrás para recuperar las facciones relajadas de su superior personalidad pública. Yo no quería volver a eso. Estaba cansada, hasta me asqueaba mi papel en la historia, pues solamente con mi connivencia había sido posible esgrimir determinados pretextos, y aun cuando yo sabía que el deseo había sido imperioso aunque la relación hubiera sido tan rudimentaria; renuncié a todas estas cosas en nombre de una virtud que de cualquier modo la edad no tardaría en imponerme y que ahora cultivaba con el fervor del converso.

Lo irónico del caso era que todo esto era ajeno a mi naturaleza. Yo no había nacido para ser la amante de un hombre casado; incluso dudaba si había nacido siquiera para casarme. En mis pensamientos yo existía como una adolescente esperanzada, con un vestido de algodón ceñido a la cintura, practicando mis escalas, o me veía como cuando era más pequeña, cantando todas esas canciones antiguas con entrega pero sin tristeza. A lo mejor me pasaba lo mismo que a Julia y tampoco yo debería haberme separado de mi madre. Soy consciente de que ninguna mujer sensata piensa así hoy en día, pero puede que algunas experiencias recientes o la decepción que estaba condenada a soportar en mi vida me hicieran añorar tiempos pasados, tiempos de confianza y grandes expectativas, antes que la realidad de la vida me cercara. De esos tiempos pasados había conservado mi desastrosa ingenuidad, que era la garantía de que siempre haría las cosas mal, conocería a quien no me convenía, entablaría relaciones por pura ignorancia

y viviría eternamente obsesionada por las consecuencias. Las mujeres de sesenta años —casi sesenta y uno— supuestamente tienen experiencia y son prudentes y duras, mientras que yo sentía la misma nostalgia que había sentido siempre desde que terminó mi infancia. Era esta nostalgia la que me envolvía por las tardes, cuando me acercaba a la ventana sin nada que hacer, buscando con el oído esos imaginarios pasos familiares. Cuando se encendía la farola, cada vez más tarde, recibía con desesperación la señal de apartarme, como la Mariana del poema de Tennyson. «Él no ha venido», decía ella. Y sin embargo encontraba un poco de consuelo en la certeza de que ya no era necesario ocultar nada. Ya no tenía que cerrar nunca las cortinas.

Tan angustiosas eran aquellas tardes que cuando Paul y Caroline Langdon me invitaron a una de sus cenas en Gertrude Street acepté sin dudarlo. Eran una pareja agradable, con la que yo seguía teniendo una relación distante pero cordial. Habían sido generosos con sus invitaciones, aunque interpretaban mis negativas como un gesto de recogimiento tras la muerte de Owen o un vago rechazo a volver a la que había sido mi casa. Caroline era una buena mujer, puntillosa con sus felicitaciones navideñas llenas de noticias de la familia y firmadas por todos los niños, a pesar de que no éramos parientes y teníamos muy pocas cosas en común. A veces la veía en la verdulería del barrio, alta, delgada, con una cara interesante y engañosamente melancólica, porque normalmente era muy alegre. Llevaba una blusa con volantes en el cuello, falda larga de color claro y un chaleco de ante. Con las manos estropeadas por el trabajo, adornadas con dos diamantes espléndidos, cargaba con seis bolsas de provisiones para la cena de la noche, porque le gustaba invitar a gente a casa, y lo organizaba todo sin ningún esfuerzo, además de dar clases a niños sordos, ocuparse de su otra casa en la Dordoña y esquiar con su marido en febrero todos los años.

Se notaba que acababa de volver de su viaje anual a Villars cuando nos encontramos, porque tenía la cara y las manos bronceadas y el pelo largo y lacio. La amalgama habitual de bolsas de la compra se amontonaba alrededor de sus tobillos mientras con las manos grandes y huesudas seleccionaba naranjas y cogía con delicadeza fríos racimos de uvas. «Por

favor, no tocar», advertía un cartel, pero a Caroline se le permitía, por ser un magnífico ejemplar de mujer autóctona.

—Hola, Fay —me saludó con un destello fugaz de su sonrisa cansada—. ¿Todo bien?

—Estoy bien, hija. Gracias. ¿Y tú? ¿Paul y los niños?

—Estamos bien, mucho mejor ahora que los dos mayores se han ido a la universidad. Ahora solo tenemos en casa a William. Tienes que venir a vernos un día, Fay. Te daré un telefonazo —prometió, mientras intentaba sortear la puerta con todas sus bolsas de plástico. Llevaba unos zapatos grandes y planos sin calcetines y tenía los pies bronceados. Me alegré de verla, como por entonces me alegraba de ver a cualquiera que me aceptara tal cual, aunque me hizo sentir cursi y mayor con mi abrigo de tweed azul y la bufanda rosa al cuello. El mero hecho de pensar en su ajetreada vida me llenó de placer mientras me daba la vuelta con un suspiro para comprar el medio litro de leche, la lechuga y el cuarto de kilo de tomates que constituían mis exiguas provisiones.

Rara vez cocinaba para mí en esa época, y era una lástima porque siempre me había gustado. Estaba visto que cocinar solo tenía valor para mí cuando lo hacía para otros, y eso era lo que hacía, en cierto modo, pero no de un modo que me permitiera sentirme satisfecha. Vinnie picoteaba con malevolencia lo que hubiera en el plato y conseguía estropear la comida sin apenas probarla, y Julia se quejaba de cualquier cosa que le llevara, aunque yo veía que allí todo volaba. A lo mejor se lo comía Maureen. Daba igual: para mí la función de la comida se rebajaba automáticamente por la sencilla razón de que era la mala conciencia la que me empujaba a tener ese gesto que antes era espontáneo y ahora parecía haberse convertido en una obligación. Y así, cuando en contra de todas las expectativas Caroline me llamó y me invitó a cenar, le di una sorpresa al aceptar. Que me trataran como a una invitada y pasar la noche fuera de casa me pareció de pronto la cosa más apetecible del mundo. Tenía una falda larga de seda negra que apenas me había puesto y una blusa de seda blanca con el cuello alto y las mangas anchas. Fui a que me peinaran, ilusionada como una niña ante la perspectiva de que gente joven y amable que no tenía ningún motivo para denigrarme o desconfiar de mí me tratase como a una persona de verdad.

De hecho, creo que me estaban eternamente agradecidos porque les hubiera dejado la casa, donde cabían todos cómodamente, como si estuvieran hechos para ella o viceversa. Cuando me acordaba de los malos ratos que había pasado en esa casa podía felicitarme de haber hecho al menos una cosa bien.

Pero de todos modos estaba nerviosa, con los músculos sociales atrofiados. También se habían atrofiado mis respuestas a los cumplidos de los hombres con los que se coincidía en esas reuniones, porque estaba segura de que Caroline, que era la corrección personificada, habría invitado a la pareja adecuada para mí. Sentí con mucha intensidad no tener esa pareja cuando salí de casa con mis zapatos estrechos camino de Gertrude Street en el atardecer azul. Y sentí algo de mi antigua infelicidad —que ahora reconocía como tal— cuando, al acercarme a la casa, me envolvió la quietud singular de la calle sin salida. Varios hombres con pantalón de raya diplomática cerraban en ese momento el coche que ya no cogerían hasta el día siguiente y entraban en casa, donde su mujer seguro que había organizado una cena, pues aquel era el típico escenario urbano en el que dos veces a la semana había invitados a cenar. No se veían niños jugando en la calle. Las cocinas estaban iluminadas en la planta baja y los televisores se habían desterrado al cuarto de juegos o al dormitorio principal. La casa me pareció tan incómoda como siempre, aunque ahora por lo menos estaba convincentemente habitada. Yo me había equivocado, había fallado en el intento de llenar esa casa con mis sueños infantiles cuando lo que se me exigía era que apreciase mis obligaciones como una persona adulta y detectara qué actitud desearía para su mujer un hombre como mi marido. Yo había organizado cenas y no había disfrutado, porque los invitados de Owen me resultaban o muy aburridos o nada recomendables. Siempre esperaba de aquellas ocasiones mucho más de lo que por lo visto ofrecían.

Al entrar en la casa me dio un vuelco el corazón, aunque de liberación, al ver que las paredes seguían pintadas de colores fuertes.

—No es que nos gusten —explicó Caroline—. Pero estos papeles duran toda la vida. Ella los encargó especialmente. Me refiero a Hermione. Son horribles, pero de la mejor calidad. Lo que sí hemos hecho es cambiar la

decoración de nuestro cuarto de baño, quitar toda esa imitación de Rex Whistler. No te molesta, ¿verdad, Fay?

—Hija, la casa es tuya. Yo me despedí de ella cuando murió Owen. Haz lo que te parezca. —Les había dejado también los muebles, y creo que les gustaban. Al entrar en el comedor saludé a varias sillas y mesas como a viejos amigos en un funeral.

Me sorprendió ver que el hombre que se levantaba y me tendía la mano era el médico que me atendió por aquel virus del que me había infectado unos meses antes.

—¿Conoces a Alan Carter, Fay? —dijo Caroline.

—Solo como médico —asentí, mientras le daba la mano.

—¿Ya se encuentra mejor? —preguntó él, mirándome a la cara con un gesto de aparente preocupación. Me había fijado en que parecía demasiado preocupado para ser médico, como si, a diferencia de la mayoría de los médicos, sufriera todos los males. Eso me tranquilizó. Pensaba que el médico ideal tenía que ser un poco hipocondriaco y estar dispuesto a probar sus remedios o, mejor aún, haberlos probado de antemano.

—¿Mejor de verdad? —insistió, cogiéndome la mano entre las suyas.

—No debería preguntarme eso —dije—. O, mejor dicho, no debería decírselo. Para eso tendría que pedir cita.

—Ah, no se preocupe. Últimamente es imposible que me siente a una mesa sin que alguien me hable de su espalda. Y los dolores de cabeza también son muy comunes. «Supongo que es un virus», dicen. He tenido hasta juanetes: ¿recomendaba operar? Recuerdo que en esa ocasión estaba comiendo salmón ahumado. Lo normal es que me estropeen la cena.

—Debe de ser usted muy delicado. Yo creía que los médicos estaban hechos de hierro. No hay más que ver lo juerguistas que son los estudiantes de medicina.

—La juventud, ya se sabe. Yo nunca he sido juerguista. Y de pequeño siempre estaba enfermo. Después de eso uno se vuelve más prudente.

—En ese caso, tratar con la enfermedad debe de ser una especie de prueba para usted.

—La verdad es que la cosa mejora con el tiempo. Ya sabe usted que las enfermedades se pueden tratar. Creo que ahora lo manejo relativamente

bien. Me acuerdo de usted —añadió—. Usted era Fay Dodworth, ¿no?

Me sonrojé de alegría.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, no ha cambiado tanto. La escuchaba cuando estaba en la mili. Todos la escuchábamos. Tenía una voz preciosa, pero ¿por qué cantaba esas canciones tan tristes?

—Entonces no me daba cuenta de lo tristes que eran. Era joven, ¿sabe? Aún no me había pasado nada. Es curioso que me siga acordando de las letras.

—Fay, ¿conoces a los Finlay? —dijo Caroline— ¿A Alison y Richard? ¿Y a Louisa y Anthony Cope? Fay Langdon es nuestra prima política.

Este gesto me pareció un detalle por su parte, como también era un detalle que el grupo fuera pequeño y manejable. Intercambié un par de comentarios con los Finlay y me alegré de haberme esmerado un poco para arreglarme, porque las mujeres iban espléndidas, con gargantillas de perlas y pendientes de diamantes, pero era el doctor Carter quien monopolizaba mi atención, y ahora me había cogido del brazo, como si quisiera llevarme a un lugar más seguro.

—La verdad es que tengo un hambre tremenda —me confesó en tono confidencial—. Espero que no se alarguen mucho las cortesías. Me gusta cenar temprano y luego irme a casa a tocar el piano. Es mi única oportunidad.

—Yo salgo poquísimo de noche —dije—. Esto es toda una aventura para mí.

—No se asuste. Aguante. Podría necesitar que me proteja, porque por desgracia la señora Cope es paciente mía y pasa por la consulta muy a menudo. Una enfermedad complicada, aunque nada grave. No voy a entrar en detalles, si no le molesta.

—No, por favor.

—Me temo que quiera darme el último parte. Cree que conviene tenerme al corriente. Es una lata, sobre todo cuando tengo hambre. Por eso acepto estas invitaciones con cierto reparo.

—¿Vive usted solo? —pregunté, ligeramente sorprendida por su aparente necesidad compulsiva de decir la verdad.

—Completamente. Viene una asistente a diario, pero no cocina. Por eso tengo que cenar fuera. La pregunta es si estoy casado. Lo estuve. Mi mujer se quiso divorciar, por su adulterio y mi ineptitud.

—Comprendo —dije, con la mayor consideración posible.

—Tengo una hija. Una mujer encantadora. Bueno, parece que ya entramos. —Me cogió del brazo, como si quisiera protegerse de Louisa Cope, que en ese momento se le había acercado.

—Alan —le dijo con coquetería—. Esas pastillas nuevas que me recetaste no me hacen nada. Nada de nada. ¿Para qué se supone que sirven? Sea lo que sea, no lo están haciendo.

—Yo te veo muy bien, Louisa —contestó el doctor Carter con una mirada furtiva.

—No me hacen nada de nada —insistió ella, pero lo dijo con una expresión amorosa, como si tuviera otros planes para él. Pensé que era un hombre atractivo para algunas mujeres—. A lo mejor puedes pasar a verme mañana antes de la consulta —añadió cuando echamos a andar hacia el comedor.

—Lo siento, tengo que hacer la ronda en Battersea Park —dijo Alan Carter, lamentándolo pero con firmeza—. Como siempre, ya lo sabes.

Lo miré de reojo cuando inclinó la cabeza con reverencia sobre su ensalada de *mozzarella*. Tenía un aire cadavérico, más propio del director de una funeraria que de un médico, pensé, aunque tal vez fuera por el hambre, que no podía disimular. Tenía la cara alargada y triste, puntuada por unos ojos increíblemente azules; la cabeza alta y el pelo más bien escaso y estirado enérgicamente. Parecía un acuerdo tácito que nadie le dirigiera la palabra mientras comía. En el intervalo entre un plato y otro se reclinó en el asiento como si estuviera exhausto.

—Si siempre tiene tanta hambre —dije—, a lo mejor le apetece venir a cenar una noche.

—Me gustaría mucho. Pero que conste —añadió— que no pienso volver a casarme.

—Yo tampoco —respondí, bastante molesta—. ¿Se ha creído que le estaba pidiendo que se case conmigo?

—Es que parece que soy el blanco de las mujeres, como me imagino que le pasa a usted con los hombres. Además, usted es atractiva y yo no. ¿Está sola?

—Soy viuda —dije con formalismo.

—A mí las viudas me parecen mujeres normales. Tengo su número de teléfono en mis ficheros. Ya la llamaré.

Dicho esto, se volvió heroicamente hacia la señora Cope, que estaba sentada a su otro lado, y yo me volví hacia Richard Finlay, que enseguida empezó a contarme sus últimas vacaciones en las Seychelles, con pelos y señales. Al otro lado de la mesa, Paul y Anthony Cope estaban enzarzados en una conversación larga y absorbente. Algo me indicó que las mujeres ya habían recibido su cuota de atención de la velada. Poco a poco empecé a relajarme y a disfrutar. El comedor seguía siendo espantoso, aunque las velas blancas de los candelabros georgianos de Caroline lo suavizaban un poco. Sabía que en el piso de arriba vería esa cama horrenda, pero ya no me alteraba. Me bebí mi vino y me sentí a gusto. Al filete de ternera le siguió una *mousse* de limón.

—Y el coche, claro, se declaró siniestro total —dijo Anthony Cope.

—Luego la acompaño a casa —me dijo el doctor Carter—. Discúlpeme si no paso. Procuro dedicar mis cuarenta minutos al piano.

—¿Qué toca? —Me imaginaba un clave bien temperado.

—Esas canciones antiguas de espectáculo de variedades. Las colecciono. Tengo esa afición. ¿Conoce una que se llamaba *Our Clara's Clicked Again?*

—La cantaba mi padre —asentí con sorpresa.

—Es una de mis favoritas. Un antídoto maravilloso para lo que tengo que hacer durante el día.

—¿No despierta a los vecinos?

—La verdad es que no. Por lo menos nadie se ha quejado.

Pensé que difícilmente se quejarían. A un médico se le sigue teniendo en gran estima, incluso —o precisamente por eso— en una sociedad tan profana como la nuestra. Todo el mundo debía estar dispuesto a tolerar la excentricidad del doctor Carter a cambio del privilegio de tenerlo en la puerta de al lado, en caso de necesidad, aunque con tantas rondas y tantas

cenar y tanto tocar el piano no parecía estar lo que se dice disponible. Entonces me acordé de que cuando vino a verme me pareció de lo más normal, en realidad me impresionó bastante. No pensé que ese grado de preocupación fuera habitual en él. Supuse que guardaría relación con lo que me pasaba. Yo también estaba preocupada, y ahora sabía que con razón. Pero eso era agua pasada. Por primera vez desde hacía siglos me sentía normal, como si empezara a escribir en una pizarra limpia. Charlie se evaporó, como si nunca hubiera existido.

Esa noche seguí el ejemplo del doctor Carter. Si él podía ser un soltero excéntrico yo podía ser una viuda excéntrica. Podíamos tener una amistad excéntrica. O no, según se diera. Evidentemente, Caroline había pensado que aquel hombre podía «valerme» y, aunque eso fuera absurdo, también era agradable ver que la gente me tenía en cuenta después de mi largo exilio. Por primera vez en años, o esa era mi sensación, me sentía entre personas que me aceptaban. Incluso noté que Caroline me presentaba como una especie de atracción, porque después de cenar, cuando nos sentamos en el salón, me animó a que les hablara de mi juventud y de la vida en la BBC en los años de escasez de la posguerra. Ninguno de los demás invitados se acordaba de mí, naturalmente: eran un poco jóvenes para eso —aunque por su aspecto próspero y contundente podían pasar por gente de mi edad—, a pesar de que la liberación de las mujeres y cierta nostalgia mal entendida de los años de la guerra me habían convertido en una figura de cierto interés.

—Nunca me he considerado feminista —le expliqué a una entusiasmada Alison Finlay—, pero me gané la vida desde los diecisiete años y le daba una parte del sueldo a mi madre. Fue ella quien se preocupó de que tuviera una buena formación, así que en realidad se lo debo todo a ella. A mi padre le parecía bien todo lo que yo hiciera. No había ese antagonismo entre los sexos que hay ahora. Hoy las mujeres no se llevan tan bien como debieran. Entonces todas éramos amigas, muy tímidas y confiadas en comparación con las costumbres contemporáneas. Yo nunca tuve ninguna dificultad, y eso que salí al mundo muy joven. Todo el mundo me cuidaba.

—Qué interesante —señaló Louisa Cope—. Pero ¿por qué lo dejó? Tal como lo cuenta suena maravilloso.

—Me casé. Y pensé que tenía que ser ama de casa a tiempo completo. Ahí es donde se delatan los años que tengo. Hoy ninguna mujer dejaría su carrera por eso. Pero yo no habría podido compaginar las dos cosas, y tampoco me parecía bien intentarlo. Sencillamente, ni se me ocurrió.

—Tenía una voz preciosa —dijo el doctor Carter, desde un rincón de la sala que me pareció muy lejano—. Pero cantaba unas canciones muy lúgubres.

—Es que en aquellos tiempos éramos mucho más sentimentales, estábamos mucho menos inhibidos en lo sentimental, aunque fuéramos tímidos. Nos cortejábamos con esas canciones que hablaban de nostalgia y lealtad, de sentimientos muy grandes que la gente sencilla no se atreve a nombrar. Y con la guerra cobraron aún más importancia.

Me sentía emocionada, confiada. Nadie me había preguntado nunca por mi carrera; ni Owen ni Charlie. Verme en compañía de alguien que me había oído cantar me producía un placer inmenso. Y Caroline también estaba contenta de que yo entretuviera a sus invitados de una manera tan original. Para ellos era una reliquia, casi una celebridad. Noté que en cierto modo les agradaba que fuese una señora mayor y al mismo tiempo todavía presentable. Caroline me besó con mucho cariño cuando me marché.

—Tienes que volver pronto, Fay —dijo—. Has sido todo un éxito.

—Ha sido una de las noches más agradables que recuerdo —contesté. Y lo decía sinceramente—. Mañana te llamo, hija. Muchísimas gracias.

El doctor Carter me cogió del brazo y echó a andar con paso atlético. Al cabo de un rato, me solté y me quedé parada.

—¿No se encuentra bien? —preguntó, volviendo a mi lado.

—Estoy perfectamente, pero es que llevo unos zapatos muy delicados y no puedo seguirle el ritmo. Además, hace una noche muy agradable. ¿Qué prisa hay? Ah, sí, que usted tiene que tocar el piano. Lo siento, no quiero que se retrase por mí. ¿Quiere adelantarse?

—No, voy a acompañarla a casa. Faltaría más. Además, tampoco es imprescindible que toque el piano esta noche. No soy esclavo de la costumbre.

—Hace una noche tan suave y tan bonita que estoy disfrutando muchísimo del aire. En realidad he disfrutado mucho esta noche.

—Es una gente muy agradable, sí. Ya estamos en Drayton Gardens. Yo vivo un poco más lejos, en Lowndes Square. Bueno, ya la llamaré. Por cierto, ¿está usted en buena posición económica?

—Sí, claro.

—Eso es bueno. Yo también. Buenas noches.

Esa noche no soñé nada, tampoco dormí mucho. A Louisa Cope y Alison Finlay les habría alarmado y sorprendido no poco saber que la expectación placentera puede perdurar incluso en una mujer de mi edad. No me preocupaba, pero me hizo reír. Volví a sentirme escandalosa, buscando un antiquísimo remedio para un corazón herido y encontrándolo. No me hacía ilusiones sobre los encantos del doctor Carter.

En realidad me parecía un hombre imposible, pero me divertía y me inspiraba ideas nuevas. Un hombre original es un bien raro y valioso, y a medida que me voy haciendo mayor aprecio el humor más que la seriedad que envuelve normalmente estas situaciones. Ahora comprendo que la seriedad está fuera de lugar, que todo es una broma, una diversión de los dioses que con el tiempo se gasta y desaparece. A veces no queda ni siquiera un recuerdo. Eso es lo que vi en el curso de aquella noche en vela y sin soñar, que se me había concedido un toque más de humor en mi vida, una última broma antes de la oscuridad. Lo mejor de todo era que yo no tenía planes con el doctor Carter, ninguno en absoluto. Simplemente me alegraba la idea de que fuéramos amigos, cocinar para él de vez en cuando, contarlo entre mis conocidos, ser su pareja ocasionalmente en algún acto social (esto último no tanto). Mi larga soledad se diluyó a lo largo de esa noche, y cuando me levanté para preparar el té a la mañana siguiente me sentía tan fresca como si hubiera dormido diez horas.

Vi salir el sol, me di un baño y me vestí con cuidado. Ya había tomado la decisión de hacer algo a lo que llevaba mucho tiempo dando vueltas. Me pareció conveniente gastar parte de la energía que había recuperado y dar por concluida mi vida ociosa. Había pasado por delante del local del Servicio de Voluntariado Femenino en uno de mis paseos vespertinos, y debí de decidirlo en ese momento, porque lo recordaba. Hacía una mañana resplandeciente, perfecta para un comienzo. En la oficina del Voluntariado, que en realidad era un local comercial, el sol entraba por los escaparates

polvorientos y bañaba un escritorio cubierto de papeles. Al lado del escritorio, y ocupando un buen trozo de alfombra, había un perro enorme con el pelo muy largo. Una imponente mujer de pelo blanco con un traje de tweed jaspeado salió de la trastienda con una taza de café.

—Harding —se presentó—. Letty Harding. ¿En qué puedo ayudarla?

Le expliqué que quería hacer algún trabajo de voluntariado y se puso contentísima, pero cuando le dije que no sabía conducir me miró con cierto reparo.

—Me temo que entonces tendría que hacer trabajo de oficina. Y seguro que no tiene experiencia. ¿Qué le parece quedarse aquí atendiendo el teléfono?

Le dije que me parecía bien, y acordamos que trabajaría de una y media a cuatro y media cuatro tardes a la semana en aquel escritorio, con el sol filtrándose a través del escaparate polvoriento.

—Por cierto —añadió—. ¿No le importará quedarse con Doggie? Le puse Doggie porque no se me ocurría otro nombre. Es muy mayor y se pasa todo el tiempo durmiendo, pero no soporta que lo deje solo en casa.

Le contesté que me quedaría encantada con Doggie, que ya tenía a su lado un cuenco con agua y un plato de hojalata. En un momento entraron en mi vida tantas cosas nuevas que casi no me reconocía. A lo mejor era todo un espejismo y terminaría como Maureen con sus «turnos». De todos modos, tuve la sensación de que mi destino estaba decidido.

Resultó que la vida de oficina me sentaba de maravilla. Había muy poco que hacer, como puede que ocurra incluso en las oficinas de verdad con mujeres sin experiencia como yo, pero tenía la satisfacción de participar en algo y una excusa para arreglarme, además de la tremenda cordialidad de la gente. Se me ocurre que las mujeres encuentran en las oficinas la misma tranquilidad que los hombres en los clubs. Me llevaba un libro, me preparaba un café nada más llegar, le ponía agua fresca a Doggie y me preparaba para responder preguntas sobre el servicio de comida a domicilio. Las mujeres como la señora Harding hacían una labor increíble: acompañaban a las personas mayores a sus citas médicas en el hospital, se aseguraban de que quienes no podían salir de casa recibieran una buena alimentación y organizaban las visitas del podólogo y hasta de la peluquera.

Allí aprendí lo que significaba envejecer y lo duro que es. Decidí que trabajaría para esas personas mientras pudiera, hasta que envejeciese yo también. Con un poco de suerte, a lo mejor me veía mejor preparada para afrontar mi decrepitud llegado el momento.

Me sentía bien. Me sentía pletórica, aunque era incuestionable que estaba envejeciendo en todos los sentidos. Me levantaba agarrotada por las mañanas y andaba cada vez más corta de vista; mis manos, antes tan bonitas, se habían deformado y, por supuesto, tenía el pelo plateado. Era una mujer atractiva para mi edad, pero aparentaba mi edad: no había peligro de que me tomaran por una persona más joven. Me alegraba de que el doctor Carter me hubiera visto en mi mejor momento. Por debajo de la máscara del día, el cuerpo cruel prosigue su camino, gesta su destrucción, señala —descaradamente— su decadencia. Yo sabía todo eso. Era un motivo más para que le estuviera agradecida a la señora Harding por asignarme una pequeña ocupación, y también un motivo para pensar en los demás y una forma agradable de pasar el tiempo, que es implacable. «Se ha adaptado usted estupendamente —me dijo—. Le estamos muy agradecidas. Y Doggie la adora. ¡La adora!»

Ahora que tenía las tardes ocupadas ya no podía ir a Onslow Square, y eso lo agradecía de todo corazón. Nunca me cupo la menor duda de que Julia era una obligación que yo llevaba a cuentas con desagradables sentimientos de culpa y vergüenza, pero entonces comprendí que no tenía por qué seguir soportando esa carga. Naturalmente, debía ir a presentar mi dimisión, por así decirlo, explicarle a Julia que mis circunstancias habían cambiado, y aunque me imaginaba cómo me miraría, con los ojos completamente abiertos antes de escenificar una de sus pantomimas de perplejidad, ajustándose despacio las gafas en la nariz, colgadas de un cordón de seda, también vi que tendría que argumentar, disimular, ser razonable, incluso reservada. A Julia le molestaría, como si me escabullera del teatro antes de que encendieran las luces, pero ¿no había algo indecoroso, masoquista, en el hecho de seguir visitando a una mujer que en el mejor de los casos solo sentía aburrimiento en mi presencia y en el peor era mi antagonista? Lo cierto es que siempre creí tener buenos motivos para actuar de ese modo, y no solo eso, sino que compadecía y admiraba a esa

mujer, por difícil que fuera. La rivalidad era inseparable de su carácter frío: a Julia le costaba querer, puede que le resultara imposible, mientras que para mí era demasiado fácil. Por esa razón yo había perdido posición social mientras que ella la ganaba continuamente. Bajo ningún concepto podía nombrar al doctor Carter, aunque me sintiera peligrosamente tentada de compartir mi alegría. Ese era otro de mis atributos de clase inferior, esa confianza absurda e injustificada en promesas que en absoluto eran promesas, sino meras fórmulas de expresión, incluso de despedida. Por eso Charlie había distorsionado mi vida o, para ser justa, por eso yo había distorsionado mi vida por él. Ahora lo recordaba con impaciencia, con inquietud, con algo parecido a la desesperación. Casi siempre es un error fatal ir en contra de la propia naturaleza, por insatisfactoria que sea. Para ser algo, cualquier cosa, hay que ser auténtico.

Mi dilema se resolvió finalmente gracias a una llamada de Pearl Chesney. Me llamaba para despedirse, dijo: esperaba verme en casa de Julia, donde Maureen prepararía una pequeña merienda al día siguiente, pero quería desearme buena suerte, porque al parecer siempre había sido muy amable con ella. Me rompió el corazón: ¿por qué avergüenza tanto el cariño de personas como Pearl? ¿Porque nos recuerda lo sincero que puede y debería ser el cariño? Le prometí que iría a despedirla, y al salir de la oficina fui a comprarle una blusa bonita que pensé que podía sentarle bien y un papel y un lazo de raso para envolverla. Porque para Pearl iba a ser un día triste el de dejar Londres y a Julia —de quien se había permitido el lujo de pensar que era un poquito egoísta— por un piso desconocido en una ciudad dormitorio, con las pequeñas rutinas que se inventan las mujeres solas para llenar los días, tristes sucedáneos de la compañía que en otro tiempo tanto disfrutaron.

No me equivocaba: Pearl tenía los ojos brillantes y el colorete de las mejillas ligeramente estropeado. Le puse mi regalito en la cesta y le dije:

—Ábrelo luego, Pearl. Te lo doy con mucho cariño.

—Por favor, siéntate —dijo Julia—. ¿A qué viene tanto lío? No se va del país. No me puedo creer que Pearl sea capaz de abandonarme. Ya veréis lo poquísimo que tarda en volver, ¿verdad que sí, cariño? —Y hasta se levantó y le tendió la mano a Pearl, que seguía sentada y tuvo que ponerse

en pie con torpeza. Fue como si Julia saliera a saludar al público con su acompañante, como si tuviera la gentileza de sacarla de su oscuro rincón, de detrás del piano. Pero a Julia le pasaba algo raro, o esa impresión me dio. Parecía que su voz había disminuido una octava, que se había convertido en la voz ronca de las mujeres mayores, y tenía los rasgos ligeramente desencajados. Tenía a su lado un vaso de whisky y no lo había probado. Era muy posible que la marcha de Pearl fuera un golpe para ella, que le hiciera recordar la cantidad de años que habían pasado desde que se conocieron. Si le daba pena, lo manifestó, cómo no, casi como una adivina malévola que lee los pensamientos ajenos.

—Tú estás muy contenta —me dijo—. Cualquiera diría que has encontrado un hombre.

Me puse colorada. En contra de mis expectativas, el doctor Carter no me había llamado, y ya empezaba a reprocharme mis fantasías aberrantes. Sin embargo, estaba casi segura de que... Ya estaba dando vueltas a mi estupidez cuando a Julia se le metió en la cabeza torturarme.

—¡Dios mío! —exclamó, levantando las gafas como si fueran unos prismáticos y examinándome atentamente—. Los milagros no dejarán de existir nunca. Bueno, ¿quién es? ¿Cómo es? ¿Ya te has ido a la cama con él?

Me horrorizó, tal como ella suponía, que una mujer mayor interrogara a otra en ese tono.

—No seas grosera, Julia —dije, aunque noté que otra vez me ponía colorada—. ¿No quieres que te hable de mi trabajo?

—Para nada. Esto es mucho más emocionante que cualquier trabajo. Maureen, ¿vamos a tomar té o no?

—He traído un bizcocho, Maureen —anuncié con desesperación, concentrando todo mi interés en ella—. Me encantaría brindar por Pearl con una taza de té, y luego tengo que irme.

—¿Por qué? —dijo Julia—. ¿Lo esperas a cenar?

—Pues sí —le solté—. Viene a cenar. —Fue lo peor que pude decir. Hirviendo de rabia, decidí volver derecha a casa, llamar a Carter e invitarlo a cenar. No me apetecía: era un gran error. Pero tenía que librarme de Julia, derrotarla, aunque de paso me derrotara a mí misma. Y eso, naturalmente,

es justo lo que hice, aunque entonces aún no lo supiera. Julia nunca me perdonó ese incidente, que yo no tardé en olvidar, sobre todo porque el doctor Carter agradeció mi llamada y esa misma noche vino a tomar una copa. Pero el hecho de que yo hubiera encontrado compañía de una clase que Julia insistía en tachar de obscena, grotesca, prohibida, mientras ella seguía sola, eso no lo iba a olvidar nunca. Fue como si desde ese momento decidiera tomarme en serio sin coste alguno para ella. El coste, así lo decidió, se cargaría íntegramente en mi cuenta.

OceanofPDF.com

Catorce

Los días radiantes de primavera dieron paso a una racha de tiempo inestable, cielos oscuros y alcantarillas desbordadas por la lluvia. Me alegraba volver a casa después de cumplir con mi tarea en la oficina: aunque el trabajo no era nada exigente, tenía la sensación de estar haciendo una labor desinteresada, y eso era una satisfacción para mí, aunque supiera que me basaba en una ilusión. La ilusión me resultaba necesaria porque entonces soñaba con percibirme como una persona valiosa. Quería ser agradable, incluso idónea. No me ocultaba a mí misma que esto tenía algo que ver con el espejismo del doctor Carter y su presencia en mi vida, aun cuando su presencia fuera más bien una ausencia, porque el doctor Carter seguía siendo ingobernable e impredecible. Ni sus escasas visitas a mi casa (yo esperaba más) fueron tan frecuentes como yo quería ni él se reveló en ellas como el compañero ideal con el que disfrutar al menos de una amistad serena. Era demasiado brusco, demasiado atrevido, nada atento —cuando no estaba en su consulta— para dejarse cautivar por una persona de temperamento ansioso como yo. Yo era mayor, sí, pero no estaba muerta, y seguía esperando, como muchas mujeres, que alguien responsable me recogiera, tener permiso para practicar esas agradables cualidades que resultan tan absurdas cuando no hay nadie que se beneficie de ellas.

Lo que hacía el doctor Carter, y puede que eso fuera beneficioso, era asustarme de vez en cuando para que dijera lo que pensaba, de manera que sin conocernos de nada no tardamos en ser amigos íntimos en cierto modo. Yo no sabía si su vida solitaria, sin una compañera, había fomentado su excentricidad, o si era de por sí tan imposible como evidentemente pensaba su mujer. Tenía una forma de burlarse de mis atenciones que me advirtió, y eso fue incuestionablemente sano, de no caer en viejas e inútiles costumbres. No volvería a casarme. Sin embargo, cuando dejé de tratar al

doctor Carter con deferencia, cuando sentí cierto malestar y decepción y se lo dije, vi que a él le gustaba: se rio y aplaudió, y empezó a mostrarse agradecido y relativamente contento. Aun así, yo sospechaba que al descubrir que yo era tan maleable él se inclinaba por guardar las distancias, y que, de tener la intención de empezar de nuevo, buscaría a una mujer más noble y exigente de lo que yo sería jamás.

A lo mejor se estaba protegiendo, como había tenido que protegerse de muchas mujeres depredadoras. Era un hombre atractivo, sin una pizca de vanidad, y eso lo convertía en una rareza. Enérgico y siempre impecable, tenía ese halo de médico que inspira respeto; su atención, aunque al principio no era fácil despertarla, podía ser por momentos inmediata y total. Digo «por momentos» porque era distante y poco expansivo. Después de un cumplido inicial, como ese que me hizo cuando coincidimos en la cena de Caroline, se encerraba en sí mismo, como si no tuviera más necesidad de perder el tiempo. Su vida activa y atareada colmaba todas sus necesidades, aunque a su manera, con su tendencia a la reclusión, creo que apreciaba mi compañía. Para mí, y me llevé una desilusión, era más bien como un hermano al que no necesitaba complacer. Y creo que, fueran cuales fueran sus planes, prefería verme como a una conocida de toda la vida con quien había recuperado recientemente la relación.

Me criticaba mucho, como haría un hermano o quizá un niño. Criticaba mis intentos de agraderarlo y se burlaba de mis afanes domésticos, pero agradecía sus resultados sin rechistar y hasta con muestras de placer. A veces me miraba con un gesto en el que no había la más mínima especulación.

—Eres una mujer atractiva —volvió a decirme la segunda vez que nos vimos, cuando lo convencí para que viniera a tomar una copa—. ¿Por qué no has vuelto a casarte?

—A lo mejor no lo soy tanto —dije con tristeza—. O a lo mejor me falta un instinto elemental. Nunca se me ocurrió que pudiera tomar esa decisión, la decisión que algunas mujeres toman con tanto acierto. Siempre he esperado que me encuentren, que me descubran. Me parecía la actitud más digna. Y ahora veo que estaba muy equivocada. —Con Alan Carter me atrevía a hablar sin tapujos de estas cosas; ejercía ese efecto sobre mí. Me

interesaba sinceramente conocer su opinión. Pero él no decía nada, se limitaba a asentir con la cabeza imperceptiblemente, como si confirmara su diagnóstico.

Aunque tenía cierto valor para mí analizar mis sentimientos, el proceso me inquietaba bastante. No había un solo aspecto de mi vida que no me decepcionara, o quizá estuviera en una edad en la que es más lógico mirar hacia atrás que hacia adelante. Lo cierto es que, sin Carter, dudo que alguna vez hubiera sacado estas cosas a la superficie. Podría haber seguido triste pero tranquila, mientras que con él me sentía intranquila y no siempre triste. No estaba del todo segura de que quisiera casarme de nuevo, pero, como la niña que fui, deseaba que alguien se adueñara de mí una vez más. Que el doctor Carter se negara rotundamente a prestar ese servicio fue, en cierto modo, una desilusión. Aun así, yo seguía sin saber si finalmente se acercaría a mi terreno, y eso me hacía estar activa y en guardia, aplazar la perspectiva de la vejez hasta el momento en que por fin pudiera renunciar a todo y sucumbir; me proporcionaba una expectación muy agradable al despertar. Me vestía como si fuera a encontrármelo por sorpresa a la vuelta de cualquier esquina. Hacía la compra con más cuidado y generosidad de lo habitual. Siempre tenía en casa ingredientes para preparar una buena comida, por si le daba por invitarse. La verdad es que lo hizo muy pocas veces, aunque le gustaba presentarse sin avisar, a veces un domingo por la tarde, cuando a mí no se me ocurría nada más apetecible que sentarme a leer periódicos. Siempre era imprevisible. Creo que el miedo a la intimidad le hacía alejarse de mi casa. Todo lo doméstico, que a mí me encantaba, a él lo volvía más impenetrable que nunca.

Yo le gustaba, pero él llevaba toda la vida tratando de evitar lo que yo representaba. Al mismo tiempo, no le costaba ningún esfuerzo ser fraternal, y esa era una verdad que al final me vi obligada a reconocer. Si lo hubiera forzado a confesar, habría dicho que me admiraba, y aun así nunca me permitió una muestra de cariño. Hasta le fastidiaba mi gesto de alegría espontánea al abrir la puerta y ver que era él. Pero siguió viniendo a pesar de todo, incluso puede que pensara en mí como una especie de amiga especial, siempre y cuando no le exigiera un gasto de atención. De emoción casi no había rastro. La emoción y sus espejismos eran cosas de las que él

podía prescindir. Eso me llevó a censurar mis propias emociones, de manera que nuestra conversación se desarrollaba en ese tono incauto de los niños, brusco y sincero por un lado, completamente falso por otro. Yo decía, por ejemplo: «Estoy cansada»; o él decía, por ejemplo: «Tengo hambre». Pero nunca: «quiero» o «me apetece» o «estoy muy triste».

Me acostumbré a eso, claro. Tendemos a pagar con mucho gusto el precio que sea por tener un vínculo. Al menos las mujeres como yo lo pagan. Y tengo que reconocer que a mí me causa cierto orgullo. Iba andando al trabajo más deprisa, saludaba a mis conocidos con alegría y era capaz de olvidarme del mal tiempo que, de haber estado yo en una situación normal, me habría desesperado. Con todos sus defectos, Alan Carter era un factor en mi vida. Me llamaba por teléfono con frecuencia, cosa que me sorprendía mucho, aunque nunca tuviera gran cosa que contar, y al mismo tiempo hablaba con su enfermera o su recepcionista, como si no le importara airear mi existencia delante de otras personas. En cierto modo eso era un reconocimiento. A mí unas veces me hacía gracia y otras me preocupaba mucho, porque no alcanzaba a ver qué lugar ocupaba yo en su lista de prioridades. ¿Y si la enfermera o la recepcionista eran mis rivales sin que yo lo supiera? Pero terminé por encogerme de hombros y aceptar la situación. Teniendo en cuenta cómo era nuestra relación, siempre cabía la posibilidad de preguntárselo. Pero nunca lo hice. Me gustaba demasiado hacerme la ilusión de que había algo entre nosotros. Ese había sido siempre mi problema, y ya era demasiado tarde para esperar alguna mejoría.

Una mañana lluviosa y templada, cuando sonó el teléfono di por supuesto que sería Alan Carter y me preparé con alegría para sus habituales ladridos y sus preguntas aparentemente distraídas. Me encontraba en un estado de grata confianza y se me ocurrió permitirme el capricho de sentir por él un poco más de lo que hasta entonces consideré aceptable. Estaba harta de esperar a que él me diese pie, él o quien fuera, y por un breve y precioso instante me vi muy cerca de empezar una vida nueva y milagrosa en la que serían los demás quienes esperarían a que yo se lo diera. Esta ilusión, o este espejismo, me hizo pasar la mayor parte de la mañana contenta, y así seguía cuando cogí el teléfono esperando oír la voz de Alan Carter. En vez de eso oí un carraspeo, como si quien llamaba tuviera una

obstrucción enorme en la garganta, seguido de una pregunta en un tono dubitativo y excesivamente formal:

—¿Señora Langdon? ¿Es usted la señora Fay Langdon?

—Sí, soy Fay Langdon.

—Me llamo Clive Smallwood. Usted no me conoce, pero creo que conoce a la señorita Luckham.

—¿La señorita Luckham? Pues no, no creo. Disculpe, señor Smallwood, no puedo ayudarle.

—La señorita Maureen Luckham. Creo que la conoce de Onslow Square.

—Ah, Maureen. No sabía su apellido. Perdona.

Hubo otro carraspeo.

—Maureen y yo queríamos saber si podríamos invitarla a comer. Hoy, si es posible.

—Es muy amable, señor Smallwood, pero no entiendo por qué quieren invitarme.

—Verá, señora Langdon, Maureen y yo nos hemos prometido. Me ha hecho el honor de aceptar ser mi mujer. Y quiere que usted sea la primera persona en saberlo.

No me sorprendió este último detalle, aunque las noticias de Clive Smallwood me dejaron tan atónita que tuve que sentarme porque me había mareado.

—Se conocen de la iglesia, supongo —dije.

—Sí, de San Lucas. Los dos esperamos continuar con nuestro trabajo en la parroquia.

—Dígame una cosa: ¿por qué no me ha llamado Maureen personalmente?

—Seguro que usted comprende la situación, señora Langdon. Tiene muy poca intimidad en Onslow Square.

—¿Se lo han dicho a la señora Morton? —pregunté bruscamente—. ¿Lo sabe Julia?

—Creo que Maureen ha pensado que usted debía ser la primera en conocer la noticia —dijo, con su voz suave, conciliadora y ligeramente

aterciopelada—. Y nos gustaría mucho celebrarlo con usted, comiendo. ¿Por casualidad está libre hoy?

—Permítanme que los invite yo —me oí decir—. ¿Adónde les gustaría ir? Lo siento, pero tengo que estar en la oficina a la una y media, así que tendremos que comer temprano, si eso no es complicado para usted. Por su trabajo —añadí, pues no sabía a qué se dedicaba.

—Hoy no tengo ningún compromiso —contestó, en un tono muy razonable—. Esta tarde iremos a comprar el anillo.

—¿En qué trabaja? —pregunté, como si fuera la madre de Maureen y quisiera asegurarme de que Clive Smallwood era capaz de mantenerla como ella estaba acostumbrada a vivir en Onslow Square. No podía dejar de pensar en Julia. ¿Qué iba a ser de Julia?

—Soy podólogo —dijo, con esa voz de bebedor de leche—. Pero mi principal interés es la iglesia. Los dos queremos dedicar nuestra vida a la iglesia en cierto modo. Mientras tanto, hago lo posible para que la gente esté cómoda. Tengo que darle mi tarjeta cuando nos conozcamos. ¿Le parece bien en Peter Jones? Sé que a Maureen le gusta ese sitio. Suele darse el capricho de tomar un café por la mañana en el restaurante.

La imagen del capricho solitario de Maureen suavizó por un instante mi reacción a la noticia de Clive Smallwood. No tuve la nobleza suficiente para alegrarme por la felicidad de Maureen, aunque estaba algo asombrada por los designios del destino. Que Maureen, que únicamente existía para mí como una especie de accesorio, como un complemento de la limitada vida de Julia, se hubiera embarcado en secreto en una gran aventura y hubiera llegado a buen puerto me hizo recapacitar. Fue como si Maureen demostrara estar hecha de un material superior, es decir, superior al de mi lamentable personalidad indecisa. Me inspiró cierto respeto, aunque mi simpatía por ella no aumentara. Me daba pánico cómo se tomaría Julia este abandono. Mi única esperanza era que sintieran el cristiano deber de cuidar de Julia; en ese caso hasta se podía considerar una ventaja, por ser dos en vez de uno. Clive Smallwood quizá pudiera mudarse a Onslow Square. La casa era grande: no había ningún motivo para no hacerle sitio. Desde luego no sería agradable para Julia que Maureen desarrollara su vida conyugal bajo su techo, pero la alternativa no se podía ni contemplar, de puro horror.

Yo no creía que Maureen, a quien le honraban sus años de entrega, fuese capaz de abandonar a Julia, pero veía que la vida de Julia no se iba a beneficiar en nada con el cambio de suerte de Maureen. Sentí una puñalada de lástima por Julia, una mujer verdaderamente extraordinaria ahora a expensas de alguien sin punto de comparación. Era Maureen quien iba a tener poder sobre Julia, y algo me dijo que el giro de los acontecimientos no le disgustaba del todo. Desde hacía mucho tiempo yo había observado en Maureen un elemento inequívocamente femenino, beligerante; a pesar de su humildad, Maureen era una aprovechada. Utilizaría su compromiso, su matrimonio, para sacar rédito personal sin dudarlo un instante. La continua pantomima de felicidad de Maureen derrotaría a Julia. Hay en las mujeres una zona turbia que se acentúa cuando un hombre viene a invadir las antiguas alianzas. Tuve la impresión de que Maureen no iba a mostrar la más mínima indulgencia, a menos que se le instara a considerar su deber celestial. Ni siquiera eso daría plenos resultados. Cuando las mujeres aprenden a desconfiar las unas de las otras ya no hay vuelta atrás.

Sin embargo, ¿quién podía desearle a Maureen que siguiera viviendo como hasta entonces, sola y posiblemente avergonzada de sus pensamientos y sus deseos? Seguro que ella atribuía a la misericordia de Dios (yo también) este matrimonio tardío. Incluso cabe la posibilidad de que todo matrimonio sea un acto de misericordia y una bendición para dos personas que quieren estar juntas; puede que incluso el mío lo hubiera sido, al principio, a pesar de cómo terminó. Para una mujer madura como Maureen, al menos en años, casarse da derecho a exigir la indulgencia de los demás, a arreglarse y esperar regalos; y, para una persona tan sola y con tantas carencias como a mí me constaba que era Maureen, casarse significaba un pasaporte milagroso a cosas nunca soñadas. Me sorprendió mi nostalgia, incluso podía llamarlo dolor, la nostalgia y el dolor de todas las mujeres no casadas ante una boda, por improbable que esta sea. Hasta me hizo acordarme de mi edad, de que a veces me crujían los huesos, de una muela que me estaba dando la lata. Nada, pensé, podía compensar mi repentina sensación de pérdida. Los pasos que me llevaron hasta el espejo fueron dubitativos, como si temiera no reconocer a la persona con la que iba a encontrarme allí, con una cara muy vieja o muy joven, pero sin la menor

duda indefensa y necesitada de protección. Tuve que hacer un esfuerzo para vestirme decentemente, porque eso al parecer ya daba igual. Iba a pasar un par de horas presenciando la buena suerte de Maureen. Estaba atónita por mi tristeza. Era una tristeza en la que no había envidia o, si la había, se trataba de una envidia momentánea. Era consciente de mi vulnerabilidad, que tanto me había perjudicado en el pasado. Mi añoranza no tenía un objeto concreto, pero daba la sensación de que siempre había estado allí y, ahora, sin ninguna razón para manifestarse, se había vuelto aún más fuerte que antes.

Estos sentimientos cósmicos se esfumaron en cuanto vi a Clive Smallwood y a Maureen. Habían llegado al restaurante antes que yo y parecían expectantes. Maureen llevaba su chándal rosa y Clive Smallwood un anorak beige y un jersey verde; tenía un pecho rellenito, femenino, que quizá no hubiera debido exponer con un aire tan confiado. Con un brazo corto abarcaba recatadamente el respaldo de la silla de Maureen. Por lo demás no le faltaba atractivo: era un hombre de rasgos agradables y suaves, con una expresión amable que denotaba buen carácter. Detrás de la barricada de su brazo estaba Maureen, esperando que yo le diese un beso, y eso hice después de dudarlo un poco. Su felicidad era inconfundible: tenía un gesto beatífico. También su petulancia era innegable, como si sus encantos fueran ahora manifiestos, como si el mundo solo pudiera asentir en señal de reconocimiento. Sentí mi mezcla habitual de lástima y rabia, sobre todo por la cantidad de tonterías que tuve que soportar cuando les pasé la carta.

—Elige tú, cariño.

—No, cariño, tú. ¿Te apetece el cordero asado? Acuérdate de que esta noche llegarás tarde a casa. Yo creo que el cordero es lo mejor, ¿no te parece, Fay?

—Ya ve cómo me mangonea —dijo Clive Smallwood, apartando el brazo de la silla para coger la mano de Maureen, que le recompensó con un puñetazo juguetón en el hombro. Yo estaba como petrificada.

Detectaba algo extraño en la alegría de Maureen y en la inocencia con la que manifestaba sus características menos halagüeñas. Viéndola atacar el cordero asado comprendí que allí había en juego más de un solo apetito.

Miraba la carne con una efusividad casi impúdica. Clive Smallwood, que había dado cuenta de su plato con mínimo escándalo, aunque con una voracidad similar, posó de nuevo el brazo en el respaldo de la silla de Maureen mientras la observaba con aire paternal. Maureen soltó unos gemiditos de contento mientras recolocaba la comida en el plato con un remilgado aunque implacable tenedor. Con un fingido gesto de temor ante nuestra supuesta severidad parental, pidió a continuación *mousse* de chocolate y las manchas de color marrón brillante adornaron las comisuras de los labios hasta que se vio obligada a renunciar a la mitad del postre, que resultó demasiado contundente para ella. Me molestó que adoptara esa actitud, que manifestara en un espacio público un comportamiento esencialmente privado. Clive Smallwood estaba embelesado con la representación. Me pareció un buen hombre, con una disposición no muy distinta de la de Doggie: aletargado. Pedí café y la cuenta con una señal discreta. Pero antes había asuntos que tratar.

—Maureen —dije, porque era mi obligación—. ¿Has pensado en Julia?

—Naturalmente que sí. He rezado por ella todas las noches.

—Eso está muy bien, pero ¿se lo has dicho?

—Hemos pensado que sería mejor que se entere por usted —explicó Clive Smallwood, encarcelando de nuevo la mano de Maureen—. Por ser una amiga tan antigua.

—Lo siento pero no. Esto es cosa tuya, Maureen, exclusivamente. Tienes que decírselo cuanto antes. —Ahora veo que estas fueron las últimas palabras razonables que pronunciaría en mi vida—. Sabes que esto no es asunto mío. Por supuesto, os deseo lo mejor. Pero tenéis que hacer las cosas bien. Tenéis que ir esta tarde a Onslow Square, sin falta, y contárselo a Julia. ¿Dónde pensáis vivir, por cierto?

—Donde nos envíe la iglesia —dijo el señor Smallwood—. Queremos ser misioneros, ¿sabe?

—No puedo evitar la sensación de que le debes algo a Julia, Maureen. Tendrías que haberla preparado de algún modo. Querrá saber si puede confiar en que os seguiréis viendo. Ya sabes que es mayor y está muy desvalida.

—Tiene a la señora Wheeler —contestó Maureen—. La señora Wheeler viene todos los días.

—Pero no va los fines de semana —le recordé. Desde un punto de vista práctico, yo no veía que Maureen desempeñara tareas que no pudieran pedírsele a la señora Wheeler por una módica suma adicional, pero la señora Wheeler, que tenía que cuidar del señor Wheeler y de Michelle Wheeler, tenía también una excusa irrefutable para negarse. Además, la señora Wheeler no sabía entretener a Julia, que casi no la consideraba apta para hablar con ella. «Puede cambiar las sábanas —era toda la conversación de Julia con la señora Wheeler—. Puede llevarse estas cosas a la tintorería cuando se vaya.»

—La señora Wheeler adora a Julia —señaló Maureen en tono de superioridad. Ya no había nada que hacer con Maureen, eso era obvio. Había renunciado a todos los vínculos con su vida anterior y disfrutaba de la gloria del momento presente; había sido mansa y ahora iba a heredar la tierra. Vi cómo intentaba meter las mangas rosas en una recalcitrante gabardina y me pregunté cuándo tenía previsto marcharse.

—Recuerda lo que te he dicho, Maureen —la advertí—. Volved directamente a Onslow Square.

—¿Le digo a Julia que pasará más tarde? —dijo, creo que con ánimo de agradar.

—Pues la verdad es que no. Que me llame por teléfono cuando quiera verme. Tengo mi propia vida. Trabajo por las tardes.

—Es estupendo que hagas eso, Fay. Me refiero a salir. Mucha gente de tu edad se queda en casa sin hacer nada, ¿verdad?

Vi que no le caía bien y, como si ella también se diera cuenta, al instante acercó su mejilla húmeda a la mía. Clive Smallwood me dio la mano y nos despedimos debajo de una lluvia torrencial. Me inventé un recado en dirección contraria para no tener que ir andando con ellos. Estaba horrorizada, como si Maureen hubiera confesado un delito, porque en cierto modo eso era exactamente lo que había hecho.

Por otro lado, tenía derecho a ser feliz, puede que más que nadie. ¿Quién podía reprocharle que pensara en su vida después de tantos años de subyugación voluntaria? Tenía miedo, por Julia y de Julia. ¿Qué

obligaciones iban a interponerse en mi camino precisamente ahora que empezaba a tantear el terreno para tener una vida propia? Había alcanzado una edad en la que los viejos vínculos, las viejas lealtades cobran fuerza y ensombrecen a las nuevas amistades. La sensación de opresión me acompañó toda la tarde, pero estaba ocupada y no tan hundida como para dejar de sentir cierto orgullo por mis nuevas habilidades. ¿Qué derecho tenía esa mujer a imponerme semejantes obligaciones? Me había pasado toda mi vida adulta sometida a Julia. Podía seguir así mientras ella me pareciera un ser monstruoso y ridículo. Si me inspiraba compasión estaría perdida. Una llamada de Alan Carter me salvó la tarde: llamaba para decir que podía pasar a verme de camino a una cena. Alan fue mi coartada, aunque él no lo supiera. Me negué a analizar hasta qué punto llegaba su ignorancia. Me negué, por mi bien, a creer que pudiera ser indiferencia.

—Pareces muy preocupada —dijo. No era una invitación a que me desmoronara y le contase mis problemas. A esas alturas yo ya había aprendido. Aun así, pensé que era la única persona a la que conocía, aparte de Julia.

—Es por una antigua amiga —expliqué—. Mayor. Se queda sola de repente.

—¿Cómo tú, quieres decir? —Fue su manera de recordarme mi situación. No dije nada más. Me pareció que Alan era muy cruel. O que se estaba protegiendo, tal como se veía obligado a hacer con frecuencia.

—Eres muy grosero —contesté—. Tienes exactamente los mismos años que yo. Y, tú mismo lo reconociste una vez, eres menos atractivo.

Se acomodó en el asiento, con una sonrisa complaciente.

—Eso está mejor —dijo—. Podemos salir el domingo. Pensaba ir al cementerio de Highgate.

—Una elección perfecta, teniendo en cuenta tu decrepitud. Puedes venir a comer primero, si no estás demasiado débil.

Nos despedimos como de costumbre, en tregua armada. Me sentí más tentada que nunca a romper con él hasta que pensé en cuál sería la alternativa. Muchas mujeres hacen eso, por desgracia. No las admiro, pero las comprendo totalmente. Yo misma hubiera despreciado esa táctica antes, pero de eso hacía mucho tiempo, tanto que casi ni lo recordaba. La vida me

había enseñado a buscar protección, aunque fuese nimia. Al fin y al cabo, yo era una mujer de mi tiempo, de mi edad. No tenía la fuerza necesaria, ni por supuesto la grandeza suficiente, para hacer lo que quisiera. Hacer lo que quería consistía en ofrecerme comodidades sencillas: calor, sueño y unos pocos adornos. Las heroínas no se hacen con mujeres como yo.

A la mañana siguiente, cómo no, a las nueve sonó el teléfono.

—Oye —dijo Julia, con su nueva voz ronca—. Hay cosas que tratar. Podrías pasar un rato. Maureen tiene noticias increíbles.

O sea, que Maureen no le había dicho nada de nuestra reunión. Eso quería decir que estaba tan asustada como yo. Las heroínas tampoco se hacen con gente como Maureen, reflexioné. Pero ella, como estaba en la gloria, seguramente no reconocería su debilidad. Me dio por pensar si tendría éxito como misionera, si el miedo le impediría alcanzar sus objetivos. Pero contaba con Clive Smallwood para exonerarla, y él la exoneraría, porque nadie podía cuestionar que la quería. Maureen no era una heroína, pero era una mujer con suerte.

Julia tenía entonces setenta y cuatro años. No había envejecido como una mujer de la generación de Caroline. Estaba inmovilizada y amargada. Antes de salir de casa, el sofá me tendió los brazos, rogándome que me quedara. Aunque, por otro lado, Julia seguía tiesa como un palo («¡Esa postura, Wilberforce, esa postura!») y vestida de lino azul oscuro. Vi que se había puesto sus perlas y su broche de amatista. Pero no estaba preparada para su gélida expresión de repugnancia, con la nariz arrugada y los labios apretados. Eran solo las once de la mañana y ya tenía un vaso de whisky a mano, con una mancha de carmín en el borde.

—Bueno —dijo, a modo de saludo—. No dejamos de ver milagros. Primero tú encuentras a un hombre y ahora lo encuentra Maureen. Maureen, ¿por qué no haces un poco de café? Dice que va a casarse —anunció Julia, cuando la otra se fue a la cocina—. Podrías comprarle un regalito de mi parte la próxima vez que vayas a Peter Jones. Un mantelito o algo. —No le temblaba el pulso cuando cogió el vaso y bebió.

—Enhorabuena, Maureen —la felicité en un tono de voz moderado cuando volvió con la bandeja—. ¿Para cuándo es la boda?

—Dice que el mes que viene —contestó Julia, que hacía como si Maureen estuviera sorda o ausente—. Le he dicho que puede irse cuando quiera. Aquí no me sirve de nada.

—Puedo quedarme otras dos semanas, Julia —protestó Maureen—. Hasta que te organices.

—¿Que me organice? —repitió Julia, con los párpados a pleno rendimiento—. ¿Que me organice? ¿Qué demonios quieres decir?

—Bueno, hasta que encuentres una criada o algo.

—Y ¿para qué demonios quiero yo una criada? Casi no como. Solo estoy esperando a morirme. La vida no ha vuelto a ser la misma desde que se fue mamá, y Charlie, claro.

—No puedes vivir aquí sola, Julia —dije.

—¿Por qué no? Supongo que quieres que me vaya a un asilo. Bueno, podría ser. Mamá fue felicísima en el suyo. Podrías preguntar, Fay.

—¿Te acuerdas de cómo se llamaba el sitio, Julia?

—No. Puede que haya alguna carta en el escritorio de Charlie. Era él quien se ocupaba de esas cosas. Seguro que hay lista de espera. Lo más probable es que me muera antes de que me admitan.

Al levantar la tapa del escritorio encontré una vorágine de papeles, en su mayoría facturas. Vi que algunas no se habían pagado. ¿De verdad no faltaba dinero? ¿O era sencillamente que Julia no se preocupaba de esas cosas, como si en parte esperase que Charlie siguiera resolviendo sus asuntos desde la tumba? Alguien había estado revisando aquellos papeles o, mejor dicho, revolviéndolos, porque Charlie nunca los habría dejado en ese estado.

—Maureen, ¿has intentado ordenar estos papeles?

—Sí, les echó un vistazo —explicó Julia, que había decidido actuar como si Maureen ya no estuviera allí—. No creo que haya resuelto nada. Podrías mirarlos tú por mí cuando tengas un rato. Si no estás demasiado ocupada con tu trabajo.

Esto último no lo dijo con respeto sino todo lo contrario, con un desprecio monumental. Las mujeres que trabajaban, eso daba a entender, no eran demasiado importantes en el esquema general de las cosas; eran miembros de un ejército sin rostro, más que seres únicos como ella. En esto

no hacía distinciones entre Maureen y yo: le traía al paio lo que hiciéramos, por mejor que fuese la intención. Me imagino que Maureen se quedó sin sus honorarios a raíz de la muerte de Charlie, porque era muy improbable que Julia siguiera pagándole, si es que alguna vez había estado al corriente de eso. La presencia inútil y ansiosa de Maureen nunca habría merecido para Julia una recompensa económica; si acaso, la interpretaba como devoción por su persona, y tal vez lo fuera. En cuanto a mí, trabajar era lo que me correspondía: ¿para qué servía si no? Como no tenía la menor idea de mi carácter o de mis sentimientos verdaderos, y tampoco —eso esperaba fervientemente— de mi vida en general, Julia me consideraba una persona sin interés y, aún más que sin interés, inferior. Todos sus juicios y sus valores se basaban en la clase social. De vez en cuando se permitía que una mujer de belleza o de talento excepcional se escapara, porque Julia era generosa en ese sentido: las mujeres excepcionales despertaban su interés y sus cálculos; a los maridos y a los amantes se los evaluaba de un modo muy similar a como se evaluaban la ropa y las joyas, como atributos de una especie de victoria que esencialmente era la victoria de las mujeres sobre los hombres. Lo raro en Julia era su indulgencia con cierto tipo de mujeres, aunque no había nada sospechoso en esta inclinación; en realidad, para Julia las mujeres eran el sexo universal y los hombres las aberraciones o el incordio, a quienes estaba dispuesta a tender una mano tolerante, cuando no esperaba de ellos que subvencionaran su entera existencia.

Había otro motivo para que Julia decidiera meternos a Maureen y a mí en el mismo saco. Creía, aunque se equivocaba, que las dos estábamos activas sexualmente, y eso era especialmente difícil de tolerar para ella. Siempre había pensado que Maureen no se comía una rosca, hasta que se presentó con Clive Smallwood; desde ese momento, el ardor en la mirada de Maureen, sus pequeños alardes de suficiencia y aquellas melodías indescifrables aunque posiblemente sagradas que tarareaba de vez en cuando habían despertado en Julia una aversión gélida. No eran celos: era más bien una repugnancia brutal. Mi situación era muy diferente. De mí sospechaba que tenía una relación ilícita, cuando ni mucho menos era el caso. Pero al sospechar de mí, Julia se acercaba peligrosamente a la verdad, porque la relación ilícita de la que supuestamente yo estaba disfrutando no

era presente sino pasada. Ahora sospechaba lo que antes se había negado a sospechar. Dudo que la idea de que algo pasaba se le ocurriera entonces, cuando era importante y estaba más que justificada. Por algún curioso e infalible mecanismo psicológico, Julia había traspapelado la sospecha y ahora la recuperaba para atacarme en mi más que inocente amistad con Alan Carter.

El factor que destrozó mi vida, o la última parte de ella, había sido el miedo a que Julia estuviera al corriente de mi relación con su marido, esperando el momento oportuno para utilizar esa información en mi contra. Cuando miro atrás, me parece muy poco probable que supiera nada, visto que en su opinión yo era demasiado anodina para que alguien pudiera elegirme. Las mujeres guapas tienen una confianza que a veces las vuelve ciegas a la verdad. Creo sinceramente que Julia nunca había tenido la menor idea de las diversiones de Charlie, pero del mismo modo ahora detectaba en mi actitud una vivacidad, un estado de alerta que solo podía significar algún tipo de interés sexual, y eso era imperdonable para ella. Transformó su resentimiento en asco: el gesto de la nariz y los labios apretados expresaban su repulsión física, su manera de rehuir la evidencia. Que no tuviera motivos para sospechar daba lo mismo: había dictado sentencia y el veredicto no era favorable. Al mismo tiempo, y eso era muy curioso, no estaba nada lejos de la verdad, de la verdad metafórica de nuestras respectivas vidas. Había una esterilidad esencial en Julia, que aceptaba el amor pero no podía darlo. Yo no tenía ninguna excusa. Solo puedo decir que estaba preparada para amar y eso me había llevado a cometer un error. No podía perdonarme, y de hecho nunca me he perdonado. Quienes sobreviven a una relación adúltera se asombran más adelante de lo endeble que era esa relación y la estructura en la que se apoyaba. Con el tiempo comprenden que no puede incluirse en absoluto en la categoría de una historia de amor, que en realidad fue un simulacro, a veces negligente, a veces apresurado, normalmente clandestino. Esta idea ha ocupado mis pensamientos desde la muerte de Charlie, que pasó a gustarme menos entonces que cuando estaba vivo.

El legado de Charlie para mí fue Julia, que amablemente se había instalado en mi conciencia como un peso muerto. Con la deserción de

Maureen ya no le quedaba nadie, aunque en su favor hay que decir que ahora me despreciaba tanto que habría preferido sufrir antes que pedirme ayuda. No me hizo ninguna petición esa mañana, la mañana de los papeles en el escritorio, y no pensaba hacerla. Se quedaría allí, sola o con la señora Wheeler, con quien no intercambiaba más de unas pocas frases. Seguiría siendo inmaculada y seguiría quejándose, pero su orgullo no le permitiría aceptar favores, porque le costaba muchísimo ofrecer alguno. Esa mañana, en mi desesperación, me prometí encontrar la dirección de aquella residencia, ponerme en contacto con su hermano o hacer algo, algo que me librase de la carga de Julia. Sin ella sería capaz de mirar adelante, hacia una vida propia. Con ella no había la más mínima esperanza.

OceanofPDF.com

Quince

Yo aspiraba a la normalidad. Tenía la sensación de que era lo único a lo que había aspirado siempre, y mientras otros buscaban emoción y novedad, mi anhelo era la calma burguesa. Cada vez que miraba por la ventana y veía a un hombre camino del trabajo, con su maletín y su periódico, volvía a sentir la llamada de los encantos de la existencia corriente. Hasta intentaba imaginar al desconocido volviendo a casa al final del día y a su mujer recibéndolo y lo que cenarían: la escena me daba escalofríos de añoranza. A todas las personas con las que me cruzaba les deseaba un orden benéfico, pero también yo quería formar parte de ese orden. En resumidas cuentas: estaba harta de mi existencia solitaria y tenía ganas de compartir nuevamente mi vida. Supe que había caído en un estado de ánimo peligroso, porque había perdido la objetividad y no disfrutaba con nada: estaba atrapada por la melancolía y también por una sensación de amenaza. Pasaba malas noches. Me decía que era tonta, que ya no tenía edad para el amor y el romanticismo, incluso me decía que no estaba enamorada, y eso era cierto. Aun así, seguía oyendo el reclamo de una vida ordenada, y con él me asaltaba esa aguda conciencia de inquietud, casi de angustia.

Lo que yo deseaba era un hombre que fuese bueno y que tuviera únicamente intenciones tradicionales u ortodoxas. Ese hombre no había aparecido, incluso podía tratarse de una especie rara. Pensé con sorpresa en mi marido, en Owen, que era un hombre así, y precisamente por eso yo había depositado en él mi lealtad por primera vez. Mi matrimonio empezó a adquirir una dignidad de la que nunca había sido consciente. Owen no había dejado ninguna huella en mi vida. Casi nunca me acordaba de él y, sin embargo, al encontrarme en ese estado de ánimo tan extraño, me sentí orgullosa y le agradecí los años que habíamos pasado juntos. Si no pude disfrutar plenamente de esos años fue porque me había dado cuenta de que

no estábamos hechos el uno para el otro. Ahora ya no estaba tan segura. Owen no era un hombre expresivo, no solo no lo era sino que le molestaba la exhibición de sentimientos, como si eso pudiera revelar peligrosos abismos, abismos que los hombres decentes escondían. Yo tenía la esperanza de alcanzar esos abismos de Owen, pero no supe calcular la medida de su reticencia. Ahora me culpaba por no haber valorado lo suficiente la sencillez de sus intenciones al casarse conmigo. Su deseo de que nos casáramos siempre me había maravillado, y en este curioso último verano de mi vida yo empezaba a comprender que en ese sentido había demostrado ser mejor que cualquier hombre que yo hubiera conocido.

Pero Owen —con quien tuve muy pocas conversaciones profundas— se había ido, y empezaba a pensar que lo había decepcionado. O quizá yo simplemente deseaba una comunión que me diera confianza y me rescatara de aquella dolorosa inquietud, como si necesitara encontrar un refugio antes de que cayera la noche. Ahora veo que lo que estaba sintiendo era la cercanía de la vejez, aunque entonces solamente pensaba que sacrificaría de buen grado el resto de mi vida si estaba condenada a pasarla sola. No me había ido bien por mi cuenta y tenía la sensación de que no valía nada. Me sentía insignificante, arrepentida, a veces amargada. A pesar de todo anhelaba una especie de regalo, una dispensa de la fortuna que estaba dispuesta a pagar con gusto, costara lo que costara. Quería un verano más, y no me importaría morir cuando hubiera terminado si antes de que llegasen los días de oscuridad podía vivir unos meses como una persona normal, con un marido del que me despediría por las mañanas cuando se fuera al trabajo y al que recibiría al final del día con una sonrisa amorosa. Quería ejercitar esas facultades que había tenido antes, llenar mi cesta de la compra de cosas buenas, sentirme en pie de igualdad con todas las mujeres casadas de mi entorno y recibir a mis amigos antes de que fuera demasiado tarde para todo, antes de convertirme en una mujer vieja y triste en un piso solitario, sin nadie que me quisiera y con demasiado tiempo para dar vueltas a mi necesidad de compañía.

En términos prácticos, esto apuntaba al doctor Carter, cuyas ganas de volver a casarse eran inversamente proporcionales a las mías. Mientras que yo lo ansiaba, el doctor Carter huía. Disfrutaba siendo brusco y elegante y

haciéndose de rogar; si veía algún valor en mí era por conveniencia, no por mi idoneidad. Conmigo siempre tendría garantizado cierto grado de hospitalidad. Yo me adaptaría inagotablemente a sus estados de ánimo, sin saber nunca si a él le daría por acercarse o por alejarse, sin que notara nunca mi tristeza, siendo siempre agradable, evasiva, enfadándome únicamente cuando él quisiera verme enfadada, siendo completamente razonable. Mi rabia le hacía reír, lo ratificaba en su decisión, seca y fría, de no comprometerse. Yo sabía que nunca podría querer a un hombre tan poco cariñoso, pero sabía también que él se sentía atraído por mí y que si alguno de los dos decidía abandonar la posición en que se había instalado y pasaba a comportarse con naturalidad podríamos llegar a un acuerdo que nos sorprendería a los dos.

Había mucha ansiedad en mi actitud hacia el doctor Carter. Yo quería que me quisiera para poder considerar si me permitía o no quererlo. Soñaba con ese lujo. Al mismo tiempo, tenía que vivir con la desilusión de que eso no ocurriría nunca. Cada momento de intimidad exigiría a cambio una mayor sensación de la distancia que nos separaba; por cada excursión al cementerio de Highgate o al Museo Soane —sus escapadas eran siempre baratas y saludables, con muchos kilómetros de caminata— tendría que aceptar una brusquedad para la que ya no estaba preparada. No venía a verme siempre que lo invitaba, pero le encantaba pasar sin avisar. Esto empezaba a ser tan desquiciante para una persona de carácter ordenado como yo que casi le estaba cogiendo miedo; no soportaba la tensión que creaba entre nosotros y envidiaba la libertad de la que evidentemente disfrutaba él. Pasé una temporada sin querer salir por las tardes, no fuera a perderme la oportunidad de verlo. Afortunadamente, se impuso el sentido común y me juré que nunca volvería a esperar a nadie. Pero cuando salía a pasear, esas preciosas tardes de verano, me invadía la melancolía de estar sola, y pensaba con añoranza si el teléfono estaría sonando en mi casa vacía o si un visitante decepcionado se estaría alejando de mi puerta. La sensación era tan desagradable, tan inútil, que a la mañana siguiente lo llamaba por teléfono y lo invitaba a cenar. Él no siempre venía, pero el contacto me hacía sentir más normal.

Era consciente de que mis preocupaciones empezaban a alterar demasiado el equilibrio para atraer al doctor Carter, que únicamente me valoraba por ser una persona independiente, de buena posición económica y bastante atractiva para mi edad. Dicho de otro modo, me consideraba tan egoísta como él, cuando lo cierto es que lo era aún más, porque esperaba que me diera algo que él no estaba en disposición de dar, que quizá fuera incapaz de dar. Él me tenía cariño y se habría quedado de piedra si le hubiera dicho que no quería volver a verlo, pero al mismo tiempo estaba blindado contra mí. Yo era parte de su vida de soltero, y a él eso le parecía suficiente, mientras que para mí su soltería era temporal y sospechaba que si alguna vez renunciaba a ella para casarse de nuevo, yo no formaría parte de esa existencia, porque nunca se casaría conmigo. Quien lo conquistara tenía que ser más valiente que yo, y él sucumbiría, como todos, porque los hombres se venden muy baratos en ese sentido. Yo veía todo esto muy claro. Veía que podíamos conservar esa amistad cauta y divertida hasta que alguien dijera o hiciera algo irreparable, y tenía que hacer un esfuerzo titánico para no reprimir ciertas palabras que le habrían revelado la cantidad de rabia y de tristeza que almacenaba en mi corazón, de las que él era el causante. Por otro lado él me intrigaba tanto como yo a él. Tenía presente que hacía solo unos meses que nos conocíamos y él era un hombre cauto por naturaleza, pero sabía que habíamos llegado a ese punto en que ya no éramos simples conocidos. Me decía a mí misma que no tenía motivos para la melancolía pero no conseguía quitármela de encima. Los niños que iban a la escuela, los ancianos que sacaban a sus perros a pasear, las señoras con sus bolsas de la compra, todos me parecían ciudadanos de un mundo del que yo estaba excluida. Intentaba, sin conseguirlo del todo, sonreír y aparentar serenidad ante cualquiera. Seguía cuidando mi manera de vestir y saliendo a la calle con alegría las mañanas de sol. Aun así sentía que tenía los días contados.

Ahora lo entiendo todo, por supuesto. Era cierto que tenía los días contados, sí, por el miedo que se apoderaba de mí de vez en cuando. Ese miedo tenía que ver con la soledad de Julia y mi curiosa obligación hacia ella, como si mi vida dependiera de su favor, como si pudiera citarme en cualquier momento. Si salía de casa tan temprano por la mañana y volvía

tan tarde por la noche era en parte para no oír el teléfono y a Julia pidiéndome —¿o más bien ordenando?— que fuera a verla lo antes posible. Únicamente en ese contexto Alan Carter podía parecerme deseable, aunque mi falta de escrúpulos no llegaba al extremo de esconderme detrás de sus inexistentes invitaciones. Iba a Onslow Square, por desgracia, cuando la mala conciencia me obligaba a buscar lo único que podía saldar mi deuda provisionalmente, aunque esto nunca saliera del todo bien, porque siempre me castigaban por no haber ido antes, por ejemplo el día anterior, que, según me daba a entender Julia, le habría venido mejor. En realidad, el origen de su malestar era que yo le recordaba la existencia de un mundo que ella había olvidado por completo. En esos momentos me parecía que Julia viviría eternamente, pues no había cambios notables en su aspecto, más allá de la progresiva delgadez de las facciones. Su máscara seguía siendo impasible; el desafiante pelo de bronce, pulcramente peinado, presidía como siempre la frente alta, y sin embargo yo veía que los anillos no se ajustaban bien en los dedos, ahora ligeramente deformados, y un día me llevé un susto exagerado al fijarme en que solo llevaba un pendiente. Fue la primera señal de que Julia ya no tenía el mismo control.

—Vaya, Julia. Has perdido un pendiente —dije.

—Se me habrá caído por ahí —contestó con indiferencia. Esa mañana, poco después, vi algo que brillaba cerca de su estrecho pie izquierdo.

—Ahí está, al lado de tu pie. No lo pises. —Pero cuando me agaché para recogerlo, el pie se acercó despacio y lo aplastó. Este incidente me alarmó mucho. Julia no dijo nada, hizo como que no se daba cuenta. La señora Wheeler, que entró en ese momento con una bandeja de café, apretó los labios y me hizo un gesto elocuente desde detrás de la rígida espalda de Julia.

Julia no se alegraba nada con mis visitas; lo que la alegraba era ver lo incómodas que me resultaban a mí.

—¿Cómo está ese hombre tuyo? ¿Qué tal es en la cama? —decía.

Aparte de la curiosa angustia que me causaba esta pregunta, detectaba en su actitud un desprecio que solo se podía aplacar con detalles impúdicos. Se convirtió en un suplicio para mí, y en una perversa satisfacción para Julia, notar que me ponía colorada. Me avergonzaba mi ineptitud, mi

incompetencia como mujer, el no ser capaz de responder a su pregunta confesando la verdad o riéndome. Era la primera vez que descubría auténtica maldad en una mujer, y no tenía la menor idea de cómo tratarla. Si esperaba inducir cierta indulgencia en ella, pagué muy cara mi ingenuidad al suponer que eso era posible.

—Es un hombre muy agradable —decía yo, con una sonrisa radiante y deseando que dejaran de arderme las mejillas—, pero no sé por qué das por sentado que hemos intimado tanto. Hace solo unos meses que nos conocemos.

—Debes de ser muy lenta. Yo no necesitaba tanto tiempo. Supongo que esa es la diferencia entre nosotras.

—Claro. Y ahora, compórtate. ¿Has tenido noticias de Maureen? — Pero este era otro asunto delicado, porque Maureen no había invitado a Julia a su boda. El pretexto fue que Julia no habría querido hacer el viaje hasta Devon, aunque yo creo que habría ido en un coche de alquiler. Incluso podría haberla llevado yo. Julia se quedó de piedra; y yo también, por ella. Cuando recibió un trozo de tarta de la boda hecho trizas, lo tiró a la papelera con un leve temblor en la mano y me pidió que le sirviera una copa.

Creo que su tristeza era tan grande como la mía, pero yo había perdido todo resto de compasión. Ella seguía disfrutando tratándome con grosería y yo tenía la sensación de que no le podía negar ese placer. ¿Qué más daba? Julia se había convertido en una carga tan dolorosa para mí que los ratos que pasaba con ella los vivía como una especie de martirio. ¿Qué más daba si un día era más grosera que otro? En la calle hacía un sol radiante y yo pronto podría escaparme y librarme de esa presencia obsesiva y cruel hasta la próxima prueba de mi fe. Si mis visitas eran una modalidad de expiación, ni a ella ni a mí nos servían de nada. Julia habría tolerado quejas, protestas o lamentos. Lo que no estaba dispuesta a tolerar era esa última y leve esperanza que detectaba en mi corazón.

Creo que aquellas visitas nos estaban haciendo daño a las dos, porque a mí me destrozaban y a ella no conseguían apaciguarla. Julia quería escándalo, y derrota a ser posible; quería que yo le ofreciese una historia apasionante de serial radiofónico, que le mostrara lo peor de mí.

—¿Cómo se llama? —me preguntaba continuamente. Y cuando por fin me rendí y se lo dije, me sentí vencida.

—Ah, Alan Carter. Sí, lo recuerdo. Su mujer lo abandonó. Algo raro tendrá. La verdad es que no me vendría mal otro médico porque ese Bannister es un inútil. Podrías pedirle que viniera. —Me fijé en que no me pedía que yo fuese con él. Lo peor de todo es que estaba segura de que Alan se divertiría muchísimo con Julia. Se caerían los dos de maravilla.

—Ya se lo diré —dije, con la mayor cautela posible—, pero creo que está muy ocupado.

—En ese caso tendrás que emplear tu influencia, ¿no? —Su sonrisa, al decir esto, era la sonrisa de un tigre.

Asustada y humillada, no pude disfrutar de aquellos días preciosos, que se volvieron más tranquilos cuando terminó el colegio y las familias empezaron a irse de vacaciones. Mi calle cobró la calma de un barrio residencial, y a mí me apetecía conservarla, disfrutar de ella sin prisa, con inocencia, cuando mi estado de ánimo cambiase, si es que en algún momento lo hacía.

—¿Te vas de vacaciones? —le pregunté tímidamente a Alan Carter.

—Tengo una casa en la isla de Wight —contestó—. Podríamos ir unos días.

Fue un avance tan grande que todos mis temores me abandonaron temporalmente. Y me llevé tal sorpresa y alegría que casi tuve ganas de quedarme sola para saborearlas. Alan Carter estaba sentado en mi cuarto de estar en ese momento, tomando una copa de vino blanco, antes de reanudar su camino hacia alguna cena. Le gustaba empezar así la velada, le gustaba tanto mi cálido recibimiento como la seguridad de que se marcharía pronto. Creo que temía la complicidad que fomenta la noche y que era supersticioso, lo bastante para creer que cuanto más tiempo se quedara más profundo sería su compromiso. A lo mejor tenía razón. A lo mejor se arrepintió de la invitación nada más hacerla. A mí entonces me preocupó muy poco. Mi reacción de alegría fue, por supuesto, excesiva, pues lo conocía demasiado bien para pensar que se proponía dar un significado especial a algo que en el mejor de los casos sería uno más de sus interludios fraternales. Para mí era un lujo, una excusa para ponerme vestidos de

verano bonitos, estar acompañada, tener una respuesta contundente cuando la gente me preguntara si me iba a alguna parte; para mí esa invitación fue la promesa de la normalidad con la que soñaba.

—¿Cuándo iremos? —pregunté. Dijo que a primeros de septiembre sería un buen momento. Detecté cierto malhumor en su tono, como si le molestara mi entusiasmo repentino. Me di cuenta, pero no podía ocultar mi alegría por completo. Le serví otra copa de vino y añadí, con naturalidad—: Tienes que dejar que me ocupe de todas las tareas domésticas. ¿Por qué no vienes a cenar la semana que viene y lo organizamos? Ya está todo dicho: simplemente nos subimos al coche y nos vamos. —Esto era un exceso, pero ya me daba lo mismo. De repente me resultaba imposible seguir así, esforzándome tanto para vivir a duras penas, fingiendo que todo estaba bien, cuidando de una casa que ya no me gustaba demasiado, saliendo por las mañanas con una sonrisa. Quería recuperar mi vida o al menos lo que me quedara de ella. Estaba harta de moderación y de buenos modales. Hasta la promesa de pasar unos días en compañía de un hombre tan recalcitrante como él, casi inaguantable, me hacía una ilusión inmensa, y debió de notárseme en la cara, porque Alan Carter se inclinó, me dio un beso y luego, sin volverse a mirarme, se marchó. Quedamos en que vendría a cenar el jueves siguiente.

La semana intermedia fue indescriptiblemente agradable para mí. No había demasiado trabajo en la oficina, porque mucha gente estaba fuera, tenía tiempo de tomar una taza de té con la señora Harding y podía salir un poco antes. Examinaba la comida en las tiendas con la mirada de un experto y planeaba nuestra cena, que quería que fuese ligera y sencilla, y al mismo tiempo me permitía deleitarme en mis fantasías domésticas. Había alcanzado una edad en que las fantasías casi eran alimento suficiente, y ahí estaba yo, a mis sesenta y pocos años, haciendo planes para una cena íntima con un hombre atractivo de mi edad, cosa que llevaba años sin hacer. Pensé preparar una terrina de verduras, seguida de pollo asado con arroz y una macedonia de fruta para terminar. Caminaba con paso ligero y fuerzas renovadas. La señora Harding me dijo que tenía un aspecto estupendo.

Aparentemente me olvidé de Julia, aunque había en mi actitud un punto ligeramente febril, quizá relacionado con el hecho de que, mientras yo la

apartaba de mis pensamientos, ella se negaba a desaparecer definitivamente. En momentos de distracción su sonrisa escéptica se materializaba en el aire, delante de mí, y veía que estaba esperando, tomándose su tiempo. Pensé que tenía que ir a verla después de mi cena con Alan Carter. De hecho se lo dije, se lo garanticé, deseando por dentro no tener que hablar con ella nunca más; farfullé inútiles promesas a cambio de mi libertad temporal. Justo estaba dando los últimos toques a la terrina el jueves por la mañana cuando sonó el teléfono.

—Oye —dijo Julia, con voz baja y fría, no tanto la voz de una mujer mayor como la de un hombre mayor—. La señora Wheeler no ha venido. Dice que no se encuentra bien, aunque no me lo creo. Me ha jurado que viene mañana, pero necesito a alguien hoy. No tengo comida en casa... claro que para lo que como... Y tampoco he podido bañarme. —Y es que una de las funciones indispensables de la señora Wheeler era estar presente cuando Julia se daba su baño, porque corría peligro de caerse, con las manos y los pies tan débiles. Me miré las manos, pegajosas de gelatina.

—Lo siento, Julia. Hoy no puedo. ¿No puedes esperar hasta mañana?

—He pasado mala noche —explicó la voz—. Me siento sucia e incómoda. Si pudieras pasar esta tarde, al menos una hora, podría darme un baño e irme derecha a la cama. No soy capaz de comer mucho. A lo mejor puedes traer un poco de fruta o algo así.

Colgué el teléfono muy despacio, me lavé las manos con desmedido cuidado y metí la terrina en la nevera. Troceé la fruta para la macedonia y aparté un poco en un envase de plástico para Julia. Envolví dos panecillos en una servilleta y corté una cuña de un buen queso Stilton que había comprado para Alan Carter. Estaba muy tranquila, pero parte de mi tristeza había vuelto. Mi estado de efervescencia se esfumó para dar paso a cierta pesadez. Pensé que aún podía conseguirlo. Si me vestía primero, le pedía permiso a la señora Harding para salir más temprano, pasaba por Onslow Square y volvía a casa a terminar los preparativos, aún podía conseguirlo. Tendría tiempo. Y tampoco pasaba nada porque cenáramos a las ocho y media o las nueve. Me vestí despacio, con una blusa de seda azul y una falda estampada azul y negra, me fijé en que el cielo se estaba nublando y miré en el espejo mi cara de desconcierto. Luego cogí mi cesta y salí casi

con impaciencia, con ganas de que el día pasara cuanto antes para estar de nuevo a solas, sin nadie, hombre o mujer, que me torturase.

El cielo encapotado, oscuro, amenazaba tormenta.

—¡Qué guapa te has puesto, Fay! —dijo la señora Harding—. Espero que Doggie no te estropee esa falda tan bonita.

Sonreí con tristeza, sin ningunas ganas de fiesta a esas alturas. Pasé la tarde como si no tuviera nada mejor que hacer, pues efectivamente ese era el caso; mi único deseo era ayudar a la gente que llamaba por teléfono, y como estaban lejos me resultaba mucho más fácil ayudarles. A las cuatro y media cerré la oficina, cogí mi cesta y me marché. Calculaba que si llegaba a Onslow Square poco después de las cinco, o lo antes posible pasadas las cinco, podía salir de allí a eso de las seis o seis y media como tarde y mi velada seguiría intacta. Alan llegaría a las siete y media. Nada tenía por qué salir mal.

Encontré a Julia sentada en el salón. Aunque se había vestido tenía un aspecto desarreglado.

—Vas muy elegante —dijo—. ¿A qué se debe?

Fui a la cocina a vaciar la cesta y a prepararle una taza de té.

—Alan Carter viene hoy a cenar. Por eso no puedo quedarme. En cuanto esté listo el té te voy a preparar el baño. —Fui al dormitorio, donde me vi en la obligación de hacer la cama. Empezaba a notar un leve dolor de cabeza; por el ambiente cargado, seguramente, y por la ansiedad, una ansiedad que no tenía ganas de prolongar. Abrí el grifo y me tomé dos aspirinas de un frasco que tenía Julia en la mesilla. Me invadió una especie de desesperación. Pensé en volver corriendo a casa a preparar el pollo. Y el arroz, que siempre era un plato delicado. Y aún tenía que poner la mesa.

—Ven, Julia —llamé—. El baño ya está listo.

—¿Va a cenar contigo? —preguntó, entrando muy despacio en el dormitorio. Se desnudó con la misma lentitud, descubriendo la lencería de una *cocotte* y unas extremidades que empezaban a parecer atrofiadas. Me impresionó la blancura de su cuerpo: pensé que no debería estar mirándola. La ayudé a entrar en el agua con olor dulce y le di la espalda. Para entonces yo estaba temblando, aunque no sabía por qué.

—Ese hombre —dijo Julia, detrás de mí—. ¿Vas a casarte con él?

—Pues claro que no —contesté, con la mayor tranquilidad posible—. Vamos, Julia, deja que te ayude a salir.

—Pero tienes una aventura con él, ¿no? —Se levantó con dificultad, y el agua chocó contra el costado de la bañera y salpicó un poco el suelo y mi falda.

—No tengo una aventura con él —dije con repugnancia.

—Pero vas a tenerla, ¿verdad?

—Ni hablar. Puede que nos vayamos unos días fuera, nada más.

Creo que esas palabras fueron mi mayor error. Julia se me colgó del cuello con el brazo húmedo y me despeinó.

—¿Os vais? Bien hecho. —Fingió que se caía, o es posible que resbalara (ya no lo sé), y al intentar agarrarse a mí me rompió la costura del hombro de la blusa. Noté cómo se me soltaba el pelo poco a poco y me cubría la espalda. Julia descargó todo el peso de su cuerpo en mis hombros mientras yo me tambaleaba hacia atrás; o renunció completamente a hacerse responsable de sus movimientos o estaba más incapacitada de lo que yo creía. Horrorizada, conseguí llevarla al dormitorio. Se acercó despacio al tocador y se miró la cara, volviéndola a un lado y a otro. Sus ojos, cuando me miraron en el espejo, eran viejos y tenían un brillo divertido. Me imagino las pintas que tendría yo en ese momento, con el pelo suelto y la blusa mojada y rota. Solo pensaba en llegar a casa y reparar los daños. La lluvia golpeaba en la ventana como una ráfaga de balas. Julia se extendió la crema en la cara como si se acariciara.

—A Charlie le encantaba verme hacer esto. Me adoraba. Eres la mujer de mi vida, decía. Nunca habrá otra. ¿Te ha dicho eso alguien alguna vez?

Me fui de allí sin mirar atrás.

Estaba lloviendo mucho, lo suficiente para que no hubiera ni un taxi a la vista y los demás vehículos hubieran formado un atasco. Fui corriendo sin parar, como pude, hasta Drayton Gardens. Debía de parecer una loca. Una vez en casa, me temblaban tanto las manos que prendí un montón de cerillas antes de acertar a encender el horno. De milagro conseguí poner el arroz, el caldo y las hierbas en una fuente. Mientras el pollo hervía a fuego lento con la otra parte del caldo, puse la mesa y luego volví corriendo a la cocina para meter la fuente en el horno. Cuando terminara de prepararlo

todo tendría el tiempo justo de darme un baño. Saqué el vino, desmoldé la terrina y entonces sonó el timbre. Lo cierto es que dudé antes de abrir la puerta, casi con la esperanza de que quien llamaba diese media vuelta, aunque fuera Alan Carter. Me fijé en la blusa rota que se iba secando por partes.

—Buenas noches, señora —me saludaron los dos jóvenes pálidos que estaban en mi puerta—. ¿Le interesa tener más información sobre la Biblia?

Justo en ese momento sonó el teléfono. Di con la puerta en las narices a los jóvenes y fui corriendo al cuarto de estar.

—Hola, Fay —era Peral Chesney—. Espero no molestarte.

Vi por la ventana a Alan Carter, que se acercaba a buen paso. Le prometí a Pearl que la llamaría después y fui corriendo a la cocina para apagar el horno. Al darme la vuelta, rocé con la falda el plato de la terrina, que había dejado demasiado cerca del borde de la mesa. El plato cayó al suelo, se hizo añicos y me roció los zapatos de *mousse* de zanahoria.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Alan Carter, siguiéndome a la cocina. Parecía más enfadado que preocupado. Era de esos hombres que no soporta que les estropeen la noche. Supongo que es una característica de los hombres sin pareja, o a lo mejor es que veía a tantas mujeres desesperadas a lo largo del día que pasadas las horas de trabajo ya no le quedaba ni una gota de paciencia. Alan quería para sí rutina, orden y distancia.

—Se ha estropeado todo —dije con desesperación. Y me eché a llorar.

—Eso ya lo veo —respondió, con una nota de fastidio—. Si te cambias de ropa te invito a cenar.

—Creo que no puedo. —Me senté y me sequé las lágrimas con un paño de cocina.

Alan se sirvió un vaso de vino.

—No me había dado cuenta de que fueras tan temperamental.

—Claro que no te has dado cuenta —estallé—. Bueno, no es culpa tuya. Te gusta la vida ordenada. A mí también. Soy una persona muy ordenada. Pero las cosas salen mal incluso si uno lleva una vida ordenada. Parece que nunca te has parado a pensar en eso. Nunca me has preguntado qué me gusta, qué quiero.

—¿Por qué iba a preguntártelo? —contestó, de mal humor—. No es mi responsabilidad ordenar tus asuntos.

—¿Por qué no? —pregunté despacio—. ¿Por qué no? ¿Por qué no puedes preguntarme qué quiero? ¿Es porque no quieres que quiera nada?

—No hace falta que te pongas histérica —dijo—. En cuanto a lo que quieres: no quieres ni una cosa ni la otra. Me invitas a cenar. Te ofrezco cenar fuera, al ver que la comida está en el suelo.

—Me duele mucho la cabeza. Si no te importa, prefiero irme a la cama.

—Me parece la mejor idea. Buenas noches. Llámame por la mañana y dime cómo estás. Ya nos veremos en otro momento.

Muy despacio, con el eco de un brusco portazo en los oídos, limpié el suelo, tiré la comida, me quité la ropa destrozada y la dejé en el cesto de la colada. No debería volver a ponérmela nunca. Me acosté en la cama con los ojos ardiendo mientras la luz se iba apagando poco a poco. Era todo una nimiedad, pensé. Un plato roto y una noche estropeada. A mi edad no debería dar importancia a esas cosas. Pero había sido importante, en realidad, crucial. Le había mostrado a Alan Carter una faceta desagradable, lamentable, desquiciada. Me había visto con el pelo suelto, la blusa rota y los ojos enrojecidos: no lo superaríamos. Probablemente había perdido a ese hombre quisquilloso y tan felizmente desaparejado: así pierden las mujeres frente a los hombres, por no prestar demasiada atención. Le había pedido, de la peor forma posible, socorro, apoyo, indulgencia. En realidad le había pedido amor, y él lo sabía. Eso era un problema grave para él, porque no estaba preparado para darlo. Sus deseos o sus intenciones, fueran las que fueran, no incluían a una mujer trastornada y con aquel aspecto desastroso. En sus pensamientos yo tenía que ser siempre majestuosa y agradable, una posibilidad: nada más. Las preocupaciones que pudiera tener eran cosa mía, no suya. Yo era viuda y él divorciado; el matrimonio estaba fuera de lugar. En ese momento por fin lo vi, demasiado tarde.

También vi que no toda la culpa era de Alan. No comprendemos lo suficiente a los hombres cuando se ha herido sus sentimientos. Yo le había decepcionado. Una mujer más hábil habría sabido evitarlo. Pero yo siempre he sido impaciente, susceptible. Quería felicidad. Quería una vida plena. Esta que tengo no siempre es capaz de procurarme lo necesario. Quería la

cooperación de Alan Carter y creía haber perdido el derecho a eso. Habría dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo, cerrar la puerta de la cocina y olvidarme del desastre, presentarme con una sonrisa y decir: «Siéntate. No tardo ni un minuto. Voy a cambiarme. Me temo que solo vamos a cenar una tortilla. He tenido un día ajetreado. ¿Por qué no te sirves una copa de vino y te relajas hasta que te avise?». Todo esto tendría que haber sido posible. Pero yo no fui capaz de conseguirlo.

Detrás de mi ruina estaba Julia. Lo sabía; lo había sabido incluso antes de que se escenificara el fiasco. Era como si ella lo hubiera dispuesto todo. Aunque parezca ridículo, yo sabía que eso era verdad. Por rencor pasado o frustración presente, Julia había provocado mi derrota. Era importante para mí creer que había actuado así al ver que yo tenía una oportunidad —¡tan endeble!— de felicidad. No lo hizo por venganza. La venganza de Julia habría sido más dura, más inmediata. Podría haberme torturado mucho más de habérselo propuesto, podía haber desplegado sus formidables recursos para humillarme y condenarme al ostracismo. Pero es que Julia no tenía buen ojo para el carácter de los demás. Solamente era capaz de verse a sí misma. Si hubiera tenido más sutileza, creo que se habría encargado de hacerme sufrir de una manera que no me atrevo ni a imaginar.

Estos fueron mis pensamientos a media noche. Por la mañana, todavía con dolor de cabeza, pensé que lo había exagerado todo. Lo más probable era que Julia nunca hubiera sabido nada, que nunca hubiera visto nada más que una mirada especulativa de Charlie hacia mí. Eso era suficiente para ella. Y quizá todo eso hubiera ocurrido hacía mucho tiempo, antes de que yo me diera cuenta. A lo mejor todo venía de aquellas vacaciones en Niza, cuando Charlie y yo nos sentábamos en un café a leer inocentemente los periódicos mientras esperábamos a que Julia terminara su *toilette*. Lo que reavivó ese antiguo rencor fue la perspectiva de que me fuera de vacaciones con Alan Carter, con quien pensaba que yo podía ser feliz, como de hecho lo había sido. No debería volver a verla nunca, aun cuando no pudiera ofrecerle lo que ella quería oír: la divertida historia de cómo había perdido mi última oportunidad. No me veía capaz de eso. Por lo tanto tenía que abandonarla, como siempre había querido hacer. Curiosamente, la idea me resultaba muy difícil.

Hacía un tiempo fresco y gris, decepcionante en comparación con los espléndidos días anteriores. Me acordé de una vez que llovía y yo estaba delante de la casa de Gertrude Street, después de aquellos días abrasadores que precedieron a la muerte de Owen. Había llegado la hora de la verdad. Me quedé sentada, con las manos en las rodillas, sabiendo que ese verano no me iría de vacaciones. Mis vacaciones habían terminado. Llamé a la clínica y fue Alan quien cogió el teléfono.

—Siento mucho lo de anoche —dije, quitándole importancia, porque eso era lo principal—. Tengo unos dolores de cabeza terribles de vez en cuando. ¿Me dejas que vuelva a invitarte a cenar? ¿La semana que viene, tal vez?

—Estoy muy ocupado —fue su respuesta—. Me alegro de que estés mejor. —(Yo no había dicho eso)—. Ya te llamaré.

Colgué con sumo cuidado, sabiendo que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a saber nada de él.

Después me quedé muy tranquila. Al final de la mañana, cuando ya estaba a punto de irme a la oficina, me acordé de Pearl Chesney y le devolví la llamada. Se alegró mucho de oír mi voz. Por lo visto venía a Londres al día siguiente.

—Esto es muy bonito, desde luego, y me encanta estar tan cerca de Colin y los chicos, pero ¡echo de menos mi ciudad!

La invité a tomar café conmigo.

—Y supongo que irás a ver a Julia —dije.

—Sí, hija. La echo de menos. Tiene gracia, ¿verdad? Ahora que por fin tengo una vida propia no paro de pensar en Julia a todas horas.

—Bueno —contesté despacio—. Supongo que es una mujer memorable.

—Eso es. Memorable. Tú siempre has tenido el don de la palabra. Hemos pasado buenos ratos, ¿no?

Me puse una rebeca para ir a la oficina. Al fin y al cabo era una mujer mayor y tenía la obligación de cuidarme. Creo que fue ese día cuando empezó mi vejez, aunque en conjunto no me ha ido tan mal. Me senté en la oficina, a gusto con mi chaqueta azul claro, con Doggie a mi lado, y me puse a razonar conmigo misma. Estaba libre; libre de obstáculos y libre de esperanza, que es el mayor de todos los obstáculos. La idea no era tan

terrible. Me sorprendió lo poco que sentía. Solo cuando ya estaba preparándome para cerrar y volver a casa, un rayo de sol tardío atravesó las nubes y noté un leve dolor. Pensé en una casa en la isla de Wight que jamás llegaría a ver.

—No me voy de vacaciones —le anuncié a la señora Harding—. Puedo seguir viniendo si confía usted en mí.

—En ese caso le diré a mi hermana que voy a verla —dijo—. Es usted un tesoro, Fay. Que pase un buen fin de semana.

Tiempos pasados, tiempos tristes. Me siento mejor ahora que entonces. Entonces me sentía como una niña, perpleja, aunque ya no tenía edad para eso. Mi infantilismo, que persistía a pesar de las pruebas de envejecimiento de mi cuerpo, resultó ser mi enemigo hasta el final. Porque había llegado el final de algo, y yo lo sabía. No más ilusión, no más expectativas, no más poder. Los viejos no tienen poder. Me vi reflejada en un escaparate cuando volvía despacio, más despacio que de costumbre, a Drayton Gardens. Mi imagen me recordó a alguien, pero a alguien a quien llevaba mucho tiempo sin ver. No me reconocí hasta que llegué a casa, cuando me estaba cepillando el pelo delante del espejo. Me parecía a mi madre.

Dieciséis

Pearl se sentó en frente de mí, en la otra butaca, la butaca pensada para que la ocupase un compañero, la butaca que yo había puesto al lado de la chimenea con la intención de reproducir una imagen de felicidad doméstica. A pesar de todo, me alegré de tener la compañía de Pearl. Desde lo que yo llamaba la debacle me había vuelto humilde y callada y estaba deseando recibir sencillas muestras de buena voluntad. Me contentaba con el cliché más nimio, pues lo veía como una réplica en un juego de conversaciones que no admitía ambigüedad. Jugaba a este juego a conciencia, como una principiante, una novata, que es lo que era en realidad, porque me había graduado en una academia en la que las palabras se utilizaban como un disfraz y el único objetivo consistía en adivinar la intención de lo que se callaba. Me producía un alivio inmenso decirle a una vecina que ya empezaba a anochecer más temprano o que hacía frío suficiente para que helase un poco y ver que mis observaciones se aceptaban y se confirmaban.

Pearl fue un consuelo incalculable, porque siempre pensaba y se expresaba en esos términos, pero lo hacía como si empleara palabras recién acuñadas: la medida de su peculiar inocencia era su fe firme y apasionada en esas afirmaciones que evitan la necesidad de pensar con originalidad.

«Mi querido Londres —dijo, mientras se acomodaba en la butaca—. Aunque he oído que las mujeres ya no están seguras en la calle. Y el transporte no ha mejorado, ¿verdad? He estado veinte minutos esperando el autobús. Podía haber cogido el metro, pero estoy un poco nerviosa. Se leen unas cosas horribles. Esos jóvenes desempleados, sin nada que hacer. No entiendo por qué no se vuelve a implantar el servicio militar.» Le ofrecí una taza de café y la aceptó con las mejillas encendidas y un brillo de ilusión en los ojos confiados por el día que iba a pasar en la ciudad. El exilio no había disminuido su entusiasmo, aunque me dio la sensación de que se sentía

mucho más sola de lo que se esperaba. Su humildad y su lealtad le impedían siquiera insinuarlo, salvo con frases manidas y alusiones chistosas a la vejez y a lo lejos que estaban ya sus años mozos. Lo cierto es que no tenía nada que hacer. El piso pequeño y la escasa compra no eran suficientes para ocupar las horas. Su hijo vivía al son que tocaba su mujer, y sus nietos solo iban a casa en fines de semana alternos, con un montón de ropa sucia y la novia de turno. Sin que me lo dijera, supe que Pearl se desvivía por ser útil a su familia, y que pagaba sus visitas de los domingos con muchos pequeños servicios que hacía principalmente sin salir de casa. Parte del entusiasmo con el que cogió una galleta de mantequilla se debía a que volvía a disfrutar de una vida propia. Había huido, la habían acogido bien y ahora la invitaban a una casa. Era una mujer tan decente que con eso le bastaba para ser feliz; no aspiraba a nada más.

Yo también me alegraba de que hubiese venido. Una vuelve a la compañía de las mujeres cuando recibe un golpe duro; cuando descubre el bulto en el pecho o la mancha de sangre inexplicable; cuando esas peculiares amenazas en la vida de una mujer se acercan demasiado. En momentos así solo nosotras podemos ayudarnos. Cuando se ha vivido eso, los problemas que tienen los hombres se observan con una tolerancia cansada y los que a su vez crean, como si no tuvieran importancia, y puede que no la tengan. Puede que necesitemos una perspectiva de una exactitud insuperable para comprenderlo todo en un primer momento. Sin embargo, esto se da muy rara vez. Delante de mí, con su abrigo de color piedra desabrochado y un vestido de flores rojas y moradas, Pearl irradiaba la satisfacción de quien ha logrado salir adelante. Tenía la inocencia de una monja o de quien ya no quiere saber nada de los hombres, de quien los considera irrelevantes, salvo que sean sus hijos. Me acordé de que Pearl siempre se había sentido algo incómoda en presencia de Charlie, como si fuera un intruso, un extranjero que hablaba en otro idioma. Su actitud cariñosa con las mujeres era la de una niña antes de que el amor, el matrimonio y otros abandonos destruyan la unión con sus amigas.

Yo había hecho una comida sencilla: pollo frío con curry y la macedonia de frutas de la otra noche, que seguía intacta. El placer con que lo había preparado se vio recompensado con creces por lo mucho que le gustó a

Pearl. Como de mutuo acuerdo, no hablamos de Julia hasta que terminamos de recoger la mesa y Pearl volvió a sentarse en la butaca, con un cigarrillo y otra taza de café. Nos pareció lo más indicado para la ocasión, aunque las dos estábamos impacientes por sacar el tema. Por fin, Pearl echó un vistazo al reloj y dijo:

—No quiero monopolizarte, Fay. Seguro que estás ocupada. Échame cuando quieras y me iré a casa de Julia. ¿La has visto hace poco?

—La vi el otro día. Y, francamente, estoy muy preocupada. No puede seguir viviendo sola, Pearl. Nunca ha movido un dedo, y ahora probablemente ya no esté capacitada, aunque con Julia nunca se sabe cuánto quiere hacer y cuánto puede.

—Nunca le perdonaré a Maureen que se largara así, sin prepararla antes, y que ni siquiera la invitase a la boda.

Debí de poner cara de sorpresa, porque Pearl me explicó.

—Hablo con Julia por teléfono todas las semanas. Los domingos por la noche. Creo que es cuando peor lo pasa.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté—. No puede estar sola. Hasta dudo de que tenga dinero suficiente.

Pearl bajó la voz, como si Julia pudiera oírnos.

—Yo también he pensado en eso. No creo que Charlie le dejara mucho. Tengo entendido que era un derrochador. Ya sabes que había otras mujeres. No me preguntes cómo lo sé. Ni siquiera sé si es verdad. Pero hace muchos años, antes de que tú y yo nos conociéramos, le oí hablar por teléfono y me hizo sospechar. Después se volvió más cuidadoso.

Tuvo la delicadeza de callarse, y yo miré por la ventana.

—¿No le queda nadie? —dije al cabo de un rato—. ¿Qué ha sido de su hermano? Ese al que adora. Aunque yo nunca lo he visto por allí.

—Bueno, esa es la cuestión —contestó Pearl, acalorándose—. Se han peleado. La madre le dejó todo el dinero a él, aunque nunca se lo mereció. Nunca sirvió para nada, ya lo sabes. Vive en el extranjero, no sé dónde. En España, creo.

Me lo imaginé como un personaje sórdido, escandaloso, con los dientes destrozados y un reloj caro. Su bebida sería el gin-tonic y siempre tendría uno a mano. Después de una carrera anodina y posiblemente fraudulenta en

el negocio del motor, el dinero de su madre debía de ser como un regalo de los dioses, porque aunque Julia supuestamente lo adoraba, él no sentía la misma devoción por ella, o eso parecía. A lo mejor la encontraba aburrida. Julia me enseñó una vez una foto de un joven muy guapo, con el cuello de la camisa abierto; la foto, que tenía muchos años, estaba descolorida, pero ya entonces se le notaba el mal estado de los dientes. Ese hermano formaba parte de la mitología personal de Julia: el joven eternamente prometedor pero con cierta debilidad perdonable que, de un modo impreciso, se había fallado a sí mismo. Supe, al ver la fotografía, que aquel hombre probablemente les había costado muy caro, no solo en disgustos sino en dinero contante y sonante, y me pregunté si el matrimonio de Julia con Charlie había sido totalmente desinteresado. Porque al principio, cuando los conocí, Charlie era, o pasaba por ser, un hombre con dinero.

Yo había descartado a Gerald, que así se llamaba el hermano de Julia, y eso que en los primeros tiempos de nuestra relación su nombre se invocaba con frecuencia como el *summum* de la perfección masculina. Julia también tenía sus debilidades, aunque muchas no se veían. Quería a Gerald, eso me parecía a mí, mucho más de lo que una hermana tiene que querer a un hermano. Era de esas mujeres que crean un jardín encantado con los recuerdos infantiles y presumen de ellos delante de personas que rara vez se detienen a pensar en su infancia. Julia volvía los ojos a la fotografía y, una, con cierta dosis de impaciencia, le oía decir las palabras familiares —«¿Te he contado alguna vez que Gerald y yo...?»— y quedarse a continuación como ida, incluso atragantarse o comerse toda la tarta en el cumpleaños de alguien, entregada a recuerdos que a mí me resultaban francamente incómodos pero que iluminaban su rostro por un instante con una expresión de ternura nada habitual. Julia y su madre habían lamentado en muchas ocasiones la mala suerte de Gerald, y pensaban que los celos, por su atractivo y su encanto, eran la razón por la que los demás se negaban inexplicablemente a ayudarle a abrirse camino. Recuerdo que Gerald no se llevaba bien con Charlie, y por eso sus visitas eran tan infrecuentes.

—Me temo que aquí también hay celos —dijo Julia una vez, con su horrorosa e inconsciente sinceridad.

—¿Quieres decir que Gerald tiene celos del éxito de Charlie? —le pregunté yo.

—Quiero decir que tiene celos de Charlie, porque se ha casado conmigo.

Yo me ruboricé por lo que estaba insinuando, mientras que para ella la situación parecía lo más normal.

Por lo tanto, la clave del corazón invernal de Julia debía de estar en su infancia, cuando los sexos se separan, pero antes de que decidan relacionarse. Dos niños, admirados por su belleza y su desparpajo, mimados por una madre débil y posiblemente tonta, que se animaban mutuamente a ser temerarios, habían sentido un amor, el uno por el otro, que ningún otro amor podía borrar. Al menos creo que esto era así en el caso de Julia, aunque no necesariamente en el de Gerald. Yo no lo entendía, porque a mí las emociones de los adultos siempre me han parecido más interesantes que las infantiles. Aunque había tenido una niñez feliz, no sentía ninguna nostalgia, ningunas ganas de volver a los días de la infancia. Pero la amargura de Julia, que tantas veces dirigía contra las circunstancias del presente, venía seguramente de la certeza de que la niñez había terminado y ya no era la otra mitad de una pareja de consentidos. Gerald debió de ser el único hombre al que consideró como un igual, porque con el resto de los hombres —y también con las mujeres— se sentía superior. Todo esto, claro, eran suposiciones mías. No tenía forma de confirmarlas. Pero mientras lo pensaba, me pareció que la última pieza de la enigmática personalidad de Julia encajaba por fin.

—Pearl —dije—. ¿No hay manera de que se reconcilien? ¿No podría Julia irse a vivir con él?

—Bueno, el problema es él. No sé si querrá vivir con ella. Tiene su vida y por fin algo de dinero. Vive con un amigo, según tengo entendido. Otro hombre.

Sí, él querría. Yo lo sabía. Ahora estábamos hablando en voz muy baja, como dos conspiradoras, a pesar de que no había nadie más en casa. Yo tenía un objetivo en mente. Si hubo felicidad al principio, ¿no cabía alguna posibilidad de que hubiera la misma felicidad al final? Me imaginaba al tal Gerald como un individuo esencialmente dudoso, o no tanto dudoso como

poco de fiar, con una crueldad solo comparable a la de cierta persona. Me los imaginé a los dos al sol, evocando eternamente su infancia, y al compañero ocupándose amablemente de las bebidas. Con dinero también habría servicio, y eso significaba que Julia podría vivir su vida como siempre había querido. Además, la vejez y la enfermedad siempre se llevan mejor cuando todos los días hace sol y la vida parece unas eternas vacaciones. Volví a mirar por la ventana. Hacía un día gris, fresco, con un aire ligeramente hostil, como si no fuera a acabar nunca, a cambiar nunca.

—¿Cómo podríamos localizarlo? —pregunté.

Pearl se asustó.

—¿No estarás pensando en ir a verlo? ¿A espaldas de Julia? De todos modos, no tengo su teléfono. Lo tuve cuando él vivía en Baron's Court, pero hace ya cuatro años que se fue, o más. Julia sabe dónde está, claro. Podríamos planteárselo, aunque en realidad no es cosa nuestra, ¿o sí?

—Pearl, Julia no puede vivir sola. Ya la conoces. Solo come si alguien le pone el plato delante. Maureen se ha ido. La señora Wheeler o mucho me equivoco o no piensa volver. No sé cuándo le habrá pagado Julia por última vez. Eso significa que solo quedo yo. Yo no puedo cuidarla, Pearl. No hay ningún motivo para que no lo haga, pero no lo voy a hacer. Estoy harta de Julia. Ni yo disfruto con su compañía ni ella con la mía. En unas semanas —¡qué digo semanas!—, en unos días, nos odiaríamos. Y pensar en dos viejas peleándose me pone enferma. Quiero un poco de paz. Al fin y al cabo, ya sabes que yo también estoy sola. Y empiezo a acostumbrarme, o no tardaré mucho. —Volví la cabeza al decir esto, para esconder los ojos húmedos—. Lo mejor es que se vaya a España —concluí, secándome las lágrimas, que se empeñaron en escaparse.

—Bueno, hija, por supuesto. Si tú crees qué es lo mejor...

Pearl estaba incómoda. Le había chafado el día. Cogió su bolso y su pañuelo y se preparó para salir.

—Yo pasaré más tarde —dije—. Tú ve y disfruta charlando con ella. Prepárale un té, si es que hay. Le encantará verte. Yo iré cuando salga del trabajo y le meteré la idea de España en la cabeza. Asumo toda la responsabilidad —añadí—. Si las cosas no salieran bien, siempre puede volver aquí. Gerald al menos tendrá el nombre de la residencia donde

estuvo su madre. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Parecía reacia a la idea de irse allí. El caso es que necesita que la cuiden. Alguien tiene que cuidarla.

Despedí a Pearl y me fui andando a la oficina, enfrascada en mis cavilaciones. Lo importante era arreglar eso, de pronto me daba cuenta. En cuanto lo hubiera arreglado me iría yo también. No sabía por qué, pero estaba hundida. La difícil situación de Julia me había puesto cara a cara con la mía. Yo también iba a envejecer, y no tenía un hermano, aunque fuera problemático, que cuidase de mí o pagase para que otros lo hicieran. Los incidentes de la noche de la cena fallida me habían dejado muy claro que nadie iba a salvarme de lo que de repente se presentaba como una soledad aterradora. Tener un hombre al lado —o ni siquiera al lado, pero cerca y a mano— da confianza en que la vida es manejable y normal: la desaparición de ese hombre marca el comienzo de los días de oscuridad, de los días en los que una duda hasta de su capacidad de resistencia. Y a pesar de lo reconfortante que es la compañía de otras mujeres, una quiere fugarse de la prisión de las preocupaciones femeninas y seguir con la tarea que tiene entre manos, que es la continuidad de la vida en sí misma. He estado en compañía de mujeres que te saludan con mucha alegría pero al cabo de quince o veinte minutos empiezan a impacientarse, no porque les desagrade tu compañía, sino porque es irrelevante. Ese desinterés tan flagrante nunca estuvo a mi alcance, y ahora ya nunca iba a estarlo. Esperando a ser elegida había provocado mi propia desgracia. No tenía coartada. Tenía que continuar de la mejor manera posible y adentrarme en la vejez, que ya me había cogido del brazo. Lo único que estaba en mi mano era aligerar la carga, y si de paso también podía aligerar la carga de Julia me quedaría relativamente tranquila. No es que pudiera asegurar un final feliz. Eso ya era imposible, para cualquiera de las dos. Centraría todo mi esfuerzo en el deseo de orden y en aliviar el dolor. A lo mejor era un esfuerzo mal dirigido —probablemente— pero no veía señales de estar cometiendo un error grave. Me sentía extremadamente vulnerable siendo la principal impulsora del plan. Miré el cielo plúmbeo y pedí ayuda, pero no vino nadie.

Terminado mi trabajo, cerré la oficina y me encaminé hacia Onslow Square con la mezcla habitual de temor y exasperación, agradeciendo

únicamente que ese día no disfrutaría yo sola de la compañía de Julia. Ninguna señora Wheeler vino a abrir la puerta. Fue Pearl quien me recibió, con un gesto más adusto que unas horas antes. La ausencia de la señora Wheeler empezaba a notarse en la capa de polvo que cubría las mesitas y también en el olor a podrido del agua sin cambiar de los lirios amarillos, los favoritos de Julia, que era evidente que se estaban muriendo, y en las páginas sueltas de *The Times* amontonadas alrededor de las patas de su butaca. Eché un vistazo al dormitorio y vi la cama sin hacer, tal como suponía. Me pareció notar señales de abandono en la propia Julia, aunque una observación más atenta me demostró que me estaba imaginando una decadencia de la que no había rastro, a menos que se tomara como prueba el maquillaje de la cara, subido de tono, que brillaba sobre un fondo blanco como la cera. ¿Cuánto tiempo llevaba Julia sin salir de casa? A falta de un registro de sus movimientos y viéndola siempre inmóvil, una se podía imaginar que llevaba toda la vida en esa butaca, esperando la llegada de una visita como un potentado la de un grupo de emisarios. A pesar de su aspecto frágil, debía de tener una fortaleza inmensa para soportar aquel régimen de privación tan severo, pues según a ella misma le gustaba decir, no comía prácticamente nada y nunca, o muy rara vez, respiraba aire fresco.

Esa tarde, que yo ya empezaba a ver como la última, Julia tenía una pose bien compuesta, aunque no tan impecable como de costumbre: la cara inquieta y apoyada en el cuello fino sobresalía demasiado del escote de una blusa de seda y los hombros, cubiertos con una chaqueta de tweed, parecían un poco encorvados. Se parecía a la señorita Havisham, la de *Grandes Esperanzas*. Las manos torpes y consumidas se aferraban a una taza de té. Pearl había recogido la cocina, pero su expresión de susto me dio a entender que no se esperaba el desorden que había dejado la señora Wheeler. Yo me lo imaginaba: los platos pegajosos, con restos de tostadas viejas; el paño empapado de agua sucia y marrón. Las ventanas del salón pedían a gritos una limpieza; si el día hubiera sido más luminoso habríamos visto caer sobre la alfombra haces de luz cargados de motas de polvo. Pearl no era la única que estaba asustada. Algo me dijo que Julia también lo estaba, pero su orgullo no le permitía mostrar que tenía miedo, y mucho menos delante de mí.

—Julia —pregunté, mientras aceptaba una taza de té—. ¿De vez en cuando tienes noticias de tu hermano? ¿Dónde está ahora?

—No, hace bastante que no sé nada de él —dijo. Vi que la ternura combatía con el dolor y le arrancaba una sonrisa nostálgica—. Seguro que está bien. La verdad es que se fue con mucha precipitación.

—¿Dónde está? —repetí.

—Vive en España. En Mijas. Una vez fuimos de vacaciones allí, cuando éramos pequeños. Debía de acordarse. Entonces era un pueblo intacto. Pasamos unas vacaciones maravillosas, pero de eso hace mucho tiempo, claro.

—¿Por qué no vas a verlo?

—Porque él no quiere.

—Pero, Julia, ¿cómo lo sabes si no has hablado con él?

—Podría haberme invitado, ¿no? —Se notaba en el tono que estaba muy dolida, como si esa fuera su única preocupación desde hacía semanas, o meses, incluso años. La rabia hizo que le temblara la voz, pero era la rabia de la infancia, desaforada y mezclada con lágrimas y decepción.

—Siempre puedes invitarte tú misma —sugerí amablemente—. La gente lo hace. Dicen que están de paso y que les encantaría acercarse. Todo el mundo lo hace a todas horas.

—A mí ni se me pasa por la imaginación —contestó, recuperando parte de su antigua grandeza.

—Pero ¿no quieres volver a verlo?

Y estas palabras mías causaron un efecto increíble: se le llenaron los ojos de lágrimas, esos ojos severos que escrutaban a los demás sin ninguna piedad. Sin esperar su contestación, cogí el trozo de papel que Pearl me tendía, en el que vi un número de teléfono muy largo: solo podía ser de España. Marqué y esperé; al poco respondió una voz lánguida, tan parecida a la de Julia que casi me quedé muda de asombro.

—Disculpe —dije—. Tiene usted la misma voz que Julia. Estoy aquí con ella. Creo que le gustaría hablar con usted. —Le pasé el auricular y me alejé con Pearl al fondo del salón. Solamente le oí decir a Julia: ¿Gerald?, con el tono de una niña emocionada; la vi ladear la cabeza

provocativamente y me fui a la cocina a lavar los platos. Me parecía una falta de delicadeza quedarme allí.

Cuando volví, diez minutos más tarde, Julia y Pearl ya estaban dándole al whisky, revolucionadas, felicitándose mutuamente.

—Qué buenas noticias, Fay —anunció Pearl—. Julia se va a España.

—Estupendo —dije, mientras recogía y ordenaba las páginas de *The Times*— ¿Cuándo te vas?

—Estás muy impaciente por librarte de mí —me soltó Julia, en su tono normal. Y eso me indicó que todo saldría bien.

Cuando fijamos la fecha, Pearl prometió que se quedaría con Julia para ayudarla en los preparativos y yo dije que me encargaría de buscar un coche para que nos llevase al aeropuerto; entonces el ambiente general fue de alivio, incluso se escapó alguna lágrima. Todas sabíamos que eso era una despedida. Julia se marcharía de aquella casa con un desprecio olímpico por lo que dejaba atrás. Era evidente que me tocaría resolver todos los asuntos pendientes, pero me pareció un precio muy bajo. En realidad no había ningún motivo para que Julia se quedara allí. Lejos de dejar su casa, se iba a casa, volvía a su niñez, volvía a su primer amor.

—Siempre lo he querido más que a nadie —señaló, con esa franqueza que a mí no dejaba de sorprenderme. No quedó la menor duda de que Julia era consciente de lo que daba a entender con aquellas palabras, incluso de que las había ensayado hacía muchos años, cuando esos juegos parecían inocentes. «No vayas a husmear allí donde se pone roja la manzana. No sea que Eva y yo perdamos nuestro Edén.» Estos versos me parecieron tristísimos la primera vez que los leí, como si el amor de una mujer estuviera cercado por el peligro y la pena. Y eran una advertencia para los incautos, porque en esta vida, por más que lo deseemos, el único resultado que importa de verdad no se consigue fácilmente. Aquel día tan señalado, con nuestros respectivos futuros decididos, sentí una tristeza que no era exclusivamente personal sino genérica, y también una solidaridad reacia con todos los destinos femeninos. Apartadas, no aptas ya para ser compañeras, únicamente podíamos confiar en alianzas forjadas en un pasado lejano. La antigua ley, el mandamiento de multiplicarse y poblar la tierra, seguía siendo el mejor, el único que resistía el paso del tiempo. Sin

embargo, a quienes no lo habían obedecido, o no lo habían cumplido bien, era muy poco lo que se les ofrecía. Cabía la posibilidad de buscar soluciones, pero las soluciones no siempre eran sencillas o factibles. No había que perder la esperanza, aunque fuese difícil. Había que recordar, era una obligación, que a todo el mundo le resultaba difícil. Las incursiones eran continuas, con la voluntad permanentemente amenazada por el cuerpo mortal.

Me acordé de Alan Carter, que podía haberme protegido de esta revelación pero no lo había hecho. Por indiferencia, por rechazo o por falta de imaginación: eso ya daba igual. No se podía querer a un hombre como él, y por eso otros encuentros futuros, si es que los había, serían intrascendentes, insignificantes. Uno aspiraba a ser relevante —luchaba por eso— y también a merecer un poco de respeto. Solo los afortunados no se resienten cuando les faltan estos bienes. Volviendo a casa, con ese cielo todavía plúmbeo que ya empezaba a cobrar la oscuridad del invierno, pensé con indiferencia en la cocina vacía que me esperaba. No había nada que comer en casa, y no tenía ánimos de ir a comprar y cocinar para mí sola.

Tuve un arranque y volví a Onslow Square.

—Os invito a cenar a las dos —anuncié. Me miraron con asombro, pero yo no estaba de humor para aceptar un no por respuesta—. ¿Adónde os gustaría ir?

—El Savoy Grill estaba muy bien —señaló Julia, que fue la primera en sumarse—. O el Caprice.

Pearl ya se había puesto el abrigo: la perspectiva de recibir más muestras de hospitalidad suavizó sus rasgos tensos y cansados por los acontecimientos de la tarde y la fatalidad que los rodeaba.

—Encontraremos algo cerca —dije con firmeza—. Y después dejaremos a Pearl en un taxi. Puede volver a casa en taxi. Sí que puedes —repetí, anticipándome a sus protestas—. Me temo que el Savoy Grill tendrá que esperar. Estamos las tres solas. No hay necesidad de arreglarse.

—Cierto —asintió Julia—. No tiene sentido ir a esos sitios sin un hombre. —Se la veía alterada por la idea de salir, pero desapareció en su dormitorio y volvió al cabo de diez minutos con un maquillaje completamente nuevo y bastante exagerado—. Al fin y al cabo no somos

más que tres viejas. —Se echó rápidamente al bolso los cigarrillos y el mechero.

—Las viejas también tienen que comer —observé, mientras apagaba la luz.

—Bah, déjalas encendidas —dijo Julia, con un gesto de grandeza—. Estoy harta de apagar las luces. Estoy hasta el gorro de todo esto. Y de Maureen. Y de la señora Wheeler. Aunque ya sé que no piensa volver.

—¿Y de mí? —pregunté—. ¿Estás harta de mí?

Estábamos en la puerta, y yo esperé su respuesta casi con angustia.

—No eres mala persona —respondió, con displicencia, aunque Julia no daba puntada sin hilo—. Tonta, como todas las mujeres. Pero no creo que hayas hecho nunca daño a nadie.

Así terminó mi esclavitud. Esta reconciliación parcial, si es que fue eso, mitigó en parte mi dolor. Pasamos una velada sorprendentemente agradable. Encontramos un restaurante italiano, o mejor dicho, buscamos uno del que yo había oído hablar. Julia, a la que Pearl y yo llevábamos cogida del brazo, andaba con poca estabilidad pero avanzaba, y eso nos produjo una alegría desmedida. Bebimos mucho y nos pusimos bochornosamente coloradas. Llega un momento en que la gente se suelta, o se rinde, y nosotras habíamos llegado a ese punto. Bebimos vino como presidiarios veteranos y comimos helado como niñas. Saciadas, con los ojos brillantes y el carmín de los labios estropeado, nos reclinamos en la silla y nos miramos con reconocimiento. Estábamos rodeadas de parejas jóvenes, enzarzadas en sus ritos de cortejo. Eso también lo reconocíamos. Los observamos con una simpatía no exenta de ironía, haciendo caso omiso de los buenos modales. Vi que eran ellos quienes se sentían cohibidos.

—Qué peinados tan raros llevan ahora —señaló Pearl—. Todos rizados.

—No tienen ni una pizca de estilo —asintió Julia. Pero a mí las chicas me parecían monísimas. Los chicos me resultaban fríos, crueles, habladores, aunque yo sabía que no tenían nada claro cómo iba a terminar la noche, si es que seguían vigentes las viejas normas. Para nosotras ya no había incertidumbre. Los camareros nos miraron con miedo cuando nos levantamos dando tumbos, y luego con respeto, al ver la propina desorbitada. El aire de la noche nos golpeó la cara como una bofetada. A

Pearl le entró la risa floja. Yo me alegré mucho de estar cerca de casa. Julia era la que seguía más sobria de las tres.

—Qué noche tan divertida —dijo, asombrada de haber disfrutado tanto.

La acompañamos a casa y luego yo dejé a Pearl en un taxi. De pronto me vi en la acera, sola, en una calle desierta. Una luna llena brillaba intermitentemente entre las nubes. El mes siguiente veríamos la luna del cazador, la luna dorada, la más bonita del año. Y ¿después de eso? Mejor no pensarlo. Volví muy despacio a Drayton Gardens, pasando por delante del garaje silencioso y la peluquería cerrada. Ya no estaba hundida. La tristeza se había instalado dentro de mí, pero era una tristeza libre de temor. Me prometí no beber demasiado con demasiada frecuencia, aunque no me sentía mal. En casa me bebí varios vasos de agua y después me preparé para acostarme. Pensé que nada me impedía invitar a Alan Carter a cenar. Si Julia me había recordado esa tarde a la señorita Havisham y yo la había rescatado de su destino, también podía hacer el intento de ser Estella. Invitaría a cenar a Alan Carter y luego le haría pedazos.

Porque yo aún no había dicho lo que podría haber dicho. Aún no me había burlado de su frialdad, de su opacidad tan bien calculada. En mi mano estaba zarandearlo un poco, darle un susto. Lo hiciera o no, seguía estando en mi mano. Esta certeza me alegró, añadió un poco de determinación a mis pensamientos. Cuando me desperté a media noche y fui tambaleándome hasta la cocina para beberme otro vaso de agua, supe que llegado el momento, si es que llegaba, no debía decirle a Alan nada de eso. De todos modos era tentador saber que podía decírselo si quería, y que él, que no sospechaba nada, nunca sabría lo frágil que era su autoestima, que para él siempre había sido más importante que la mía. Es posible que él ya conociera esta debilidad suya. Lo que complicaría su situación es que ahora también yo lo sabía.

Al día siguiente, aunque me sentía algo hueca y tuve que lidiar con un dolor de cabeza considerable, noté que cierta preocupación me había abandonado y con ella muchos fantasmas pasados y presentes. Ya no pensaba en mí ni en mi vida como antes. Lo que me había pasado era por fin irrelevante. Miraba alrededor con los ojos más claros, ya sin nostalgia ni afán de complacer, más bien con la intención de tener expectativas, incluso

exigencias. Por fin encajaba con mi verdadera edad y, aunque estaba plenamente dispuesta a interpretar el papel de una señora mayor, por dentro me sentía más joven. No habría más abusos: la fuerza que me quedaba, y aún era mucha, tenía que conservarla para protegerme de cualquier enfermedad que viniese a acabar con todas mis especulaciones. Comprendí por fin que iba a ocurrirme lo inevitable y ni el amor ni la amistad me protegerían. Naturalmente, si se presentaba la oportunidad, quería que alguien me cogiese de la mano al final, pero no parecía que fuera a ser así. Confiaba en tener valor para exigir, protestar y ser una mujer imponente cuando llegase la hora. En cierto modo ya no tenía paciencia para portarme bien y me sentía mucho mejor habiéndola perdido.

Pearl se mudó al piso de Julia y estaba casi tan contenta como en sus primeros días, cuando conspiraban juntas para que la presencia escénica de Julia fuera inolvidable. Seguimos en contacto, unidas las tres por una inesperada camaradería, y Julia hasta me llamaba a última hora de la tarde para contarme lo que había decidido embalar. Esta preocupación, y las atenciones de su antigua ayudante de camerino, le devolvieron parte de la autoridad que tenía cuando era más joven, y ya no necesitaba despreciar ni empequeñecer a nadie como hacía antes llevada por las desilusiones y la frustración. Salía de un largo enclaustramiento con una eficacia nueva y la voluntad de ofrecer una representación final. Incluso había en su voz una nota de esperanza. A mí me parecía encomiable, pues no estaba segura de qué recibimiento la esperaba en España. Quizá se viera forzada a regresar a Onslow Square, aunque actuaba como si se marchara para siempre, y yo estaba convencida de que no volvería a verla. Esta firme convicción daba a los preparativos, de los que yo estaba al corriente, un aire definitivo. Yo no sabía qué iba a ser de la casa y tampoco me preocupaba demasiado, porque tenía la sensación de que Julia había cogido las riendas. Si le apetecía ofrecer una última función, yo por supuesto respetaría sus deseos. Que otros se hicieran cargo de los detalles. No tenía idea de quiénes podían ser esos otros, aunque la simple decisión de marcharse parecía convocar la sombra de agentes y directores. Yo me encargué de billetes y horarios, y de transmitir la información en esas llamadas de teléfono que se convirtieron en práctica habitual. Hasta reservé una silla de ruedas, pensando que la

debilidad podía derrotar a Julia en el último momento. Aunque no la necesitara, creí que podía aceptarla como un accesorio que le permitiría hacer una salida de escena original.

Su avión salía a mediodía. Hacía frío pero el día estaba despejado, incluso se adivinaba el sol detrás de la sempiterna nube. Cuando llegué a Onslow Square encontré a Julia exageradamente pálida y exageradamente elegante, con un traje gris claro y un abrigo de piel colgado del brazo. Había una montaña de maletas en el vestíbulo, que ahora parecía decididamente abandonado. En el salón, la luz tenue chocaba con el blanco y el amarillo ácido, colores completamente inaceptables bajo el cielo inglés. Pearl había hecho café, que tomamos pensativas, sin saber qué decir. No le pregunté a Julia cuáles eran sus últimas órdenes porque no tenía intención de ejecutarlas, fueran cuales fueran. Me imaginé con absoluta indiferencia cómo se irían amontonando los periódicos y las cartas. Lavé las tazas y las guardé, consciente de que había polvo incluso en la cocina. «Guarda las llaves —dije sin querer—. Por si necesitas recoger algo.»

Yo había pedido un taxi, y Julia tuvo el suficiente dominio de sí y de la situación para deslumbrar y conquistar al taxista, que bajó todas las maletas a la calle. Una chispa de ilusión ponía cierto color en sus mejillas pálidas. Me pareció que estaría bien recuperar parte del espíritu de la noche que fuimos al restaurante, pero no era posible. El viaje a Heathrow transcurrió en silencio, aunque Julia fue capaz de simpatizar con las diversas quejas del taxista: al final los únicos que hablaban eran ellos. Pearl estaba muy afectada; yo lo veía. La aventura había terminado para ella. En mi caso me sentía muy tranquila, pero prefería reservar mis pensamientos para mí. Miré por la ventanilla el horrendo paisaje y empecé a planear mi propia escapada. Pensé en Fiesole o Estambul. Nadie iría a despedirme, pero tenía que ir acostumbrándome a eso, acostumbrarme a pasear con una guía en la mano, o a sentarme sola en un café: a una vida muda, nunca más sujeta a modificaciones.

En el aeropuerto nos asaltó el temor. Pearl y yo nos peleábamos con el equipaje mientras Julia intentaba conservar su majestuosa presencia. Vi que ponía todo su empeño en el intento y deseé que lo consiguiera. Tuvimos que despedirnos antes de estar preparadas, porque la acompañante ya había

llegado con la silla de ruedas. Puede que eso fuera providencial; la tensión ya empezaba a palparse.

—Adiós —vociferé, aunque el gentío era tan denso y el ruido tan fuerte que dudaba que Julia pudiese oírme. Pearl ya estaba llorando y yo me sentía casi incapacitada por una mezcla de angustia y alivio—. ¡Adiós! —volví a gritar a las espaldas de la gente que pasaba empujando sus carritos—. Adiós, Julia. Buena suerte. —Como si respondiera, Julia levantó la mano un momento. No se volvió a mirarnos.

Llevé a Pearl a la cafetería, la senté y la dejé llorar.

—Es lo mejor —dije, y entonces me acordé de que eso era lo que se decía para dar el pésame por la muerte de un familiar—. Tenía que ser así —rectifiqué—. ¡Piensa que dentro de tres horas Julia estará al sol! —De todos modos estábamos encogidas, y nos aferramos la una a la otra de camino hacia la cola de los taxis. Me llevé a Pearl a casa y preparé un té bien cargado: ninguna de las dos tenía hambre. Pasamos la tarde juntas, como si nos estuviéramos recuperando de una impresión profunda. Por suerte, ese día yo no tenía que ir a la oficina.

—¿Crees que llamará por teléfono cuando llegue? —preguntó Pearl con angustia.

—Estoy segura —la tranquilicé.

—Entonces mejor me voy a casa a esperar la llamada. Si te soy sincera, Fay, estoy muy cansada y tengo muchas ganas de estar en mi casita.

A mí me pasaba lo mismo. Julia nos había hecho ese favor: el de reconciliarnos con lo inevitable. El atardecer se oscureció al otro lado de las ventanas mientras yo cerraba las cortinas con agradecimiento y encendía las luces. Me prometí algún caprichito: televisión y acostarme temprano. Esa sería mi sino en lo sucesivo. Pero, al menos de momento, me sentí agradecida, agradecida de envejecer sin que nadie me viera. Al día siguiente quizá cambiara de opinión. Pero el día siguiente siempre es otro día.

Diecisiete

Julia no volvió. Si fue por orgullo, como yo sospechaba, o porque de verdad se sintió sinceramente bien acogida nunca lo supimos. Las únicas noticias que tuvimos de ella fueron dos postales que analizamos con una atención digna de un par de paleógrafas. La de Pearl decía: «He llegado bien. El tiempo divino. Con cariño, Julia.» La mía, mucho más misteriosa pero más impactante, afirmaba: «¿Hay que olvidar las viejas amistades...? Saludos, Julia.» No había dirección. Así se aseguraba de no ser localizada.

Por algún tiempo esto fue una tortura. El fantasma de Julia, a quien nada se le escapaba salvo la interpretación correcta de lo que veía, me observaba irónicamente mientras yo, un personaje regordete y dinámico, fingía ante mí misma que todo estaba bien. En algún lugar recóndito y profundo, en las profundidades a las que yo había desterrado las verdades que no se quieren ver, yo sabía que Julia solamente había encontrado tolerancia en su hermano y en el amigo de este, que estaba teniendo que adaptarse a la compañía ambivalente y quejosa de los dos, que el verde paraíso de los amores de la infancia se había cerrado para siempre y que no había finales felices. Al menos, pensé, como para tranquilizarme o consolarme, tendrá servicio y el calor del sol. Y después me quité de encima esa preocupación constante y culpable. Julia no estaba en peor situación que cualquiera de nosotros. Pensé en los ancianos con los que hablaba por teléfono en la oficina, incapaces de salir de casa, de hacer la compra o comer sin ayuda, que a veces soportaban enfermedades dolorosas y dependían de gente como la señora Hardings y yo para recibir un poco de alegría. Pensé en Pearl, con su mirada triste, llena de confianza, varada en un pisito diminuto de un barrio periférico que no tenía ningún encanto para ella, dando vueltas a sus recuerdos, por los que sus nietos no manifestaban el más mínimo interés. Y

por último pensé en mí, que estaba envejeciendo sola y había perdido ya toda esperanza.

Las cosas recobraron la normalidad poco a poco. Las angustiadas llamadas de teléfono de Pearl se fueron espaciando, aunque sabía que oiría sin falta su voz cargada de añoranza los domingos por la noche, a la hora en que solía hablar con Julia. Llamaba con ganas de charlar, de contarme las noticias de la semana o intercambiar sus tópicos favoritos a cambio de los que yo a mi vez le ofrecía obedientemente. Asocio estas llamadas con una melancolía concreta, con el vacío doloroso del final de una tarde de domingo, cuando la luz empieza a declinar y apenas pasa nadie por la calle al otro lado de mi ventana mientras unas nubes de tedio se aproximan desde South Kensington o Earls Court, y con la sospecha periódicamente reforzada de que tengo que irme si no quiero caer en una trampa de la que no habrá escapatoria.

Temo los fines de semana. Temo el pretexto que me lleva a las tiendas un sábado por la mañana y la vergüenza de comprar la chuleta solitaria y el puñado de verdura que me prepararé para comer. Entonces siento el peso. Temo la tranquilidad de los sábados por la tarde, solo puntuados por el rugido distante de las gradas del campo de fútbol. Algo me impide salir, como si corriera el peligro de perderme la visita de alguien que viene a verme, aunque no viene nadie. Me siento al lado de la ventana, con las manos en las rodillas, a mirar y a esperar. No es fácil desprenderse de las viejas costumbres, que a veces dejan una huella inconsciente. Veo desvanecerse la luz con una especie de angustia, una angustia que no responde solo al paso del tiempo. Percibo el simbolismo del final del día. Suelo dormir mal los sábados por la noche y despertarme siempre con el golpe de los periódicos en el felpudo de la puerta. Intento hacer las cosas despacio, pero siempre me adelanto y muchas veces me siento a comer — una tortilla— a las doce del mediodía.

Entonces se abre para mí la posibilidad de ir al Museo Victoria and Albert, que ha llegado a ser un símbolo de la rebuscada desafección de una tarde de domingo en South Kensington. No es una zona abandonada. Al contrario, es un barrio muy próspero. Pero los domingos pierde la dignidad cuando una flotilla de furgonetas de helado aparca en la puerta del Museo

de Ciencias y los papeles revolotean alrededor de los tobillos de la gente que baja las escaleras hacia el cálido aliento de hierro del metro. Detrás del ventanal de la tetería polaca, caras antiguas se lanzan a animadas conversaciones, intercambiando elaborados cumplidos y cálidas expresiones de bienvenida. Vuelvo a casa corriendo, me alejo de esta conmovedora cordialidad y, mientras me tomo mi taza de té, sola, pienso en todo lo que comenzó y no llegó a terminar; en las excursiones al cementerio de Highgate y en todas las cosas que deberían haber venido después y no tuvieron lugar.

De vez en cuando veo al doctor Carter. Coincidimos cenando en casa de Caroline, donde lo siguen invitando para que haga pareja conmigo, y charlamos con una buena voluntad casi natural. Otras veces nos cruzamos en la calle y nos saludamos levantando la mano, contentos de vernos y contentos de no tener ya más obligación que la de la cortesía. Nunca llegué a hacerle pedazos. Nunca busqué la oportunidad. Sabía que cualquier invitación que pudiera hacerle estaría cargada de tensión por ambas partes, así que sencillamente decidí no invitarlo. Me dije que lo volvería a invitar cuando mis sentimientos se hubieran serenado, porque a mi edad no resulta fácil renunciar a una amistad. Pero parece ser que mis sentimientos no se serenán. ¿Es posible que nos emocionemos más fácilmente en la última parte de la vida? En ese caso, me alegro de no haber tenido hijos porque creo que habría terminado llorando por ellos a todas horas. Cuando ese peligroso estado de ánimo se apodera de mí, me alejo, porque otro aspecto de la vejez es la pérdida de la dignidad, y yo aún tengo orgullo suficiente para cuidarme de conservar la mía intacta, al menos de puertas afuera.

Entre semana, por supuesto, estoy a gusto. Tengo mi trabajo, mis pequeñas rutinas y placeres, mi vida cómoda. Me encuentro bien y por suerte no necesito los servicios de un médico, lo que me recuerda que tengo que encontrar otro. Puede que el doctor Carter se haya dado cuenta de que he borrado mi nombre de su lista y estoy buscando. Por otro lado, es posible que lo comprenda, como comprendió todo lo que no nos dijimos. Él sigue sin casarse, como yo, y empieza a perder su encanto, pero a mí me sigue pareciendo atractivo, como quizá les pase a otras mujeres. A lo largo de la semana, cuando me encuentro bien de verdad, pienso con ilusión en el día

en que volvamos a encontrarnos, porque él sigue guardando la llave del futuro que yo pueda tener. Nunca antes he pensado así de ningún hombre, y me parece profundamente injusto para con mi marido, de quien estuve, brevemente, tan enamorada. Puede parecer ridículo que una mujer de mis años piense en el futuro, pero supongo que todos lo hacemos y lo haremos siempre, que hasta el final de nuestros días nos preguntaremos qué viene después.

Por eso casi nunca miro atrás. Esas canciones antiguas que cantaba sin comprender su carga de añoranza ya no me obsesionan. Si sucumbiera a ellas otra vez el dolor sería incommensurable. Me recordarían la resistencia y la inutilidad del deseo, como si debajo de toda experiencia acechara el asombro infantil. ¿Por qué no me quieres?, dicen las canciones. Y, si yo te quiero, ¿por qué me falta algo? Estas canciones me parecen profundas porque subrayan una verdad muy complicada, la de que amar es un acto finito, y lo que expresan no es solo el desencanto que produce esta revelación, sino también la necesidad exacerbada de transformación permanente, esto es, exacerbada por el mero hecho de amar. «Solo hazme creer», dice la canción. Y «Eres la alegría de mi corazón». Y «Te querré siempre.» Pero aunque las frases sean afirmativas, la tonalidad siempre es menor y más triste de lo que ella misma se imagina. Ahora no podría cantar esas canciones. Conozco demasiado bien este mundo cruel para cantarlas con la conmovedora fe de ayer, cuando en mi lejanísima juventud creía que esos estados de ánimo eran simplemente el preludio de la experiencia y no el resultado de la experiencia adquirida. De joven una todavía puede aspirar a lo sublime. La vejez sabe que ese es un bien desgarradoramente escaso y que probablemente siempre lo fue.

Pero cuando me alejo de esas canciones y de mi desilusión creo sinceramente que me las arreglo bastante bien. Han pasado los años y en conjunto han sido satisfactorios. Todo se debilita un poco. Salgo a diario y sigo activa. Ayudo cuando puedo y donde puedo. De vez en cuando mi querida amiga Millie, que ahora está viuda como yo, se queda unos días conmigo cuando viene de compras a la ciudad. Algunas partes del pasado no han perdido su dulzura por completo, o eso pienso cuando las dos disfrutamos en compañía de la otra. Mirar a Millie es como mirarme en un

espejo. Siempre nos damos ánimos, nos permitimos pequeños caprichos y nos reímos de nuestra vanidad. ¡Porque todo eso perdura! Ahora mismo estoy viendo la caída de párpados de Julia, el gesto socarrón y no del todo bondadoso con que contempla el espectáculo. Al menos eso es lo que creo que veo. Otras veces veo a una vieja cascarrabias en silla de ruedas, escondida de la vista de todos, debajo de una palmera. Y eso a pesar de que está muerta, como leí en el *Times* el lunes pasado. Tan irrelevante parecía su muerte que casi me entraron ganas de discutirlo con ella: sentí una especie de interés creciente. «¿Cómo fue?», le preguntaría. Y ella bajaría una vez más los párpados para reflexionar. «No tan mal —la oigo decir, en su famosísimo tono condescendiente—. Deberías probarlo un día de estos.»

OceanofPDF.com



ANITA BROOKNER nació en 1928 en Londres y, salvo las numerosas temporadas que pasó en París, vivió allí hasta su muerte en 2016. Hija de inmigrantes polacos, después de realizar estudios de Historia del Arte fue profesora del Courtauld Institute y la primera mujer que accedió a la cátedra Slade de Bellas Artes en la Universidad de Cambridge. Publicó varios estudios sobre pintura francesa del siglo XVIII y es autora de veinticuatro novelas, entre las que destacan *Un debut en la vida* (1981; Libros del Asteroide, 2018), *Look at Me* (1983), *Hotel du Lac* (1984, Premio Booker), *Latecomers* (1988), *Vidas breves* (1990; Libros del Asteroide, 2020), *Una historia de familia* (1993) y *Strangers* (2009).

OceanofPDF.com